



UN VERANO EN
NUEVA YORK

LOS DIARIOS DE CARRIE II

CANDANCE BUSHNELL

Lectulandia

El verano es mágico en Nueva York, y Carrie está encantada de poder disfrutarlo por primera vez. Y lo mejor de todo: por fin ha entrado en un curso de escritura, dando así los primeros pasos para cumplir sus sueños. Pero pronto se dará cuenta del difícil equilibrio entre su pasado y su futuro, de lo complicado que puede llegar a ser sobrevivir a la gran ciudad por excelencia.

Lectulandia

Candace Bushnell

Un verano en Nueva York

The Carrie Diaries - 2

ePub r1.0

ArmandAthos 02.07.14

Título original: *Summer and the City: A Carrie Diaries Novel*

Candace Bushnell, 2011

Traducción: Matuca Fernández de Villavicencio

Editor digital: ArmandAthos

ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

Para Alyssa y Deirdre

PRIMERA PARTE

LA SUERTE DEL PRINCIPIANTE

Primero Samantha me pide que le busque el zapato. Cuando lo localizo en el fregadero, me invita a una fiesta.

—Será mejor que me acompañes ya que no tienes otro lugar adonde ir y no me apetece hacer de niñera.

—No soy una niña.

—Vale. Eres un gorrioncillo. Sea como sea —dice ajustándose el sujetador de seda mientras se retuerce bajo un vestido de licra verde—, ya te han robado. Si te raptan un proxeneta no lo quiero sobre mi conciencia.

Gira sobre sus talones y observa detenidamente mi atuendo: una chaqueta de tela de gabardina azul marino con falda pantalón a juego que apenas hace unas horas me parecía chic.

—¿No tienes nada más?

—Un vestido de fiesta negro de los sesenta.

—Póntelo. Y esto también. —Me lanza unas gafas de sol de aviador con montura dorada—. Te ayudará a parecer normal.

No le pregunto qué es normal mientras bajo con ella los cinco pisos hasta la calle.

—Regla número uno —declara mientras se sumerge en el tráfico—: da siempre la impresión de que sabes adónde vas aunque no lo sepas.

Levanta una mano que obliga a un coche a frenar en seco.

—Camina deprisa —dice, y da un golpe en el capó y enseña al conductor el dedo corazón—. Y lleva siempre zapatos que te permitan correr.

Cruzo detrás de ella la carrera de obstáculos de la Séptima Avenida y llego al otro lado como un naufrago que alcanza tierra firme.

—Y por lo que más quieras, entierra esas sandalias topolinas —sentencia con una mirada desdeñosa a mis pies.

—¿Sabías que las primeras sandalias topolinas las inventó Ferragamo para la joven Judy Gardland?

—¿Cómo sabes eso?

—Soy una fuente inagotable de información inútil.

—Entonces te irá bien en esta fiesta.

—¿Quién has dicho que la da? —grito para hacerme oír por encima del tráfico.

—David Ross, el director de Broadway.

—¿Por qué da una fiesta un domingo a las cuatro de la tarde? —Esquivo un carrito de salchichas, una cesta de supermercado llena de mantas y a un niño atado a una correa.

—Es un baile de té.

—¿Significa eso que servirán té? —Ignoro si Samantha habla en serio o en broma.

Se ríe.

—¿Tú qué crees?

La fiesta se celebra en una casa de color rosa oscuro situada al final de una calle adoquinada. Desde allí puedo ver el río, crecido y marrón bajo los destellos del sol, a través del hueco que queda entre dos edificios.

—David es un excéntrico —me previene Samantha, como si la excentricidad pudiera resultar una característica poco agradable para una recién llegada de provincias—. Alguien se presentó en su última fiesta con un caballo enano que se cagó por toda la alfombra de Aubusson.

Finjo saber qué es una alfombra de Aubusson para que me siga hablando del caballo.

—¿Cómo lo trajeron hasta aquí?

—En taxi —dice Samantha—. Era un caballo muy pequeño.

Titubeo.

—¿Estás segura de que a tu amigo David no le molestará que me hayas invitado?

—Si no le molestó un caballo enano, no creo que le molestes tú, a menos que seas un plomo o una aburrida.

—Aburrida puede, pero plomo jamás.

—Y eso de que vienes de un pueblo pequeño, olvídalo. En Nueva York necesitas un gancho.

—¿Un gancho?

—Algo que te haga interesante —dice con un gran gesto al tiempo que nos detenemos delante de la casa.

Tiene cuatro plantas, y la puerta azul está abierta de par en par, mostrando una pintoresca multitud que gira y zigzaguea como un coro en un musical. Estoy temblando de la emoción. Esta puerta constituye mi entrada a otro mundo.

Nos disponemos a cruzarla cuando un hombre de lustroso mármol negro aparece en el marco con una botella de champán en una mano y un cigarrillo en la otra.

—¡Samantha! —chilla.

—¡Davide! —exclama Samantha con acento francés.

—¿Quién eres tú? —me pregunta, mirándome con simpática curiosidad.

—Carrie Bradshaw, señor. —Le tiendo la mano.

—¡Qué encanto! —aúlla—. No me llamaban «señor» desde que llevaba pantalón corto. Lo que no quiere decir que haya llevado pantalón corto alguna vez. ¿Dónde tenías escondida a esta deliciosa jovencita?

—La encontré en el felpudo de mi casa.

—¿Llegaste en una cesta como Moisés? —me pregunta.

—En tren —contesto.

—¿Y qué te trae a Ciudad Esmeralda?

—Oh. —Sonrío y, decidida a seguir el consejo de Samantha al pie de la letra, suelto—: Voy a convertirme en una escritora famosa.

—¡Como Kenton! —exclama.

—¿Kenton James? —pregunto casi sin aliento.

—¿Acaso hay otro? Tiene que rondar por aquí. Si tropiezas con un hombre diminuto con voz de caniche, es Kenton.

Cuando quiero darme cuenta David Ross ya ha cruzado media sala y Samantha está sentada sobre el regazo de un hombre extraño.

—Aquí. —Agita una mano desde el sofá.

Paso junto a una mujer vestida con un mono blanco.

—¡Creo que acabo de ver mi primer Halston!

—¿Halston está aquí? —pregunta Samantha.

Si estoy en la misma fiesta que Halston y Kenton James me voy a morir de la emoción.

—Me refería al mono.

—Ah, el mono —dice con exagerado interés al hombre que tiene debajo. A juzgar por lo poco que puedo ver de él, tiene la piel bronceada y una apariencia deportiva, con las mangas enrolladas sobre los antebrazos.

—Me estás matando —dice.

—Te presento a Carrie Bradshaw. Pronto será una escritora famosa —dice Samantha, asumiendo mi gancho como si fuera un hecho.

—Hola, escritora famosa. —El tipo me tiende la mano. Tiene los dedos finos y brillantes como el bronce.

—Te presento a Bernard, el idiota con el que no me acosté el año pasado —bromea Samantha.

—No quería ser otro agujero en tu cinturón —replica Bernard arrastrando las palabras.

—¿No sabes que ya no hago esas cosas? —Samantha alarga la mano izquierda para que la inspeccionemos. Un enorme brillante rutila en su dedo anular—. Estoy prometida.

Planta un beso en la coronilla castaña de Bernard y barre la sala con la mirada.

—¿A quién hay que dar unos azotes para conseguir una copa?

—Ya voy yo —se ofrece Bernard. Se levanta, y durante un instante inexplicable es como si estuviera viendo desplegarse mi futuro—. Será mejor que me acompañes, escritora famosa. Soy la única persona cuerda de este lugar. —Me coloca las manos sobre los hombros y me conduce a través de la multitud.

Me vuelvo hacia Samantha, pero ella se limita a sonreír y decir adiós con la mano. El pedrusco atrapa los últimos rayos de sol. ¿Cómo es posible que no haya reparado antes en él?

Supongo que estaba demasiado ocupada fijándome en todo lo demás.

Como Bernard. Es alto y tiene el pelo lacio, de color castaño oscuro. Una nariz grande y algo torcida. Ojos verde avellana y una boca que pasa de la tristeza a la alegría cada dos segundos, como si tuviera dos personalidades que tiraran de él en direcciones opuestas.

No entiendo por qué me presta tanta atención, pero estoy encantada. A cada paso se le acerca gente para felicitarle, y fragmentos de conversación flotan a mi alrededor como pelusa de diente de león.

—Nunca te rindes, ¿verdad...?

—Crispin le conoce y está aterrado...

—Le dije: «¿Por qué no intentas esquematizar una frase...?».

Bernard me guiña un ojo. Y de repente recuerdo su nombre completo de haberlo leído en un viejo número de la revista *Time* o *Newsweek*. ¿Bernard Singer? ¿El dramaturgo?

No puede ser. Me entra el pánico; instintivamente estoy segura de que es él.

¿Cómo demonios ha sucedido? ¿Llevo en Nueva York exactamente dos horas y ya me estoy codeando con la gente guapa?

—¿Cómo has dicho que te llamas? —me pregunta.

—Carrie Bradshaw. —El título de su obra de teatro, la que ganó el Premio Pulitzer, me atraviesa el cerebro como una astilla de cristal. *Cutting Water*.

—Será mejor que te devuelva a Samantha o acabaré llevándote a mi casa —susurra.

—No iría —replico secamente. La sangre me aporrea los oídos. Mi copa de champán está sudando.

—¿Dónde vives? —Bernard me aprieta el hombro.

—No lo sé.

Eso le hace reír.

—Entonces, ¿eres huérfana, Annie?

—Prefiero ser Candide.

Estamos apretados contra una pared, cerca de unas cristaleras que dan a un jardín. Bernard se desliza hacia abajo para estar a la altura de mis ojos.

—¿De dónde has salido?

Me recuerdo lo que me dijo Samantha.

—¿Acaso importa? Estoy aquí.

—Diablillo descarado —declara, y de repente me alegro de que me hayan robado. El ladrón se llevó mi bolso y mi dinero, pero también mi identidad, lo que quiere decir que durante las próximas horas puedo ser quien me plazca.

Bernard me coge la mano y me lleva al jardín. Un variopinto grupo de personas —mujeres, hombres, viejos, jóvenes, guapos, feos— está sentado alrededor de una mesa de mármol, aullando de risa o de indignación, como si las conversaciones acaloradas fueran el combustible que lo mantiene en funcionamiento. Nos escurrimos entre una mujer menuda de pelo corto y un hombre elegante que luce una chaqueta de capitán de barco.

—Bernard —dice dulcemente la mujer—, iremos a ver tu obra en septiembre.

Pero el repentino aullido de reconocimiento de un hombre sentado enfrente ahoga la respuesta de Bernard.

Envuelto en un voluminoso abrigo negro que semeja el hábito de una monja, lleva unas gafas de sol de cristales marrones que le ocultan los ojos y un sombrero de fieltro encasquetado sobre la frente. Tiene la piel de la cara ligeramente plegada, como envuelta por una delicada tela blanca.

—¡Bernard! —exclama—. Bernardo, cariño, amor de mi vida, ¿me traes una copa? —Repara en mí y me señala con un dedo trémulo—. ¡Has traído a una niña!

Posee una voz aguda, estridente, casi inhumana. Hasta la última célula de mi cuerpo se contrae.

Kenton James.

Se me forma un nudo en la garganta. Apuro mi copa de champán al tiempo que el hombre con la chaqueta de capitán me da un codazo y señala a Kenton James con el mentón.

—No hagas caso al hombre tras la cortina —dice con un tono grave y firme, al más puro estilo de Nueva Inglaterra—. Es el alcohol. Años de alcohol. Destruye el cerebro. En otras palabras, es un borracho empedernido.

Suelto una risita, como si supiera de qué me está hablando.

—¿No lo somos todos?

—Ahora que lo mencionas, supongo que sí.

—Bernardo, te lo ruego —suplica Kenton—. Eres el que está más cerca de la barra. Además, ¿no querrás que me mezcle con esa sudorienta masa humana...?

—¡Vergonzoso! —grita el hombre con la chaqueta de capitán.

—¿Qué llevas debajo de ese *deshabillé*? —brama Bernard.

—Llevo diez años esperando oír esas palabras de tus labios —ladra Kenton.

—Ya voy yo —digo poniéndome de pie.

Kenton James prorrumpe en aplausos.

—¡Excelente! Por favor, que todo el mundo tome nota. Eso es exactamente lo que todos los niños deberían hacer. Recoger y llevar. Has de traer niños a las fiestas más a menudo, Bernie.

Me marcho a regañadientes, deseosa de oír más, deseosa de saber más, reacia a dejar a Bernard. Y a Kenton James, el escritor más famoso del mundo. Su nombre resopla en mi cabeza, ganando velocidad. «La pequeña locomotora que sí pudo».

Noto una mano en el brazo. Samantha. Los ojos le rutilan como el brillante. Un fino lustre de humedad le cubre el labio superior.

—¿Estás bien? Has desaparecido. Estaba preocupada por ti.

—He conocido a Kenton James. Quiere que le lleve alcohol.

—No te marches sin avisarme, ¿de acuerdo?

—Tranquila. Quiero quedarme aquí el resto de mi vida.

—Bien. —Sonríe y vuelve a su conversación.

La fiesta está en su momento álgido. La música suena a todo trapo. Los cuerpos se retuercen, y una pareja se está dando el lote en el sofá. Una mujer gatea por la sala con una silla de montar sobre la espalda. Dos camareros están siendo rociados con champán por una mujer inmensa con corsé. Agarro una botella de vodka y me abro paso entre los bailarines.

Como si estuviera acostumbrada a asistir a fiestas como esta. Como si estuviera en mi salsa.

Cuando regreso a la mesa, una mujer joven vestida completamente de Chanel me ha quitado el sitio. El hombre de la chaqueta de capitán está imitando el ataque de un elefante, y Kenton James se ha hundido el sombrero hasta las orejas. Recibe mi llegada con alegría.

—¡Dejad paso al alcohol! —aúlla al tiempo que me hace un sitito a su lado. Dirigiéndose a la mesa, declara—: ¡Algún día esta chiquilla reinará sobre la ciudad!

Tomo asiento a su lado.

—¡No es justo! —grita Bernard—. ¡Quítale las manos de encima a mi cita!

—Yo no soy la cita de nadie —replico.

—Pero lo serás, querida —me advierte Kenton, guiñándome un ojo adormilado—. Y entonces verás. —Me da unas palmaditas en la mano con su pezuña menuda y suave.

¡Socorro!

Me estoy asfixiando, ahogando en un mar de tafetán. Estoy atrapada en un ataúd. Estoy... ¿muerta?

Es mi vestido. Probablemente me lo quité en algún momento durante la noche y me lo eché sobre la cabeza. ¿O fue otro el que me lo quitó? Contemplo la penumbra de la sala de estar de Samantha atravesada por espeluznantes rayos de luz amarilla que realzan los objetos ordinarios de su existencia: un puñado de fotografías sobre la mesa auxiliar, una pila de revistas en el suelo, una ristra de velas en la repisa de la ventana.

La cabeza me va a estallar mientras recuerdo vagamente un trayecto en un taxi a reventar. Vinilo azul despegándose y una alfombrilla pegajosa. Me estaba escondiendo en el suelo del taxi pese a las protestas del conductor, que no paraba de repetir:

—Máximo cuatro.

En realidad éramos seis, pero Samantha insistía una y otra vez en que éramos cuatro. Muchas risas histéricas. Luego una lenta ascensión hasta el quinto piso y más música y llamadas telefónicas y un tipo poniéndose el maquillaje de Samantha, y en algún momento después de todo eso debí de desplomarme en el futón y quedarme frita.

Me acerco de puntillas a la habitación de Samantha sorteando las cajas abiertas. Samantha está a punto de mudarse, y el apartamento es una leonera. La puerta del diminuto dormitorio está abierta, la cama deshecha pero vacía, el suelo cubierto de zapatos y ropa, como si alguien se hubiera probado todo el armario y arrojado con irritación cada prenda. Me abro paso hasta el cuarto de baño y, tras vadear un bosque de sujetadores y bragas, llego al borde de la vieja bañera y abro el grifo de la ducha.

Plan del día: averiguar, sin llamar a mi padre, dónde se supone que voy a vivir.

Mi padre. Noto el regusto rancio de la culpa en la garganta.

Ayer no le llamé. No tuve tiempo. Lo más seguro es que esté muerto de preocupación. ¿Y si llamó por teléfono a George? ¿Y si llamó a mi casera? Puede que la policía me esté buscando, otra chica que desaparece misteriosamente en las fauces de la ciudad de Nueva York.

Me lavo el pelo. Ya no puedo hacer nada al respecto.

O quizá no quiera.

Salgo de la bañera, me inclino sobre el lavamanos y observo mi reflejo en el espejo a medida que el vaho de la ducha se dispersa lentamente.

No parezco diferente. Sin embargo, me siento diferente.

¡Es mi primera mañana en Nueva York!

Me acerco corriendo a la ventana y aspiro la brisa fresca y húmeda. El sonido del tráfico me recuerda el murmullo de las olas al lamer la orilla. Me arrodillo sobre la repisa de la ventana y observo la calle con las palmas pegadas al cristal: una niña contemplando una esfera de nieve.

Dedico un buen rato a observar cómo despierta el día. Primero llegan los camiones, los cuales, chirriantes y huecos, avanzan por la avenida cual dinosaurios, levantando sus tapas para recibir basura o barriendo la calle con sus bigotes. Luego comienza el tráfico normal: un taxi solitario seguido de un Cadillac plateado, y después los camiones más pequeños con logotipos que anuncian pescado, pan y flores, las furgonetas herrumbrosas y un desfile de carretillas. Un chico con una bata blanca pedalea sobre una bicicleta con dos cajones de naranjas atados al guardabarros. El cielo gris se tiñe de un blanco perezoso. Pasa un corredor, luego otro; un hombre con un uniforme médico de color azul detiene frenéticamente un taxi. En la acera, tres perritos atados a una misma correa tiran de una anciana mientras los tenderos aúpan trabajosamente las rechinantes persianas metálicas de sus comercios. El errático sol ilumina las esquinas de los edificios y una masa humana emerge de los escalones que penetran en la acera. Las calles se llenan con el ruido de gente, coches, música, taladradoras, ladridos, sirenas. Son las ocho de la mañana.

Hora de ponerme en marcha.

Rodeo el futón buscando mis cosas. Detrás de los cojines, descubro un trozo de papel con los cantos algo grasientos y arrugados, como si hubiera dormido apretándolo contra mi pecho. Contemplo el número de teléfono de Bernard, los dígitos claros y profesionales. En la fiesta, con gesto exagerado, anotó su número de teléfono y me lo entregó con la frase «Por si acaso». No me pidió el mío a propósito, como si los dos supiéramos que la decisión de volver a vernos era mía.

Guardo cuidadosamente el trozo de papel en mi maleta y en ese momento reparo en la nota encajada debajo de una botella de champán. Leo:

Querida Carrie:

Ha llamado tu amigo George. He intentado despertarte pero era imposible. Te dejo un billete de veinte. Ya me lo devolverás cuando puedas.

Samantha

Y, debajo, una dirección. Del apartamento al que tenía que haber ido ayer pero no fui. Por lo visto, anoche sí telefoneé a George, después de todo.

Sostengo la nota en alto en busca de pistas. La letra de Samantha es extrañamente infantil, como si la parte caligráfica de su cerebro se hubiera estancado en séptimo grado. A regañadientes, me pongo mi traje de gabardina, descuelgo el teléfono y llamo a George.

Diez minutos después, estoy arrastrando mi maleta por las escaleras. Abro el portal y salgo a la calle.

La barriga me gruñe, presa de un hambre voraz. No solo de comida, sino de todo: el ruido, la excitación, la delirante energía que palpita bajo mis pies.

Detengo un taxi, abro la portezuela y deslizo la maleta en el asiento de atrás.

—¿Adónde? —pregunta el taxista.

—¡Calle Cuarenta y siete Este! —grito.

—¡Eso está hecho! —replica el taxista al tiempo que se adentra en el denso tráfico.

Pisamos un bache, y me elevo brevemente del asiento.

—Malditos conductores de Nueva Jersey.

El taxista saca el puño por la ventanilla y le imito. Y es en ese momento cuando lo siento. Es como si siempre hubiera vivido aquí. Salida de la cabeza de Zeus, una persona sin familia, sin orígenes, sin historia.

Una persona completamente nueva.

Mientras el taxi sorteja temerariamente el tráfico, estudio los rostros de los transeúntes. Aquí hay seres humanos de todos los tamaños, formas y tonos, y sin embargo creo adivinar en cada rostro una similitud que trasciende todas las fronteras, como si nos uniera la secreta certeza de que este es el centro del universo.

Me aferro a mi maleta con pavor.

Lo que le dije a Samantha es cierto: no quiero irme nunca de aquí. Y solo dispongo de sesenta días para encontrar la manera de quedarme para siempre.

La imagen de George Carter me devuelve bruscamente a la tierra. Está diligentemente sentado frente al mostrador de la cafetería de la calle Cuarenta y siete con la Segunda Avenida, donde hemos acordado vernos antes de que él salga disparado hacia su trabajo de verano en *The New York Times*. Sé, por el mohín de su boca, que está irritado: llevo en Nueva York menos de veinticuatro horas y ya me he desviado de mi rumbo. Ni siquiera he conseguido llegar al apartamento donde se supone que debo alojarme. Le doy un golpecito en el hombro y se vuelve con una expresión entre molesta y aliviada.

—¿Qué te ha pasado? —pregunta.

Suelto la maleta y me siento en el taburete de al lado.

—Me robaron el bolso. No tenía dinero, así que llamé a esa chica, la prima de alguien que conozco de Castlebury. Me llevó a una fiesta y...

George suspira.

—No deberías relacionarte con gente como esa.

—¿Por qué no?

—No les conoces.

—¿Y? —Ahora la irritada soy yo. He ahí el problema con George, que siempre se comporta como si se creyera mi padre.

—Necesito que me prometas que irás con más cuidado en el futuro.

Tuerzo el gesto.

—Carrie, hablo en serio. Si te metes en otro lío no estaré aquí para sacarte de él.

—¿Me abandonas? —bromeo. George lleva casi un año enamorado de mí y es uno de mis mejores amigos. De no ser por él, ahora no estaría en Nueva York.

—Ya que lo mencionas, sí. —Desliza tres billetes nuevecitos de veinte dólares por la barra—. Esto te ayudará. Puedes devolvérmelos cuando llegues a Brown.

Miro los billetes y luego le miro a él. No está bromeando.

—El *Times* me envía este verano a Washington. Me dejarán hacer reportajes de verdad, de modo que he aceptado.

No puedo creerlo. No sé si felicitarle o reprenderle por abandonarme.

El impacto de su deserción me golpea, y el suelo desaparece bajo mis pies. George es la única persona que conozco en Nueva York. Esperaba que me enseñara la manera en que funcionan las cosas aquí. ¿Cómo voy a arreglármelas sin él?

Como si me hubiera leído el pensamiento, dice:

—Estarás bien. Simplemente no te desvíes del camino. Ve a clase y haz los trabajos. E intenta no mezclarte con chiflados, ¿de acuerdo?

—Sí —respondo. Esto último no sería un problema si yo no estuviera también una pizca chiflada.

George coge mi maleta y doblamos la esquina hasta un edificio de apartamentos de ladrillo blanco. Un andrajoso toldo verde con las palabras WINDSOR ARMS preside la entrada.

—No está tan mal —señala George—. Es del todo respetable.

Al otro lado de la puerta de cristal hay una ristra de botones. Aprieto el del 15E.

—¿Sí? —chilla una voz por el interfono.

—Soy Carrie Bradshaw.

—Vaya —dice la voz con un tono capaz de cortar una mayonesa—, ya era hora.

George me besa en la mejilla cuando zumba un timbre y la segunda puerta se abre.

—Buena suerte —dice, y se detiene para darme un último consejo—. Llama a tu padre, por favor. Seguro que está preocupado por ti.

— ¿Está Carrie Bradshaw? —La voz suena infantil pero exigente, como si la persona que llama estuviera algo irritada.

—Síiiii —digo con cautela, preguntándome quién puede ser. Es mi segunda mañana en Nueva York y todavía no han empezado las clases.

—Tengo tu bolso —anuncia la chica.

—¿Qué? —Casi se me cae el auricular.

—No te ilusiones demasiado. Lo encontré en la basura. Alguien le ha echado encima esmalte de uñas. Iba a dejarlo donde estaba, pero luego me dije: «¿qué querría que hiciera alguien si encontrara mi bolso?». Y decidí llamarte.

—¿Cómo has dado conmigo?

—Por tu agenda. Todavía está en el bolso. Si quieres pasar a buscarlo estaré delante de Saks a partir de las diez —dice—. Soy inconfundible. Tengo el pelo rojo. Me lo tiño del mismo tono colorado que la lata de sopas Campbell en honor a Valerie Solanas. —Hace una pausa—. ¿El *Manifiesto SCUM*? ¿Andy Warhol?

—Claro, claro. —No tengo la más mínima idea de qué está hablando, pero me niego a reconocer mi ignorancia. Además, esta chica parece un pelín... rara.

—Bien, nos veremos delante de Saks. —Cuelga antes de que pueda preguntarle cómo se llama.

¡Yujuuu! Lo sabía. Desde que me robaron el bolso Carrie he tenido el extraño presentimiento de que lo recuperaría. Como algo sacado de uno de esos libros de control mental: visualiza lo que deseas y se cumplirá.

—¡Ejem!

Levanto la vista desde mi catre y tropiezo con la frotada cara rosa de Peggy Meyers, mi casera. Lleva puesto un mono de goma gris que se le ciñe al cuerpo como la envoltura de una salchicha. Con el mono y esa cara redonda y brillante me recuerda al muñeco de Michelin.

—¿Has llamado tú?

—No —digo ligeramente ofendida—. Me han llamado.

Su suspiro es una mezcla precisa de irritación y decepción.

—¿No te puse al tanto de las reglas?

Asiento con los ojos muy abiertos, como si estuviera asustada.

—Todas las llamadas telefónicas han de atenderse desde la sala de estar, y no pueden durar más de cinco minutos. Nadie necesita más de cinco minutos para comunicarse. Y todas las llamadas que se hagan deben anotarse debidamente en la libreta.

«Debidamente», pienso. Una buena palabra.

—¿Alguna duda? —pregunta.

—No. —Niego con la cabeza.

—Me voy a correr y luego tengo una audición. Si decides salir, asegúrate de coger tus llaves.

—Lo haré. Lo prometo.

Repara en mi pijama de algodón y frunce el entrecejo.

—Espero que no tengas pensado seguir durmiendo.

—Me voy a Saks.

Peggy aprieta los labios con cara de disgusto, como si solo los indolentes fueran a Saks.

—Por cierto, ha llamado tu padre.

—Gracias.

—Y recuerda: las conferencias deben hacerse a cobro revertido.

Se aleja caminando como una momia. Si apenas puede andar con ese mono de goma, ¿cómo va a poder correr? Solo hace veinticuatro horas que conozco a Peggy y ya nos llevamos mal. Podrías llamarlo odio a primera vista.

Cuando llegué ayer por la mañana, hecha un trapo y algo desorientada, su primer comentario fue:

—Me alegro de que decidieras aparecer. Estaba a punto de darle la habitación a otra.

Miré a Peggy, de quien sospechaba que en otros tiempos fue atractiva pero ahora parecía una flor en decadencia, y una parte de mí lamentó que no le hubiera dado la habitación a otra.

—Tengo una lista de espera de un kilómetro —continuó—. Vosotros, los chicos de fuera de la ciudad, no tenéis ni idea, ni idea, de lo difícilísimo que es encontrar un lugar decente en Nueva York.

Luego me sentó en el confidente verde y me puso al corriente de las «reglas»:

Nada de visitas, y aún menos masculinas.

Nada de invitados a pasar la noche, y aún menos masculinos, aunque ella se ausente el fin de semana.

Nada de comerse su comida.

Nada de llamadas telefónicas de más de cinco minutos; necesita la línea desocupada por si le llaman para una audición.

Nada de volver a casa después de medianoche; podríamos despertarla y necesita

hasta el último minuto de sueño.

Y, sobre todo, nada de cocinar. No quiere tener que limpiar nuestros desaguisados.

Caray. Hasta un hámster tiene más libertad que yo.

Espero a oír el cierre de la puerta para aporrear la pared de contrachapado que linda con mi cama.

—Dindon, la bruja ha muerto —digo.

L'il Waters, una chica menuda y delicada como una mariposa, cruza la puerta de contrachapado que conecta nuestras celdas.

—¡Alguien ha encontrado mi bolso! —exclamo.

—Oh, cielo, eso es fantástico. Es una de esas coincidencias mágicas neoyorkinas.

Se derrumba en la punta del catre y casi lo levanta. Nada en este apartamento es real, y eso incluye divisiones, puertas y camas. Nuestras «habitaciones» ocupan una parte de la sala de estar y forman dos diminutos espacios de dos por tres con el sitio justo para un catre, una silla y una mesa plegables, un diminuto tocador con dos cajones y una lámpara de lectura. El apartamento está muy cerca de la Segunda Avenida, por lo que me ha dado por llamarnos a L'il y a mí «Las prisioneras de la Segunda Avenida», en honor a la película de Neil Simon.

—He oído que Peggy te gritaba. Te dije que no utilizaras el teléfono en tu cuarto. —Suspira.

—Creía que estaba durmiendo.

L'il menea la cabeza. Está en el mismo programa que yo en The New York School, pero llegó hace una semana para aclimatarse y se quedó con el mejor cuarto. Tiene que pasar por el mío para llegar al suyo, lo que significa que yo tengo aún menos intimidad que ella.

—Peggy siempre se levanta temprano para ir a correr. Dice que tiene que perder diez kilos.

—¿Con ese mono de goma? —pregunto, atónita.

—Dice que el sudor le ayuda a quemar grasa.

Observo detenidamente a L'il. Es dos años mayor que yo, pero parece cinco años menor. Con su estatura de pajarito, es una de esas chicas que probablemente aparentará doce años la mayor parte de su vida. Pero no por eso debo subestimarla.

Ayer, cuando nos conocimos, bromeé sobre cómo quedaría «L'il» en la tapa de un libro. Se encogió de hombros y dijo:

—Mi nombre de escritora es E.R. Waters, que viene de Elizabeth Reynolds Waters. Es más fácil que te publiquen si no saben que eres chica. —Y me enseñó dos poemas que le habían publicado en *The New Yorker*.

Casi me caigo de culo.

Le conté entonces que había conocido a Kenton James y a Bernard Singer. Sabía

que conocer a escritores famosos no era lo mismo que tener algo publicado, pero me dije que era preferible a nada. Incluso el papelito donde Bernard Singer había escrito su número de teléfono.

—Tienes que llamarle —dijo.

—No sé. —No quería darle demasiada importancia al asunto.

Pensar en Bernard me puso bastante tierna, hasta que Peggy entró y nos hizo callar.

Ahora esbozo una sonrisa malvada.

—¿De verdad Peggy va a las audiciones con ese mono de goma? ¿Te imaginas cómo debe de oler?

L'il sonrío.

—Es socia de un gimnasio. El Lucille Roberts. Dice que antes de ir a una audición se ducha. Por eso está tan desquiciada, porque suda y se ducha por toda la ciudad.

Estallamos en carcajadas y caemos muertas de la risa sobre mi cama.

La chica del pelo rojo tiene razón: la localizo al instante.

La verdad es que es imposible no verla, ahí plantada en la acera delante de Saks blandiendo una enorme pancarta que por una cara reza ABAJO LA PORNOGRAFÍA y por la otra LA PORNOGRAFÍA EXPLOTA A LAS MUJERES. Detrás tiene una mesita cubierta de imágenes gráficas de revistas porno.

—¡Mujeres, despertad! ¡Decid no a la pornografía! —grita.

Agita la pancarta en mi dirección.

—¿Quieres firmar una petición contra la pornografía?

Estoy a punto de explicarle quién soy cuando una desconocida me interrumpe.

—Oh, por favoor —masculla cuando pasa por nuestro lado—. Seguro que la gente tiene cosas mejores que hacer que preocuparse por la vida sexual de los demás.

—¡Oye, que te he oído! —grita la chica del pelo rojo—. Y no me ha gustado.

La mujer se vuelve.

—¿Y?

—¿Qué sabes tú de mi vida sexual? —pregunta. Lleva el pelo corto como un chico y, tal como dijo, teñido de rojo tomate. Viste botas de trabajo y un peto con una camiseta raída de color morado debajo.

—Cielo, es evidente que no tienes —responde la mujer con una sonrisita.

—¿Eso crees? Puede que no practique el sexo tanto como tú, pero tú eres una víctima del sistema. El patriarcado te ha lavado el cerebro.

—El sexo vende.

—A costa de las mujeres.

—Eso es absurdo. ¿Se te ha ocurrido pensar que a algunas mujeres sí les gusta el

sexo?

—¿Y? —La chica del pelo rojo fulmina a la mujer con la mirada y aprovecho esa breve pausa para presentarme.

—Soy Carrie Bradshaw. Me has llamado. ¿Tienes mi bolso?

—¿Tú eres Carrie Bradshaw? —Parece decepcionada—. ¿Qué haces con ella? — Señala con el pulgar a la mujer.

—No la conozco. ¿Podrías darme mi bolso?

—Aquí lo tienes —espeta, como si hubiera tenido suficiente. Coge su mochila, saca mi bolso Carrie y me lo tiende.

—Gracias —digo—. Si hay algo que pueda hacer...

—Olvídalo —responde con arrogancia. Recupera su pancarta y aborda a una anciana con collar de perlas—. ¿Quiere firmar una petición contra la pornografía?

La anciana sonrío.

—No, gracias, querida. ¿De qué serviría?

La chica del pelo rojo parece momentáneamente desalentada.

—Oye —digo—, yo firmaré tu petición.

—Gracias. —Me tiende un bolígrafo.

Garabateo mi nombre y me alejo por la Quinta Avenida. Me abro paso entre la gente, preguntándome qué habría pensado mi madre de que me viniera a Nueva York. A lo mejor está velando por mí, a lo mejor se encargó de que la chica del pelo rojo encontrara mi bolso. Mi madre también era feminista. Por lo menos estaría orgullosa de que hubiera firmado la petición.

—¡Por fin! —exclama L'il—. Estaba temiendo que llegaras tarde.

—No —resoplo cuando me uno a ella en la acera, frente a The New York School.

La caminata hasta el centro ha sido mucho más larga de lo que esperaba y los pies me están matando. Pero he visto un montón de cosas interesantes por el camino: la pista de patinaje del Centro Rockefeller, la Biblioteca Pública de Nueva York, Lord & Taylor, algo llamado el Toy Building...

—Tengo mi bolso —digo, sosteniéndolo en alto.

—A Carrie le robaron en su primera hora en Nueva York —gorjea L'il a un chico muy mono de ojos azules y pelo negro y ondulado.

Se encoge de hombros.

—Eso no es nada. A mí me entraron en el coche la segunda noche que llevaba aquí. Reventaron la ventanilla y se llevaron la radio.

—¿Tienes coche? —pregunto sorprendida. Peggy nos dijo que nadie tenía coche en Nueva York. La gente se mueve a pie, en autobús y en metro.

—Ryan es de Massachusetts —dice L'il, como si eso lo explicara—. También está en nuestra clase.

Le tiendo la mano.

—Carrie Bradshaw.

—Ryan McCann. —Posee una sonrisa dulce, bobalicona, pero sus ojos me perforan como si estuvieran evaluando la competencia—. ¿Qué piensas de nuestro profesor, Viktor Greene?

—Pienso que es extraordinario —exclama L'il—. Es lo que yo considero un artista serio.

—Será un artista serio, pero pone los pelos de punta —le pincha Ryan.

—Si casi no le conoces —replica L'il indignada.

—Un momento. ¿Le habéis conocido? —pregunto.

—La semana pasada —responde desenfadadamente Ryan—. Tuvimos una charla. ¿Tú no?

—No sabía que tuviéramos que tener una charla —titubeo. ¿Cómo ha podido ocurrir? ¿Es posible que ya vaya retrasada?

L'il mata a Ryan con la mirada.

—No la tuvo todo el mundo, solo los que llegaron a Nueva York con antelación. No tiene importancia.

—¡Eh!, chicos, ¿queréis ir a una fiesta?

Nos volvemos. Un tipo con una sonrisa de oreja a oreja sostiene unas postales.

—El miércoles por la noche en The Puck Building. Entrada gratuita si llegáis antes de las diez.

—¡Gracias! —exclama Ryan mientras el tipo nos da una postal a cada uno y se marcha.

—¿Le conoces? —pregunta L'il.

—No le había visto en mi vida, pero ¿a que mola? —dice Ryan—. ¿En qué lugar se os acercaría un desconocido para invitaros a una fiesta?

—Junto con mil desconocidos más —añade L'il.

—Solo en Nueva York, chicas —asegura Ryan.

Entro en el edificio examinando la postal. En la cara de delante hay una foto de cupido de piedra con una gran sonrisa y, debajo, las palabras: AMOR, SEXO, MODA. Doblo la postal y la guardo en el bolso.

Ryan no bromeaba. Viktor Greene es un hombre extraño.

Para empezar, va encorvado, como si alguien lo hubiera arrojado desde el cielo y el movimiento de la tierra lo mareara. Luego está el bigote. Aparece grueso y brillante sobre el labio superior pero se curva lánguidamente alrededor de las comisuras de la boca como dos sonrisas tristes. Y le da constantes palmaditas, como si fuera una mascota.

—¿Carrie Bradshaw? —pregunta consultando una lista.

Levanto la mano.

—Servidora.

—Se dice «presente» —me corrige—. Una de las cosas que aprenderéis en este seminario es a hablar como es debido.

Me pongo colorada. Solo llevo cinco minutos en mi primera clase de escritura y ya he dado una mala impresión.

Ryan me guiña un ojo, como diciendo «Te lo dije».

—Ah, y ahí está L'il. —Viktor Greene asiente con la cabeza al tiempo que da unas cuantas palmaditas más a su bigote—. ¿Alguien conoce a la señorita Elizabeth Waters? Es una de nuestras escritoras más prometedoras. Estoy seguro de que oiremos hablar mucho de ella.

Si Viktor Greene hubiera dicho algo así de mí, me preocuparía que el resto de la clase me cogiera manía. Pero a L'il no. Ella se toma el elogio de Viktor con calma, como si estuviera acostumbrada a que la alaben por su talento.

Durante un breve instante me asalta la envidia. Intento tranquilizarme diciéndome que todos los alumnos en esta clase poseen talento. De lo contrario no estarían aquí, ¿verdad? Y eso me incluye a mí. Puede que, sencillamente, Viktor Greene no esté al corriente de mi gran talento. Todavía.

—He aquí en qué consistirá este seminario. —Viktor Greene se pasea por el aula arrastrando los pies como si hubiera perdido algo pero no pudiera recordar qué—. El tema del verano será hogar y familia. Durante las próximas ocho semanas escribiréis cuatro relatos cortos o una novela o seis poemas relacionados con ese tema. Cada semana elegiré tres o cuatro textos para que los leáis en voz alta y luego los analizaremos. ¿Alguna pregunta?

Una mano sale disparada hacia arriba. Su dueño es un tío delgado con gafas y una mata de pelo rubio. Pese a su parecido con un pelícano, consigue dar la impresión de creerse mejor que los demás.

—¿Cuántas páginas deben tener los relatos cortos?

Viktor Greene se da unos golpecitos en el bigote.

—Las que se requieran para contar una historia.

—¿Podrían ser eso dos hojas? —pregunta una chica de cara angulosa y ojos pardos. Lleva una gorra de béisbol del revés sobre una exuberante melena castaña, y una pila de collares de cuentas.

—Si es capaz de contar una historia en quinientas palabras, adelante —dice Viktor Greene con tristeza.

La chica asiente con una expresión triunfal en su hermoso rostro.

—Lo digo porque mi padre es pintor y asegura que...

Viktor suspira.

—Todos sabemos quién es su padre, Rainbow.

Un momento. ¿«Rainbow»? ¿Qué nombre es ese? ¿Y quién es su padre?

Me reclino en mi silla y cruzo los brazos. El tío de la nariz alargada y el pelo rubio intercambia una mirada con Rainbow, asiente y arrima un poco más su silla a la de ella, como si fueran amigos.

—Tengo una pregunta. —Ryan levanta la mano—. ¿Puede garantizarnos que todos saldremos de este curso siendo escritores?

Eso hace que Viktor Greene se encorve todavía más. De hecho, me pregunto si piensa desaparecer bajo el suelo.

Se palpa frenéticamente el bigote con ambas manos.

—Buena pregunta. Y la respuesta es no. Un noventa y nueve coma nueve por ciento de ustedes no llegará nunca a ser escritor.

La clase gime.

—Si no voy a convertirme en escritor, tendré que pedir que me devuelvan el dinero —bromea Ryan.

Todo el mundo ríe excepto Viktor Greene.

—En ese caso, diríjase al departamento de administración.

Se retuerce los extremos del bigote con los dedos.

Ese bigote me saca de quicio. Me pregunto si Viktor Greene está casado y, si lo está, qué opina su esposa de tanto manoseo. Vivir con ese bigote debe de ser como tener una persona más en la casa. ¿Tendrá nombre y comerá su propia comida?

De pronto hiervo de indignación. Me da igual lo que diga Viktor Greene. Voy a conseguirlo. Voy a convertirme en una escritora de verdad, aunque me cueste la vida.

Miro a mis compañeros. Ahora soy yo la que evalúa la competencia.

—Muy bien —digo dejándome caer sobre la cama de L'il—. ¿Quién es el padre de Rainbow?

—Barry Jessen —responde con un suspiro.

—¿Y quién diantre es Barry Jessen? Sé que es pintor, pero...

—No es cualquier pintor. Ahora mismo es uno de los pintores más importantes de Nueva York. Encabeza un nuevo movimiento artístico. Viven en edificios abandonados del SoHo.

—¿Rainbow vive en un edificio abandonado? —pregunto con cara de pasmo—. ¿Tienen agua corriente? ¿Calefacción? No parece una vagabunda.

—No lo es —contesta L'il exasperada—. En otros tiempos fueron edificios abandonados. Fábricas de ropa y estampados. Hasta que todos esos pintores los ocuparon y empezaron a arreglarlos. Ahora celebran fiestas en sus lofts y se drogan y la gente compra su arte y escribe sobre ellos en *The New York Times* y *The New York Magazine*.

—¿Y Rainbow?

—Bueno, su padre es Barry Jessen y su madre Pican...

—¿La modelo?

—Por eso Rainbow es tan guapa y conseguirá todo lo que desee. Lo cual incluye convertirse en escritora. ¿Responde eso a tu pregunta?

—Eso significa que mola mil veces más que nosotras.

—Exacto. Sus padres conocen a un montón de gente. Si Rainbow quiere que le publiquen un libro solo tiene que chasquear los dedos para que su padre le encuentre un editor. Después el tipo pedirá a un puñado de periodistas que hablen del libro y críticos que redacten buenas reseñas.

—Buf —digo impresionada.

—Entretanto, si el resto de nosotros quiere triunfar tendrá que hacerlo a la vieja manera, o sea, escribiendo algo genial.

—Menudo palo —replico con sarcasmo.

L'il se ríe mientras me aparto una pelusa imaginaria.

—¿Y qué me dices de ese chico rubio con pinta de chulito? Se comporta como si conociera a Rainbow.

—¿Capote Duncan? —dice sorprendida—. Seguro que la conoce. Capote es la clase de tío que conoce a todo el mundo.

—¿Por qué?

—Porque es del sur —dice, como si eso lo explicara—. Tiene pinta de soñador, ¿no te parece?

—No. Tiene pinta de capullo.

—Es mayor que nosotras. Él y Ryan están en último año de facultad y son amigos. Por lo visto tienen mucho éxito con las chicas.

—¿Bromeas?

—En absoluto. —Hace una pausa y, con un tono algo solemne, añade—: Si no te importa.

—Lo sé, lo sé —digo saltando de la cama—. Deberíamos estar escribiendo.

L'il no parece compartir mi desmesurado interés por la gente en general. A lo mejor está tan segura de su propio talento que siente que no lo necesita. Yo, por el contrario, podría pasarme el día entero cotilleando, aunque prefiero llamarlo «análisis del personaje». Por desgracia, no puedo analizar personajes sola. Regreso a mi cuartucho, me siento a la mesa e introduzco un folio en el carro de mi máquina de escribir.

Diez minutos después sigo sentada a la mesa, mirando fijamente la pared. Solo hay una ventana en nuestra zona y cae en el cuarto de L'il. Siento que me asfixio, así que me levanto, salgo a la sala de estar y miro por la ventana.

El apartamento de Peggy se halla en la parte de atrás del edificio y da a la parte de atrás de otro edificio, casi idéntico, de la siguiente calle. Podría comprarme un telescopio y espiar los apartamentos de enfrente. Podría escribir un relato sobre sus residentes. Por desgracia, parecen tan aburridos como nosotros. Veo la pantalla azul parpadeante de un televisor, a una mujer lavando los platos, un gato dormido.

Suelto un suspiro de frustración. Ahí fuera hay todo un mundo por descubrir y yo estoy atrapada en el apartamento de Peggy, perdiéndomelo todo. Y solo me quedan cincuenta y nueve días.

Tengo que hacer que ocurra algo.

Corro hasta mi cubículo, cojo el número de Bernard y levanto el auricular.

Tras meditar lo que me dispongo a hacer, devuelvo el auricular a su sitio.

—¿L'il? —llamo.

—¿Sí?

—¿Debo telefonear a Bernard Singer?

L'il aparece en la puerta.

—¿Tú qué crees?

—¿Y si no se acuerda de mí?

—Te dio su número, ¿no?

—Pero ¿y si no lo hizo de corazón? ¿Y si solo estaba siendo amable? ¿Y si...?

—¿Tú quieres llamarle? —pregunta.

—Sí.

—Pues llámale. —L'il es una chica muy decidida, cualidad que espero desarrollar algún día.

Antes de que pueda cambiar de parecer, marco el número.

—¿Diga? —dice después del tercer tono.

—¿Bernard? —pregunto con una voz demasiado aguda—. Soy Carrie Bradshaw.

—Ajá. Tenía el presentimiento de que serías tú.

—¿En serio? —Me enrolló el cordón del teléfono en el dedo.

—Soy un poco vidente.

—¿Tienes visiones? —pregunto, no sabiendo muy bien qué otra cosa decir.

—Emociones —murmura con voz sexy—. Estoy muy conectado con mis emociones. ¿Y tú?

—Supongo que también. Vaya, que nunca consigo deshacerme de ellas. De mis emociones.

Ríe.

—¿Qué estás haciendo?

—¿Yo? —aúllo—. Estoy intentando escribir...

—¿Quieres venir a mi casa? —me pregunta de pronto.

No sé muy bien qué esperaba, pero esto, desde luego, no. Supongo que abrigaba la vaga esperanza de que me invitara a cenar, de que me propusiera una cita en toda regla. Pero ¿pedirme que vaya a su apartamento? Jolín. Seguro que piensa que voy a acostarme con él.

No contesto.

—¿Dónde estás? —me pregunta.

—En la calle Cuarenta y siete.

—No hay ni diez manzanas.

—De acuerdo —acepto con cautela. Como siempre, mi curiosidad triunfa sobre mi buen juicio. Un rasgo desastroso y que espero corregir. Algún día.

Tal vez en Nueva York las citas funcionen de otra manera. Puede que invitar a una desconocida a tu apartamento sea la cosa más normal del mundo. Además, si Bernard intenta algo raro siempre puedo asestarle una patada.

Estoy saliendo por la puerta cuando me encuentro con Peggy. Tiene las manos ocupadas intentando dejar tres bolsas de la compra sobre el confidente. Me mira de arriba abajo y suspira.

—¿Sales?

Delibero, me pregunto cuánto debería contarle, pero el entusiasmo me pierde.

—Voy a ver a mi amigo. ¿Bernard Singer?

El nombre tiene el efecto deseado. Peggy inspira y saca fuego por la nariz. El hecho de que conozca a Bernard Singer tiene que estar mortificándola. Él es el dramaturgo más famoso de Nueva York y ella todavía una actriz luchando por triunfar. Probablemente lleve años soñando con conocerle mientras que yo, con solo tres días en la ciudad, ya le conozco.

—La vida que tienen algunos... —rezonga antes de caminar hasta la nevera y sacar una de sus muchas latas de Tab, también prohibidas para L'il y para mí.

Me siento victoriosa hasta que reparo en la expresión abatida de Peggy. Tira de la anilla de la lata y bebe con avidez, como si las soluciones a todos sus problemas residieran en esa lata de Tab. La apura mientras frota distraídamente el pulgar contra la anilla.

—Peggy, yo...

—¡Mierda! —Suelta la lata y se lleva el pulgar a la boca para chuparse la sangre que brota del corte que le ha hecho la anilla. Cierra los ojos, como si estuviera intentando contener las lágrimas.

—¿Estás bien? —le pregunto.

—Por supuesto. —Levanta la vista, furiosa por el hecho de que yo haya presenciado ese momento de debilidad—. ¿Sigues ahí?

Pasa por mi lado camino de su habitación.

—Hoy es mi noche libre y tengo intención de acostarme pronto. No vuelvas tarde.

Cierra la puerta. Durante un segundo me quedo donde estoy, preguntándome qué acaba de suceder. Puede que no sea a mí a quien Peggy odie, sino a su vida.

—Vale —digo a nadie en particular.

Bernard vive en Sutton Place. Está a solo unas manzanas de mi casa, pero bien podría tratarse de otra ciudad. Lejos quedan el ruido, la mugre y los vagabundos que pueblan el resto de Manhattan. Los edificios están contruidos en piedra de colores suaves y tienen torrecillas y buhardillas de cobre verde. Portereros con uniforme y guantes blancos hacen guardia bajo apacibles toldos; una limusina haraganea en el bordillo. Me detengo para aspirar la atmósfera de lujo mientras una niñera pasa por mi lado con un cochecito de bebé detrás del cual corretea un perrito de pelo suave y esponjoso.

Bernard debe de ser rico.

Rico, famoso y atractivo. ¿En qué me estoy metiendo?

Oteo la calle buscando el número 52. Se encuentra en el lado este, mirando al río. De película, pienso mientras me dirijo al edificio con paso rápido. Entro y al instante el gruñido grave de un portero de rostro severo me frena en seco.

—¿Puedo ayudarla?

—Voy a ver a un amigo —murmuro mientras trato de rodearle. Y es ahí donde cometo mi primer error: nunca, nunca intentes sortear a un portero en un edificio elegante.

—No puede entrar así, sin más. —Alza una manaza enguantada, como si eso bastara para mantener a raya al populacho.

Por desgracia, algo en ese guante me hace estallar. Si hay algo que detesto es un tipo entrado en años diciéndome lo que debo hacer.

—¿Cómo espera que lo haga? ¿A caballo?

—¡Jovencita! —exclama contrariado, dando un paso atrás—. Exponga el motivo de su visita. Y si no puede exponer el motivo de su visita, le sugiero que se lleve el motivo de su visita a otra parte.

Ajá. Me ha tomado por una prostituta. Debe de estar cegato. Casi no llevo maquillaje.

—Vengo a ver a Bernard —digo secamente.

—¿Bernard qué? —pregunta, negándose a apartarse.

—Bernard Singer.

—¿El señor Singer?

¿Cuánto más piensa tenerme aquí? Nos miramos desafiadamente. Por fuerza ha de saber que he ganado. A fin de cuentas, no puede negar que Bernard vive aquí. ¿O sí?

—Llamaré al señor Singer —accede al fin.

Cruza el vestíbulo de mármol con andar pausado hasta una mesa sobre la que descansan un gran ramo de flores, un cuaderno y un teléfono. Pulsa algunos botones y, mientras espera a que Bernard conteste, se frota irritadamente la mandíbula.

—¿Señor Singer? —dice al auricular—. Hay una... —me fulmina con la mirada — joven... eh... persona en el vestíbulo que quiere verle. —Su expresión es de chasco cuando se vuelve hacia mí—. Sí, gracias, señor. La haré subir.

Y justo cuando pienso que al fin he logrado librarme de ese perro guardián tropiezo con otro tipo uniformado que opera el ascensor. Se supone que en el siglo XX la mayoría de la gente ya ha aprendido a apretar el botón, pero al parecer la tecnología no es el punto fuerte de los residentes de Sutton Place.

—¿Puedo ayudarla? —me pregunta.

Otra vez no, por favor.

—Bernard Singer —digo.

Pulsa el botón del noveno piso y emite un carraspeo de desaprobación, pero por lo menos no me acribilla a preguntas.

Las puertas del ascensor se abren a un pequeño rellano, otra mesa, otro ramo de flores y paredes de papel pintado. Hay sendas puertas a ambos lados del rellano y, por fortuna, Bernard se encuentra apostado en una de ellas.

«De modo que esta es la guarida de un niño prodigio», pienso mientras barro el apartamento con la mirada. He de reconocer que impresiona, pero no por lo que contiene, sino por lo que no contiene.

La sala de estar, con sus ventanas con parteluz, su acogedora chimenea y sus nobles estanterías, pide muebles queridos, gastados, pero en lugar de eso hay un sillón de cuentas de poliestireno. Lo mismo ocurre con el comedor, tan solo ocupado por una mesa de ping-pong y un par de sillas plegables. Luego está el dormitorio: una cama gigante, un televisor gigante. Sobre la cama, un solitario saco de dormir.

—Me encanta ver la tele desde la cama —dice Bernard—. Me parece sexy, ¿a ti no?

Estoy a punto de lanzarle una mirada de ni-se-te-ocurra-intentarlo cuando reparo en su semblante. Parece triste.

—¿Acabas de mudarte aquí? —pregunto con un tono animado, buscando una explicación.

—Alguien acaba de mudarse de aquí —contesta.

—¿Quién?

—Mi esposa.

—¿Estás casado? —aúllo. De todas las posibilidades, jamás consideré la de que pudiera estar pillado. ¿Qué clase de hombre casado invita a su apartamento a una chica a la que acaba de conocer?

—Mi ex esposa —se corrige—. Siempre olvido que ya no estamos casados. Nos divorciamos hace un mes y todavía no me he acostumbrado.

—Entonces, ¿estabas casado?

—Lo estuve seis años, y antes de eso llevábamos dos juntos.

¿Ocho años? Entorno los párpados y realizo un cálculo rápido. Si Bernard ha estado en una relación tanto tiempo significa que ha de tener por lo menos treinta años. O treinta y uno. O incluso... ¿treinta y cinco?

¿Cuándo salió a la luz su primera obra de teatro? Recuerdo haber leído sobre ella, por lo que yo debía de tener por lo menos diez años. En un intento de encubrir mis cavilaciones me apresuro a preguntar:

—¿Cómo fue?

—¿Cómo fue qué?

—Tu matrimonio.

—Bueno —ríe—, supongo que no demasiado bien si nos hemos divorciado.

Necesito un segundo para recalibrarme emocionalmente. Mientras venía hacia aquí, en algún recodo de mi mente he estado imaginando escenas donde Bernard y yo aparecíamos juntos, pero en ninguna de esas escenas aparecía una ex esposa. Siempre he pensado que mi verdadero amor solo tendría un verdadero amor, o sea, yo. El matrimonio de Bernard supone un fuerte golpe a mis fantasías.

—Mi esposa se llevó todos los muebles. ¿Y tú? —pregunta—. ¿Alguna vez has estado casada?

Le miro atónita. Apenas tengo edad para poder beber, me dan ganas de decirle. En lugar de eso, meneo la cabeza, como si también yo hubiera sufrido un desengaño amoroso.

—Supongo que somos un desastre —dice.

Me sumo a su estado de ánimo. Ahora mismo me parece especialmente atractivo y abrigo la esperanza de que me estreche entre sus brazos y me bese. Estoy deseando que me aplaste contra ese torso fibroso. En lugar de eso me siento en el sillón de cuentas de poliestireno.

—¿Por qué se ha llevado los muebles? —pregunto.

—¿Mi esposa?

—Pensaba que os habíais divorciado —digo, tratando de que no se me disperse.

—Está enfadada conmigo.

—¿No puedes hacer que te los devuelva?

—No creo.

—¿Por qué no?

—Es muy terca. Señor, es más terca que una mula. Siempre lo ha sido. Por eso ha llegado tan lejos.

—Hummm. —Ruedo seductoramente sobre el sillón.

Mis movimientos tienen el efecto deseado en él, esto es, ¿qué hace pensando en su ex esposa cuando tiene a una joven adorable —yo— en la que concentrarse? Efectivamente, un segundo después me pregunta:

—¿Tienes hambre?

—Yo siempre tengo hambre.

—Hay un pequeño restaurante francés a la vuelta de la esquina. Podríamos ir.

—Fantástico. —Me levanto de un salto a pesar de que la palabra «francés» me recuerda al restaurante que frecuentaba en Hartford con mi antiguo novio, Sebastian, quien me dejó por mi mejor amiga, Lali.

—¿Te gusta la cocina francesa? —pregunta.

—Me encanta —respondo. Sebastian y Lali son historia. Además, ahora estoy con Bernard Singer, no con un chico de instituto que no sabe lo que quiere.

El «pequeño restaurante francés a la vuelta de la esquina» se halla, en realidad, a varias manzanas. Y no es precisamente «pequeño». Es La Grenouille. Tan famoso que hasta yo he oído hablar de él.

Bernard agacha abochornado la cabeza cuando el *maître* le saluda por su apellido.

—*Bonsoir, monsieur Singer*. Tenemos su mesa de siempre.

Miro a Bernard con curiosidad. ¿Por qué no me ha dicho que era cliente asiduo?

El *maître* coge dos cartas y con una elegante inclinación de cabeza nos conduce a una encantadora mesa junto a la ventana.

Míster Esmoquin me retira entonces la silla, me desdobra la servilleta y la extiende sobre mi falda. Recoloca mis copas de vino, coge un tenedor, lo examina y, tras dar su aprobación, lo deja de nuevo junto a mi plato. Francamente, tanta atención me sobrepasa. Cuando el *maître* se marcha al fin, pido ayuda a Bernard con la mirada.

Está estudiando la carta.

—Yo no hablo francés. ¿Tú? —pregunta.

—*Un peu*.

—¿En serio?

—*Vraiment*.

—Debiste de ir a un colegio de elite. El único idioma que yo aprendí fue el de los puños.

—Ja.

—Y no se me daba nada mal —añade golpeando el aire—. A la fuerza. De niño era un alfeñique y el saco de arena de todo el mundo.

—¿Con esa altura? —señalo.

—No di el estirón hasta los dieciocho. ¿Y tú?

—Yo dejé de crecer a los seis.

—Ja, ja, ja, muy graciosa.

Y justo cuando la conversación empieza a despegar el *maître* regresa con una botella de vino blanco.

—Su Pouilly-Fuisse, monsieur Singer.

—Oh, gracias —dice Bernard, recuperando la vergüenza.

Todo esto es muy raro. El apartamento, el restaurante, el vino, seguro que Bernard es rico. ¿Por qué se empeña entonces en comportarse como si no lo fuera? O, mejor dicho, ¿como si ser rico fuera una carga?

Otro ritual para servir el vino. Cuando toca a su fin, suspiro aliviada.

—Un poco fastidioso, ¿verdad? —dice Bernard, dando voz a mis pensamientos.

—¿Por qué les dejas hacerlo entonces?

—Para tenerlos contentos. Si no olisqueara el corcho se llevarían una decepción.

—Y podrías perder tu mesa especial.

—Llevo años intentando sentarme en aquella —señala una mesa vacía situada al fondo de la sala—, pero no me dejan. Parece Siberia —añade con un susurro melodramático.

—¿Hace más frío allí?

—Te congelas.

—¿Y esta mesa?

—Justo en el ecuador. —Hace una pausa—. Y tú... tú también estás en el ecuador. —Alarga un brazo y me coge la mano—. Me gusta tu atrevimiento —dice.

El chef no escatima en recursos, y después de una abrumadora cena de siete platos —entre ellos sopa, *soufflé*, dos postres y un delicioso vino de sobremesa que sabe a ambrosía—, miro el reloj y descubro que es poco más de medianoche.

—Debo irme.

—¿Por qué? ¿Te convertirás en calabaza?

—Algo así —digo, pensando en Peggy.

Su siguiente paso queda girando en el aire como una perezosa bola de discoteca.

—Supongo que debería acompañarte a casa —dice al fin.

—¿Y cargarte todo esto? —Río.

—Hace mucho que no hacía «esto». ¿Y tú?

—Oh, soy una experta —bromeo.

Regresamos a mi edificio columpiando las manos.

—Buenas noches, gatita —dice deteniéndose justo delante de la puerta.

Se hace un silencio violento, hasta que Bernard decide actuar. Me levanta el

mentón y se inclina para darme un beso. Dulce y discreto al principio, va ganando vehemencia y termina justo antes de cruzar una línea lujuriosa imaginaria.

El beso me deja medio atontada. Bernard me mira con deseo, pero se decanta por un beso caballeroso en la mejilla y un apretón de mano.

—Te llamaré mañana, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. —Me cuesta respirar.

Lo veo adentrarse en la noche. Al llegar a la esquina se da la vuelta y me dice adiós con la mano. Cuando ha desaparecido por completo, entro en el edificio.

Avanzo sigilosamente por el pasillo apoyándome en la pared verde guisante y preguntándome por qué querría alguien pintar un pasillo de un color tan feo. Cuando llego a la puerta del apartamento introduzco cuidadosamente la llave en la primera cerradura. Gira con un chasquido que me sobresalta.

Contengo la respiración, preguntándome si Peggy lo ha oído y, de ser así, qué hará. Pero después de no oír nada durante varios segundos, introduzco la llave en la segunda cerradura.

Gira con igual suavidad, lo que quiere decir que ahora tendría que poder entrar en el apartamento. Giro el pomo y empujo. La puerta no se mueve.

Hum. A lo mejor Peggy no ha echado la llave y yo he acabado por atrancar la puerta. No parece propio de ella, pero aun así pruebo a girar las cerraduras en la otra dirección para asegurarme.

No hay suerte. La puerta cede exactamente un milímetro y no pasa de ahí, como si alguien la hubiera bloqueado con un mueble.

El cerrojo, pienso mientras el pánico se apodera de mí. Una barra de metal que cruza la puerta y solo puede abrirse y cerrarse por dentro. En teoría, solo debemos utilizarlo en casos de emergencia, como una guerra nuclear, un apagón o un ataque zombi. Por lo visto, Peggy ha decidido saltarse su estúpida regla y utilizar el cerrojo para darme una lección.

Mierda. Una de dos, o la despierto o duermo en el rellano.

Araño la puerta.

—¿L'il? —susurro con la esperanza de que esté despierta y me oiga—. ¿L'il?

Nada.

Me derrumbo en el suelo y descanso la espalda contra la pared. ¿Hasta ese punto me detesta Peggy? ¿Y por qué? ¿Qué le he hecho?

Pasa otra media hora y me rindo. Me hago un ovillo abrazada a mi bolso Carrie e intento conciliar el sueño.

Y creo que lo consigo, porque lo siguiente que oigo es la voz de L'il bisbiseando:

—Carrie, ¿estás bien?

Abro los ojos preguntándome dónde demonios estoy y qué demonios hago en el rellano.

Entonces lo recuerdo. Peggy y su maldito cerrojo.
L'íl se lleva un dedo a los labios y me hace señas para que entre.
—Gracias —le digo con los labios. Asiente y cerramos la puerta con sumo sigilo.
Me detengo para ver si oigo a Peggy, pero solo hay silencio.
Vuelvo a echar el cerrojo.

A la mañana siguiente, quizá amansada por su supuesta victoria, Peggy duerme hasta las nueve. Eso permite a las Prisioneras de la Séptima Avenida disfrutar de una muy necesitada hora extra de sueño.

Pero una vez que Peggy se pone en marcha, se pone en marcha. Y aunque el silencio por la mañana nunca ha sido su fuerte, hoy parece estar de un humor especialmente bueno.

Está tarareando canciones de musicales.

Giro sobre mi cama y golpeteo el contrachapado con suavidad. L'il responde de igual modo, indicándome con ello que está despierta y que también ha oído el tarareo.

Me escurro bajo las sábanas y me subo la colcha hasta la nariz. Si me tumbo boca arriba y me cubro la cabeza con la almohada tal vez Peggy no repare en mí. Era un truco que mis hermanas y yo perfeccionamos cuando éramos niñas. Pero ahora estoy algo más crecida, y Peggy, con sus ojos de cuervo, seguro que repara en los bultos. Podría esconderme debajo de la cama.

«Esto es ridículo», me digo.

Se acabó, voy a enfrentarme a Peggy. Llena de brío, me levanto de un salto y pego la oreja a la puerta.

Puedo oír el agua de la ducha, acompañada de la interpretación particularmente estridente de Peggy de «I Feel Pretty» de *West Side Story*.

Pongo la mano en el pomo y aguardo.

Finalmente el agua deja de correr. Me imagino a Peggy secándose con la toalla y aplicándose cremas en el cuerpo. Se lleva sus artículos de tocador al cuarto de baño en una cesta de plástico que guarda en su habitación. Otro deliberado recordatorio de que nadie debe utilizar sus valiosísimas pertenencias a sus espaldas.

Cuando oigo que la puerta del cuarto de baño se abre, salgo a la sala de estar.

—Buenos días, Peggy.

Lleva el pelo envuelto en una toalla rosa y viste una bata de felpilla y unas zapatillas afelpadas con forma de oso. Al oír mi voz, sus brazos salen disparados hacia arriba y casi sueltan la cesta.

—Me has dado un susto de muerte.

—Lo siento. Si ya has terminado en el cuarto de baño...

Puede que después de todo Peggy no sea tan mala actriz, porque se recupera al instante.

—Volveré a necesitarlo dentro de un minuto. He de secarme el pelo.

—Vale.

Nos miramos fijamente, preguntándonos quién sacará primero el tema del cerrojo. Yo no digo nada, y Peggy tampoco. Esboza una sonrisa ladina y entra en su habitación.

No piensa mencionarlo.

Aunque tampoco tiene por qué. Ha dejado bien claro que no bromea.

Entro en el cuarto de baño. Si ella no piensa decirme nada, yo desde luego tampoco.

Cuando salgo, Peggy está delante de la puerta con un secador en la mano.

—Disculpa —digo sorteándola.

Se mete de nuevo en el cuarto de baño y cierra la puerta.

Cuando el runrún del secador invade el apartamento aprovecho para ir a ver a L'il. Es tan menuda que parece una muñeca que alguien ha acostado bajo el edredón. Su rostro blanco y redondeado parece de porcelana.

—Se está secando el pelo —le informo.

—Deberías entrar sin que te oiga y arrojar el secador al lavamanos.

Ladeo la cabeza. El runrún ha cesado bruscamente y regreso a mi celda. Me desplomo en la silla, frente a la vieja máquina de escribir Royal de mi madre.

Unos segundos después, tengo a Peggy detrás. Me encanta lo mucho que insiste en que respetemos su intimidad y lo poco que cree que nosotras merezcamos igual trato, irrumpiendo como irrumpe en nuestros cuartos cuando le da la santísima gana.

Está bebiendo su ubicua lata de Tab. Debe de ser como leche materna para ella, buena en cualquier ocasión, incluso en el desayuno.

—Esta tarde tengo una audición y necesito silencio en el apartamento mientras ensayo. —Contempla mi máquina de escribir con suspicacia—. Espero que no tengas planeado utilizar ese ruidoso cacharro. Tienes que comprarte una máquina de escribir eléctrica, como todo el mundo.

—Me encantaría, pero ahora mismo no puedo permitírmelo —contesto, tratando de no sonar sarcástica.

—Ese no es mi problema, ¿no crees? —dice con más sacarina que seis latas de refresco sin azúcar.

—Es ese *picorcillo*. —Pausa—. No. Es ese *picorcillo*. Mierda. *Es ese picorcillo*.

Sí, es cierto. Peggy tiene una audición para un anuncio de hemorroides.

—¿Qué esperabas? —dice L'il con los labios—. ¿Que fuera un anuncio de joyas? Se mira en un espejo de mano y se retoca el colorete.

—¿A dónde vas? —le susurro indignada, como si no pudiera creer que vaya a dejarme sola con Peggy y su picorcillo.

—Por ahí —dice toda misteriosa.

—¿Por ahí dónde? —Sintiéndome como Oliver Twist pidiendo un poco más de comida, le pregunto—: ¿Puedo ir contigo?

De pronto se aturulla.

—No, no puedes. Tengo que...

—¿Qué?

—Ver a alguien —responde al fin.

—¿A quién?

—A una amiga de mi madre. Es muy vieja. Está en el hospital. No puede recibir visitas.

—¿Y por qué puede verte a ti?

Se pone colorada y levanta el espejito, como si quisiera bloquear mi interrogatorio.

—Porque soy como de la familia. —Se toquetea las pestañas—. ¿Qué vas a hacer tú?

—Aún no lo he decidido —refunfuño mientras la miro con desconfianza—. ¿No quieres saber cómo me fue ayer con Bernard?

—Claro. Cuéntame.

—Fue muy interesante. Su ex esposa se llevó todos los muebles. Luego fuimos a La Grenouille.

—Qué bien.

L'il está irritantemente distraída esta mañana. Me pregunto si es porque Peggy me dejó fuera o por algo totalmente distinto. En cualquier caso, estoy segura de que miente sobre la amiga enferma de su madre. ¿Quién se pone colorete y rímel para ir a un hospital?

Pero de pronto ya no me importa, porque he tenido una idea.

Entro rápidamente en mi cubículo y regreso con mi bolso Carrie. Hurgo en su interior y saco un trozo de papel.

—Voy a hacerle una visita a Samantha Jones.

—¿Quién es? —murmura L'il.

—¿La mujer que me dejó dormir en su apartamento? —le pregunto en un intento de refrescarle la memoria—. ¿La prima de Donna LaDonna? Me dejó veinte dólares y voy a devolvérselos. —Eso no es más que una excusa, naturalmente. Para salir del apartamento y para hablarle a Samantha de Bernard.

—Buena idea. —L'il baja el espejo y me sonrío como si no hubiera oído una palabra de lo que le he dicho.

Abro el bolso para guardar nuevamente el papel y encuentro la invitación a la

fiesta en The Puck Building. La agito delante de su cara.

—Esa fiesta es esta noche. Deberíamos ir.

L'él parece escéptica.

—Estoy segura de que en Nueva York cada noche hay una fiesta.

—Yo también —replico—. Y pienso ir a todas.

El edificio de oficinas de acero y cristal de Samantha es un imponente bastión de empresas serias. El vestíbulo tiene el aire acondicionado a tope y hay gente variopinta corriendo de un lado a otro, agobiada e irritada. Encuentro el nombre de la compañía de Samantha —Slovey, Dinall Advertising— y entro en el ascensor para subir a la planta vigésimo sexta.

El trayecto en ascensor me inquieta un poco. Nunca he subido hasta una planta tan alta. ¿Y si le ocurre algo al aparato y nos estrellamos contra el suelo?

Pero nadie más parece preocupado. Todos tienen la mirada puesta en los números que marcan las plantas, inexpresivos, ignorando deliberadamente que hay al menos media docena de personas en el espacio de un armario grande. Me digo que debe de ser el protocolo en los ascensores y trato de imitar su actitud.

Pero no acabo de pillarla, porque consigo atraer la mirada de una mujer madura que sostiene un fajo de carpetas contra el pecho. Desvía raudamente los ojos cuando le sonrío.

Se me ocurre entonces que aparecer de improviso en el lugar de trabajo de Samantha quizá no sea una buena idea. Así y todo, cuando el ascensor se abre, salgo y merodeo por el vestíbulo enmoquetado hasta que vislumbro dos enormes puertas con las palabras SLOVEY, DINALL ADVERTISING INCORPORATED grabadas en el cristal. Al otro lado hay un mostrador enorme y, sentada detrás, una mujer pequeña con un pelo que se eleva en púas afiladas. Tras darme un repaso, dice:

—¿En qué puedo ayudarla? —con una voz tan chillona que parece que sea su nariz la que habla y no su boca.

Esto es muy desconcertante, y con un titubeo con el que pretendo transmitirle que espero no estar molestándola, digo:

—¿Samantha Jones? Solo quiero...

Me dispongo a decir que solo quiero dejar veinte dólares para ella en un sobre cuando la mujer me indica que tome asiento y descuelga el teléfono.

—Samantha Jones tiene una visita —aúlla al auricular. Me pregunta entonces mi nombre—. Su ayudante vendrá a buscarla —dice cansinamente, hecho lo cual abre un libro de bolsillo y se pone a leer.

La zona de recepción está decorada con pósters de anuncios, algunos de los cuales parecen de los años cincuenta. Me sorprende que Samantha Jones tenga su propia ayudante. No parece lo bastante mayor para ser jefa de nadie, pero supongo

que Donna LaDonna tenía razón cuando dijo que su prima era «un pez gordo de la publicidad».

Transcurridos unos minutos, aparece una mujer joven vestida con traje azul marino, camisa celeste con lazo holgado y zapatillas de correr azules.

—Sígueme —me ordena.

Me levanto de un brinco y troto detrás de ella por un laberinto de cubículos, teléfonos que no paran de sonar y bramidos masculinos.

—La gente aquí parece algo malhumorada —bromeo.

—Porque lo está —espeta al tiempo que se detiene frente a la puerta abierta de un despacho pequeño—. Excepto Samantha —añade—. Ella siempre está de buen humor.

Samantha alza la vista y señala la silla que tiene delante. Está sentada detrás de una mesa de formica con un conjunto prácticamente idéntico al de su ayudante con excepción de las hombreras, que son mucho más anchas. A lo mejor, cuanto más anchas son tus hombreras más importante eres. Tiene la oreja pegada a un teléfono enorme.

—Por supuesto, Glenn —dice, haciendo con la mano el gesto de enrollarse como una persiana—. El Century Club es perfecto, pero no entiendo por qué los centros de flores han de tener forma de pelota de béisbol... Ya sé que es lo que a Charlie le gustaría, pero yo siempre he pensado que la boda es el gran día de la novia... Por supuesto... Lo siento, Glenn, tengo una reunión. He de dejarte —continúa, cada vez más exasperada—. Te llamaré más tarde, te lo prometo. —Y poniendo los ojos en blanco, cuelga con contundencia, levanta la vista y sacude la cabeza.

»La madre de Charlie —explica—. No llevamos ni dos minutos prometidos y ya me está volviendo loca. Si vuelvo a casarme, me saltaré lo del compromiso e iré directamente al Ayuntamiento. En cuanto te prometes, te conviertes en propiedad pública.

—Entonces no habrá sortija —digo, súbitamente intimidada por Samantha, su despacho y su vida glamourosa.

—Me temo que tienes razón —reconoce—. Si pudiera encontrar a alguien a quien subalquilar mi apartamento...

—¿No vas a mudarte con Charlie?

—Dios, está claro que eres un gorrioncillo. Cuando tienes un apartamento como el mío, de renta antigua y por solo doscientos veinticinco dólares al mes, no lo sueltas ni muerta.

—¿Por qué no?

—Porque la vivienda es carísima en esta ciudad. Y puede que algún día necesite volver, si las cosas no funcionan con Charlie. No estoy diciendo que no vayan a funcionar, pero con los hombres de Nueva York nunca se sabe. Son unos malcriados.

Son como niños en una tienda de caramelos. Si tienes un chollo, lo lógico es que quieras conservarlo.

—¿Como Charlie? —digo, preguntándome si él también es un chollo.

Sonríe.

—Eres rápida, gorrioncillo. Ya que lo mencionas, Charlie es decididamente un chollo. Incluso con su obsesión por el béisbol. Quería ser jugador, pero su padre, como es lógico, no le dejó.

Asiento alentadoramente. Parece que Samantha tiene ganas de hablar, y yo soy como una esponja dispuesta a absorber hasta la última palabra.

—¿Su padre?

—Alan Tier.

Cuando la miro sin comprender, añade:

—¿Los Tier? ¿La megafamilia de los negocios inmobiliarios? —Menea la cabeza para indicar que no tengo remedio—. Charlie es el hijo mayor. Su padre confía en que se haga cargo del negocio.

—Entiendo.

—Y ya va siendo hora. Ya conoces a los hombres —dice, como si también yo fuera una experta en tíos—. Si un hombre no te pide que te cases con él o como mínimo que vivas con él después de dos años juntos, nunca lo hará. Significa que solo le interesa pasarlo bien. —Cruza los brazos y pone los pies sobre la mesa—. A mí me interesa pasarlo bien tanto como a cualquier hombre, pero la diferencia entre Charlie y yo es que mi reloj hace tictac y el suyo no.

¿Relojes? ¿Tictac? Ignoro de qué está hablando, pero asiento de todos modos con la cabeza.

—Puede que él no tenga un calendario, pero yo sí. —Levanta una mano y marca cada hito con un dedo—. Casada a los veinticinco. Despacho haciendo esquina a los treinta. Y entre una cosa y otra, hijos. Por eso cuando salió aquel artículo sobre los solteros decidí que había llegado el momento de hacer algo con respecto a Charlie. De acelerar las cosas, vaya.

Aparta algunos papeles que descansan sobre su mesa para coger un manoseado ejemplar de *The New York Magazine*.

—Mira. —Me lo tiende. El titular reza LOS SOLTEROS DE ORO DE NUEVA YORK sobre una fotografía de varios hombres posando como un equipo deportivo en un anuario escolar—. Ese es Charlie. —Señala a un hombre con la cara parcialmente tapada por una gorra de béisbol—. Le dije que no se pusiera esa estúpida gorra, pero no me hizo caso.

—¿Todavía interesan esas cosas? —pregunto—. ¿No están los solteros de oro pasados de moda?

Samanta ríe.

—Muchacha, decididamente eres una paleta. Ojalá no interesaran, pero interesan.

—Vale...

—Así que rompí con él.

Sonríó con complicidad.

—Pero ¿si querías estar con él...?

—Lo haces para que se dé cuenta de que quiere estar contigo.

Baja los pies y rodea la mesa. Yergo la espalda, consciente de que me dispongo a recibir una valiosa lección en el manejo de los hombres.

—El rasgo más destacado de un hombre —comienza a explicar— es el ego. Cuando rompí con Charlie, se puso furioso. No podía creer que yo fuera capaz de dejarle, y no tuvo más remedio que arrastrarse ante mí. Yo, naturalmente, me hice la dura. «Charlie», le dije, «sabes que estoy loca por ti, pero si yo no me respeto, ¿quién lo hará? Si realmente te importo, y me refiero como persona, no solo como amante, vas a tener que demostrarlo. Vas a tener que *comprometerte*».

—¿Y lo hizo? —pregunto desde el borde de la silla.

—Es evidente que sí —responde mientras agita en alto su dedo anular—. Y fue una suerte que los Yankees estuvieran en esos momentos en huelga.

—¿Los Yankees?

—Ya te he dicho que el béisbol es su obsesión. No imaginas la de partidos que he tenido que tragarme estos dos últimos años. A mí me va más el fútbol, pero no cesaba de repetirme que algún día obtendría mi recompensa. Y así fue. Sin béisbol, Charlie no tenía nada que lo distrajera. Y *voilà* —dice, señalando su mano.

Aprovecho ese momento para mencionar a Bernard.

—¿Sabías que Bernard Singer estuvo casado?

—Claro. Con Margie Shephard, la actriz. ¿Por qué? ¿Le has visto?

—Anoche —digo sonrojándome.

—¿Y?

—Nos besamos.

—¿Eso es todo? —Parece decepcionada.

Me remuevo en mi silla.

—Acabo de conocerle.

—Bernard lo está pasando muy mal ahora mismo, y no me extraña. Margie se pasó un montón con él. Le engañó con uno de los actores de su obra.

—¿Bromeas? —digo, horrorizada.

Samantha se encoge de hombros.

—No es ningún secreto, salió en todos los periódicos. A Bernard no le sentó nada bien, pero yo siempre digo que la mala publicidad no existe. Además, Nueva York es una ciudad pequeña. De hecho, muy pequeña si la miras bien.

Asiento lentamente. Nuestra entrevista da la impresión de haber tocado a su fin.

—Quería devolverte los veinte dólares que me dejaste —me apresuro a decir al tiempo que rebusco en mi bolsillo. Saco un billete de veinte dólares y se lo tiendo.

Acepta el billete y sonrío. Luego rompe a reír. De repente siento que me gustaría poder reírme como ella, con ese timbre cómplice y cantarín.

—Me sorprendes —dice—. No esperaba volver a saber de ti ni de mis veinte dólares.

—Y quería darte las gracias por dejarme el dinero y por llevarme a la fiesta. Y por presentarme a Bernard. Si hay algo que pueda hacer...

—Nada —dice poniéndose de pie. Me acompaña hasta la puerta y me ofrece la mano—. Buena suerte. Y si algún día necesitas otros veinte, ya sabes dónde estoy.

—¿Estás segura de que no ha llamado nadie? —pregunto a L'il por enésima vez.

—Llevo aquí desde las dos. El teléfono no ha sonado ni una sola vez.

—A lo mejor ha llamado cuando te has ido a ver a la amiga de tu madre al hospital.

—Peggy estaba en casa —señala L'il.

—A lo mejor ha llamado y Peggy no me lo ha dicho. A propósito.

L'il da a su pelo un cepillado enérgico.

—¿Por qué iba a hacer algo así?

—¿Porque me odia? —pregunto mientras me pongo brillo en los labios.

—Os visteis anoche —dice L'il—. Los tíos nunca llaman al día siguiente. Les gusta tenerte en ascuas.

—A mí no me gusta que me tengan en ascuas, y dijo que me llamaría... —Me interrumpo al oír el teléfono—. ¡Es él! —grito—. ¿Puedes contestar tú?

—¿Por qué? —rezonga.

—Porque no quiero parecer impaciente. No quiero que piense que llevo todo el día sentada al lado del teléfono.

—¿Aunque sea así? —Pero contesta de todos modos. La miro expectante mientras asiente con la cabeza y me tiende el auricular—. Es tu padre.

Cómo no. No podría llamar en peor momento. Ayer le telefoneé y le dejé un mensaje a Missy, pero no me devolvió la llamada. ¿Y si Bernard intenta llamar mientras estoy hablando con mi padre?

—Hola, papá —suspiro.

—¿«Hola, papá»? ¿Así saludas a tu padre, al que no has telefoneado desde que llegaste a Nueva York?

—Te he llamado, papá. —Mi padre suena un poco extraño. No solo está de excelente humor, sino que no parece recordar que le llamé. Pero mejor así. Han ocurrido tantas cosas desde mi llegada a Nueva York (seguro que no todas buenas en opinión de mi padre) que estaba temiendo esta conversación. Innesariamente, por

lo que veo.

—He estado muy ocupada —digo.

—Estoy seguro.

—Pero todo me va de maravilla.

—Me alegro. Ahora que sé que sigues viva, puedo descansar tranquilo. —Y tras un fugaz adiós, cuelga.

Qué raro... Mi padre siempre ha sido un hombre despistado, pero nunca le he visto tan entusiasta y desapegado. Me digo que se debe únicamente a que, como la mayoría de los hombres, detesta el teléfono.

—¿Estás lista? —me pregunta L'il—. Eres tú la que quería ir a esa fiesta, y no podemos volver muy tarde. No quiero que esta vez Peggy nos deje fuera a las dos.

—Estoy lista —suspiro. Cojo mi bolso Carrie y la sigo con una última mirada anhelante al teléfono.

Minutos después estamos caminando por la Segunda Avenida, desternillándonos con nuestras mejores imitaciones de Peggy.

—Cómo me alegro de tenerte de compañera de piso —dice L'il, cogiéndome del brazo.

Hay cola para entrar en The Puck Building, pero a estas alturas ya hemos comprendido que en Nueva York hay que hacer cola para todo. Hemos pasado por delante de tres colas en la Segunda Avenida: dos para el cine y una para una quesería. Ni L'il ni yo podíamos entender por qué tanta gente sentía la necesidad de comprar queso a las nueve de la noche, pero lo hemos marcado como otro fascinante misterio de Manhattan.

Aunque la cola avanza bastante deprisa, y pronto nos descubrimos en un enorme espacio con una juventud increíblemente variopinta. Hay roqueros con chupas de cuero y punkies con piercings y pelos de estrambóticos colores. Chándals y gruesas cadenas y relojes de oro. Una bola de espejitos gira en el techo, pero la música es completamente desconocida para mí, discordante, inquietante e insistente, la clase de música que te exige bailar.

—¡Vamos a buscar una copa! —grito a L'il.

Nos abrimos paso hasta un bar montado sobre un largo tablón de contrachapado.

—¡Eh! —exclama una voz.

Es el rubio arrogante de nuestra clase. Capote Duncan. Tiene el brazo sobre el hombro de una chica de una delgadez angustiosa, con pómulos como icebergs. «Debe de ser modelo», pienso irritada, y me digo que a lo mejor L'il tenía razón sobre el éxito de Capote con las chicas.

—Le estaba diciendo a Sandy —dice con un ligero acento sureño mientras señala a la asustada chica— que esta fiesta parece extraída de *Por el camino de Swann*.

—¡Pues yo estaba pensando en Henry James! —grita L'il a su vez.

—¿Quién es ese Henry James? —pregunta la tal Sandy—. ¿Está aquí?

Capote sonrío como si la chica hubiera dicho algo encantador y le estrecha un poco más el hombro.

—No, pero podría estar si quisieras.

Ahora ya no me cabe la menor duda. Capote es gilipollas. Y como nadie me hace caso, decido ir a buscarme una copa y reunirme luego con L'il.

Me doy la vuelta y en ese momento la veo. La chica del pelo rojo de Saks. La chica que encontró mi bolso Carrie.

—¡Hola! —exclamo agitando enérgicamente un brazo, como si me hubiera topado con una vieja amiga.

—Hola, ¿qué? —me pregunta ofendida antes de dar un sorbo a su cerveza.

—¿No te acuerdas de mí? Soy Carrie Bradshaw. Encontraste mi bolso. —Sostengo el bolso delante de su cara para refrescarle la memoria.

—Ah, sí —dice sin demasiado entusiasmo.

No parece que tenga ganas de continuar la conversación, pero, por la razón que sea, yo sí. De repente siento el deseo de aplacarla, de caerle bien.

—¿Por qué lo haces? —le pregunto—. Lo de protestar.

Me mira con petulancia, como si no le mereciera la pena molestarse en responder.

—Porque es importante.

—Ah.

—Y trabajo en el centro de mujeres maltratadas. Deberías ofrecerte como voluntaria. Eso te sacaría de la seguridad de tu pequeño mundo —brama por encima de la música.

—Pero... ¿eso no te hace pensar que todos los hombres son malos?

—No, porque sé que todos los hombres son malos.

Ni siquiera sé por qué estoy teniendo esta conversación, pero no parece que pueda dejarla, y tampoco a ella.

—¿Qué me dices de enamorarse? ¿Cómo puedes tener un novio o un marido sabiendo esas cosas?

—Buena pregunta. —Bebe otro sorbo de cerveza y fulmina la sala con la mirada.

—¡Te lo dije de corazón! —grito para recuperar su atención—. Lo de que me gustaría agradecértelo de algún modo. ¿Puedo invitarte a un café? Quiero que me cuentes más sobre... lo que haces.

—¿En serio? —pregunta con desconfianza.

Asiento enérgicamente con la cabeza.

—De acuerdo —cede al fin—. Puedes telefonarme.

—¿Cómo te llamas?

Vacila.

—Miranda Hobbes. H-o-b-b-e-s. Puedes pedir mi número a información.
Y mientras se aleja asiento con la cabeza y hago el signo de marcar.

— **E**s seda china, de la década de los treinta.
 Acaricio el tejido azul y lo giro. Tiene un dragón dorado cosido en la espalda. La bata probablemente cueste mucho más de lo que puedo pagar, pero aun así me la pruebo. Las mangas me cuelgan sobre los costados como alas plegadas. Podría volar con ellas.

—Te queda muy bien —dice el vendedor. Aunque quizá «vendedor» no sea la palabra más acertada para un tipo con sombrero *porkpie*, pantalones de cuadros y camiseta negra de Ramones. Puede que «proveedor» sea más apropiado. O «tratante».

Estoy en una tienda de ropa vintage llamada My Old Lady. Nombre que acaba resultando de lo más adecuado.

—¿De dónde sacáis estas cosas? —pregunto. No quiero quitarme la bata, pero me da miedo preguntar el precio.

El propietario se encoge de hombros.

—Las trae la gente. En su mayoría pertenecen a viejos parientes que han fallecido. La basura de un hombre puede ser un tesoro para otro hombre.

—O para una mujer —le corrijo. Me armo de valor—. ¿Cuánto cuesta?

—¿Para ti? Cinco dólares.

—Oh. —Deslizo las mangas por mis brazos.

Mueve la cabeza de un lado a otro, pensativo.

—¿Cuánto puedes pagar?

—¿Tres dólares?

—Tres cincuenta. Esta cosa lleva meses dando vueltas. Necesito deshacerme de ella.

—¡Hecho! —exclamo.

Esta mañana, cuando he intentado enfrentarme a la máquina de escribir, me he quedado nuevamente en blanco. «Familia». Pensé que podría escribir sobre la mía, pero de repente se me antojaron tan ajenos a mí como los franceses. Los franceses me hicieron pensar en La Grenouille, y eso me hizo pensar en Bernard. Y en que aún no había llamado. Barajé la posibilidad de llamarle yo, pero me obligué a no flaquear. Pasó otra hora durante la cual me corté las uñas de los pies, me hice y deshice una

trenza y me busqué espinillas en la cara.

—¿Qué haces? —me preguntó L'il.

—Tengo el bloqueo del escritor.

—El bloqueo del escritor no existe —declaró—. Si no puedes escribir es porque no tienes nada que contar. O porque estás eludiendo algo.

—Hum —murmuré, pellizcándome la piel mientras me preguntaba si realmente tenía madera de escritora.

—No hagas eso —aulló L'il—. Solo conseguirás estropear la cara. ¿Por qué no sales a dar un paseo?

Y eso he hecho. Y sabía exactamente adónde ir. Al barrio de Samantha, donde había visto la tienda vintage de la Séptima Avenida.

Vislumbro mi reflejo en una ventana de cristal cilindrado y me detengo para admirar la bata. Espero que me dé buena suerte y me ayude a escribir. Estoy empezando a inquietarme. No quiero formar parte del 99,9 por ciento de los estudiantes fracasados de Viktor.

—¡Señor! —exclama L'il—. Tienes una pinta horrible.

—Me siento horrible, pero mira lo que me he comprado. —Giro sobre mí misma para exhibir mi nueva adquisición.

L'il me mira indecisa y caigo en la cuenta de lo frívola que debo de parecerle, comprando cuando debería estar escribiendo. ¿Por qué sigo eludiendo mi trabajo? ¿Porque tengo miedo de enfrentarme a mi falta de talento?

Me derrumbo en el confidente y me quito las sandalias.

—He tenido que caminar cincuenta manzanas y los pies me están matando. Pero ha valido la pena —añado en un esfuerzo por convencerme.

—He terminado mi poema —dice L'il como si tal cosa.

Sonrío, tragándome la envidia. ¿Acaso soy la única que ha de esforzarse aquí? L'il da la impresión de que nunca trabaja, aunque probablemente se deba a que tiene mucho más talento que yo.

—Y he comprado comida china —añade—. Cerdo moo shu. Ha sobrado un montón, si te apetece.

—Oh, L'il, no quiero comerme tu comida.

—Déjate de cumplidos. —Se encoge de hombros—. Además, tienes que comer. ¿Cómo vas a trabajar si tienes hambre?

Tiene razón. Y eso me permitirá aplazar la escritura unos minutos más.

L'il se sienta en mi cama mientras me zampo el cerdo moo shu directamente de la caja.

—¿Nunca tienes miedo? —le pregunto.

—¿De qué?

—De no ser lo bastante buena.

—¿Te refieres a como escritora?

Asiento.

—¿Y si soy la única persona que cree que tengo madera? ¿Y si me estoy engañando?

—Oh, Carrie... —dice sonriendo—. ¿Acaso no sabes que todos los escritores se sienten así? El miedo forma parte intrínseca de su trabajo.

Coge su toalla para darse un baño, y mientras está en ello consigo llenar un folio, y luego otro. Tecleo un título: «Hogar». Lo tacho y escribo: «Mi nuevo hogar». Eso me hace pensar en Samantha Jones. Me la imagino en su cama con dosel, luciendo lencería fina y comiendo bombones, que, por alguna extraña razón, es como imagino que pasa los fines de semana.

Aparto esos pensamientos de mi mente e intento concentrarme, pero ahora el dolor de pies es atroz y no me deja.

—¿L'il? —Llamo a la puerta del cuarto de baño—. ¿Tienes aspirinas?

—Creo que no —dice.

—Mierda. —Peggy tiene que tener aspirinas en alguna parte—. ¿Puedo entrar? —pregunto. L'il está en la bañera, bajo un suave manto de burbujas. Miro en el armario de las medicinas. Nada. Miro a mi alrededor y mis ojos se detienen en la puerta cerrada del dormitorio de Peggy.

«No lo hagas», pienso al recordar la última regla de Peggy. No podemos entrar en su cuarto. Nunca. Bajo ningún concepto. Su dormitorio está estrictamente *verboten*.

Abro la puerta con sigilo.

—¿Qué haces? —aúlla L'il al tiempo que sale precipitadamente de la bañera y agarra su toalla. Restos de burbujas le cubren los hombros.

Me llevo un dedo a los labios para silenciarla.

—Solo quiero una aspirina. Peggy es tan agarrada que seguro que esconde las aspirinas en su cuarto.

—¿Y si se da cuenta de que le faltan aspirinas?

—Ni siquiera Peggy puede estar tan pirada. —Abro un poco más la puerta—. Hay que estar muy loco para contar las aspirinas. Además —susurro—, ¿no te mueres de ganas de saber cómo es su habitación?

Tiene las persianas echadas, por lo que mis ojos tardan unos instantes en acostumbrarse a la penumbra. Cuando lo hacen, se me escapa un chillido.

La cama de Peggy está inundada de osos. No de osos de verdad, naturalmente, sino de osos de peluche, y de todas las clases posibles. Hay osos grandes y osos pequeños, osos con raquetas de tenis y osos con delantales. Osos de pelaje rosa y osos con orejeras. Hay incluso un oso que parece hecho exclusivamente con pinzas de la ropa.

—¿Ese es su gran secreto? —pregunta L'il decepcionada—. ¿Osos?

—Es una mujer madura. ¿Qué mujer madura tiene la habitación invadida de animales de peluche?

—A lo mejor los colecciona. Hay gente que lo hace.

—La gente normal, no. —Cojo el oso rosa y lo sostengo delante de la cara de L'il—. Hola —digo con voz cómica—. Me llamo Peggy y me gustaría explicarte algunas de mis reglas, pero primero he de ponerme mi mono de goma...

—Carrie, para —me suplica L'il, pero es demasiado tarde, ya nos estamos tronchando.

—Aspirinas —le recuerdo—. Si fueras Peggy, ¿dónde las guardarías? —Mis ojos viajan hasta el cajón superior de la mesita de noche. Como todo lo demás en el apartamento, es cutre, y cuando tiro de la perilla el cajón sale volando y el contenido cae al suelo.

—Ahora seguro que nos mata —gime L'il.

—No se lo diremos. —Me echo al suelo para recogerlo todo—. Además, son solo algunas fotos. —Empiezo a reunir las cuando la imagen de lo que me parece un pecho desnudo me sobresalta.

Observo la foto con detenimiento.

Luego pego un grito y la suelto como si quemara.

—¿Qué pasa? —grita L'il.

Me siento en el suelo sacudiendo la cabeza con incredulidad. Recojo la foto y la examino con más detenimiento aún, todavía dudosa. Pero es exactamente lo que pensaba que era. Miro las demás fotos mientras intento reprimir la risa. Son de Peggy, no hay duda, pero en todas ellas aparece desnuda.

Y no de cualquier manera. Posa como una modelo de revista porno.

Por desgracia, no parece precisamente una modelo de revista porno.

—¿L'il? —pregunto. Quiero ahondar en este misterio de por qué Peggy ha posado para estas fotografías y quién ha podido hacérselas, pero L'il no está. Oigo el suave cierre de la puerta de su cuarto, seguido del cierre, más fuerte, de la puerta principal. Y antes de que pueda reaccionar, tengo a Peggy delante.

Nos miramos petrificadas. Los ojos de Peggy aumentan de tamaño al tiempo que su cara pasa del rojo al azul, y me pregunto si la cabeza le va a explotar. Abre la boca y levanta un brazo.

La foto se me cae de los dedos y me encojo, aterrorizada.

—¡Fuera! ¡Fuera! —grita mientras me cubre la cabeza de manotazos.

Me pongo a cuatro patas y antes de que Peggy pueda entender qué está pasando, me escurro entre sus piernas y gateo hasta la sala. Me levanto, corro hasta mi cuarto y cierro la puerta.

La abre con vehemencia.

—Escucha, Peggy —empiezo, pero ¿qué puedo decir? Además, está gritando tanto que no me permite meter baza.

—En cuanto te vi supe que me darías problemas. ¿Quién demonios te crees que eres para atreverte a entrar en mi casa y revolver mis cosas? ¿Dónde te criaron? ¿En un establo? ¿Qué clase de bestia eres?

«¿Un oso?», quiero decir. Pero tiene razón. He violado su intimidad. Sabía que estaba mal y lo he hecho de todos modos. Aunque ha merecido la pena ver esas fotos.

—¡Quiero que tú y tus cosas salgáis ahora mismo de esta casa!

—Pero...

—Haberte pensado tus «peros» antes de entrar en mi dormitorio.

Cuando quiero darme cuenta, está sacando mi maleta de debajo de la cama y dejándola sobre el colchón.

—Empieza a recoger tus cosas —me ordena—. Saldré veinte minutos y cuando regrese será mejor que no te encuentre aquí. De lo contrario llamaré a la policía.

Agarra su bolso y se marcha furiosa.

Me quedo donde estoy, paralizada. La puerta de contrachapado se abre y entra L'il, blanca como la leche.

—Dios mío, Carrie —susurra—, ¿qué vas a hacer?

—Irme. —Agarro una pila de ropa y la meto en la maleta.

—Pero ¿adónde? Estamos en Nueva York y ya ha oscurecido. Es peligroso. No puedes pasearte sola por la calle. ¿Y si te atacan o te matan? ¿Por qué no vas al YMCA?

De repente estoy enfadada. Con Peggy y su irracionalidad.

—Tengo un montón de lugares a los que ir.

—¿Como cuales?

Buena pregunta.

Me pongo la bata china para que me dé buena suerte y cierro la maleta. L'il parece aturdida, como si no pudiera creer que vaya a llevar adelante mi plan. Sonrío débilmente y le doy un abrazo fugaz. Tengo un nudo de miedo en el estómago, pero estoy decidida a no dar marcha atrás.

L'il me sigue hasta la calle sin dejar de suplicarme que me quede.

—No puedes irte sin tener un lugar donde pasar la noche.

—En serio, L'il, estaré bien —insisto con mucha más seguridad de la que siento en realidad.

Levanto un brazo y detengo un taxi.

—¡Carrie, no te vayas! —me implora cuando meto la maleta y la máquina de escribir en el asiento de atrás.

El taxista se vuelve hacia mí.

—¿Adónde?

Cierro los ojos y hago un mohín.

Treinta minutos después, en la calle, bajo una lluvia torrencial, me pregunto en qué estaba pensando.

Samantha no está en casa. Supongo que en el fondo pensaba que si Samantha no estaba en su apartamento podría ir a casa de Bernard y abandonarme a su merced. Pero habiéndome gastado todo lo que tenía en un taxi, ya no me queda dinero para coger otro.

Un hilo de agua desciende por mi nuca. Tengo la ropa empapada y estoy asustada y deprimida, pero me digo que todo irá bien. Imagino que la lluvia limpia la ciudad y arrastra consigo a Peggy.

Pero otro trueno me hace cambiar de parecer, y de pronto estoy siendo atacada por agujas de hielo. La lluvia se ha transformado en granizo y tengo que encontrar un refugio.

Doblo la esquina arrastrando mi maleta y vislumbro una pequeña tienda con una cristalera. Al principio ni siquiera estoy segura de que sea una tienda, hasta que veo un letrero grande que dice NO SE ADMITEN CAMBIOS. NO LO PREGUNTE SIQUIERA. Miro por el cristal y veo una estantería llena de golosinas. Abro la puerta y entro.

Un hombre extraño y sin pelo que me recuerda a una remolacha hervida está sentado en un taburete tras un muro de plexiglás. El plástico tiene una pequeña abertura por donde puedes deslizar el dinero sobre del mostrador. Estoy empapando el suelo, pero al hombre no parece importarle.

—¿Qué quieres, muchacha? —me pregunta.

Miro desconcertada a mi alrededor. La tienda es aún más pequeña de lo que aparenta por fuera. Las paredes son delgadas y al fondo hay una puerta cerrada con pestillo.

Me asalta un escalofrío.

—¿Cuánto cuesta una chocolatina Hershey's?

—Veinticinco céntimos.

Introduzco una mano en el bolsillo, saco una moneda de veinticinco y la meto por la rendija. Cojo una chocolatina y le quito el envoltorio. Tiene bastante polvo, y al instante siento pena por el hombre. Por lo visto no vende mucho. Me pregunto cómo consigue sobrevivir.

Y luego me pregunto si yo conseguiré sobrevivir. ¿Y si Samantha no viene hoy a casa? ¿Y si se va al apartamento de Charlie?

No, tiene que venir a casa. Tiene que hacerlo. Cierro los ojos y me la imagino acodada en su mesa. «Eres un verdadero gorrioncillo», dice.

Y en ese momento, como si lo hubiera atraído con el pensamiento, un taxi se

detiene en la esquina y veo bajar a Samantha. Lleva la cartera apretada contra el pecho y la cabeza inclinada para protegerse de la lluvia. De repente se detiene con aire derrotado. Por el tiempo y, quizá, por algo más.

—¡Hola! —Salgo de la tienda y corro hacia ella agitando los brazos—. ¡Soy yo!

—¿Eh? —La he asustado, pero enseguida se repone—. Tú —dice apartándose la lluvia de la cara—. ¿Qué haces aquí?

Hago acopio de valor. Me encojo de hombros, como si estuviera acostumbrada a esperar en las esquinas bajo la lluvia.

—Me preguntaba si...

—Te han echado de tu apartamento —dice.

—¿Cómo lo sabes?

Ríe.

—Por la maleta y porque estás calada hasta los huesos. Además, es lo que suele ocurrirles a los gorrioncillos. Por Dios, Carrie, ¿qué voy a hacer contigo?

— ¡E stás viva! —L'il se me arroja al cuello.

—Claro que estoy viva —digo, como si cada día me echaran de un apartamento. Estamos delante de The New School, esperando para entrar.

—Estaba preocupada. —Retrocede para darme un repaso—. No tienes buen aspecto.

—Resaca —explico—. No pude evitarlo.

—¿Terminaste tu relato?

Me río. Mi voz suena como si la hubieran arrastrado por la acera.

—Qué va.

—Tendrás que contarle a Viktor lo ocurrido.

—¿Viktor? ¿Desde cuándo le llamas por el nombre de pila?

—¿No se llama así? —Entra en el edificio por delante de mí.

Sentí un alivio inmenso cuando Samantha hizo acto de presencia y me rescató explicando que había decidido darle a Charlie la noche libre para tenerlo en ascuas. Y me encantó descubrir que «noche libre» para Charlie significaba «noche de juerga» para Samantha, y que quería que la acompañara. No fue hasta que comprendí que para Samantha una noche de juerga entrañaba literalmente toda la noche cuando empecé a preocuparme.

Primero fuimos a un lugar llamado One Fifth. El interior era la réplica de un crucero y, aunque técnicamente se trataba de un restaurante, no había nadie comiendo. Al parecer nadie come en los restaurantes modernos, porque únicamente vas para que te vean. El camarero nos trajo una copa, y luego dos tíos nos invitaron a más copas, y después alguien decidió que debíamos ir a Xenon, una discoteca donde todo el mundo aparecía violeta bajo las luces negras. Era muy divertido, porque nadie actuaba como si fuera violeta, y justo cuando me estaba acostumbrando Samantha encontró a otra gente que se iba a una discoteca llamada The Saint, así que nos achuchamos en varios taxis y allí que fuimos. El techo estaba pintado como si fuera un cielo e iluminado con lucecitas sobre una pista de baile que giraba como un disco, y la gente se caía todo el rato. Luego me vi atrapada bailando con una pandilla de hombres con peluca y perdí a Samantha, pero volví a encontrarla en el cuarto de baño, donde podías oír a gente montándose. Bailé encima de un altavoz y se me

cayó un zapato, y no podía encontrarlo, y Samantha me obligó a irme sin él porque decía que tenía hambre, y aparecimos de nuevo en un taxi con más gente y Samantha obligó al taxista a detenerse en un *drugstore* de veinticuatro horas de Chinatown para ver si tenían zapatos. Curiosamente, tenían, pero eran chancletas de bambú. Me las probé junto con un sombrero puntiagudo, y por lo visto mi aspecto era tan cómico que todos quisieron tener sus chancletas de bambú y su sombrero puntiagudo. Finalmente conseguimos subirnos de nuevo al taxi, que nos llevó a una cafetería de aluminio donde comimos huevos revueltos.

Creo que llegamos a casa a eso de las cinco de la mañana. No me atreví a mirar el reloj, pero los pájaros ya estaban cantando. Quién iba a decir que había tantos pájaros en Nueva York. Pensando que sería incapaz de conciliar el sueño con ese barullo, me levanté y me puse a teclear. Quince minutos después, Samantha salía de su cuarto subiéndose un antifaz de terciopelo sobre la frente.

—Carrie —dijo—, ¿qué haces?

—Escribir.

—¿Te importaría dejarlo para mañana? —Soltó un gruñido de dolor—. Además, tengo unos calambres horribles. No lo llaman la «maldición» porque sí.

—Claro —dije toda aturullada. Lo último que necesitaba era irritarla a ella o a sus calambres.

Ahora, siguiendo la cuidada cabeza de L'il hasta la clase, me abrumba el sentimiento de culpa. Tengo que empezar a escribir. Tengo que ponerme seria.

Solo me quedan cincuenta y seis días.

Corro detrás de L'il y le toco el hombro.

—¿Ha llamado Bernard?

Niega con la cabeza y me mira con lástima.

Hoy tenemos el inmenso placer de analizar el relato del señor Capote Duncan. Lo último que me hace falta dado mi estado. Descanso la cabeza en la mano y me pregunto cómo voy a sobrevivir a esta clase.

—«Sostuvo la cuchilla entre los dedos. Un trozo de cristal. Un trozo de hielo. Su salvación. El sol era una luna. El hielo se transformó en nieve cuando se alejó, una peregrina perdida en una ventisca». —Capote se ajusta las gafas y sonrío con satisfacción.

—Gracias, Capote —dice Viktor Greene. Se encuentra en el fondo de la sala, desplomado en una silla.

—De nada —responde Capote como si nos hubiera hecho un gran favor.

Le observo detenidamente para intentar descubrir eso que L'il y por lo visto centenares de mujeres más de Nueva York, entre ellas modelos, le ven. Posee, eso sí, unas manos increíblemente masculinas, la clase de manos que parece que sabrían

manejar un velero o clavar un clavo o subirte por la pared de un pronunciado precipicio. Lástima que la personalidad no le acompañe.

—¿Algún comentario sobre el relato? —pregunta Viktor.

Me giro hacia Capote para clavarle una mirada asesina. Sí, quiero decir. Tengo un comentario. Su relato es pura bazofia. De hecho, casi vomito. Si hay algo que detesto es una historia romántica y empalagosa sobre una chica perfecta de la que todos los tíos se enamoran y que decide quitarse la vida porque es una chica tremendamente sensible, cuando en realidad lo que le pasa es que está pirada. Pero el tío, naturalmente, no es capaz de ver eso. Solo es capaz de ver su belleza. Y su tristeza.

Qué estúpidos pueden llegar a ser los tíos.

—¿Quién has dicho que era esa chica? —pregunta Ryan con un deje escéptico que me indica que no soy la única que piensa así.

Capote se pone tenso.

—Mi hermana. Pensaba que quedaba claro desde el principio.

—Pues me temo que no lo he captado —replica Ryan—. Lo que quiero decir es que, por la forma en que escribes sobre ella, no parece que sea tu hermana. Parece más bien una chica de la que estás enamorado. —Ryan está siendo muy duro con Capote, sobre todo teniendo en cuenta que son amigos. Pero así son las cosas en esta clase. Cuando entras en el aula eres, ante todo, escritor.

—Suenan un poco... incestuoso —añado.

Capote se vuelve hacia mí. Es la primera vez que da muestras de reparar en mi presencia, pero solo porque no le queda más remedio.

—De eso trata el relato. Y si no lo habéis pillado, no puedo ayudaros.

Insisto.

—Pero ¿eres realmente tú?

—Es ficción —espetá—. Naturalmente que no soy yo.

—Entonces, si no es tu hermana significa que podemos criticarla —dice Ryan mientras el resto de la clase ríe entre dientes—. No me gustaría decir algo malo sobre un miembro de tu familia.

—Un escritor ha de ser capaz de observar todo lo que forma parte de su vida con ojo crítico —señala L'il—, incluida su propia familia. Dicen que el artista ha de matar al padre para poder triunfar.

—Pero Capote no ha matado a nadie —digo—. Todavía. —La clase ríe.

—Este debate no puede ser más absurdo —opina Rainbow. Es la segunda vez que se digna hablar en clase, y su tono es de hastío, superior, destinado a ponernos en nuestro lugar. El cual parece estar muy por debajo del suyo—. Además, la hermana está muerta. ¿Qué importa lo que digamos de ella? La historia me parece genial. Me he identificado con el dolor de la hermana. Me ha parecido muy real.

—Gracias —dice Capote como si Rainbow y él fueran dos aristócratas rodeados

de campesinos.

Ahora ya no me cabe duda de que Rainbow se acuesta con él. Me pregunto si sabe lo de la modelo.

Capote se sienta y me descubro mirándole una vez más con descarada curiosidad. Vista de perfil, su nariz tiene personalidad —una protuberancia característica, de esas que se transmiten de generación en generación— «la nariz Duncan», probablemente la pesadilla de todos los miembros femeninos de la familia. Combinada con unos ojos demasiado juntos dicha nariz daría al rostro un aire de roedor, pero Capote tiene los ojos separados. Y ahora que me fijo, son de color azul oscuro.

—¿Puede leer su poema, L'il? —murmura Viktor.

El poema de L'il versa sobre una flor y su efecto en tres generaciones de mujeres. Cuando termina, el silencio es sepulcral.

—Maravilloso. —Viktor arrastra los pies hasta el frente de la clase.

—Cualquiera puede hacerlo —dice L'il con alegre modestia. Quizá sea la única persona auténtica de esta clase, probablemente porque ella sí tiene talento.

Viktor Greene se encorva y recoge su mochila. No alcanzo a imaginar qué guarda en ella además de papeles, pero el peso lo ladea peligrosamente como un barco escorado en el oleaje.

—Nos veremos el miércoles. Entretanto, para los que no han entregado aún su primer relato, les recuerdo que deben hacerlo el lunes como muy tarde. —Barre el aula con la mirada—. Y necesito ver a Carrie Bradshaw en mi despacho.

¿Eh? Miro a L'il, pensando que quizá ella conozca el motivo de tan inesperada convocatoria, pero se encoge de hombros.

A lo mejor Viktor Greene quiere decirme que esta clase no es para mí.

O a lo mejor quiere decirme que soy la alumna más talentosa y brillante que ha tenido en su vida.

O a lo mejor... me rindo. Quién sabe lo que puede querer. Me fumo un cigarrillo y subo a su despacho.

La puerta está cerrada. Llamo con los nudillos.

Se abre apenas una rendija y lo primero con lo que tropiezo es el enorme bigote de Viktor, seguido de su cara, tan flácida que parece que la piel y el músculo hayan renunciado a todo intento de aferrarse al cráneo. Abre sigilosamente la puerta y entro en una pequeña habitación abarrotada de hojas, libros y revistas. Levanta un legajo de papeles de la silla situada delante de su mesa y mira impotente a su alrededor.

—Allí —digo señalando una columna de libros relativamente baja que descansa sobre la repisa de la ventana.

—Ajá —dice, y planta los papeles encima, en precario equilibrio.

Ocupo mi silla al tiempo que él se desploma torpemente en la suya.

—Bien. —Se palpa el bigote.

«Sí, sigue ahí», quiero gritarle, pero no lo hago.

—¿Qué le parece esta clase? —pregunta.

—Buena, muy buena. —Estoy segura de que no cuela, pero no hay por qué darle munición.

—¿Cuánto hace que desea ser escritora?

—Desde que era niña, supongo.

—¿Supone?

—Lo sé. —¿Por qué las conversaciones con los profesores siempre giran en círculo?

—¿Por qué?

Me siento sobre las manos y le miro fijamente. Carezco de una buena respuesta a esa pregunta. «Soy un genio y el mundo no puede vivir sin mis palabras» resulta demasiado pretencioso y probablemente falso. «Me encantan los libros y quiero escribir la gran novela americana» es cierto, pero también lo que todo estudiante quiere, porque ¿por qué otra razón querrían estar en esta clase? «Es mi vocación» suena demasiado dramático. Y ahora que lo pienso, ¿por qué me hace esa pregunta? ¿No se da cuenta de que *debería* ser escritora?

Así pues, opto por callar y poner ojos como platos.

Eso tiene un efecto interesante. Viktor Greene parece súbitamente incómodo. Se remueve en su silla y abre y cierra un cajón.

—¿Por qué lleva ese bigote? —le pregunto.

—¿Eh? —Se cubre los labios con los dedos finos y amarillentos.

—¿Porque cree que forma parte de usted? —Nunca le he hablado a un profesor de ese modo, pero no estoy precisamente en el colegio. Estoy en un seminario. ¿Y quién dice que Viktor Greene ha de ser la autoridad?

—¿No le gusta mi bigote? —pregunta.

Un momento. ¿Viktor Greene es vanidoso?

—Desde luego que sí —digo mientras pienso que la vanidad es una debilidad, un punto flaco. Si eres vanidoso, deberías intentar disimularlo.

Me inclino ligeramente hacia delante para dar énfasis a mi admiración.

—Su bigote es realmente... eh... genial.

—¿Eso cree?

Caray, menuda caja de Pandora. Si Viktor supiera lo mucho que Ryan y yo nos burlamos de su bigote. Hasta le he puesto un mote. «Waldo». Aunque Waldo no es un bigote cualquiera. Puede tener aventuras sin Viktor. Va al zoo y a Studio 54, y el otro día incluso fue a Benihana, donde el chef lo confundió con un trozo de carne y lo hizo picadillo sin querer.

Pero Waldo se recompuso. Es inmortal e indestructible.

—Su bigote —prosigo— es como mi deseo de ser escritora. Forma parte de mí.

Ignoro qué querría ser si no quisiera ser escritora. —Pronuncio esa frase con contundencia, y Viktor asiente.

—Está bien —dice.

Sonrío.

—Me preocupaba que hubiera venido a Nueva York para hacerse famosa.

«¿Qué?»

Ahora sí que estoy desconcertada. Y algo ofendida.

—¿Qué tiene que ver mi deseo de ser escritora con el deseo de ser famosa?

Se humedece los labios.

—Algunas personas creen que escribir es algo glamouroso y cometen el error de pensar que es un buen vehículo para alcanzar la fama. Pero no lo es. Escribir requiere mucho trabajo. Años y años y años de duro trabajo, e incluso entonces la mayoría de los escritores no logra lo que esperaba.

«¿Como usted?», me pregunto.

—Eso no me preocupa, señor Greene.

Se retuerce el bigote con tristeza.

—¿Eso es todo? —Me levanto.

—Sí —dice—. Eso es todo.

—Gracias, señor Greene. —Le fulmino con la mirada y me pregunto qué tendría que decir Waldo al respecto.

Pero cuando salgo a la calle estoy temblando.

«¿Por qué no debería?», me digo en silencio. ¿Por qué no debería convertirme en una escritora famosa? Como Norman Mailer. O Philip Roth. Y F. Scott Fitzgerald y Hemingway y todos esos hombres. ¿Por qué no puedo ser como ellos? ¿Qué sentido tiene hacerse escritora si nadie lee lo que escribes?

Maldito Viktor Greene y The New School. ¿Por qué tengo que estar siempre demostrando mi valía? ¿Por qué no puedo ser como L'il y que todo el mundo me elogie y aliente? O como Rainbow, que se cree con derecho a todo. Apostaría cualquier cosa a que Viktor Greene nunca le ha preguntado a Rainbow por qué razón quiere ser escritora.

Pero ¿y si —me encojo— Viktor Greene tiene razón y en realidad no poseo madera de escritora?

Enciendo un cigarrillo y echo a andar.

¿Por qué he venido a Nueva York? ¿Por qué pensé que aquí podría conseguirlo?

Camino con paso rápido, deteniéndome únicamente para encender otro cigarrillo. Para cuando llego a la calle Dieciséis, calculo que casi me he fumado medio paquete.

Me siento fatal.

Una cosa es escribir para el periódico del colegio, pero Nueva York es otro nivel.

Es una montaña con un puñado de personas triunfadoras como Bernard en la cima y una masa de soñadores y luchadores como yo en la base.

Y luego está la gente como Viktor, que no teme decirte que nunca alcanzarás esa cima.

Tiro la colilla y la aplasto con furia. Un coche de bomberos desciende a toda velocidad por la avenida con la sirena sonando ensordecedora.

—¡Estoy cabreada! —grito, y mi frustración se mezcla con su gemido.

Un par de personas se vuelven para mirarme pero no se detienen. No soy más que otra chiflada en las calles de Nueva York.

Llego al edificio de Samantha, subo los escalones de dos en dos, descorro los tres cerrojos y me dejo caer sobre su cama. Lo cual, una vez más, me hace sentir como una intrusa. Tiene dosel, una colcha negra y lo que Samantha llama sábanas de seda, las cuales, asegura, ayudan a prevenir las arrugas. En realidad son de un poliéster superdeslizante, y he de mantener un pie apoyado contra uno de los postes para no resbalar hasta el suelo.

Agarro una almohada y me cubro la cabeza con ella. Pienso en Viktor Greene y en Bernard. Pienso en lo sola que estoy. En que me paso la vida luchando contra mi propia desesperación, tratando de convencerme de que debo intentarlo una vez más. Entierro la cara un poco más en la almohada.

Quizá debería tirar la toalla. Regresar a casa e ingresar en Brown dentro de dos meses.

La garganta se me cierra cuando pienso en abandonar Nueva York. ¿Voy a permitir que las palabras de Viktor Greene me hagan desistir? Necesito hablar con alguien, pero ¿con quién?

Esa chica. La del pelo rojo. La que encontró mi bolso Carrie. Parece la clase de persona que podría tener algo que decir sobre mi situación. Detesta vivir, y en estos momentos yo también.

¿Cómo se llamaba? Miranda. Miranda Hobbes, «H-o-b-b-e-s». Oigo su voz en mi cabeza.

Descuelgo el teléfono y marco el número de información.

Todos los hombres son una decepción, diga lo que diga la gente. —Miranda Hobbes fulmina la cubierta de *Cosmopolitan* con la mirada—. «Cómo cazarlo y conservarlo» —dice, leyendo el titular de la cubierta con una mueca de desprecio. Devuelve la revista al estante—. Aunque pudieras cazarlo, te garantizo que no merecerá la pena conservarlo.

—¿Qué me dices de Paul Newman? —Cuento cuatro dólares y entrego el dinero al cajero—. Estoy segura de que merece la pena conservarlo. Por lo menos Joanne Woodward así lo cree.

—En primer lugar, nadie sabe realmente lo que sucede dentro de un matrimonio. Y en segundo lugar, él es actor, lo que significa, por definición, que es un narcisista. —Contempla el paquete de muslos de pollo con desconfianza—. ¿Estás segura de lo que haces?

Meto los muslos de pollo, el arroz y el tomate en una bolsa haciendo ver que paso de sus celos. Lo cierto es que a mí también me inquieta un poco el pollo. Además, pese a ser minúsculo, el supermercado no está muy limpio que digamos. A lo mejor por eso nadie cocina en Nueva York.

—¿No crees que todos somos unos narcisistas? —pregunto—. Yo tengo la teoría de que la gente solo piensa en sí misma. Es la naturaleza humana.

—¿Es esto la naturaleza humana? —pregunta Miranda, todavía absorta en las revistas—. «Cómo acabar con la piel de naranja en treinta días». «Labios sensuales». «Cómo saber lo que él está pensando realmente». Yo puedo decirte lo que él está pensando realmente: nada.

Me río, en parte porque seguramente tiene razón y en parte porque me hallo en el atolondrado umbral de una nueva amistad.

Es mi segundo sábado en Nueva York, y lo que nadie te cuenta es lo mucho que se vacía la ciudad los fines de semana. Samantha se va a los Hamptons con Charlie, y la propia L'il me contó que se iba a las Adirondacks. Me dije que no me importaba. Ya había tenido una semana lo suficientemente movida y, además, tenía que escribir.

Y lo hice, al menos durante unas horas. Luego empecé a sentirme sola. Llegué a la conclusión de que en Nueva York existe un tipo de soledad especial, porque cuando empiezas a pensar en los millones de personas que hay ahí fuera comiendo,

comprando o yendo al cine o a un museo con amigos, te deprime no estar entre ellas.

Llamé por teléfono a Maggie, que está pasando el verano en Carolina del Sur, pero su hermana me dijo que se encontraba en la playa. Luego probé con Walt. Estaba en Princetown. Llamé incluso a mi padre, pero lo único que dijo fue lo impaciente que debía de estar por ingresar en Brown en otoño y que hablaría más pero tenía una cita.

Me habría gustado poder contarle lo mal que lo estaba pasando con mi clase de escritura, pero no tenía sentido. A mi padre nunca le ha interesado mi vocación de escritora; está convencido de que es una fase que se me pasará en cuanto llegue a Brown.

Luego hurgué en el armario de Samantha. Encontré unas botas Fiorucci de color azul neón que me gustaron especialmente y hasta me las probé, pero me iban grandes. También descubrí una cazadora de cuero de motorista que parecía pertenecer a su vida anterior, fuera la que fuese.

Llamé de nuevo a Miranda Hobbes. De hecho, la había llamado tres veces desde el jueves, pero no la había encontrado.

No obstante, parece ser que los sábados no sale a protestar, porque contestó al primer tono.

—¿Diga? —preguntó con recelo.

—¿Miranda? Soy Carrie Bradshaw.

—Ah.

—Me estaba preguntando... ¿Qué estás haciendo ahora mismo? ¿Te apetece tomar un café conmigo?

—No lo sé.

—Oh —dije, decepcionada.

Supongo que le di pena, porque me preguntó:

—¿Dónde vives?

—En Chelsea.

—Yo vivo en la calle Bank. Hay una cafetería a la vuelta de la esquina. Podemos quedar si no tengo que coger el metro.

Pasamos dos horas en la cafetería descubriendo todas las cosas que teníamos en común. Como que las dos fuimos al instituto de nuestro pueblo. Y que de niñas a las dos nos encantaba el libro *The Consensus*. Cuando le dije que conocía a la autora, Mary Gordon Howard, se echó a reír.

—No sé por qué, pero sospechaba que eras la clase de tía que la conocería.

Y en torno a otra taza de café empezamos a sentir el mágico convencimiento de que acabaríamos siendo amigas.

Luego decidimos que teníamos hambre, pero también reconocimos que apenas teníamos dinero. De ahí mi propuesta de que cocináramos algo.

—¿Por qué las revistas les hacen eso a las mujeres? —se queja Miranda fulminando *Vogue* con la mirada—. No hacen otra cosa que intentar crearles inseguridad, hacerles sentir que no son lo bastante buenas. Y cuando las mujeres sienten que no son lo bastante buenas, adivina qué pasa.

—¿Qué? —pregunto mientras recojo la bolsa con la comida.

—Que los hombres ganan. Así es como nos mantienen oprimidas —concluye.

—Salvo que el problema de las revistas de mujeres es que están escritas por mujeres —señalo.

—Eso solo demuestra lo arraigado que está el problema. Los hombres han convertido a las mujeres en coconspiradoras de su propia opresión. Si estás constantemente preocupada por los pelos de las piernas, ¿cómo vas a tener tiempo para asumir las riendas del mundo?

Quiero señalar que depilarse las piernas son cinco minutos, lo que deja mucho tiempo para asumir las riendas del mundo, pero sé que su pregunta es retórica.

—¿Estás segura de que a tu compañera de piso no le importará que suba? —me pregunta.

—En realidad no es mi compañera de piso. Está prometida y vive con su novio. Además, se ha ido a los Hamptons.

—Tienes suerte —dice Miranda mientras subimos las cinco plantas hasta el apartamento. En la tercera ya está resoplando—. ¿Cómo consigues hacer esto cada día?

—Es mejor que vivir con Peggy.

—Esa Peggy parece una pesadilla. La gente como ella debería hacer terapia.

—Probablemente la hace y no le está funcionando.

—Pues debería buscarse otro psicólogo —resopla Miranda—. Podría recomendarle al mío.

—¿Tú vas al psicólogo? —pregunto estupefacta mientras introduzco la llave en la cerradura.

—Claro. ¿Tú no?

—No. ¿Por qué debería?

—Porque todo el mundo necesita ir al psicólogo. De lo contrario, te pasas la vida repitiendo los mismos patrones malsanos.

—¿Y si no tienes patrones malsanos? —Abro la puerta.

Miranda entra y se desploma en el futón.

—Pensar que no tienes patrones malsanos ya es un patrón malsano. Y todo el mundo tiene algún patrón malsano adquirido en la infancia. Si no te enfrentas a él puede arruinarte la vida.

Abro las puertas voladizas de la pequeña cocina y dejo la bolsa en los escasos centímetros de encimera que hay junto al fregadero.

—¿Cuál es el tuyo? —pregunto.

—Mi madre.

Encuentro una sartén deformada en el horno, vierto un poco de aceite y enciendo uno de los dos fogones con una cerilla.

—¿Cómo sabes todo eso?

—Mi padre es psicólogo y mi madre una perfeccionista. Cada mañana, antes del colegio, se pasaba una hora peinándome. Por eso me corté y me teñí el pelo en cuanto logré librarme de ella. Mi padre dice que mi madre sufre culpa, pero yo pienso que es la típica narcisista. Todo tiene que ver con ella, incluida yo.

—Pero es tu madre —digo mientras introduzco los muslos de pollo en el aceite caliente.

—Y la odio. Pero no me importa, porque ella me odia a mí. No encajo en su estrecha visión de cómo debe ser una hija. ¿Qué me dices de tu madre?

Guardo silencio, pero Miranda no parece demasiado interesada en la respuesta. Está examinando la colección de fotografías que Samantha tiene sobre la mesita auxiliar con el celo de un antropólogo que acaba de descubrir una pieza de cerámica.

—¿Esta es la mujer que vive aquí? Por Dios, menuda ególatra. Sale en todas las fotos.

—Es su apartamento.

—¿No te parece extraño que la gente tenga fotografías suyas por toda la casa? Parece que estén intentando demostrar que existen.

—No la conozco tanto.

—¿Qué es? —pregunta con sorna—. ¿Actriz? ¿Modelo? ¿Quién tiene cinco fotografías de sí misma en biquini?

—Trabaja en publicidad.

—Otro negocio diseñado para hacer que las mujeres se sientan inseguras.

Se levanta y entra en la cocina.

—¿Dónde aprendiste a cocinar?

—Digamos que no me quedó más remedio.

—Mi madre intentó enseñarme, pero me negué en redondo. Rechazaba todo aquello que pudiera convertirme en el futuro en un ama de casa. —Se inclina sobre la sartén—. Aunque huele bastante bien.

—Y estará bueno. —Añado cinco centímetros de agua a la sartén. Cuando rompe a hervir, vierto el arroz, echo el tomate, bajo el fuego y tapo la sartén—. Y es barato. Tenemos un plato completo por cuatro dólares.

—Ahora que lo mencionas. —Miranda se lleva la mano al bolsillo y saca dos billetes de un dólar—. Mi parte. Odio estar en deuda con la gente. ¿Tú no?

Regresamos a la sala y nos acurrucamos cada una en una punta del sofá. Encendemos sendos cigarrillos e inhalamos el humo pensativamente.

—¿Y si no puedo convertirme en escritora y no me queda más remedio que casarme? ¿Y si tengo que pedirle dinero a mi marido? No podría hacerlo. Me detestaría.

—El matrimonio convierte a las mujeres en putas —declara Miranda—. El matrimonio en sí es una farsa.

—¡Estoy de acuerdo contigo! —No puedo creer que haya encontrado a alguien que comparte mis secretos recelos—. Pero si se lo dices a la gente, se te echa encima. Odian esa verdad.

—Eso es lo que les sucede a las mujeres cuando van contra el sistema. —Miranda maneja torpemente el cigarrillo. Sospecho que en realidad no es fumadora pero que, como todo el mundo fuma en Nueva York, quiere intentarlo—. Y yo pienso hacer algo al respecto —continúa, tosiendo.

—¿Qué?

—Todavía no lo he decidido. Pero algo haré. —Afila la mirada—. Tienes suerte de querer ser escritora. Así podrás cambiar las percepciones de la gente. Deberías escribir sobre la mentira que constituye el matrimonio. O incluso el sexo.

—¿El sexo? —Aplasto el cigarrillo en el cenicero.

—El sexo es la mayor farsa de todas. Te pasas la vida oyendo que tienes que reservarte para el matrimonio, que es algo tan especial, y cuando finalmente lo haces te preguntas «¿Eso es todo? ¿Eso es lo que todo el mundo nos ponía por las nubes?».

—No hablas en serio.

—Vamos —dice—. Tú lo has hecho.

Tuerzo el gesto.

—En realidad, no.

—¿En serio? —Se muestra sorprendida, luego pragmática—. Bueno, no importa, no te estás perdiendo nada. En realidad, si no lo has hecho te recomiendo que no lo hagas. Jamás. —Hace una pausa—. ¿Y lo peor de todo? Que una vez que lo has hecho tienes que seguir haciéndolo. Porque el tipo lo espera.

—Entonces, ¿por qué lo hiciste la primera vez? —pregunto, encendiendo otro cigarrillo.

—Por presión. Tuve el mismo novio durante todo el instituto. Aunque tengo que reconocer que sentía curiosidad.

—¿Y?

—Todo menos «eso» está bien —dice con total naturalidad—. «Eso» es, en sí, increíblemente aburrido. Eso es lo que nadie te dice, lo aburrido que es. Y duele.

—Tengo una amiga que la primera vez que lo hizo le encantó. Dijo que tuvo un orgasmo de verdad.

—¿Con el coito? —aúlla Miranda—. Miente. Todo el mundo sabe que las mujeres no pueden tener un orgasmo solo con el coito.

—Entonces, ¿por qué lo hace todo el mundo?

—¡Porque tienen que hacerlo! —prácticamente grita—. Y te quedas ahí tumbada, esperando que termine. Lo único bueno es que solo dura un minuto o dos.

—A lo mejor tienes que hacerlo mucho para que te guste.

—No. Yo lo he hecho al menos veinte veces y todas fueron igual de malas que la primera. —Cruza los brazos—. Ya lo verás. Y no importa con quién lo hagas. Lo hice con otro tío hace seis meses para asegurarme de que el problema no lo tenía yo, y fue igual de asqueroso.

—¿Y con un tío un poco mayor? —pregunto, pensando en Bernard—. Un tío con experiencia...

—¿De qué edad?

—¿Treinta?

—Aún peor —asegura—. Puede que tenga la cosa toda arrugada. No hay nada más asqueroso que una cosa arrugada.

—¿Alguna vez has visto una arrugada? —pregunto.

—No, y espero no tener que verla nunca.

—¿Y si lo hago y me gusta? —digo, riendo.

Miranda suelta una risita burlona, como si eso fuera imposible. Señala con el dedo la fotografía de Samantha.

SEGUNDA PARTE

BOCADO A LA GRAN MANZANA

¡Bernard!

«Bernard me ha llamado», trino como un pajarillo para mí, dando brincos por la calle Cuarenta y cinco, en el distrito de los teatros.

Por lo visto llamó a mi antiguo apartamento y Peggy le dijo que yo ya no vivía allí y que no tenía ni idea de adónde había ido. Luego Peggy tuvo el descaro de preguntarle si podía hacerle una prueba para su nueva obra de teatro. Bernard le sugirió con un tono frío que llamara a su director de casting, y de repente, como por arte de magia, Peggy recuperó la memoria en lo referente a mi paradero.

—Está en casa de una amiga. ¿Cindy? ¿Samantha?

Justo cuando había perdido la esperanza de que me llamara, Bernard, criatura, ató cabos y me telefoneó.

—¿Puedes reunirte conmigo en el teatro mañana al mediodía? —me preguntó.

Sin duda Bernard posee una idea extraña de cómo ha de ser una cita, pero al ser un niño prodigio es posible que viva al margen de las normas.

El distrito de los teatros es apasionante incluso de día: las luces centelleantes de Broadway, los pequeños y encantadores restaurantes, los teatros sórdidos prometiendo CHICAS EN VIVO, lo que me lleva a rascarme la cabeza. ¿Hay alguien que las prefiera muertas?

Llego a Shubert Alley. Es una calle estrecha, pero no puedo evitar imaginar cómo me sentiría si una obra mía fuera representada en su teatro. Si eso ocurriera, querría decir que mi vida va sobre ruedas.

Siguiendo las indicaciones de Bernard, entro por la puerta de los artistas. No es nada especial: un vestíbulo sombrío con paredes de cemento gris, un suelo de linóleo despellejado y un hombre haciendo guardia detrás de una ventanita corredera.

—¿Bernard Singer? —pregunto.

El vigilante levanta la vista de su *Post*. Su rostro es un mapa de venas.

—¿Viene para una audición? —me pregunta, bajando una tablilla.

—No, soy una amiga.

—Ah, usted es la joven señorita. Carrie Bradshaw.

—Eso es.

—Me dijo que la esperaba. Ha salido, pero volverá enseguida. Me pidió que le

enseñara la zona de bastidores.

—¡Sí, por favor! —exclamo. El teatro Shubert. *A Chorus Line*. ¡Bastidores!

—¿Ha estado antes aquí?

—¡No! —La voz me sale chillona de la emoción.

—El señor Shubert fundó el teatro en 1913. —El vigilante descorre una pesada cortina negra para mostrarme el escenario—. Katharine Hepburn actuó aquí en 1939. *The Philadelphia Store*.

—¿En este escenario?

—Cada noche, antes de hacer su primera entrada, se detenía justo donde usted se encuentra ahora. «Jimmy, ¿cómo está el público esta noche?», me preguntaba. Y yo respondía: «Mucho mejor desde que usted llegó, señorita Hepburn».

—Jimmy —suplico—, ¿puedo...?

Mi entusiasmo le hace sonreír.

—Solo un segundo. La gente que no es del gremio tiene prohibido...

Pero echo a andar por los tablonos antes de que pueda cambiar de parecer, con la vista fija en la platea. Avanzo hasta el proscenio y contemplo las filas y filas de asientos de terciopelo, el gallinero, los lujosos palcos a los costados, y me imagino el teatro abarrotado de gente que ha venido a verme a mí.

Levanto los brazos.

—¡Hola, Nueva York!

—Bravo. —Oigo una risa ronca seguida de unos aplausos.

Horrorizada, me doy la vuelta y allí, en los bastidores, está Bernard, con gafas de sol, camisa blanca abierta y mocasines Gucci. A su lado está la autora de los aplausos, y enseguida reconozco a Margie Shephard. Su ex esposa. ¿Qué demonios hace aquí? ¿Y qué va a pensar de mí después de mi pequeña representación?

No tardo en averiguarlo, porque lo siguiente que dice es:

—Acaba de nacer una estrella. —Su tono es cruel.

—No te pases, Margie —dice Bernard, teniendo por lo menos el detalle de mostrar cierta irritación.

—Hola, soy Carrie. —Le tiendo la mano.

Margie me concede el honor de estrechármela, pero no se presenta, dando por hecho que ya sé quién es. Me digo que nunca olvidaré el tacto de su mano, sus dedos largos y suaves, su palma cálida y firme. Puede que algún día incluso diga: «Conocí a Margie Shephard. Le di la mano y fue increíble».

Margie abre graciosamente la boca y deja ir una risa maliciosa.

—Vaya, vaya... —dice.

Nadie, salvo Margie Shephard, puede decir «Vaya, vaya» y quedarse tan fresco. No puedo dejar de mirarla con cara de boba. No es exactamente guapa, pero posee una suerte de luz interior que te hace pensar que es una de las mujeres más atractivas

que has visto en tu vida.

Entiendo perfectamente por qué Bernard se casó con ella. Lo que no entiendo es por qué no sigue casado con ella.

No tengo nada que hacer.

—Me alegro de conocerte —me dice Margie con un fugaz guiño a Bernard.

—Lo mismo digo —tartamudeo. Seguro que piensa que soy idiota.

Margie mira a Bernard y sonríe.

—Seguiremos hablando más tarde.

—No me parece una buena idea —farfulla Bernard. Por lo visto, él no está tan impresionado como yo.

—Te llamaré. —De nuevo esa bonita sonrisa y esos ojos que parecen saberlo todo—. Adiós, Carrie.

—Adiós. —De repente me disgusta verla marchar.

Bernard y yo la observamos mientras cruza el vestíbulo acariciándose la nuca con una mano, un recordatorio punzante de lo que Bernard se está perdiendo.

Trago saliva y me dispongo a disculparme por mi pequeño espectáculo, pero en lugar de expresar bochorno Bernard me agarra por las axilas, me aprieta contra él y empieza a darme vueltas como si fuera una niña. Me cubre la cara de besos.

—Cuánto me alegro de verte. Tienes el don de aparecer en el momento oportuno. ¿Nunca te lo han dicho?

—No...

—Pues es cierto. Si no hubieras estado aquí, no habría podido quitármela de encima. Vamos. —Me coge de la mano y me lleva hasta la otra punta del callejón como un loco en una misión—. Eres tú, nena —dice—. Lo entendí en cuanto te vi.

—¿Qué entendiste? —pregunto entre jadeos, intentando no rezagarme, desconcertada por su repentina adoración. Es justo lo que he estado esperando, pero ahora que lo tengo delante siento que desconfío.

—Margie ha terminado para mí, es historia. Voy a seguir adelante con mi vida. —Salimos a la calle Cuarenta y cuatro y ponemos rumbo a la Quinta Avenida—. Tú eres mujer. ¿Dónde puedo comprar muebles?

—¿Muebles? —Me río—. No tengo ni idea.

—Pues alguien tiene que saberlo. Perdone. —Se acerca a una elegante señora con collar de perlas—. ¿Cuál es el mejor lugar por aquí para comprar muebles?

—¿Qué tipo de muebles? —pregunta, como si esta clase de encuentro con un extraño fuera de lo más normal.

—Una mesa. Y sábanas. Y puede que un sofá.

—Bloomingdale's —responde, y sigue su camino.

Bernard me mira.

—¿Tienes algo que hacer esta tarde? ¿Dispones de un rato para comprar muebles?

—Claro. —No es precisamente el almuerzo romántico que tenía en mente, pero... Subimos a un taxi.

—A Bloomingdale's —dice Bernard al taxista—. Y dese prisa, tenemos que comprar sábanas.

El taxista sonrío.

—¿Van a casarse, tortolitos?

—Todo lo contrario. Estoy descasándome oficialmente —replica Bernard, y me estruja la pierna.

Una vez en Bloomingdale's, correteamos por la quinta planta como dos niños, probando las camas, botando sobre los sofás y fingiendo beber té de los juegos de porcelana. Uno de los vendedores reconoce a Bernard («Oh, señor Singer, es un verdadero honor. ¿Le importaría firmar este recibo para mi madre?») y nos sigue como un perrito.

Bernard compra un juego de comedor, un sofá y un diván de cuero marrón, un armario y un montón de almohadas, sábanas y toallas.

—¿Pueden enviármelo ahora?

—Normalmente no podemos —dice el vendedor con una sonrisa bobalicona—, pero tratándose de usted, señor Singer, lo intentaré.

—¿Y ahora qué? —pregunto a Bernard.

—Vamos a mi apartamento y esperamos.

—Todavía no entiendo por qué Margie se llevó los muebles —digo mientras caminamos por la calle Cincuenta y nueve.

—Para castigarme, supongo.

—Pensaba que era ella la que te había dejado —me aventuro, evitando deliberadamente el término «engañado».

—Pajarito, ¿es que no sabes nada sobre mujeres? El juego limpio no forma parte de su vocabulario.

—No generalices. Yo nunca actuaría así, sería razonable.

—Eso es lo que me encanta de ti, que estás sin estropear. —Entramos de la mano en su edificio y pasamos por delante del antipático portero. «¿Qué te parece, colega?», pienso. Ya en el apartamento Bernard pone un disco. Frank Sinatra.

—Bailemos —dice—. Quiero celebrarlo.

—No puedo bailar eso.

—Claro que puedes. —Abre los brazos. Coloco una mano en su hombro, tal como aprendí a hacer en las clases de bailes de salón cuando tenía trece años. Me abraza con fuerza, su aliento me abrasa el cuello—. Me gustas, Carrie Bradshaw. Me gustas mucho. ¿Crees que yo también podría gustarte?

—Claro. —Río como una tonta—. Si no me gustaras no bailarías contigo.

—No te creo. Creo que podrías bailar con un hombre y, en cuanto te cansaras de

él, ponerte a bailar con otro.

—Nunca. —Giro la cabeza para mirarle. Tiene los ojos cerrados, la expresión beatífica. Todavía no alcanzo a comprender su nueva actitud. Si no supiera que es imposible, creería que se está enamorando de mí.

O a lo mejor se está enamorando de la idea de enamorarse de mí. A lo mejor quiere enamorarse de alguien y yo he aparecido en el lugar justo, en el momento justo.

De pronto me pongo nerviosa. Si Bernard se enamorara de mí jamás podría estar a la altura de sus expectativas. Acabaría decepcionándole. ¿Y qué hago si intenta acostarse conmigo?

—Quiero saber qué ha ocurrido —digo para cambiar de tema—. Entre tú y Margie.

—Ya te lo he contado —murmura.

—Me refiero a este mediodía. ¿De qué iba la discusión?

—¿Importa?

—Supongo que no.

—Del apartamento —dice—. Estábamos discutiendo sobre el apartamento. Quiere recuperarlo, y yo le he dicho que ni hablar.

—¿También quiere el apartamento? —pregunto, atónita.

—Si no llegas a estar ahí, puede que me hubiera convencido. —Me coge la mano y me da vueltas por la estancia—. Cuando te he visto en ese escenario he pensado: «Es una señal».

—¿Qué clase de señal?

—La señal de que debía recuperar mi vida. Comprar muebles. Convertir este apartamento de nuevo en mi hogar.

Me suelta la mano, pero yo sigo dando vueltas y más vueltas, hasta que al final caigo al suelo. Permanezco tendida, dejando que la estancia desnuda gire a mi alrededor, y durante un breve instante me imagino que me encuentro en un manicomio, en un espacio blanco y sin muebles. Cierro los ojos y cuando los abro Bernard está flotando sobre mi cara. Tiene unas pestañas bonitas y un pliegue a cada lado de la boca. Y un pequeño lunar enterrado en el pelo de la ceja derecha.

—Estás loca —susurra antes de inclinarse para besarme.

Me dejo llevar por el beso. La boca de Bernard envuelve la mía, absorbiendo toda la realidad hasta que la vida parece comprender únicamente esos labios y lenguas inmersos en una curiosa danza.

Me paralizó.

De repente siento que me ahogo. Coloco mis manos en los hombros de Bernard.

—No puedo.

—¿Algo que he dicho? —Sus labios se cierran de nuevo sobre los míos. El

corazón me va a cien. Una arteria me palpita en el cuello. Me escurro.

Se sienta.

—¿Demasiado intenso?

Me abanico la cara y río.

—Puede.

—No estas acostumbrada a tíos como yo.

—¡Supongo que no! —Me levanto y me sacudo la ropa.

Fuera estalla un trueno. Bernard se me acerca por detrás y me aparta el pelo para besarme en el cuello.

—¿Alguna vez has hecho el amor en medio de una tormenta?

—No. —Suelto una risita con intención de disuadirle.

—Quizá vaya siendo hora.

Oh, no. ¿Ahora? ¿En este momento? Empiezo a temblar. No creo que pueda hacerlo. No estoy preparada.

Bernard me masajea los hombros.

—Relájate. —Se inclina y me mordisquea el lóbulo de la oreja.

Si lo hago ahora con él, seguro que me compara con Margie. Me los imagino practicando todo el día el sexo en este apartamento. Visualizo a Margie besando a Bernard con la misma pasión que él, como en las películas. Luego me imagino tendida en cueros sobre el colchón desnudo, con las piernas y los brazos abiertos, rígidos.

¿Por qué no lo hice con Sebastian cuando tuve oportunidad? Por lo menos sabría qué hacer. Nunca pensé que alguien como Bernard se cruzaría en mi camino. Un hombre hecho y derecho que, obviamente, da por sentado que su novia practica el sexo con regularidad y siempre está dispuesta.

—Ven —me dice con dulzura, tirando de mi mano.

Me planto, y Bernard afila la mirada.

—¿No quieres hacer el amor?

—Sí —me apresuro a responder para no herir sus sentimientos—. Es solo que...

—¿Qué?

—He olvidado mi anticonceptivo.

—Oh. —Me suelta la mano y se echa a reír—. ¿Qué utilizas? ¿Un diafragma?

Me sonrojo.

—Sí. Exacto. Un diafragma.

—Los diafragmas son un coñazo. Y aparatosos, con toda esa crema. Porque utilizas una crema, ¿no?

—Sí. —Retrocedo mentalmente a las clases de salud que nos daban en el instituto. Visualizo el diafragma, un artilugio que parece un tapón de goma. Pero no recuerdo nada de una crema.

—¿Por qué no tomas la píldora? Es mucho más práctica.

—Quiero hacerlo, sí. —Asiento enérgicamente con la cabeza—. Siempre me digo que he de conseguir una receta, pero...

—Lo sé. No quieres tomar la píldora hasta estar segura de que la relación va en serio.

Se me seca la garganta. ¿Va en serio nuestra relación? ¿Estoy preparada para tener una relación en serio? Pero un segundo después Bernard está tumbado en la cama con la tele encendida. ¿Son imaginaciones mías o parece ligeramente aliviado?

—Ven aquí, gatita —me dice dando palmaditas al colchón. Me enseña las manos—. ¿Crees que tengo las uñas demasiado largas?

—¿Demasiado largas para qué? —Frunzo el entrecejo.

—En serio —dice.

Le cojo una mano y deslizo los dedos por la palma. Tiene unas manos muy bonitas, finas, y no puedo evitar imaginarme esas manos deslizándose por mi cuerpo. La parte más sexy de un hombre son las manos. Si un hombre posee unas manos femeninas, da igual cómo tenga lo demás.

—Un poco.

—¿Podrías cortármelas y pasarles la lima?

¡¿Qué?!

—Margie siempre me las cortaba —explica. Mi corazón se entenece. Qué encanto. Ignoraba que un hombre pudiera ser tan familiar. Aunque no me extraña, dada mi limitada experiencia con el amor.

Bernard se dirige al cuarto de baño a buscar un cortaúñas y una lima. Contemplo la habitación desnuda. «Pobre Bernard», pienso por enésima vez.

—Acicalamiento primate —dice cuando vuelve.

Se sienta frente a mí y procedo a cortarle las uñas con cuidado. Puedo oír la lluvia martilleando el toldo de abajo mientras limo rítmicamente. El movimiento y la lluvia me sumen en un relajante estado de trance. Bernard me acaricia el brazo y la cara mientras me inclino sobre su mano.

—Se está bien así, ¿verdad? —dice.

—Sí —respondo.

—Así debería ser. Sin peleas. Sin discusiones sobre a quién le toca pasear al perro.

—¿Teníais perro?

—Un salchicha de pelo largo. Al principio era el perro de Margie, pero nunca se tomaba la molestia de hacerle caso.

—¿Lo mismo pasó contigo?

—Ajá. También dejó de hacerme caso a mí. Solo le importaba su carrera.

—Es terrible —digo mientras limo con alegría. No puedo imaginarme a ninguna

mujer perdiendo el interés por Bernard.

A la mañana siguiente me despierto con una idea.

Tal vez se deba a todo el tiempo que he pasado con Bernard, pero el caso es que finalmente me siento inspirada. Sé lo que tengo que hacer: escribir una obra de teatro.

Tan brillante conclusión dura unos tres segundos, momento en que es aplastada por un millón de razones de por qué no es posible. Porque Bernard pensará que le estoy imitando. Porque de todos modos no sabría hacerlo. Porque Viktor Greene no me dejará.

Me siento en la cama de Samantha con las piernas cruzadas y la cara enfurruñada. El caso es que tengo que demostrar que puedo triunfar en Nueva York. Pero ¿cómo? Tal vez tenga suerte y alguien me descubra. O tal vez saque a la luz aptitudes que yo misma ignoraba que poseía. Me aferro a las sábanas de seda como una superviviente trepando a un bote salvavidas. Pese a mis temores, siento que mi vida está empezando a despegar aquí, y Brown se halla a menos de siete semanas.

Tiro de un hilo. No estoy diciendo que Brown no esté bien, pero ya he sido aceptada. Sin embargo, si Nueva York fuera una universidad a pesar de todo solicitaría mi ingreso en ella. Y si esas otras personas consiguen triunfar en Nueva York, ¿por qué no voy a poder hacerlo yo?

Bajo de la cama de un salto y correteo por el apartamento por puro placer mientras me visto y tecleo las siguientes frases: «Lo conseguiré. Tengo que conseguirlo. A la porra la gente». Agarro mi bolso Carrie y prácticamente bajo volando los cinco pisos hasta el vestíbulo.

Camino por la calle Catorce sorteando hábilmente a la multitud, imaginando que mis pies flotan a varios centímetros del suelo. Giro por Broadway y me meto de cabeza en Strand.

Strand es una librería de segunda mano legendaria donde puedes encontrar toda clase de libros baratos. Huele a humedad, y todos sus dependientes son arrogantes, como si se creyeran los guardianes de la llama de la literatura más elevada. Algo que me traería sin cuidado si fuera posible evitarlos. Si buscas un libro concreto, no puedes encontrarlo sin su ayuda.

Acorralo a un tipo larguirucho que viste un jersey con coderas.

—¿Tiene *Muerte de un viajante*?

—Yo diría que sí —contesta cruzando los brazos.

—¿Y *La importancia de llamarse Ernesto*? ¿Y *La loba*? ¿*Mujeres*? ¿*Nuestra ciudad*?

—No se embale. ¿Le parezco un vendedor de zapatos?

—No —murmuro mientras le sigo hasta las estanterías.

Tras quince minutos de búsqueda finalmente encuentra *Mujeres*. Vislumbro a Ryan, de mi clase, al final de una estantería con la nariz enterrada en *Por el camino de Swan*. Está rascándose la cabeza y sacudiendo el pie, como si el texto se hubiera apoderado de él.

—Hola —digo.

—Hola. —Cierra el libro—. ¿Qué haces aquí?

—Voy a escribir una obra de teatro. —Señalo mi pequeña pila de libros—. Pensé que primero debería leer algunas.

Se ríe.

—Buena idea. La mejor manera de evitar escribir es leer. Por lo menos, de ese modo puedes aparentar que estás trabajando.

Me gusta Ryan. A diferencia de su mejor amigo, Capote Duncan, parece una persona decente.

Pago mis libros y cuando me doy la vuelta Ryan sigue en el mismo sitio. Tiene el aire de alguien que no sabe muy bien qué hacer consigo mismo.

—¿Te apetece un café? —me pregunta.

—Vale.

—Tengo un par de horas libres antes de reunirme con mi prometida —explica.

—¿Estás prometido? —Ryan no puede tener más de veintiuno o veintidós años. Parece demasiado joven para casarse.

—Mi prometida es modelo. —Se rasca la mejilla, como si estuviera orgulloso y al mismo tiempo avergonzado de esa profesión—. Siempre he pensado que si una mujer desea mucho, mucho, que hagas algo, debes hacerlo. A la larga facilita las cosas.

—Entonces, ¿tú no quieres casarte?

Sonríe incómodo.

—Si me acuesto con una mujer diez veces, creo que es mi deber casarme con ella. No puedo evitarlo. Si mi prometida no estuviera tan ocupada, ya nos habríamos casado.

Caminamos por Broadway y entramos en una pequeña hamburguesería.

—Ojalá pudiera encontrar a un tío como tú —bromeo—. Un tío que hiciera todo lo que le pido.

—¿No puedes? —Me mira con extrañeza.

—Me temo que no soy muy ligona.

—Me sorprende. —Coge distraídamente su tenedor y prueba los dientes con la yema del pulgar—. Estás muy buena.

Sonrío. Viniendo de otro tío, lo interpretaría como una frase para ligar, pero Ryan no parece tener un guión. Sospecho que es de esos tíos que dicen exactamente lo que piensan y luego se sorprenden de las consecuencias.

Pedimos café.

—¿Cómo la conociste? A tu prometida modelo.

Sacude la pierna.

—Nos presentó Capote.

—¿Qué tiene ese tío? —pregunto.

—¿No me digas que a ti también te interesa?

Le lanzo una mirada asesina.

—¿Bromeas? No lo soporto. Por lo visto hay un montón de mujeres que le van detrás...

—Lo sé. —Ryan asiente con la cabeza—. Y ni siquiera es guapo.

—Es la clase de tío del que todas las chicas se enamoran en sexto grado y nadie puede entender por qué.

Ryan se ríe.

—Siempre pensé que yo era esa clase de tío.

—¿Lo eras?

—Más o menos.

Puedo imaginarlo. Ryan a los doce años —pelo negro y frondoso, ojos azules y chispeantes—, un auténtico ídolo adolescente.

—No me extraña que estés prometido con una modelo.

—No era modelo cuando la conocí. Estaba estudiando para auxiliar veterinaria.

Bebo un sorbo de café.

—Es la profesión típica de las chicas que no saben a qué dedicarse pero «aman a los animales».

—Cruel pero cierto.

—¿Cómo se hizo modelo?

—La descubrieron —dice Ryan—. Vino a verme a Nueva York y un tipo la abordó en Bergdorf's y le dio su tarjeta.

—Y no pudo decir que no.

—¿No quieren todas las mujeres ser modelo? —pregunta.

—No. Pero todos los hombres quieren salir con modelos.

Ríe.

—Deberías venir a una fiesta que dan esta noche. Es un desfile de moda de una diseñadora neoyorquina. Becky desfilará para ella. También estará Capote.

—¿Capote? —resoplo burlonamente—. ¿Cómo podría perdérmela? —Aun así,

anoto la dirección en una servilleta.

Cuando dejo a Ryan, me dirijo rápidamente al despacho de Viktor Greene para hablarle de mi nuevo y emocionante plan de escribir una obra de teatro. Si se la vendo bien, no tendrá más remedio que aceptar.

La puerta del despacho se encuentra abierta, como si Viktor estuviera esperando a alguien, de modo que entro sin llamar. Gruñe, sobresaltado, y se palpa el bigote.

No me invita a sentarme, así que me quedo de pie frente a su mesa.

—Ya he decidido qué quiero escribir.

—¿Sí? —pregunta despacio al tiempo que echa un vistazo al pasillo por encima de mi hombro.

—¡Una obra de teatro!

—Bien.

—¿No le importa? No es un relato, y tampoco un poema...

—Mientras verse sobre la familia... —contesta raudamente.

—Versará. —Asiento con la cabeza—. He pensado que podría ir sobre un hombre y una mujer que llevan varios años casados y se detestan...

Viktor me mira inexpresivo. Se diría que no tiene nada más que decir. Tras unos incómodos segundos, añado:

—Me pondré hoy mismo.

—Buena idea. —Ya no me cabe duda de que me quiere fuera de su despacho. Me despido con un gesto de la mano.

Cuando salgo tropiezo con L'il.

—¡Carrie! —Se sonroja.

—Voy a escribir una obra de teatro —le informo entusiasmada—. A Viktor le parece bien.

—Es perfecto para ti. Estoy deseando leerla.

—Primero he de escribirla.

Se hace a un lado con intención de rodearme.

—¿Qué haces esta noche? —le pregunto—. ¿Quieres cenar conmigo y con mi amiga Miranda?

—Me encantaría, pero...

Viktor Greene sale de su despacho. L'il levanta la vista hacia él.

—¿Estás segura? —le insisto—. Miranda es muy interesante. Iremos a uno de esos indios baratos de la calle Seis. Miranda dice que conoce los mejores...

L'il parpadea cuando vuelve a centrar sus ojos en mí.

—Vale. Supongo que puedo...

—Te espero a las ocho y media en la Catorce con Broadway. Después iremos a una fiesta —digo por encima de mi hombro.

Dejo a L'il y a Viktor ahí, mirándome como si fuera una atracadora que ha decidido apiadarse de ellos.

Escribo tres hojas de mi obra de teatro. Va sobre Peggy y su amante —el tipo que le hizo las fotos picantes—, al cual he decidido llamar Moorehouse. Peggy y Moorehouse están discutiendo sobre el papel higiénico. Lo encuentro bastante divertido y bastante real —¿qué pareja no discute sobre el papel higiénico?—, y lo cierto es que estoy satisfecha con el resultado.

A las ocho voy a buscar a Miranda. Miranda es afortunada: tiene una vieja tía que vive en una destartalada casita de cuatro plantas en cuyo sótano vive Miranda. El sótano tiene su propia entrada y dos ventanas por debajo de la acera. Si no fuera por la humedad y la oscuridad permanente, sería perfecto.

Llamo al timbre mientras pienso en lo mucho que me gusta poder ir andando a las casas de mis amigas y en el ritmo frenético y desorganizado de mi vida, en la que nunca sé qué va a ocurrir. Miranda abre la puerta con el pelo todavía húmedo de la ducha.

—No estoy lista.

—No importa. —Entro y me derrumbo en un viejo y gastado sofá de damasco.

La tía de Miranda era rica treinta años atrás. Luego su marido se marchó con otra mujer y la dejó sin nada salvo la casa. Trabajó entonces como camarera, se matriculó en la universidad y ahora es profesora de Estudios de la Mujer en la universidad de Nueva York. El apartamento está lleno de libros con títulos como *Mujer, cultura y sociedad* y *Mujeres: una visión feminista*. Siempre pienso que lo mejor del apartamento de Miranda son los libros. Samantha solo tiene libros de astrología, autoayuda y *El Kama Sutra*. Aparte de eso, lee básicamente revistas.

Miranda entra en su habitación para cambiarse. Enciendo un cigarrillo, me paseo por los estantes y cojo un libro de Andrea Dworkin. Se abre solo y leo lo siguiente: «una cosa húmeda, sucia y pastosa, pegotes de semen, su pipí corriendo por tus piernas...».

—¿Qué es? —me pregunta Miranda por encima de mi hombro—. Ah, me encanta este libro.

—¿En serio? Acabo de leer algo sobre pegotes de semen...

—¿Y qué me dices de la parte en que sale disparado y le corre por las piernas?

—Aquí dice que es pipí.

—Semen, pipí, ¿qué diferencia hay? —Miranda se encoge de hombros—. Las dos cosas son asquerosas. —Se cuelga una cartera al hombro—. ¿Viste finalmente a aquel tío?

—Aquel tío se llama Bernard, y sí, le vi. Me gusta mucho. Fuimos a comprar muebles.

—O sea, que ya te ha convertido en su esclava.

—Nos divertimos —señalo.

—¿Ha intentado acostarse contigo?

—No —digo con un tono algo defensivo—. Primero he de ponerme con la píldora. Y he decidido que no me acostaré con él hasta que cumpla los dieciocho.

—Me aseguraré de apuntarlo en mi calendario. «Cumpleaños de Carrie y día que perderá su virginidad».

—Podrías estar presente para darme ánimos.

—¿Sabe Bernie que tienes intención de utilizarle como semental?

—Creo que la palabra «semental» solo es aplicable si tienes como fin la reproducción, y no es mi caso.

—Dejémoslo entonces en «elemental».

—Bernard no es elemental —digo amenazadoramente—. Es un dramaturgo famoso...

—Bla, bla, bla.

—Y estoy segura de que su espada es más poderosa que su palabra.

—Más te vale. —Miranda levanta el dedo índice y lo va encogiendo lentamente mientras estallamos en carcajadas.

—Me encantan estos precios —dice L'il examinando la carta.

—Lo sé. —Miranda asiente, complacida—. Puedes tener una comida completa por tres dólares.

—Y una cerveza completa por cincuenta céntimos —añado.

Estamos sentadas a una mesa del restaurante indio del que Miranda no paraba de hablar, aunque no ha sido fácil encontrarlo. Nos recorrimos la manzana tres veces, deteniéndonos en varios restaurantes casi idénticos, hasta que Miranda ha decidido que este era el lugar, reconocible por el jarrón con tres plumas de pavo real que hay junto a la ventana. Los manteles, de plástico, son de cuadros rojos y blancos, y los cuchillos y tenedores diminutos. Se respira un aire húmedo y dulzón.

—Me recuerda a mi tierra —dice L'il.

—¿Vives en la India? —pregunta Miranda, sorprendida.

—No, tonta, en Carolina del Norte. —L'il barre el restaurante con la mano—. Se parece mucho a esos garitos de carne a la brasa que hay junto a la pista.

—¿«La pista»? —pregunta Miranda.

—Autopista —le aclaro.

Confío en que no toda la cena sea así. Cada una a su manera, Miranda y L'il son muy apasionadas, por lo que pensé que harían buenas migas. Y necesito que hagan buenas migas. Echo de menos tener un grupo de amigas. A veces tengo la sensación de que cada parte de mi vida es tan diferente del resto que estoy constantemente visitando otro planeta.

—¿Eres poetisa? —pregunta Miranda a L'il.

—Sí. ¿Y tú qué eres?

—Miranda se está especializando en Estudios de la Mujer —intervengo.

L'il sonrío.

—No te lo tomes a mal, pero ¿qué puedes hacer con eso?

—Muchas cosas. —Miranda la fulmina con la mirada. Probablemente se esté preguntando qué puedes hacer con un título de poesía.

—Miranda está haciendo una gran labor de protesta contra la pornografía. Y es voluntaria de un albergue para mujeres —explico.

—Eres feminista. —L'il asiente con la cabeza.

—No aceptaría ser otra cosa.

—Yo también soy feminista —digo—. Creo que todas las mujeres deberían ser feministas...

—Pero eso significa que odias a los hombres. —L'il bebe un sorbo de cerveza y mira fijamente a Miranda, a la que tiene sentada justo enfrente.

—¿Y si es así? —pregunta Miranda.

Esto no va bien.

—Yo no odio a todos los hombres, solo a algunos —digo, intentando distender los ánimos—. Sobre todo a los que me gustan y no me corresponden.

L'il me mira con severidad para indicarme que está decidida a forcejear con Miranda.

—Si odias a los hombres, ¿cómo vas a casarte? ¿A tener hijos?

—Si realmente crees que el único propósito de la mujer en la vida es casarse y tener hijos... —declara Miranda antes de obsequiar a L'il con una sonrisa de superioridad.

—Yo no he dicho eso —responde con calma L'il—. Que te cases y tengas hijos no quiere decir que ese sea el único propósito en tu vida. Puedes hacer muchas cosas y tener hijos.

—Buena respuesta —digo.

—Pues yo pienso que es un error traer un hijo a esta sociedad patriarcal —responde raudamente Miranda.

Y justo cuando la conversación está a punto de descontrolarse, llegan nuestras samosas.

Agarro rápidamente una, la sumerjo en la salsa roja y me la llevo a la boca.

—Delicioso —exclamo al tiempo que los ojos empiezan a llorarme y noto que la lengua me arde. Me abanico la boca con una mano y alcanzo el agua con la otra mientras Miranda y L'il se desternillan—. ¿Por qué no me has dicho que la salsa picaba?

—¿Por qué no me lo has preguntado? —Miranda suelta una risita—. Te has abalanzado encima de ella. Pensaba que sabías lo que hacías.

—¡Lo sé!

—¿Igual que con el sexo? —pregunta maliciosamente.

—¿Por qué la gente está tan obsesionada con el sexo?

—Porque es excitante —dice L'il.

—Ja —digo—. Ella lo odia. —Señalo a Miranda.

—Solo la parte del «coito». —Miranda hace el gesto de las comillas con los dedos—. Además, ¿por qué lo llaman «coito», como si fuera una cosa compartida? Es penetración pura y dura. No es un toma y daca.

Llegan nuestros curries. Uno es blanco y cremoso. Los otros dos son de color marrón y rojo y parecen peligrosos. Me sirvo una cucharada del curry blanco. L'il se sirve una del marrón y le pasa el plato a Miranda.

—Si se hace bien, en principio debería de ser un acto de comunicación —dice.

—¿Cómo? —pregunta Miranda, nada convencida.

—Una comunicación entre el pene y la vagina.

—No me lo creo —digo.

—Me lo ha dicho mi madre —asegura L'il—. Es un acto de amor.

—Es un acto de guerra —replica Miranda, cada vez más acalorada—. El pene dice «Déjame entrar» y la vagina dice «Lárgate de aquí, mamón».

—O puede que la vagina diga: «Rapidito» —añado.

L'il se limpia la boca y sonrío.

—Ahí está el problema. Si piensas que va a ser terrible, lo será.

—¿Por qué? —Hundo el tenedor en el curry rojo para comprobar hasta qué punto pica.

—Por la tensión. Si te tensas, haces que sea más difícil. Y doloroso. Por eso las mujeres deberían tener primero un orgasmo —concluye con total naturalidad.

Miranda apura su cerveza y pide otra al instante.

—Es lo más estúpido que he oído en mi vida. ¿Cómo puedes saber siquiera si has tenido ese supuesto orgasmo?

L'il ríe.

—Eso. —Trago—. ¿Cómo?

L'il se reclina en su silla y pone cara de maestrilla.

—Estáis bromeando, ¿verdad?

—Yo no. —Miro a Miranda. Tiene cara de póquer, como si no quisiera estar en esta conversación.

—Has de conocer tu propio cuerpo —dice L'il.

—¿Cómo?

—Masturbación.

—Ayyyyyy. —Miranda se tapa los oídos.

—La masturbación no es nada sucio —le reprende L'il—. Es parte de una sexualidad saludable.

—¿Debo suponer que eso también te lo dijo tu madre? —pregunta Miranda.

L'il se encoge de hombros.

—Mi madre es enfermera. No tiene pelos en la lengua a la hora de hablar de salud. Dice que una sexualidad saludable es parte de una vida saludable.

—Caray. —Estoy impresionada.

—Y participó en muchas campañas de concienciación —continúa L'il—. A principios de los setenta, cuando las mujeres se sentaban en círculo con un espejo delante...

—Ajá. —Supongo que eso lo explica todo.

—Ahora es lesbiana —añade L'il con toda tranquilidad.

Miranda abre la boca para hablar, pero se lo piensa dos veces. Por una vez no tiene nada que decir.

Después de la cena, L'il se excusa diciendo que le duele la cabeza. Miranda tampoco quiere ir a la fiesta, pero le digo que si se va a casa parecerá que está picada.

La fiesta es en Broadway con la calle Diecisiete, en un edificio que fue un banco en otros tiempos. Un guardia de seguridad nos dice que cojamos el ascensor hasta la cuarta planta. Me imagino una fiesta multitudinaria si el guardia deja entrar a la gente tan fácilmente.

El ascensor se abre a un espacio blanco con delirantes obras de arte en las paredes. Las estamos contemplando cuando un hombre bajo y rechoncho, con el pelo de color mantequilla, se acerca a nosotras con una sonrisa radiante.

—Soy Bobby —dice tendiéndome una mano.

—Carrie Bradshaw. Y esta es Miranda Hobbes. —Miranda esboza una sonrisa tirante mientras Bobby nos mira con los párpados entornados.

—Carrie Bradshaw —dice como si estuviera encantado de conocerme—. ¿Y a qué te dedicas?

—¿Por qué es lo primero que pregunta todo el mundo? —farfulla Miranda.

Me vuelvo hacia ella para hacerle saber que estoy de acuerdo y contesto descaradamente:

—Soy dramaturga.

—¡Dramaturga! —exclama Bobby—. Fantástico. Adoro a los escritores. Todo el mundo adora a los escritores. Yo fui escritor antes de hacerme pintor.

—¿Eres pintor? —pregunta Miranda como si eso no pudiera ser verdad.

Bobby la ignora.

—Debes decirme los títulos de tus obras, puede que haya visto alguna...

—Lo dudo —balbuceo, sorprendida de que dé por sentado que he escrito algo. Pero ahora que lo he dicho no puedo retractarme.

—Porque no ha escrito ninguna —suelta Miranda.

—En realidad —le lanzo una mirada gélida—, estoy escribiendo una en estos momentos.

—Fabuloso —aplaude Bobby—. Cuando esté terminada podríamos representarla aquí.

—¿En serio? —Este Bobby debe de estar pirado.

—Por supuesto —asegura mientras nos pasea por la sala—. Yo hago toda clase de producciones experimentales. Esto es un nexo... un nexo —repite, saboreando la palabra— de arte, moda y fotografía. Todavía no he hecho una obra de teatro, pero me parece todo un acierto. Y haremos que venga un público de lo más variopinto.

Antes de que pueda empezar a procesar la idea, Bobby se está abriendo paso ya entre la gente con Miranda y conmigo a la zaga.

—¿Conocéis a Jinx, la diseñadora de moda? Vamos a exhibir su nueva colección esta noche. Os encantará —dice.

Nos planta delante de una mujer de aspecto tétrico con una larga melena de color negro azulado, como cien capas de perfilador de ojos y carmín negro en los labios. Se está inclinando para encender un canuto cuando Bobby la interrumpe.

—Jinx, querida —dice, lo cual suena increíblemente irónico, porque es evidente que Jinx no es la querida de nadie—. Te presento a... —busca mi nombre— Carrie. Y a su amiga —añade, señalando a Miranda.

—Encantada —digo—. Estoy deseando ver tu desfile.

—Yo también —responde Jinx inhalando el humo y reteniéndolo en los pulmones—. Si esas putas modelos aparecen de una vez... Odio a las putas modelos, ¿tú no? —Levanta una mano adornada con un artilugio metálico por el que se insertan los dedos—. Nudillos de acero. No se te ocurra meterte conmigo.

—No lo haré. —Miro en derredor, ansiosa por huir, y diviso a Capote Duncan en un rincón.

—Tenemos que irnos —digo con un codazo a Miranda—. Acabo de ver a un amigo...

—¿Qué amigo? —pregunta Miranda. Señor, no tiene ni idea de cómo comportarse en una fiesta. Ahora entiendo su renuencia a venir.

—Alguien a quien me alegro mucho de ver. —Lo cual es rotundamente falso,

pero siendo Capote Duncan la única persona que conozco en esta fiesta, lo tomaré.

Y mientras sorteamos la multitud me pregunto si Nueva York vuelve pirada a la gente o si la gente ya está pirada y Nueva York la atrae como a las moscas.

Capote está apoyado en un aparato de aire acondicionado hablando con una chica alta y con una de esas narices que apuntan hacia arriba. Tiene el pelo largo y rubio y ojos castaños, lo que le da un aire interesante, y como está con Capote deduzco que es una de las modelos descarriadas de las que hablaba Jinx.

—Te pasaré una lista de libros —le está diciendo Capote—. Hemingway. Fitzgerald. Y Balzac.

Enseguida me entran ganas de vomitar. Capote siempre está hablando de Balzac, y eso me recuerda por qué no lo soporto. Porque es un pedante.

—Hola —digo con un tono cantarín.

La cabeza de Capote se vuelve de golpe, como si estuviera esperando a alguien especial. Al verme le cambia la cara. Parece librar una breve lucha interna, como si deseara ignorarme pero sus modales sureños no se lo permitieran. Finalmente alcanza a sonreír.

—Carrie Bradshaw —dice, arrastrando las palabras—. No esperaba encontrarte aquí.

—Es lógico. Ryan me invitó.

Al oír el nombre de «Ryan», la modelo afina el oído. Capote suspira.

—Te presento a Becky, la prometida de Ryan.

—Ryan me ha hablado mucho de ti —le digo tendiéndole una mano.

La toma lánguidamente. Luego contrae la cara, como si estuviera a punto de romper a llorar, y huye.

Capote me mira acusadoramente.

—Buen trabajo.

—¿Qué he hecho?

—Acaba de contarme que tiene intención de dejar a Ryan.

—¿No me digas? —me burlo—. Y yo que pensaba que estabas intentado mejorar su cerebro. ¿La lista de libros? —le recuerdo.

La cara de Capote se tensa.

—No te hagas la listilla conmigo, Carrie —dice mientras se abre paso entre Miranda y yo para seguir a Becky.

—¿Qué me dices de ti?! —le grito.

—Yo también me alegro de conocerte —aúlla Miranda con sarcasmo.

Por desgracia, el encuentro con Capote la ha puesto de los nervios e insiste en que quiere irse a casa. Dada la mala educación de Capote, yo tampoco deseo quedarme sola en esta fiesta.

Me fastidia perderme el desfile de moda. Por otro lado, me alegro de haber

conocido a ese Bobby. Mientras volvemos a casa bajo las crueles farolas amarillas, hablo profusamente de mi obra de teatro y de lo genial que sería que se representara en el espacio de Bobby, hasta que Miranda finalmente me mira y dice:

—¿Piensas escribirla algún día?

—¿Vendrás a la lectura?

—¿Por qué no iba a ir, dejando a un lado el hecho de que Bobby y todos sus amigos son unos idiotas redomados? ¿Y qué me dices de Capote Duncan? ¿Quién demonios se cree que es?

—Un capullo —contesto recordando su semblante rabioso. Sonrío. De repente me doy cuenta de que me gusta hacer enfadar a Capote Duncan.

Miranda y yo nos separamos después de prometerle que la llamaré mañana. Cuando entro en el edificio juro que puedo oír el teléfono de Samantha. El timbre de un teléfono es como una llamada a las armas para mí, y subo los escalones de dos en dos. Al décimo timbre aproximadamente el teléfono calla, pero un segundo después vuelve a sonar.

Irrumpo en la sala y lo cojo de debajo del sofá.

—¿Diga? —pregunto sin apenas aliento.

—¿Qué haces el jueves por la noche? —Es Samantha.

—¿El jueves por la noche? —pregunto, confusa. ¿Cuándo es jueves por la noche? Ah, sí, pasado mañana—. No tengo ni idea.

—Necesito que me ayudes con algo. Voy a dar una cena íntima en el apartamento de Charlie...

—Me encantará ir —barboteo, pensando que me está invitando—. ¿Puedo llevar a Bernard?

—No creo que sea una buena idea.

—¿Por qué no?

—No te lo tomes a mal —ronronea—, pero en realidad te necesito para que cocines. Dijiste que sabías cocinar, ¿verdad?

Frunzo el entrecejo.

—Puede, pero...

—Yo no tengo ni idea de cocinar y no quiero que Charlie lo descubra.

—De modo que me pasaré la noche en la cocina.

—Me estarías haciendo un enorme favor —trina—. Y dijiste que algún día me harías un favor si te lo pedía.

—Es cierto —reconozco a regañadientes, todavía dudosa.

—Oye —me presiona—, si tanto te cuesta puedo cambiártelo por algo. Una noche cocinando a cambio de alguno de mis zapatos.

—Tus pies son más grandes que los míos.

—Puedes ponerte papel en las puntas.

—¿Qué tal las botas Fiorucci? —pregunto astutamente.

Lo medita.

—Oh, ¿por qué no? —acaba aceptando—. Siempre puedo hacer que Charlie me compre otras, sobre todo cuando descubra lo bien que cocino.

—Vale —farfullo cuando se despide.

¿Cómo he podido meterme en este lío? Técnicamente sé cocinar. Pero solo he cocinado para amigos. ¿Cuántas personas espera invitar Samantha a esa cena íntima? ¿Seis? ¿Dieciséis?

El teléfono vuelve a sonar. Seguro que es otra vez Samantha, para hablar del menú.

—¿Samantha? —pregunto con recelo.

—¿Quién es Samantha? —pregunta a su vez una voz familiar al otro lado del teléfono.

—¿Maggie? —aúllo.

—¿Qué está pasando? Te llamé al número que me diste y una mujer de lo más antipática me dijo que ya no vivías allí. Luego tu hermana me dijo que te habías mudado...

—Es una larga historia. —Me acomodo en el sofá para charlar.

—Podrás contármela mañana —exclama—. ¡Voy a Nueva York!

—¿En serio?

—Mi hermana y yo vamos a visitar a nuestros primos de Pennsylvania. Cogeré el autobús mañana por la mañana. He pensado que podría pasar un par de noches contigo.

—Oh, Mags, eso es fantástico. Estoy deseando verte. Tengo tantas cosas que contarte. Estoy saliendo con un tío...

—¿Maggie? —oigo preguntar a alguien.

—Debo dejarte. Nos vemos mañana. Mi autobús llega a las nueve. ¿Puedes reunirte conmigo en Port Authority?

—Claro. —Cuelgo feliz, hasta que recuerdo que mañana por la noche he quedado con Bernard. Pero Maggie puede venir con nosotros. Estoy deseando que lo conozca. Flipará cuando vea lo sexy que es.

Rebosando entusiasmo, me siento delante de la máquina para escribir unos cuantos folios más de mi obra de teatro. Estoy decidida a aprovechar la oferta de Bobby de montar una lectura en su espacio. Y a lo mejor, solo a lo mejor, si la lectura es un éxito podré quedarme en Nueva York. Me habré convertido oficialmente en escritora y no tendré que ir a Brown.

Trabajo como una posesa hasta las tres de la madrugada, hora en que me obligo a acostarme. Doy vueltas en la cama pensando en mi obra y en Bernard y en toda la

gente interesante a la que he conocido. ¿Qué pensará Maggie de mi nueva vida?
Estoy segura de que alucinará.

— ¿E n serio vives aquí? —pregunta Maggie horrorizada.

—¿No es genial?

Deja su mochila en el suelo y contempla el apartamento.

—¿Dónde está el cuarto de baño?

—Ahí. —Señalo la puerta que tiene detrás—. El cuarto de baño está ahí. Y esta es la sala de estar.

Exhala.

—Es enana.

—Es grande para Nueva York. Tendrías que haber visto dónde vivía antes.

—Pero... —Se acerca a la ventana y saca la cabeza—. Está todo tan sucio. Y este edificio parece que vaya a venirse abajo. Y la gente a la que hemos visto en el rellano...

—¿La pareja de ancianos? Llevan aquí toda la vida. Samantha está esperando que se mueran pronto para poder quedarse con su apartamento —bromeo—. Tiene dos dormitorios y el alquiler es más bajo.

Maggie pone los ojos como platos.

—Es terrible desear que alguien se muera para quedarte con su apartamento. Esa Samantha debe de ser una persona horrible. Aunque no me sorprende, si es prima de Donna LaDonna.

—Lo dice en broma.

—Eso espero.

Palpa el futón para comprobar su firmeza antes de sentarse. La miro sorprendida. ¿Cuándo se ha vuelto Maggie tan repipi y remilgada? No ha parado de criticar Nueva York desde que la he recogido en Port Authority. El olor. El ruido. La gente. El metro le daba pánico. Cuando hemos salido a la calle Catorce con la Octava Avenida he tenido que enseñarle cuándo cruzar la calle.

¿Y ahora insulta mi apartamento? ¿Y a Samantha? Pero quizá no lo haga a propósito. Es lógico que suponga que Samantha es como Donna LaDonna. Yo también lo supondría si no la conociera.

Me siento frente a ella y me inclino hacia delante.

—No puedo creer que estés aquí.

—Yo tampoco —dice, llena de entusiasmo.

Las dos estamos intentado recuperar nuestra antigua conexión.

—¡Estás genial!

—Gracias —dice—. Creo que he perdido tres kilos. He empezado a hacer windsurf. ¿Lo has probado alguna vez? Es alucinante. Y las playas son increíbles. Y están rodeadas de pueblos de pescadores.

—Uau.

De pronto, la idea de pueblos de pescadores y playas largas y desiertas me parece tan pintoresca como la vida hace doscientos años.

—¿Y los chicos? —pregunto.

Se quita las zapatillas de tenis y se frota el talón, como si ya le hubiera salido una ampolla.

—Son guapísimos. Hay uno tío, Hank, que mide un metro ochenta y cinco y forma parte del equipo de tenis de la universidad de Duke. Te lo juro, Carrie, deberíamos pedir el traslado a Duke. Tiene unos tíos buenísimos.

Sonrío.

—En Nueva York también tenemos tíos buenísimos...

—No como los de Duke. —Suelta un largo suspiro—. Hank sería perfecto salvo por una cosa.

—¿Tiene novia?

—No. —Me clava una mirada solemne—. Yo nunca saldría con alguien que tuviera novia. No después de lo de Lali.

—Lali. —Me encojo de hombros. Cada mención del pasado me produce una sacudida en el estómago. A este paso acabaremos hablando de Sebastian. Y no quiero. Desde que llegué a Nueva York apenas he pensado en él y en Lali y en lo que sucedió la primavera pasada. Tengo la sensación de que todo eso le ocurrió a otra persona en lugar de a mí—. ¿Qué le pasa a Hank? —pregunto en un esfuerzo por permanecer en el presente.

—No es... —Sacude la cabeza, coge una zapatilla y vuelve a dejarla—. No es... bueno en la cama. ¿Te ha pasado alguna vez?

—He oído hablar de ello.

—¿Todavía no...?

También intento eludir ese tema.

—¿Qué significa eso exactamente? ¿«Malo en la cama»?

—Que no hace nada, que se limita a meterla. Y no dura más de tres segundos.

—¿No es siempre así? —pregunto recordando lo que me contó Miranda.

—No. Peter era muy bueno en la cama.

—¿En serio? —No puedo creer que el repelente de Peter sea un semental.

—¿No lo sabías? Es uno de los motivos por los que me enfadé tanto cuando

rompimos.

—Entonces, ¿qué vas a hacer? —pregunto. Me recojo el pelo en un moño—. ¿Con Hank?

Esboza una sonrisa enigmática.

—No estoy casada. Ni siquiera estoy prometida. Así que...

—¿Te estás acostando con otro?

Asiente con la cabeza.

—¿Te estás acostando con dos tíos al mismo tiempo? —Ahora sí que no doy crédito.

Me mira de hito en hito.

—Bueno, estoy segura de que no te acuestas con ellos al mismo tiempo, pero... —balbuceo.

—Son los ochenta. Las cosas han cambiado. Además, tomo anticonceptivos.

—Podrías pillar una enfermedad.

—Pero no la he pillado. —Me fulmina con la mirada y dejo el tema. Maggie siempre ha sido muy terca. Hace lo que quiere cuando quiere y no hay manera de hacerle cambiar de opinión. Me froto distraídamente el brazo—. ¿Quién es el otro tío?

—Tom. Trabaja en una gasolinera.

La miro atónita.

—¿Qué? —pregunta—. ¿Qué tiene de malo un tío que trabaja en una gasolinera?

—Es un cliché.

—En primer lugar, es un windsurfista increíble. Y en segundo lugar, está intentando hacer algo con su vida. Su padre tiene un barco de pesca. Podría ser pescador, pero no quiere terminar como su padre. Va a la universidad local.

—Eso es genial —digo arrepentida.

—Lo sé. Le echo de menos. —Mira su reloj—. ¿Te molesta si le llamo? Probablemente ya haya vuelto de la playa.

—Adelante. —Le paso el teléfono—. Voy a ducharme.

Me dirijo al cuarto de baño mientras le informo de nuestro programa.

—Esta noche hemos quedado con Bernard para tomar una copa en Peartree's, un bar de moda que hay cerca de Naciones Unidas. Y a mediodía podríamos comer en la White Horse Tavern, muy frecuentada por escritores famosos. Y entre las dos cosas podríamos pasar por Saks. Me gustaría que conocieras a mi amiga Miranda.

—Vale —dice como si apenas hubiera oído una palabra. Está totalmente concentrada en marcar el número de teléfono de su novio. ¿O debería decir su «amante»?

Ryan y Capote Duncan están en la White Horse Tavern, sentados en la terraza de

fuera. Tienen una jarra de café delante y muy mala cara, como si se hubieran acostado tarde y acabaran de levantarse. Ryan tiene los ojos hinchados y Capote está sin afeitarse y con el pelo húmedo de la ducha.

—Hola —digo. Su mesa está al lado de la puerta, por lo que es imposible evitarlos.

—Ah, hola —dice cansinamente Capote.

—Os presento a mi amiga Maggie.

Ryan se anima en cuanto ve el rostro lozano de Maggie, típica belleza americana.

—¿Qué tal, chicas? —pregunta con un tono insinuante, el cual parece emplear con todas las mujeres—. ¿Queréis sentaros?

Capote le clava una mirada de fastidio, pero Maggie se sienta antes de que los demás podamos opinar. Seguramente encuentra mono a Ryan.

—¿De dónde eres, Maggie? —pregunta este.

—De Castlebury. Carrie y yo somos íntimas amigas.

—¿No me digas? —dice Ryan como si lo encontrara de lo más interesante.

—Ryan y Capote están en mi clase de escritura —le explico.

—Todavía me cuesta creer que Carrie fuera aceptada en ese curso y que se viniera a Nueva York.

Capote enarca las cejas.

—¿Por qué lo dices? —pregunto, algo molesta.

—No sé, porque nadie creía realmente que fueras a convertirte en escritora. — Maggie suelta una risita.

—Eso es absurdo. Yo siempre he dicho que quería ser escritora.

—Pero no empezaste a escribir hasta el último año. Carrie trabajaba en el periódico del instituto —explica a Ryan. Se vuelve hacia mí—. E incluso entonces no puede decirse que escribieras mucho.

Pongo los ojos en blanco. Maggie nunca llegó a enterarse de que yo era la que escribía los relatos para el periódico bajo seudónimo. Y tampoco pienso contárselo ahora. Por otro lado, me está dejando como una diletante delante de Capote, quien ya parece creer que no pinto nada en ese curso.

Genial. Maggie acaba de añadir leña a su fuego.

—He escrito muchas cosas, lo que pasa es que no te las enseñaba.

—Ya. —Maggie sonrío como si estuviera bromeando.

Suspiro. ¿Es que no puede ver lo mucho que he cambiado? A lo mejor es porque ella no ha cambiado en absoluto. Es la Maggie de siempre y probablemente piensa que yo también soy la de siempre.

—¿Qué tal el desfile de moda? —pregunto para desviar la conversación de mi supuesta incapacidad para escribir.

—Bien —responde Capote con desgana.

—Como podéis ver, Capote es un hombre que no tiene ni idea de moda —dice Ryan—. En cambio, sabe mucho de modelos.

—¿Las modelos no son tontas? —pregunta Maggie.

Ryan ríe.

—No lo decía por eso.

—Ryan está prometido con una modelo —digo mientras me pregunto si Becky ha roto ya con Ryan. En realidad, no se comporta como alguien a quien acaban de dejar. Miro inquisitivamente a Capote, y este se encoge de hombros.

—¿Cuándo es la boda? —pregunta educadamente Maggie. Se diría que ella y Ryan han conectado y me pregunto si Maggie lamenta que Ryan no esté disponible.

—El año que viene —responde despreocupadamente Ryan—. Mi prometida se ha marchado a París esta mañana.

Ajá. Así se ahorra una ruptura formal. Y el pobre Ryan aquí sentado, sin tener ni idea de lo que se está cociendo. Por otro lado, puede que Capote me haya mentado. A lo mejor me contó que Becky tenía intención de dejar a Ryan porque la quiere para él.

—Qué interesante —digo a nadie en particular.

Capote deja cinco dólares sobre la mesa.

—Me largo.

—Pero... —protesta Ryan. Capote hace un gesto leve con la cabeza—. Me temo que yo también —dice a regañadientes—. Encantado de conocerte. —Dedica una sonrisa a Maggie—. ¿Qué hacéis esta noche?

—Carrie está empeñada en que nos tomemos algo con no sé qué tío.

—Se llama Bernard Singer —puntualizo.

Capote frena en seco.

—¿Bernard Singer? ¿El dramaturgo?

—Es el novio de Carrie —explica Maggie con tono desdeñoso.

Los ojos de Capote se abren como platos detrás de las gafas.

—¿Sales con Bernard Singer? —me pregunta como si fuera imposible que alguien tan acreditado como Bernard Singer pudiera estar interesado en mí.

—Ajá —digo como si la cosa no tuviera importancia.

Capote posa una mano en el respaldo de su silla, como si ya no tuviera tan claro lo de irse.

—Bernard Singer es un genio.

—Lo sé.

—Me encantaría conocerle —dice Ryan—. ¿Y si nos tomamos algo todos juntos más tarde?

—Me parece una idea genial —dice Maggie.

En cuanto se han ido, suelto un gruñido.

—¿Qué? —pregunta Maggie con cierto tono defensivo, sabedora de que ha hecho

algo malo.

—No puedo llevarles a tomar algo con Bernard.

—¿Por qué no? Ryan es muy agradable —dice como si fuera la única persona normal que ha conocido hasta el momento—. Creo que le gusto.

—Está prometido.

—¿Y? —Maggie coge la carta—. Ya le has oído. Su prometida está de viaje.

—A Ryan le encanta coquetear. No va en serio.

—A mí también me encanta coquetear, así que es perfecto.

Me equivocaba. Maggie sí ha cambiado. Se ha convertido en una adicta al sexo.
¿Y cómo puedo explicarle lo de Bernard?

—Seguro que a Bernard no le apetece conocerles.

—¿Por qué no?

—Porque es mayor que ellos. Tiene treinta años.

Me mira horrorizada.

—Dios mío, Carrie. ¿Treinta años? ¡Qué asco!

Dada la actitud de Maggie, decido no presentársela a Miranda. Probablemente se pondrían a discutir sobre sexo y yo estaría atrapada en medio. En lugar de eso, damos una vuelta por el Village, donde Maggie se hace leer el tarot por una vidente —«Veo a un hombre de pelo moreno y ojos azules». «¡Ryan!», exclama Maggie— y luego la llevo a Washington Square Park, con su habitual surtido de frikis, músicos, camellos, Hare Krishnas y hasta dos hombres caminando con zancos, pero Maggie solo se fija en que no tiene hierba.

—¿Por qué lo llaman parque si no hay más que tierra?

—Probablemente hubo hierba en su momento. Y hay árboles —señalo.

—Pero mira las hojas. Están negras. Hasta las ardillas están negras.

—Nadie repara en las ardillas.

—Pues deberían —espetá—. ¿Te he contado que voy a estudiar biología marina?

—No...

—Hank estudia biología. Dice que si te haces biólogo marino puedes vivir en California o Florida.

—Pero a ti no te gustan las ciencias.

—¿Qué dices? —replica—. No me gustaba la química, pero me encantaba la biología.

Primera noticia. Cuando nos tocó estudiar biología en tercer año, Maggie se negaba a memorizar los nombres de las especies y tipos alegando que eran conocimientos estúpidos que nadie utilizaba en la vida real.

Paseamos un rato más. Maggie se siente cada vez más incómoda con el calor y la gente rara y el miedo a que le esté saliendo otra ampolla. De vuelta en el apartamento, se queja de la ineficacia del aire acondicionado. Cuando por fin llega la hora de salir para reunirnos con Bernard, yo ya estoy a punto de estallar. Maggie se niega a coger el metro.

—No pienso bajar otra vez ahí —declara—. Huele fatal. No sé cómo lo aguantas.

—Es la mejor manera de moverse por Nueva York —digo empujándola hacia la boca.

—¿Por qué no podemos coger un taxi? Mi hermana y mi cuñado me dijeron que cogiera taxis porque son más seguros.

—También son más caros. Y no tengo dinero.

—Yo tengo cincuenta dólares.

¿Qué? Ojalá hubiera mencionado antes que tenía dinero. Podría haber pagado nuestras hamburguesas.

Ya en la seguridad de un taxi, Maggie me desvela su conclusión sobre por qué los neoyorquinos visten de negro.

—Porque es una ciudad muy sucia y el negro disimula la suciedad. ¿Te imaginas cómo tendrían la ropa si fuera blanca? Porque ya me dirás quién viste de negro en verano.

—Yo —le respondo, perpleja, sobre todo porque voy de negro. Llevo camiseta negra, pantalones de cuero negro dos tallas más grandes (que compré rebajados un 90 por ciento en una de esas tiendas baratas de la calle Ocho) y zapatos negros, altos y de punta, de los años cincuenta que encontré en una tienda vintage.

—El negro es para los funerales —asegura Maggie—. Aunque a lo mejor a los neoyorquinos les gusta el negro porque se sienten muertos.

—O porque se sienten vivos por primera vez en su vida.

Quedamos atrapadas en un atasco a la altura de Macy's. Maggie baja la ventanilla y se abanica con la mano.

—Mira a toda esa gente. Esto no es vida. Es supervivencia.

He de reconocer que en eso tiene razón. En Nueva York se sobrevive.

—Recuérdame con quién hemos quedado.

Suspiro.

—Con Bernard, el tío con el que salgo. El dramaturgo.

—Las obras de teatro son aburridas.

—Bernard no opina lo mismo, de modo que te ruego que no le digas «las obras de teatro son aburridas» cuando te lo presente.

—¿Fuma en pipa?

La fulmino con la mirada.

—Dijiste que tiene más de treinta. Me lo imagino con pipa y zapatillas.

—Treinta años no son tantos. Y ni se te ocurra decirle mi edad. Cree que tengo diecinueve o veinte, por lo que tú también has de tener diecinueve o veinte. Estamos en segundo año de facultad, ¿de acuerdo?

—Si tienes que mentirle a un tío, malo —sentencia Maggie.

Respiro hondo. Quiero preguntarle si Hank sabe lo de Tom, pero me callo.

Cuando finalmente empujo la puerta giratoria del Peartree's me alegro de ver la cabeza morena de Bernard inclinada sobre un periódico y con un vaso de whisky delante. Todavía me pongo nerviosa cuando sé que voy a verle. Cuento las horas, revivo la sensación de su suave boca en la mía. Conforme se acerca el momento del

encuentro, empiezo a inquietarme, temo que me llame para cancelarlo o que no se presente. Ojalá no me importara tanto, pero me alegra tener un tío que me haga sentir así.

No obstante, ignoro si Bernard siente lo mismo. Esta mañana, cuando le he contado que había recibido la visita inesperada de una amiga, me ha dicho:

—Quédate con tu amiga, ya quedaremos otro día.

Se me ha escapado un gritito de decepción.

—Esperaba que nos viéramos esta noche.

—No me voy a ningún lado. Podemos vernos cuando tu amiga se haya ido.

—Le he hablado de ti. Quiero que te conozca.

—¿Por qué?

—Porque es mi mejor amiga. Y... —Se me quebró la voz. No sabía cómo decirle que quería presumir de él, que quería que Maggie alucinara con él y con mi nueva vida. Quería que viera lo lejos que había llegado en tan poco tiempo.

Pensaba que tendría que haberlo deducido por mi tono voz.

—No quiero hacer de niñera, Carrie.

—¡No lo harás! Magie tiene diecinueve años, o quizá veinte...

He debido de resultar muy persistente, porque finalmente aceptó quedar para una copa.

—Pero solo una —me ha advertido—. Deberías pasar tu tiempo con tu amiga. Te ha venido a ver a ti, no a mí.

Detesto cuando Bernard se pone formal.

Me he dicho entonces que su comentario era vagamente insultante. Por supuesto que quería pasar tiempo con Maggie, pero también quería verlo a él. Barajé la posibilidad de llamarle y cancelar la cita para demostrarle que no me importaba, pero la idea de no verle me deprimía demasiado. Y sospechaba que por dentro estaría molesta con Maggie si no podía ver a Bernard por su culpa.

Las cosas entre Maggie y yo ya están lo bastante tensas. Mientras nos preparábamos para salir no paraba de decir que no comprendía por qué me ponía tan «elegante» para ir a un bar. He intentado explicarle que no era esa clase de bar, pero se ha limitado a mirarme inexpresivamente y ha dicho:

—A veces de verdad que no te entiendo.

Entonces he tenido un momento de lucidez mental: a Maggie nunca le gustará Nueva York. Ella es constitucionalmente incompatible con la ciudad. Y en cuanto he comprendido eso, mi animosidad se ha disipado.

No es culpa de Maggie, y tampoco mía. Sencillamente, somos así.

—Allí está Bernard —digo ahora, pasando junto al *maître* y empujando suavemente a Maggie hacia la barra.

El interior del Peartree's es de diseño: paredes negras con apliques de cromo,

mesas de mármol negro y un espejo que cubre la pared del fondo. Samantha dice que es el mejor local para ligar de la ciudad; conoció a Charlie aquí y se cabrea cuando viene sin ella porque teme que conozca a otra chica.

—¿Por qué está tan oscuro? —pregunta Maggie.

—Para darle un aire misterioso.

—¿Qué tiene de misterioso no poder ver con quién estás hablando?

—Oh, Mags —digo, y me río.

Me acerco a Bernard por detrás y le toco el hombro. Da un respingo, sonrío y coge su copa.

—Empezaba a pensar que no vendríais. Me he dicho que quizá teníais una oferta mejor.

—Y la tenemos, pero Maggie ha insistido en conocerte primero. —Le acaricio fugazmente el pelo de la nuca. Es como un talismán para mí. La primera vez que lo hice me sorprendió su delicada suavidad, como el de una chica, y la ternura que despertó en mí, como si su pelo fuera el presagio de un corazón dulce y amable.

—Tú debes de ser la amiga —dice, escudriñando a Maggie—. Hola, amiga.

—Hola —responde Maggie recelosa. Con su pelo rubio y sus mejillas rosadas es cremosa como una tarta nupcial y contrasta enormemente con la nariz torcida y las facciones angulosas de Bernard, y con las bolsas de los ojos, que le dan el aspecto de alguien que pasa todo el tiempo en cuevas oscuras como el Peartree's. Confío en que Maggie le vea el lado romántico, pero por el momento su expresión es únicamente de desconfianza.

—¿Una copa? —pregunta Bernard, aparentemente ajeno al choque cultural.

—Vodka con tónica —digo.

—Yo tomaré una cerveza.

—Pide un cóctel —le insto.

—No quiero un cóctel. Quiero una cerveza —insiste Maggie.

—Deja que se tome una cerveza si quiere —interviene Bernard con tono jocosos, insinuando con ello que estoy haciendo pasar un mal trago a Maggie innecesariamente.

—Lo siento. —Mi voz suena hueca. Ya puedo ver que esto es un error. No tengo ni idea de cómo reconciliar mi pasado, Maggie, con mi presente, Bernard.

Dos hombres se escurren al lado de Maggie, decididos a hacerse con un sitio en la barra.

—¿Vamos a una mesa? —pregunta Bernard—. Podríamos cenar. Sería un placer para mí invitaros.

Maggie me mira interrogativamente.

—Pensaba que habíamos quedado con Ryan.

—Podríamos cenar de todos modos. Aquí se come bien.

—Se come fatal, pero hay un ambiente entretenido. —Bernard levanta una mano para llamar la atención del maître, y este nos señala una mesa vacía junto a la ventana.

—Vamos —le digo a Maggie con un codazo. Su mirada es ligeramente hostil, como si todavía no entendiera qué hacemos aquí.

Así y todo, sigue a Bernard hasta la mesa. Él incluso le retira la silla.

Me siento al lado de Bernard decidida a hacer que esto funcione.

—¿Cómo ha ido el ensayo? —pregunto con un tono animado.

—De pena —responde Bernard. Sonríe a Maggie para incluirla en la conversación—. Siempre hay un momento en mitad de los ensayos en que todos los actores se olvidan de lo que tienen que decir.

Que es exactamente lo que siento yo ahora.

—¿Por qué? —pregunta Maggie jugando con su vaso de agua.

—No tengo ni idea.

—Pero llevan ensayando al menos dos semanas, ¿no? —Frunzo el entrecejo, como si el hecho de conocer a Bernard me hubiera familiarizado con el mundillo del teatro.

—Los actores son como niños —dice Bernard—. Se enfurruñan y se sienten heridos.

Maggie le clava una mirada ausente.

Bernard sonríe con tolerancia y abre su carta.

—¿Qué te apetece, Maggie?

—No lo sé. ¿Pechuga de pato?

—Buena elección. —Bernard asiente—. Yo tomaré lo de siempre. Filete de falda. ¿Por qué se comporta de manera tan formal? ¿Es que siempre se ha comportado así pero no me he dado cuenta?

—Bernard es una criatura de costumbres —explico a Maggie.

—Qué bien —dice.

—¿Qué es eso que siempre dices sobre lo de ser escritor? —pregunto a Bernard—. Ya sabes, eso de que has de llevar una vida de hábitos.

Bernard asiente indulgentemente con la cabeza.

—Otros lo han expresado mejor que yo, pero la idea fundamental es que si eres escritor tienes que vivir en el folio.

—En otras palabras, tu vida real debería ser lo más sencilla posible —aclaro a Maggie—. Cuando Bernard está trabajando, casi todos los días come lo mismo. Un bocadillo de pastrami.

Maggie finge interés.

—Parece un poco aburrido. Aunque yo no soy escritora. Ni siquiera me gusta escribir cartas.

Bernard ríe y me señala juguetonamente con un dedo.

—Creo que deberías seguir más tu propio consejo, jovencita. —Mira a Maggie meneando la cabeza, como si estuvieran confabulados—. Carrie es una experta en vivir a lo grande. Siempre le digo que tiene que concentrarse más en el folio.

—Nunca me has dicho tal cosa —respondo indignada. Bajo la vista, como si tuviera que recolocarme la servilleta. El comentario de Bernard saca a la superficie todas mis inseguridades sobre mi talento como escritora.

—Llevo tiempo queriéndotelo decir. —Me estrecha la mano—. Y ya está, ya lo he dicho. ¿Pedimos vino?

—Claro —digo, dolida.

—¿Te parece bien un Beaujolais, Maggie? —pregunta cortésmente.

—Me gusta el vino tinto —dice Maggie.

—El Beaujolais es tinto —replico, y enseguida me siento como una bruja.

—Maggie ya lo sabía —dice amablemente Bernard.

Los miro a uno y al otro. ¿Cómo ha ocurrido? ¿Por qué soy la mala de la película? ¿Es posible que Bernard y Maggie se estén compinchando contra mí?

Me levanto para ir al lavabo.

—Te acompaño —dice Maggie.

Me sigue escaleras abajo mientras intento serenarme.

—Me encantaría que Bernard te gustara —digo cuando me detengo delante del espejo y Maggie entra en un cubículo.

—Acabo de conocerle. ¿Cómo puedo saber si me gusta o no?

—¿No te parece sexy?

—¿Sexy? Yo no diría eso.

—Pero lo es. Sexy —insisto.

—Si a ti te parece sexy, eso es lo único que importa.

Suena la cadena y Maggie sale del cubículo.

—No da la impresión de que sea tu novio —se aventura.

—¿A qué te refieres? —Saco una barra de labios del bolso en un esfuerzo por controlar el pánico.

—No se comporta como si fuera tu novio. Parece más tu tío.

Me paralizó.

—Pues no lo es.

—Solo parece que esté intentado ayudarte, que le caigas bien y... no sé... —Se encoge de hombros.

—Eso es porque acaba de divorciarse —digo.

—Qué fastidio —comenta mientras se lava las manos.

Me aplico carmín.

—¿Por qué?

—No me gustaría casarme con un divorciado. Lo fastidia todo, ¿no te parece?, saber que tu marido ha estado casado antes con otra. Yo no podría soportarlo. Me moriría de celos. Yo quiero un tío que solo haya estado enamorado de mí.

—Pero ¿y si...? —Me interrumpo al recordar que también yo he pensado siempre que eso era lo que quería. Hasta ahora. Entorno los párpados. Quizá solo sea el resto de un sentimiento que arrastro desde Castlebury.

Seguimos cenando, pero estamos incómodos. Digo cosas que sé que me hacen parecer una estúpida, y Maggie apenas abre la boca, y Bernard finge estar disfrutando de la comida y del vino. Cuando nos retiran los platos, Maggie sale disparada al baño mientras yo acerco mi silla a la de Bernard y me disculpo por la terrible velada que estamos pasando.

—No pasa nada —dice—, era lo que esperaba. —Me da unas palmaditas en la mano—. Vamos, Carrie. Tú y Maggie estáis en la facultad. Pertenecemos a generaciones diferentes. No puedes esperar que Maggie lo entienda.

—Yo lo entiendo.

—Pues vas a llevarte una decepción.

Maggie regresa a la mesa con una gran sonrisa en la cara.

—He llamado a Ryan —anuncia—. Dice que va a ir a casa de Capote, que deberíamos reunirnos con ellos allí y que luego podríamos salir.

Miro implorante a Bernard.

—Ve y diviértete con Maggie —me dice arrastrando su silla hacia atrás—. Enséñale la ciudad.

Saca su cartera y me tiende veinte dólares.

—Prométeme que cogeréis un taxi. No quiero que vayáis en metro por la noche.

—No. —Intento devolverle el billete, pero se niega a aceptarlo.

Maggie ya está en la puerta, como si no viera el momento de largarse.

Bernard me da un beso fugaz en la mejilla.

—Nosotros podemos vernos cuando queramos. Tu amiga ha venido solo dos días.

—¿Cuándo? —pregunto.

—¿Cuándo qué?

—¿Cuándo volveré a verte? —Me detesto, sueno como una colegiala desesperada.

—Pronto. Te llamaré.

Salgo del restaurante con cara de morros. Estoy muy enfadada, casi no puedo mirar a Maggie a la cara.

Un taxi se detiene en el bordillo, y una pareja baja. Maggie se desliza en el asiento de atrás.

—¿Vienes?

—¿Acaso tengo elección? —gruño entre dientes.

Ha anotado la dirección de Capote en una servilleta.

—¿Calle Green-wich? —pregunta, pronunciado cada sílaba.

—Se dice «Grenich».

Me mira.

—Bien. *Grenich* —dice al taxista.

El taxi arranca con un bandazo que me arroja contra Maggie.

—Lo siento —murmuro fríamente.

—¿Qué te pasa? —me pregunta.

—Nada.

—¿Estás así porque no me ha gustado Bernard?

—Cómo es posible que no te guste. —No es una pregunta.

Cruza los brazos.

—¿Quieres que te mienta? —Y antes de que pueda protestar, prosigue—: Es demasiado mayor. Sé que no es tan mayor como tus padres, pero como si lo fuera. Y es raro. No se parece a ningún tío con los que hemos crecido. Sencillamente, no te veo con él. —Para suavizar el golpe, añade dulcemente—: Solo te lo digo por tu bien.

Detesto cuando una amiga te dice que algo es «por tu bien». ¿Cómo sabe que es por tu bien? ¿Conoce el futuro? A lo mejor en el futuro miro atrás y veo que Bernard ha sido, de hecho, «bueno para mí».

—De acuerdo, Mags. —Suspiro.

El taxi cruza como una bala la Quinta Avenida mientras estudio cada uno de sus edificios más característicos —Lord & Taylor, el Toy Building, el Flatiron Building — para grabarlos en mi memoria. Si viviera siempre aquí, ¿me cansaría algún día de ellos?

—Por cierto —dice animadamente Maggie—, he olvidado contarte lo más importante. ¡Lali se ha ido a Francia!

—¿En serio? —pregunto con voz débil.

—¿Recuerdas todos los terrenos que tenían los Kandesie? Pues una gran promotora les compró como veinte hectáreas y ahora son millonarios.

—Apuesto a que Lali se ha ido a Francia para ver a Sebastian —digo, tratando de actuar como si me importara.

—Eso mismo pienso yo —conviene Maggie—. Y es muy probable que logre recuperarlo. Siempre he pensado que Sebastian es uno de esos tíos que utilizan a las mujeres. Seguro que vuelve con Lali por su dinero.

—Él ya tiene dinero —señalo.

—No importa. Lo suyo es utilizar.

Y mientras Maggie cotorrea, paso el resto del trayecto reflexionando sobre las relaciones. Por fuerza debe existir el amor «puro», aunque está visto que también hay bastante amor «impuro». Mira a Capote y a Ryan con sus modelos. Y a Samantha con

su novio ricachón. ¿Y qué me dices de Maggie y sus dos novios, uno para exhibirlo y el otro para el sexo? Y luego estoy yo. Quizá sea cierto lo que Maggie insinúa. Si Bernard no fuera un dramaturgo famoso, ¿me interesaría?

El taxi se detiene frente a un bonito edificio de piedra rojiza con crisantemos en las jardineras de las ventanas. Aprieto los dientes. Me gusta pensar que soy una buena persona. Una chica que no engaña ni miente ni finge ser lo que no es para ligarse a un tío. Pero tal vez no sea mejor que los demás. Puede que incluso sea peor.

—Ya hemos llegado —dice alegremente Maggie saltando del taxi y subiendo a toda prisa los escalones—. ¡Por fin vamos a divertirnos!

El apartamento de Capote no es lo que esperaba. Está amueblado con mullidos sillones y butacas de chintz. Hay un pequeño comedor con platos decorativos en las paredes. El dormitorio tiene un armario antiguo y una colcha de felpilla amarilla.

—Parece que aquí viva una anciana —digo.

—Vivía. La mujer que habitaba en este piso es una vieja amiga de la familia. Se ha ido a vivir a Maine —explica Capote.

—Ya —digo antes de dejarme caer en el sofá. Los muelles están hechos polvo y me hundo varios centímetros. Capote y sus «viejos amigos de la familia», gruño por dentro. Parece tener contactos con todo, incluso con apartamentos. Es una de esas personas que espera conseguir las cosas con muy poco esfuerzo y lo consigue.

—¿Una copa? —dice.

—¿Qué tienes? —le pregunta coquetamente Maggie.

¿Eh? Pensaba que le interesaba Ryan. Pero a lo mejor es Capote quien le gusta. O a lo mejor Maggie coquetea con todos los tíos a los que conoce. Con excepción de Bernard.

Sacudo la cabeza. Sea como sea, esta situación no puede conducir a nada bueno. ¿Cómo he conseguido meterme en esto?

—Lo que quieras —responde Capote.

Él no parece estar coqueteando. Lo cierto es que se comporta con total naturalidad, como si no le entusiasmara nuestra presencia pero hubiera decidido tolerarla.

—¿Cerveza? —pregunta Maggie.

—Desde luego. —Abre la nevera, saca una Heineken y se la pasa—. ¿Carrie?

—¿Vodka? —Me levanto y le sigo hasta la cocina. Es una cocina de verdad, con una encimera que da a la sala de estar. De repente siento envidia. No me importaría vivir aquí, en este encantador y vetusto apartamento con chimenea y una cocina con vida. Varias cacerolas cuelgan de una barra sujeta al techo—. ¿Cocinas? —le pregunto con una mezcla de sarcasmo y sorpresa.

—Me encanta cocinar —responde Capote con orgullo—. Sobre todo pescado. Soy famoso por mi pescado.

—Yo también cocino —digo con un tono algo desafiante, como si supiera de cocina mucho más de lo que él podrá saber jamás.

—¿Como qué? —Saca de la alacena dos vasos chatos en los que sirve hielo, vodka y un chorrito de zumo de arándano.

—De todo —digo—, pero especialmente postres. Me sale muy bien el Bûche de Noel. Lleva dos días prepararlo.

—Yo nunca le dedicaría tanto tiempo a la cocina —dice con desdén, alzando el vaso—. Salud.

—Salud.

Suena el timbre y, sin duda agradecido por la interrupción, Capote se encamina hacia la puerta.

Ryan entra con Rainbow y otra chica del tamaño de una ramita. Tiene el pelo moreno y corto, unos enormes ojos negros y acné, y viste una falda que a duras penas le tapa el culo. Por alguna razón enseguida siento celos. Pese al acné, debe de ser otra de las amigas modelos de Ryan. Me siento como un pez fuera del agua.

Los ojos de Rainbow barren la estancia y aterrizan en mí. También ella pone cara de no entender qué hago aquí.

—Hola —la saludo desde la cocina.

—Hola. —Se acerca mientras Ryan saluda a Maggie y se sienta a su lado en el sofá—. ¿Estás sirviendo bebidas?

—Eso parece. ¿Qué quieres? Capote dice que tiene de todo.

—Tequila.

Encuentro la botella y vierto un chorro en un vaso. «¿Qué hago sirviéndole?», me pregunto irritada.

—¿Tú y Capote estáis juntos?

—No. —Arruga la nariz—. ¿Qué te hace pensar eso?

—Dais la impresión de estar muy unidos, eso es todo.

—Somos amigos. —Calla, mira de nuevo a su alrededor y, tras comprobar que Ryan sigue charlando con Maggie y Capote con la chica flaca, decide que soy su única posibilidad de conversación—. Nunca saldría con él. Creo que las chicas que salen con él están mal de la cabeza.

—¿Por qué? —Bebo un sorbo de vodka.

—Seguro que les rompe el corazón.

Vaya. Bebo otro sorbo y añado un poco más de vodka y hielo a mi vaso. No me siento muy ebria que digamos. De hecho, siento una sobriedad preocupante. Y envidia. De la vida de los demás.

Me uno a Maggie y a Ryan en el sofá.

—¿De qué habláis, chicos?

—De ti —dice Ryan. He aquí una persona que no sabe mentir.

Maggie se pone roja.

—¡Ryan! —le reprende.

—¿Qué? —Mira a Maggie y luego a mí—. Pensaba que erais amigas íntimas. Se supone que las amigas íntimas se lo cuentan todo, ¿no?

—No sabes nada de mujeres —replica Maggie con una risita.

—Por lo menos lo intento, no como la mayoría de los hombres.

—¿Y qué decíais de mí? —pregunto.

—Maggie me estaba hablando de ti y de Bernard.

En la voz de Ryan percibo cierto tono de admiración. Está claro que Bernard Singer es una especie de héroe para él y Capote. Es exactamente lo que a ellos les gustaría ser algún día. Y está visto que mi relación con él me eleva de categoría. Pero yo ya sabía que eso iba a ocurrir, ¿o no?

—A Maggie no le gusta. Dice que es demasiado mayor.

—No he dicho eso. He dicho que no te convenía.

—El hombre nunca es demasiado mayor —dice Ryan medio en broma—. Si Carrie puede salir con un tipo que le lleva quince años, significa que hay esperanza para mí cuando pase de los treinta.

Maggie hace una mueca de asco.

—¿Te gustaría salir con alguien de diecisiete cuando tengas treinta?

—De diecisiete tal vez no. —Ryan le guiña un ojo—. La preferiría mayor de edad.

Maggie ahoga una risita. Parece que el físico y el encanto de Ryan han ganado sobre su estupidez con las mujeres.

—En cualquier caso, ¿quién tiene diecisiete? —pregunta.

—Carrie —contesta Maggie acusadoramente.

—Cumpliré dieciocho el mes que viene. —La fulmino con la mirada. ¿Por qué me hace esto?

—¿Sabe Bernard que tienes diecisiete? —me pregunta Ryan con excesivo interés.

—No —dice Maggie—. Carrie me ha pedido que mintiera y dijera que tiene diecinueve.

—Ajá, el viejo truco de la mentira —se burla Ryan.

El timbre del apartamento vuelve a sonar.

—Refuerzos —anuncia Ryan, y Maggie ríe.

Llegan otras cinco personas: tres tíos de aspecto desaliñado y dos chicas muy serias.

—Vámonos —digo a Maggie.

Ryan me mira atónito.

—No podéis iros ahora —dice—. La fiesta no ha hecho más que empezar.

—Eso —le secunda Maggie—. Yo lo estoy pasando en grande. —Coge su botella

de cerveza vacía—. ¿Te importaría traerme otra?

—No. —Me levanto irritada y entro en la cocina. Los recién llegados se acercan y me piden bebidas. Se las sirvo porque no tengo nada mejor que hacer y, la verdad, porque no hay nadie con quien me apetezca hablar.

Vislumbro el teléfono de pared que hay junto a la nevera. Maggie está ocupada con Ryan, que ahora se encuentra sentado en el sofá con las piernas cruzadas, entreteniéndola con lo que parece una historia larga y amena. Me digo que a Maggie no le importará que me vaya sin ella. Descuelgo el auricular y marco el número de Bernard.

Un tono detrás de otro. ¿Dónde está? Una docena de posibilidades cruza por mi cabeza. Se ha ido a una discoteca; aunque, de ser así, ¿por qué no nos ha invitado a Maggie y a mí? O ha conocido a otra chica en el Peartree's y está en la cama con ella. O, peor aún, ha decidido que no quiere volver a verme y por eso no coge el teléfono.

La incertidumbre me está matando. Vuelvo a llamar.

Sigue sin responder. Cuelgo hecha un manojo de nervios. Ya no me cabe duda de que no volveré a verle. No puedo soportarlo. Me da igual lo que diga Maggie. ¿Y si estoy enamorada de Bernard y Maggie acaba de fastidiar lo nuestro?

La busco con la mirada, pero ella y Ryan han desaparecido. Antes de que pueda ponerme a buscarlos uno de los tíos desaliñados decide darme conversación.

—¿De qué conoces a Capote?

—No le conozco —digo bruscamente. Entonces me siento mal y añado—: Está en mi clase de escritura.

—Ah, sí, la legendaria New School, cómo no. ¿Todavía enseña Viktor Greene? —pregunta con acento de Boston.

—Si me disculpas —digo, deseando quitármelo de encima—, tengo que encontrar a mi amiga.

—¿Cómo es?

—Rubia, guapa, muy americana.

—Está con Ryan en el dormitorio.

Frunzo el entrecejo como si él tuviera la culpa.

—Tengo que sacarla de ahí.

—¿Por qué? Son dos animales jóvenes y sanos. ¿Qué más te da?

Me siento aún más perdida que hace unos minutos. ¿Es que todos mis valores e ideales son erróneos?

—Tengo que llamar por teléfono.

—¿Tienes un mejor lugar adonde ir? —Ríe—. La auténtica fiesta está aquí.

—Espero que no —farfullo antes de marcar el número de Bernard. Nada. Cuelgo con violencia y me dirijo al dormitorio.

La música suena a todo trapo mientras una de las chicas serias aporrea la puerta

del cuarto de baño. Finalmente esta se abre y Capote sale con Rainbow y la chica modelo. Están partiéndose de risa. Normalmente me encanta esta clase de fiestas, pero ahora solo soy capaz de pensar en Bernard. Y si no puedo verle, la verdad es que prefiero irme a casa.

Quiero trepar a la cama de Samantha y cubrirme la cabeza con sus sábanas resbaladizas y llorar.

—¿Maggie? —Llamo enérgicamente a la puerta del dormitorio—. Maggie, ¿estás ahí? —Silencio—. Sé que estás ahí, Maggie. —Pruebo el picaporte, pero está bloqueado—. Maggie, quiero irme a casa —aúllo.

La puerta se abre al fin. Maggie está colorada y no deja de retorcerse el pelo. Detrás aparece Ryan sonriendo y aupándose los pantalones.

—Jesús, Carrie —dice Maggie.

—Tengo que irme a casa. Mañana tenemos clase —le recuerdo a Ryan como una vieja institutriz.

—Entonces, vayamos a tu casa —propone Ryan.

—No.

Maggie me mira fijamente.

—Es una gran idea.

Sopeso mis opciones y decido que la que propone Ryan es la mejor. Por lo menos me sacará de aquí.

Caminamos hasta el edificio de Samantha. Arriba, Ryan saca una botella de vodka que le ha birlado a Capote y procede a servirnos una copa. Niego con la cabeza.

—Estoy cansada.

Mientras Ryan busca el equipo de música, entro en el cuarto de Samantha y llamo a Bernard.

El teléfono suena varias veces. Sigue sin contestar. Lo nuestro ha terminado.

Entro en la sala, donde me encuentro a Maggie y a Ryan bailando.

—Vamos, Carrie. —Maggie extiende los brazos.

Qué demonios, pienso, y me uno a ellos. A los pocos minutos, Maggie y Ryan se están dando el lote.

—Eh, tíos, ya vale —protesto.

—¿Ya vale qué? —dice Ryan riendo.

Maggie le coge de la mano y lo arrastra hacia el dormitorio.

—¿Te importa? Enseguida volvemos.

—¿Y qué se supone que debo hacer yo?

—Tomarte una copa —dice Ryan con una risita.

Entran en el dormitorio y cierran la puerta. El álbum de Blondie sigue sonando. «Heart of Glass». «Esa soy yo», pienso. Cojo mi vodka y me siento en la mesita del

rincón. Enciendo un cigarrillo. Llamo de nuevo a Bernard.

Sé que es un error, pero un alien se ha apoderado de mis emociones. Con lo bajo que he caído ya solo me queda seguir bajando.

El álbum toca a su fin y del dormitorio escapan jadeos y algún que otro «Oh, qué bueno».

Enciendo otro cigarrillo. ¿No se dan cuenta Maggie y Ryan de lo desconsiderados que son? ¿O es que les da igual?

Llamo a Bernard una vez más. Me fumo otro cigarrillo. Ha pasado una hora, y siguen dale que te pego. ¿Es que nunca se cansan? Luego me digo que tengo que pasar. No debería ser tan prejuiciosa. Sé que no soy perfecta, pero yo nunca haría lo que ellos están haciendo. Sencillamente, no lo haría.

Puede que, después de todo, acabe de descubrir algo sobre mí misma. Tengo lo que Miranda llamaría «mis límites».

Haría bien en acostarme en el futón, porque Maggie y Ryan dan la impresión de tener para rato, pero la rabia, la frustración y el miedo me mantienen en vela. Me fumo otro cigarrillo y marco el número de Bernard.

Esta vez responde al segundo tono.

—¿Diga? —pregunta mientras trata de imaginar quién puede estar llamándole a las dos de la madrugada.

—Soy yo —susurro, y me doy cuenta de que ha sido una malísima idea.

—¿Carrie? —dice con la voz adormilada—. ¿Qué haces levantada?

—Maggie está teniendo sexo —bisbiseo.

—¿Y?

—Lo está haciendo con un tío de mi clase.

—¿Lo están haciendo delante de ti?

¿Qué pregunta es esa?

—Están en el dormitorio.

—Ah.

—¿Puedo ir a tu casa? —No quiero que suene como una súplica, pero es una súplica.

—Pobrecilla. Estás teniendo una noche horrible, ¿verdad?

—La peor.

—No creo que venir a mi casa lo arregle —me advierte—. Estoy cansado y necesito dormir. Y tú también.

—Podemos simplemente dormir. Estaría bien.

—Esta noche no, Carrie, lo siento. Otro día.

Trago saliva.

—De acuerdo —digo con voz de ratoncillo.

—Buenas noche, pequeña —se despide antes de colgar.

Devuelvo el auricular a la horquilla con cuidado. Camino hasta el futón, me siento con las rodillas contra el pecho y me columpio. Contraigo la cara y en la comisura de mis ojos comienzan a brotar lágrimas.

Miranda tiene razón. Los tíos son odiosos.

Ryan sale furtivamente del dormitorio a las cinco de la mañana. Cierro con fuerza los párpados y me hago la dormida. No quiero verle ni hablar con él. Oigo sus pasos cruzando la sala y, a renglón seguido, el chirrido de la puerta. «Pasa de todo», me digo. Tampoco es tan fuerte. Se han acostado, ¿y qué? No es asunto mío. Aun así, ¿es que a Ryan no le importa su prometida? ¿Y qué hay de Maggie y sus dos novios? ¿Acaso no existen límites en el sexo? ¿Tan poderoso es que puede borrar tu pasado y tu buen juicio?

Concilio el sueño, agitado al principio y más profundo después. Estoy soñando que Viktor Greene me está diciendo que me ama, aunque no parece Viktor, sino Capote, cuando Maggie me despierta.

—Hola —dice toda contenta, como si nada indecoroso hubiera ocurrido—. ¿Quieres un café?

—Sí —digo mientras recuerdo la horrible noche. Estoy exhausta y vuelvo a sentirme algo irritada. Enciendo un cigarrillo.

—Estás fumando mucho —me advierte Maggie.

—Ja —replico, pensando en lo mucho que ella fuma.

—¿No te has dado cuenta de que lo he dejado?

La verdad es que no.

—¿Cuándo? —Le lanzo desafiantes anillos de humo.

—Después de conocer a Hank. Dijo que era asqueroso y me di cuenta de que tenía razón.

Me pregunto qué opinaría Hank respecto a su comportamiento de anoche.

Entra en la cocina, encuentra el café instantáneo y un hervidor y espera a que el agua rompa a hervir.

—Anoche lo pasamos en grande, ¿verdad?

—Bomba, lo pasé bomba. —No puedo evitar el sarcasmo en mi voz.

—¿Qué te pasa ahora? —pregunta Maggie como si fuera yo la que no para de quejarse.

Es demasiado pronto para una discusión.

—Nada, pero Ryan está en mi clase y...

—Ahora que lo mencionas, va a llevarme al cine, a una película de un director

chino. *Los siete* no sé qué.

—¿*Los siete samuráis*? De Kurosawa. Es japonés.

—¿Cómo lo sabes?

—Los tíos siempre hablan de ella. Dura como seis horas.

—Dudo mucho que aguantemos seis horas —me dice con un tono pícaro mientras me pasa una taza de café.

Una noche pase, pero ¿dos? Ni hablar.

—Oye, Mags, no me parece buena idea que Ryan venga esta noche. Samantha podría enterarse...

—No te preocupes. —Se sienta a mi lado en el futón—. Ryan me ha dicho que podemos ir a su apartamento.

Recojo de mi taza un grano de café flotante.

—¿Y su prometida?

—Ryan dice que cree que le engaña.

—¿Y eso es justificación?

—Por Dios, Carrie, ¿qué te pasa? No seas tan puritana.

Bebo un sorbo de café y me insto a no replicarle. Si de algo me jacto, es de no ser «puritana». Puede que, después de todo, no me conozca tan bien como creo.

Tengo clase a la una, pero salgo de casa mucho antes alegando recados que hacer. Maggie y yo nos hemos comportado civilizadamente la una con la otra pero, por dentro, yo era una bomba de relojería. He tenido que hacer un gran esfuerzo para no volver a mencionar a Ryan y otro aún mayor para no sacar a relucir a Bernard. Me prometí que no hablaría de él porque, si lo hacía, temía acusar a Maggie de echar a perder mi relación. Acusación que incluso mi ilógico cerebro encontraba algo exagerada.

Cuando Maggie ha encendido la tele y se ha puesto a hacer levantamientos de piernas he aprovechado para huir.

Todavía falta una hora para mi clase, así que me dirijo a la White Horse Tavern, donde puedo hincharme de café decente por cincuenta centavos. Para mi gran alegría L'il se encuentra allí, escribiendo su diario.

—Estoy agotada. —Suspiro cuando me siento frente a ella.

—No lo parece.

—Creo que he dormido dos horas.

Cierra el diario y me mira fijamente.

—¿Bernard?

—Ojalá. Bernard me ha dejado.

—Lo siento. —Esboza una sonrisa dulce.

—Oficialmente no —me apresuro a explicar—, pero después de lo de anoche es

probable que lo haga. —Me echo tres azucarillos en el café—. Y mi amiga Maggie se acostó anoche con Ryan.

—Por eso estás tan cabreada.

—No estoy cabreada, estoy decepcionada. —No parece convencida, de modo que añado—: Y tampoco estoy celosa. ¿Cómo quieres que me atraiga Ryan si tengo a Bernard?

—¿Por qué estás enfadada entonces?

—No lo sé. —Hago una pausa—. Ryan está prometido, y Maggie tiene dos novios. No está bien.

—El corazón quiere lo que el corazón quiere —declara con un tono enigmático.

Aprieto los labios con desaprobación.

—Pues el corazón debería tener más juicio.

En clase no abro la boca. Ryan intenta hablarme de lo estupenda que es Maggie, pero me limito a asentir fríamente con la cabeza. Rainbow hasta me dice hola, aunque Capote me ignora, como siempre. Por lo menos él se comporta de manera normal.

Luego Viktor va y me pide que lea las primeras diez páginas de mi obra de teatro. Me quedo petrificada. Es la primera vez que me pide que lea y tardo un minuto en asimilarlo. ¿Cómo espera que lea la obra yo sola? Hay dos personajes, un hombre y una mujer. No puedo leer también la parte del hombre. Pareceré idiota.

Viktor ha conseguido llegar a esa misma conclusión.

—Tú leerás el personaje de Harriet —dice—, y Capote leerá el de Moorehouse.

Capote mira a su alrededor con cara de fastidio.

—¿Harriet? ¿Moorehouse? ¿Qué clase de nombre es Moorehouse?

—Imagino que ya lo averiguaremos —contesta Viktor retorciéndose el bigote.

Esto es lo mejor que me ha ocurrido en, por lo menos, dos días. Puede que hasta me compense por todo lo demás.

Aferrada a mi guión, camino hasta el frente de la clase seguida de un Capote colorado.

—¿A quién interpreto? —me pregunta.

—A un hombre de cuarenta años que está pasando por la crisis de la madurez. Y yo soy la bruja de su mujer.

—No me extraña —rezonga.

Le sonrío. ¿Es esa la razón de su constante animosidad? ¿Que piensa que soy una bruja? Si piensa de veras que soy una bruja, me alegro.

Empezamos a leer. Hacia la segunda hoja ya estoy metida en el papel, concentrada en cómo debe de ser estar en la piel de Harriet, una mujer infeliz que soñaba con triunfar en la vida pero que ha sido eclipsada por un marido infantil.

Hacia la tercera hoja, la clase ya ha comprendido que la obra es, en principio,

cómica y empieza a reír por lo bajo. Hacia la quinta hoja oigo incluso carcajadas. Cuando llegamos al final la clase estalla en aplausos.

Uau.

Miro a Capote, esperando, absurdamente, su aprobación. Tiene la expresión dura cuando evita deliberadamente mi mirada.

—Buen trabajo —murmura por obligación.

Me trae sin cuidado. Regreso a mi silla flotando en una nube.

—¿Comentarios? —dice Viktor.

—Parece una versión juvenil de *¿Quién teme a Virginia Wolf?* —se aventura Ryan.

Me vuelvo agradecida hacia él. Posee una lealtad que de repente valoro. Es una pena que dicha lealtad se acabe cuando se trata de sexo. Si un tío es infiel en las relaciones de pareja pero decente en todo lo demás, ¿es aceptable que te guste como persona?

—Lo que más destacaría es la forma en que Carrie logra que una escena doméstica de lo más banal resulte interesante —dice Viktor—. Me gusta que tenga lugar mientras la pareja se está cepillando los dientes. Es una actividad que todos hacemos a diario.

—Como cagar —observa Capote.

Sonrío como si estuviera demasiado por encima de él para que su comentario me ofenda. Pero ahora ya es definitivo y oficial, decido. Le odio.

Viktor se acaricia el bigote con una mano y la nuca con la otra, como si temiera que su pelo pudiera echar a correr.

—¿Y ahora L'il podría tener la gentileza de leernos su poema?

—Claro. —L'il se levanta y camina hasta el frente de la clase—. «La zapatilla de cristal» —declara—. «Mi amante me hizo trizas. Como si mi cuerpo fuera de cristal, estrellado contra las rocas, algo que puede ser utilizado y arrojado después...».

El poema continúa en esa línea unas frases más y, cuando termina, L'il esboza una sonrisa nerviosa.

—¿Opiniones? —inquire Viktor con una tirantez desacostumbrada en su voz.

—Me ha gustado —digo—. El cristal hecho trizas es una manera excelente de describir un corazón roto. —Lo que me recuerda cómo me voy a sentir cuando Bernard ponga fin a nuestra relación.

—Es pedante y previsible —replica Viktor—. Flojo y propio de una colegiala. Es lo que pasa cuando das tu talento por descontado.

—Gracias —dice L'il con un tono sereno, como si no le importara.

Vuelve a su sitio, y cuando la miro por encima de mi hombro, veo que tiene la cabeza gacha y la expresión acongojada. Sé que es demasiado fuerte para llorar en clase, pero si lo hiciera todo el mundo lo entendería. Viktor puede ser desagradable

con sus valoraciones, pero nunca antes se había mostrado deliberadamente cruel.

Aunque debe de sentirse culpable porque está tirando del pobre Waldo como si quisiera arrancárselo de la cara.

—Resumiendo, estoy deseando oír más de la obra de teatro de Carrie. En cuanto a L'il... —Se detiene y se da la vuelta.

Aunque debería de estar eufórica, no lo estoy. L'il no se merece esa crítica. Lo cual podría significar que yo tampoco me merezco el exagerado elogio. Ser genial no resulta tan fantástico cuando es a costa de otra persona.

Recojo mis papeles mientras me pregunto qué acaba de pasar. Puede que en el fondo Viktor no sea más que otro tío veleidoso, solo que en lugar de serlo con las mujeres lo es con sus alumnos favoritos. Al principio del curso colmó de elogios a L'il, pero se ha cansado de ella y ahora yo he pasado a ser el blanco de su atención.

L'il sale de clase como una flecha. Le doy alcance en el ascensor y aprieto el botón de cerrar las puertas para que no suba nadie más.

—Lo siento. Tu poema me ha encantado, en serio —digo efusivamente, tratando de compensar la crítica de Viktor.

L'il se aprieta la cartera contra el pecho.

—Tiene razón, el poema es una mierda. Tengo que trabajar más.

—Trabajas más que el resto de la clase, L'il. Trabajas mucho más que yo. De nosotras dos, yo soy la gandula.

Menea la cabeza.

—Tú no eres gandula, Carrie, simplemente no tienes miedo.

Ahora sí que no entiendo nada, dada nuestra conversación acerca de los miedos del escritor.

—A mí no me lo parece.

—Es cierto. Tú no le tienes miedo a esta ciudad. No temes probar cosas nuevas.

—Tú tampoco —digo con dulzura.

Bajamos del ascensor y salimos a la calle. Luce un sol abrasador, y el calor es como una bofetada en la cara. L'il frunce el entrecejo y se pone unas gafas de sol baratas, de esas que los vendedores ambulantes ofrecen en cada esquina.

—Y no te preocupes por mí. ¿Piensas contárselo a Bernard?

—¿El qué?

—Lo de tu obra. Deberías enseñársela. Estoy segura de que le encantaría.

La observo con detenimiento, preguntándome si está siendo cínica conmigo, pero no percibo atisbo alguno de malicia. Además, L'il no es así. Ella nunca ha tenido celos de nadie.

—Tal vez lo haga —digo.

Bernard. Debería enseñarle mi obra, pero después de lo de anoche ni siquiera sé si quiere hablar conmigo.

Tampoco es que pueda hacer nada al respecto. He quedado con Samantha para ayudarla con su locura de cena.

— ¿Por dónde empezamos? —pregunta Samantha con una palmada alentadora.
La miro como si no hablara en serio.

—Deberíamos empezar por comprar los ingredientes —digo con el tono con el que hablaría a una niña de párvulos.

—¿Dónde?

Se me cae la mandíbula.

—¿En un supermercado? —Cuando Samantha dijo que no sabía nada de cocina ni por un momento imaginé que se estuviera refiriendo a nada en absoluto, incluido el hecho de que una comida se hace con «productos» que hay que comprar en un «supermercado».

—¿Y dónde está el supermercado?

Quiero gritarle. En lugar de eso, me limito a observarla.

Está sentada en su despacho, detrás de su mesa, con un jersey escotado, hombros de jugador de rugby, collar de perlas y minifalda. Tiene un aspecto sexy, moderno y relajado. Yo, en cambio, parezco una desharrapada, sobre todo porque llevo la enagua de alguna anciana que me he ceñido con un cinturón de vaquero. Otro gran hallazgo de la tienda vintage.

—¿Has considerado la posibilidad de comprar comida preparada? —pregunto astutamente.

Deja ir su risa cantarina.

—Charlie cree que sé cocinar. No quiero sacarlo de su error.

—¿Y por qué lo cree, si puede saberse?

—Porque se lo he dicho yo —responde algo molesta. Se levanta y se lleva las manos a las caderas—. ¿Nunca has oído la expresión «finge hasta hacerlo realidad»? Pues yo soy la primera que la puso en práctica.

—Vale. —Levanto las manos en señal de derrota—. Primero necesito ver la cocina de Charlie, con qué cacharros puedo contar.

—Desde luego. Tiene un apartamento espectacular. Iremos ahora. —Coge un bolso Kelly enorme que no le he visto antes.

—¿Es nuevo? —le pregunto con una mezcla de envidia y admiración.

Acaricia el suave cuero antes de colgárselo al hombro.

—¿A que es bonito? Me lo ha regalado Charlie.

—Qué vida tienen algunos...

—Juega bien tus cartas y tú también la tendrás, gorrioncillo.

—¿Cómo piensas llevar a cabo tu gran plan? —pregunto—. ¿Y si Charlie descubre que...?

Agita una mano desdeñosa.

—No lo descubrirá. Los únicos momentos que Charlie pasa en la cocina son cuando hacemos el amor sobre la encimera.

Hago una mueca de asco.

—¿Y esperas que prepare una comida sobre esa encimera?

—Está limpia, Carrie. ¿Has oído alguna vez la palabra «criada»?

—En mi universo no.

Nuestra conversación se ve interrumpida por la aparición de un hombre de estatura baja y pelo castaño claro que me recuerda muchísimo al muñeco Ken.

—¿Te marchas? —pregunta a Samantha con aire severo.

Un atisbo de irritación atraviesa el rostro de Samantha, pero enseguida recupera la compostura.

—Una urgencia familiar —dice.

—¿Y la cuenta Smirnoff?

—El vodka lleva en el mercado más de doscientos años, Harry. Seguro que mañana sigue ahí. En cambio mi hermana —me señala— puede que no.

El bochorno se apodera de mi cuerpo, y me pongo roja.

Harry, sin embargo, no se lo traga. Me observa detenidamente. Está claro que necesita gafas, pero es demasiado presumido para ponérselas.

—¿Tu hermana? —pregunta—. ¿Desde cuándo tienes una hermana?

—Hay que ver, Harry... —Samantha meneaba la cabeza.

Harry se hace a un lado para dejarnos pasar y nos sigue por el pasillo.

—¿Volverás más tarde?

Samantha detiene sus pasos y gira lentamente sobre sus talones. En sus labios se dibuja una sonrisa.

—Jesús, Harry, hablas igual que mi padre.

Eso funciona. La cara de Harry pasa por quince tonos de verde. No es mucho mayor que Samantha, y estoy segura de que lo último que esperaba era que lo comparara con un viejo.

—¿Quién era ese? —pregunto cuando salimos a la calle.

—¿Harry? —dice despreocupadamente—. Mi nuevo jefe.

—¿Le hablas así a tu nuevo jefe?

—No me queda más remedio dada la forma en que él me habla a mí.

—¿Por qué lo dices?

—Veamos. —Se detiene en el semáforo—. En su primer día de trabajo entra en mi despacho y me dice: «He oído que eres muy competente con todo lo que te propones». Suena como un cumplido, ¿verdad? Pero luego va y añade: «Tanto dentro como fuera de la oficina».

—¿Puede decir esas cosas y quedarse tan fresco?

—Ya lo creo. —Samantha se encoge de hombros—. Nunca has trabajado en una oficina, por lo que no tienes ni idea, pero al final siempre sale a relucir el sexo. Y cuando eso ocurre, yo siempre la devuelvo.

—¿No deberías contárselo a alguien?

—¿A quién? ¿A su jefe? ¿A Recursos Humanos? Dirán que él bromeaba o que yo me insinué. ¿Y si me despiden? No tengo intención de pasarme el día en casa escupiendo bebés y haciendo galletas.

—No sé nada de tus habilidades maternas, pero si se parecen a tus habilidades culinarias, no creo que sea una buena idea.

—Gracias —responde, viendo que la he entendido.

Samantha habrá mentido a Charlie sobre sus conocimientos de cocina, pero no mentía con respecto al apartamento. El edificio se encuentra en Park Avenue, en pleno Midtown, y es de oro. No de oro de verdad, lógicamente, sino de un metal que brilla como el oro. Y si pensaba que los porteros del edificio de Bernard eran elegantes, los del edificio de Charlie lo son aún más. No solo llevan guantes blancos, sino una gorra con trenza dorada. Hasta los uniformes tienen trenzas doradas colgando de los hombros. Es todo bastante hortera, pero impresiona.

—¿En serio vives aquí? —susurro mientras cruzamos el vestíbulo. Es de mármol y resuena.

—Claro. —Samantha saluda a un portero que nos aguarda cortésmente en el ascensor—. Es como yo, ¿no crees? Glamouroso pero con clase.

—Es una manera de verlo, supongo —murmuro, contemplando las paredes de espejo ahumado que forran el interior del ascensor.

Como cabía esperar, el apartamento de Charlie es enorme. Situado en la planta cuarenta y cinco, tiene ventanas que van desde el suelo hasta el techo, una sala de estar hundida, una pared de espejos ahumados y una gran urna de plexiglás llena de reliquias relacionadas con el béisbol. Estoy segura de que tiene varios dormitorios y cuartos de baño, pero no llego a verlos porque Samantha me lleva directamente a la cocina. También esta es enorme, con encimeras de mármol y electrodomésticos relucientes. Se ve muy nueva. Demasiado nueva.

—¿Alguna vez ha cocinado alguien aquí? —pregunto mientras abro los armarios en busca de cacerolas y sartenes.

—Creo que no. —Samantha me da una palmadita en el hombro—. Seguro que te

las apañas bien. Confío plenamente en ti. Espera a ver lo que voy a ponerme.

—Genial —farfullo. La cocina está prácticamente vacía. Encuentro un rollo de papel de aluminio, moldes para magdalenas, tres cuencos y una sartén grande.

—¡Tachán! —exclama cuando reaparece en el hueco de la puerta con un uniforme de doncella francesa—. ¿Qué te parece?

—Ideal si tienes previsto trabajar en la calle Cuarenta y dos.

—A Charlie le encanta.

—Oye, cielo —contesto apretando los dientes—, se trata de una cena. No puedes ponerte eso.

—Lo sé —replica con exasperación—. Caray, Carrie, ¿no puedes reconocer una broma?

—No cuando tengo que preparar un menú completo con tres cuencos y un rollo de papel de aluminio. ¿Quiénes seréis?

Levanta una mano.

—Charlie, una pareja tediosa con la que Charlie trabaja, otra pareja tediosa, Erica, la hermana de Charlie, y yo. Y mi amigo Cholly para animar el cotarro.

—¿Cholly?

—Cholly Hammond. Lo conociste en la misma fiesta en la que conociste a Bernard.

—El tipo de la americana de capitán de barco.

—Dirige una revista literaria. Te gustará.

Agito el papel de aluminio delante de su cara.

—No lo veré, ¿recuerdas? Estaré aquí dentro, cocinando.

—Si cocinar te pone tan histérica, no deberías hacerlo —espeta Samantha.

—Gracias, cariño, pero te recuerdo que esto fue idea tuya.

—Oh, ya lo sé —dice con displicencia—. Necesito que me ayudes a elegir la ropa. Los amigos de Charlie son muy conservadores.

La sigo por un pasillo enmoquetado hasta una gran suite con un vestidor y dos cuartos de baño, uno para él y otro para ella. No doy crédito a tanto esplendor. Imagina disponer de todo ese espacio en Manhattan... No me extraña que Samantha tenga tantas ganas de casarse. Ya solo el vestidor tiene el tamaño de su apartamento. A un lado hay perchas y más perchas con ropa de Charlie ordenada por tipos y colores. Los tejanos están planchados y colgados, y en los estantes, cuidadosamente apilados, hay jerseys de cachemir de todos los colores.

El lado opuesto es la sección de Samantha, inconfundible no solo por los trajes de trabajo, los zapatos de salón y los vestidos ceñidos que tanto le gusta lucir, sino por su relativa parquedad.

—Hermana, me parece que tienes mucho que hacer —señalo.

—Estoy en ello. —Ríe.

—¿Qué es esto? —Señalo un traje de rizo con ribete blanco—. ¿Un Chanel? —Miro la etiqueta que todavía cuelga de la manga y ahogo un grito—. ¿Mil doscientos dólares?

—Gracias. —Me arrebató la percha.

—¿Puedes permitírtelo?

—No, pero si quieres una vida a lo grande has de estar a la altura. Pensaba que tú, más que ninguna otra persona, lo entendería. ¿No estás obsesionada con la moda?

—No a estos precios. Este precioso vestido me costó dos dólares.

—No me extraña —replica Samantha quitándose el uniforme de doncella francesa y dejándolo en el suelo.

Se pone el traje Chanel y examina su imagen en el espejo de cuerpo entero.

—¿Qué opinas?

—¿No es lo que se ponen todas esas señoras que salen a comer? Sé que es un Chanel, pero no es tu estilo.

—Lo que lo hace idóneo para una dama del Upper East Side que aspira a llegar lejos.

—Pero tú no eres una dama del Upper East Side —señalo, pensando en todas las noches locas que hemos pasado juntas.

Se lleva un dedo a los labios.

—Ahora sí. Y lo seré el tiempo que haga falta.

—¿Y luego?

—Seré rica e independiente. Puede que me vaya a vivir a París.

—¿Tienes previsto divorciarte de Charlie antes incluso de haberte casado? ¿Y si tenéis hijos?

—¿Tú qué crees, gorrioncillo? —Mete el uniforme de doncella en el armario con un puntapié y me mira fijamente—. Si no recuerdo mal, alguien aquí tiene una cena que preparar.

Cuatro horas más tarde, pese a tener el horno en marcha y dos fogones encendidos, estoy tiritando. Charlie mantiene la temperatura del apartamento como la de un camión refrigerado. Seguro que en la calle estamos por lo menos a treinta grados, en cambio aquí dentro no me iría nada mal uno de sus jerseys de cachemir.

«¿Cómo lo soporta Samantha?», me pregunto mientras remuevo la sartén. Aunque imagino que está acostumbrada. Si te casas con un ricachón tienes que hacer lo que él quiere.

—¿Carrie? —me pregunta Samantha entrando en la cocina—. ¿Cómo va todo?

—El plato principal está casi listo.

—Gracias a Dios —dice antes de beber un largo trago de vino tinto de una copa gigante—. Me estoy volviendo loca en ese comedor.

—¿Y qué crees que estoy haciendo yo aquí?

—Por lo menos no estás obligada a hablar de tratamientos de ventanas.

—¿Cómo «se trata» una ventana? ¿La envías al médico?

—Al decorador —suspira—. Veinte mil dólares por unas cortinas. No creo que pueda aguantar mucho más.

—Pues no te queda más remedio. Me estoy congelando aquí dentro para que tú puedas causar buena impresión. Todavía no entiendo por qué no contrataste un catering.

—Porque Superwoman no contrata catering. Ella lo hace todo.

—Toma. —Le paso dos platos ya servidos—. Y no te olvides la capa.

—¿Qué es? —Los mira con escepticismo.

—Chuletas de cordero con crema de champiñones. Las cosas verdes son espárragos y las cosas marrones patatas —digo con sarcasmo—. ¿Ha descubierto ya Charlie que estoy aquí dentro, cocinando?

—No tiene ni idea. —Esboza una sonrisa.

—Entonces dile simplemente que es un plato francés.

—Gracias, gorrioncillo. —Se aleja. Cuando abre la puerta de la cocina le oigo exclamar—: *Voilà*.

Desafortunadamente, no puedo ver a los invitados porque el comedor se encuentra al otro lado del pasillo. Aunque sí que alcanzo a echarles un breve vistazo. La mesa también es de plexiglás. Está visto que Charlie tiene pasión por el plástico.

Me pongo con los *minisoufflés* de chocolate. Estoy a punto de introducirlos en el horno cuando una voz exclama:

—¡Ajá! Sabía que era demasiado bueno para ser cierto.

Doy un salto de un kilómetro y casi se me cae el molde.

—¿Cholly? —susurro.

—Carrie Bradshaw, si no me equivoco —dice entrando con paso firme en la cocina y abriendo la nevera—. Me estaba preguntando qué había sido de ti. Ahora ya lo sé.

—No, no lo sabes. —Cierro suavemente la puerta del horno.

—¿Por qué te tiene Samantha aquí escondida?

Abro la boca para explicárselo, pero vuelvo a cerrarla. Cholly tiene pinta de cotilla; seguro que le falta tiempo para correr hasta el comedor y desvelar que la cocinera soy yo. Soy como Cyrano, aunque dudo que al final me lleve al chico.

—Oye, Cholly...

—Lo sé —me dice con un guiño—. Hace años que conozco a Samantha. No creo que sepa ni freír un huevo.

—¿Vas a contarlo?

—¿Y estropear la velada? No, pequeña —dice con dulzura—. Tu secreto está a

salvo conmigo.

Se marcha, y dos minutos después Samantha irrumpe en la cocina.

—¿Qué ha ocurrido? —me pregunta, presa del pánico—. ¿Te ha visto Cholly? Viejo entrometido. Sabía que no era una buena idea invitarlo. Con lo bien que iba todo. Las mujeres están tan celosas que casi puedo ver el humo saliendo de sus orejas. —Aprieta los dientes con frustración y se lleva las manos a la cara. Es la primera vez que la veo realmente angustiada y me pregunto si su relación con Charlie es tan fantástica como dice.

—Tranquila. —Le pongo una mano en el hombro—. Cholly me ha prometido que no dirá nada.

—¿En serio?

—En serio, y creo que cumplirá su palabra. Parece un viejo legal.

—Lo es —dice, aliviada—. Y esas mujeres son como serpientes. Durante el aperitivo una de ellas no ha parado de preguntarme cuándo teníamos pensado empezar a tener hijos. Cuando le he contestado que no lo sabía, se ha puesto toda pedante y me ha dicho que me pusiera con ello ya, antes de que Charlie cambiara de idea con respecto a la boda. Luego me ha preguntado cuándo tenía previsto dejar mi trabajo.

—¿Y tú qué le has contestado? —pregunté indignada.

—Le he dicho: «Nunca, porque no veo mi trabajo como un trabajo, sino como una profesión. Y las profesiones no se dejan». Eso la ha dejado muda durante un minuto. Luego me ha preguntado donde estudié.

—¿Y?

Samantha endereza la espalda.

—Le he mentado. Le he dicho que fui a un pequeño colegio de Boston.

—Oh, cariño.

—¿Qué importa? No pienso arriesgarme a perder a Charlie porque a una pija neurótica no le guste el colegio donde estudié. Ahora que he llegado hasta aquí, no pienso dar un solo paso atrás.

—Por supuesto que no —digo acariciándole el hombro—. Creo que debería irme antes de que aparezca alguien más.

Asiente.

—Buena idea.

—Los *soufflés* están en el horno. Lo único que tienes que hacer es sacarlos dentro de veinte minutos, volcarlos en los platos y coronarlos con una bola de helado.

Me mira agradecida y me envuelve en un abrazo.

—Gracias, gorrioncillo. No habría podido hacerlo sin ti.

Da un paso atrás y se alisa el pelo.

—Por cierto —añade con cautela—. ¿Te importaría salir por la puerta de

servicio?

«¿Dónde está todo el mundo?», pienso con indignación cuando cuelgo por enésima vez.

Anoche, cuando llegué a casa, no podía dejar de pensar en Samantha y Charlie. ¿Era ese el camino hacia una relación feliz? ¿Convertirte en lo que el hombre quiere que seas?

Por otro lado, parecía funcionar. Para Samantha, en cualquier caso. Y comparada con la suya, mi relación con Bernard era sumamente deficiente. No solo en lo referente al sexo, sino en cuanto al hecho de que todavía no sabía si volvería a verle algún día. Supongo que lo bueno de convivir con un hombre es que sabes que volverás a verle. Porque en algún momento tendrá que aparecer por casa, ¿no?

Por desgracia, no puede decirse lo mismo de Bernard. Y la culpa la tiene Maggie. Si no hubiera sido tan maleducada, si no hubiera insistido en perseguir a Ryan y seducirle... Y aún está con él, teniendo su pequeña aventura mientras yo no tengo nada. Me he convertido en sierva de las relaciones de los demás. Ayudando, instigando. Y ahora estoy completamente sola.

Suerte que tengo a Miranda. Siempre podré contar con ella. Miranda nunca tendrá una relación. Pero, ¿dónde demonios está?

Descuelgo y vuelvo a marcar su número. No contesta. Es extraño, porque llueve, y eso quiere decir que no puede estar protestando delante de Saks. Vuelvo a llamar a Bernard. Tampoco contesta. Presa de un enorme cabreo, llamo a Ryan. Mierda. Ni siquiera él contesta. No me extraña. Seguro que él y Maggie están ocupados haciendo el amor por vigésima vez.

Me rindo. Contemplo la lluvia. Tac, tac, tac. Qué depresión.

Finalmente suena el timbre. Dos tonos cortos seguidos de uno largo, como si alguien hubiera apoyado el hombro en el botón. «Maggie». Qué gran amiga. Ha venido a Nueva York a verme, pero pasa todo su tiempo con el imbécil de Ryan. Salgo al rellano y me asomo por el hueco de la escalera, dispuesta a decirle lo que pienso.

En su lugar, veo la coronilla de Miranda. La lluvia le ha aplastado el pelo y parece que lleve birrete.

—Hola —digo.

—Está diluviando. He pensado que podía refugiarme aquí hasta que amaine.

—Entra. —Le doy una toalla y se seca el pelo. Sus mechones empapados apuntan hacia arriba, como la cresta de un gallo. A diferencia de mí, parece muy animada. Entra en la cocina y abre la nevera.

—¿Hay algo de comer en esta casa?

—Queso.

—Hummm, estoy hambrienta. —Coge un cuchillo y ataca la barra de cheddar—. Oye, ¿te has fijado en que hace dos días que no sabes nada de mí?

La verdad es que no. He estado demasiado ocupada con Maggie, Samantha y Bernard.

—Ajá —digo—. ¿Dónde estabas?

—Adivina. —Sonríe.

—Has ido a una concentración en Washington.

—No. Vuelve a probar.

—Me rindo. —Camino hasta el futón, me hundo en él y miro hacia la ventana. Enciendo un cigarrillo mientras pienso que no estoy de humor para adivinanzas.

Miranda se sienta en el brazo del futón mordisqueando su queso.

—Teniendo relaciones sexuales.

—¿Qué? —Apago el cigarrillo.

—Teniendo relaciones sexuales —repite. Resbala hasta el asiento—. He conocido a un tío y nos hemos pasado dos días dándole al sexo. ¿Y lo peor de todo? Que no podía cagar. En serio, no he podido cagar hasta que se ha marchado esta mañana.

—Espera un momento. ¿Has conocido a un tío?

—Sí, Carrie, he conocido a un tío. Lo creas o no, algunos hombres me encuentran atractiva.

—Nunca he dicho lo contrario, pero tú siempre dices...

—Lo sé. —Asiente—. Que el sexo es una mierda. Pero esta vez no lo ha sido.

La miro con los ojos como platos y algo de envidia. No sé qué decir.

—Estudia derecho en la universidad de Nueva York —explica mientras se acomoda en el sofá—. Le conocí delante de Saks. Al principio no quería hablar con él porque llevaba pajarita...

—¿Qué?

—Y encima amarilla. Con topes negros. Se paseaba por delante, y yo intentaba ignorarle, pero firmó la petición y decidí mostrarme amable. Resulta que ha estudiado un montón de casos sobre libertad de expresión y pornografía. Dice que la industria pornográfica fue la primera en utilizar la imprenta. ¿Lo sabías? La imprenta no se inventó porque la gente quería leer toda esa literatura elevada, sino porque los hombres querían ver imágenes verdes.

—Uau —gimoteo en un esfuerzo por implicarme en la conversación.

—Hablamos un buen rato y en un momento dado me propuso que siguiéramos charlando mientras cenábamos. La verdad es que no me atraía nada, pero parecía un tipo interesante y pensé que podríamos ser amigos, así que acepté.

—Fantástico. —Me obligo a sonreír—. ¿Adónde fuisteis?

—Al Japonica, un restaurante japonés de la universidad. Nada barato, por cierto. Intenté dividir la cuenta, pero no me dejó.

—¿Dejaste que un hombre te invitara? —Eso es totalmente impropio de Miranda. Esboza una sonrisa incómoda.

—Va en contra de todo aquello en lo que creo, pero me dije que por una vez podía relajarme. Pensaba mucho en la noche en que cené contigo y con tu amiga L'il y en lo que nos contó de su madre, que era lesbiana. Me preguntaba si yo también era lesbiana. Pero si lo soy, ¿por qué no me atraen las mujeres?

—A lo mejor no has conocido a la mujer adecuada —bromeo.

—¡Carrie! —exclama, pero está de demasiado buen humor para ofenderse—. Siempre me han atraído los tíos, lo que pasa es que me gustaría que se parecieran más a las mujeres. Pero con Marty...

—¿Se llama Marty?

—No puede hacer nada con respecto a su nombre, por desgracia uno no elige el nombre que van a ponerle cuando nace. El caso es que estaba un poco preocupada porque no sabía si me iba a apetecer besarle. —Baja la voz—. No es muy guapo, pero me dije que el aspecto físico no lo es todo. Y es muy inteligente, lo cual puede resultar muy excitante. Siempre he dicho que prefiero estar con un tío inteligente y feo que con un tío tonto y guapo. Porque ¿de qué puedes hablar con un tío tonto?

—¿Del tiempo? —Me pregunto si Bernard piensa eso mismo de mí. A lo mejor no soy lo bastante inteligente para él y por eso no me ha llamado.

—Como te decía —continúa Miranda—, estamos caminando por The Mews, esa callecita adoquinada y precisa, cuando de pronto me empuja contra la pared y empieza a besarme.

Suelto un grito, y Miranda cabecea.

—No podía creerlo. —Ríe entre dientes—. Y lo más alucinante de todo es que fue de lo más sexy. Nos morreábamos cada cinco pasos, y cuando llegamos a mi casa nos arrancamos la ropa y lo hicimos.

—Increíble —digo encendiendo otro cigarrillo—. Absolutamente increíble.

—Lo hicimos tres veces esa noche. Y al día siguiente me llevó a desayunar. Me preocupaba que fuera un rollo de una noche, pero por la tarde me llamó y vino a casa y volvimos a hacerlo y se quedó a dormir y prácticamente no nos hemos separado desde entonces.

—Un momento —la interrumpo agitando el cigarrillo—. ¿Prácticamente no os habéis separado? —Estoy perdida. Miranda tendrá una gran historia de amor con ese

tío al que acaba de conocer y tampoco volveré a verla.

—Casi no nos conocemos —dice con una risita—, pero no importa. Que sea lo que tenga que ser.

—Supongo —farfullo.

—¿Puedes creerlo? ¿Yo dándole al sexo sin parar? Sobre todo después de todas las cosas que te he dicho. Y ahora que finalmente he disfrutado de buen sexo, estoy pensando que a lo mejor eso me da otra visión de la vida. Por ejemplo, que no todos los hombres son forzosamente horribles.

—Es genial —digo débilmente, sintiendo pena de mí misma.

Y entonces ocurre. Los ojos se me llenan de lágrimas.

Me apresuro a enjugármelas, pero Miranda se da cuenta.

—¿Qué te ocurre?

—Nada.

—¿Por qué lloras? —Esboza una mueca de preocupación—. No estarás enfadada porque ahora tengo novio, ¿no?

Niego con la cabeza.

—Carrie, no puedo ayudarte si no me dices qué te pasa —dice suavemente.

Al fin se lo vomita todo, la desastrosa cena con Bernard, lo mucho que insistió Maggie en que fuéramos a la fiesta, donde acabó enrollándose con Ryan, y el hecho de que Bernard no me ha llamado y probablemente hayamos terminado.

—No sé cómo ha ocurrido —berreo—. Tendría que haberme acostado con Bernard cuando tuve oportunidad. Ahora ya no podré hacerlo. Me quedaré virgen el resto de mi vida. Ni siquiera L'il es virgen. Y mi amiga Maggie se acuesta con tres tíos. ¡Al mismo tiempo! ¿Qué me pasa?

Miranda me rodea los hombros.

—Pobrecilla —me dice con dulzura—. Tienes un mal día.

—¿«Un mal día»? Una mala semana, diría yo —protesto, pero agradezco su ternura. Miranda es, por lo general, muy seca. No puedo evitar preguntarme si no tendrá razón y dos días de sexo fantástico le han despertado el instinto maternal.

—No todos funcionamos igual —dice con firmeza—. Las personas evolucionamos a ritmos diferentes.

—Pues yo no quiero ser la última.

—Muchas personas famosas son retoños tardíos. Mi padre dice que es una ventaja ser un retoño tardío, porque cuando las cosas buenas empiezan a ocurrir ya estás preparado para ellas.

—¿Y tú estabas finalmente preparada para Marty?

—Supongo que sí. —Asiente—. Me gustó, Carrie. Oh, Dios, cómo me gustó. —Se tapa la boca, horrorizada—. Si me gusta el sexo, ¿crees que eso significa que no puedo ser feminista?

—No. —Niego con la cabeza—. Porque para mí feminista significa hacerte responsable de tu sexualidad. Tú decides con quién quieres acostarte. Significa no entregar tu sexualidad... a cambio de otras cosas.

—Como casarte con un tío asqueroso del que no estás enamorada solo para poder tener una casa bonita con valla.

—O casarte con un vejestorio o con un tipo que espera que le hagas la cena cada noche y cuides de sus hijos —añado, pensando en Samantha.

—O un tipo que te obliga a practicar el sexo cada vez que a él le apetece —concluye Miranda.

En torno a las siete, cuando Miranda y yo ya hemos dado varios tragos a la botella de vodka y bailado-interpretado a Blondie, los Ramones, The Police y Elvis Costello, llega Maggie.

—¡Magwitch! —exclamo abrazándome a su cuello, decidida a olvidar y perdonar.

Repara en Miranda, que ha agarrado una vela y está cantando con ella como si fuera un micrófono.

—¿Quién es esa?

—¡Miranda! —grito—. Esta es Maggie, mi mejor amiga del instituto.

—Hola. —Miranda agita la vela.

Maggie vislumbra la botella de vodka, se abalanza sobre ella y procede a volcar la mitad del contenido por su garganta.

—Tranquila —espeto al verme la cara—, puedo comprar más. Tengo dieciocho, ¿recuerdas?

—¿Y? —digo, preguntándome a qué viene ese comentario.

Fulmina a Miranda con la mirada y se deja caer en el futón.

—Ryan me ha dejado plantada —gruñe.

—¿Qué? —No entiendo nada—. ¿No has pasado con él las últimas veinticuatro horas?

—Sí, pero en cuanto me he dado la vuelta ha desaparecido.

No puedo evitarlo. Me echo a reír.

—No tiene gracia. Estábamos en una cafetería, desayunando a las seis de la tarde. He ido al lavabo y cuando he vuelto ya no estaba.

—¿Ha huido?

—Tiene toda la pinta, ¿no crees?

—Oh, Mags. —Me esfuerzo por solidarizarme con ella, pero no acabo de conseguirlo. Es todo demasiado absurdo. Y no demasiado sorprendente.

—¿Te importaría apagar eso?! —grita Maggie a Miranda—. Me van a estallar los oídos.

—Lo siento —digo tanto a Maggie como a Miranda antes de cruzar la sala para bajar el volumen de la música.

—¿Qué le pasa? —me pregunta Miranda. Suena molesta, aunque sé que no lo

pretende. Simplemente está borracha.

—Ryan ha huido de la cafetería mientras ella estaba en el lavabo.

—Ah. —Sonríe.

—¿Mags? —Me acerco a ella con cautela—. A Miranda le encantan los problemas de tíos, básicamente porque odia a todos los hombres. —Confío en que esa introducción haga que Maggie y Miranda congenien. Después de todo, los problemas de tíos, junto con la ropa y las partes del cuerpo, son lo que más une a las mujeres.

Pero Maggie no cae en la trampa.

—¿Por qué no me dijiste que era un cabrón?

Eso no es justo.

—Creí haberlo hecho. Sabías que estaba prometido.

—¿Estás saliendo con un tío que está prometido? —le pregunta Miranda con cara de desaprobación.

—En realidad no está prometido, solo lo dice. Ella le obligó a prometerse para poder controlarlo. —Maggie bebe otro trago de vodka—. O por lo menos esa es mi opinión.

—Me alegro de que se largara —digo—. Por lo menos ahora ya conoces su verdadera naturaleza.

—Exacto, exacto —conviene Miranda.

—¿Sabes? Miranda tiene un novio nuevo —explico a Maggie.

—Felicidades. —Maggie frunce el entrecejo, muy poco impresionada.

—Maggie tiene dos novios —le cuento a Miranda, como si fuera algo digno de admirar.

—Nunca he podido entender eso —dice Miranda—. ¿Cómo lo aguantas? La gente siempre dice que deberías salir con dos o tres hombres a la vez, pero yo no le veo la gracia.

—Es divertido —replica Maggie.

—El rasero debería ser el mismo para las dos partes, ¿no? —contraataca Miranda—. Odiamos a los tíos que salen con dos mujeres a la vez. Siempre he creído que lo que resulta inaceptable en un sexo debería, por definición, ser inaceptable en el otro.

—¿Perdona? —dice Maggie con tono desafiante—. Espero que no me estés llamando zorra.

—¡Por supuesto que no! —salto—. Miranda solo está hablando de feminismo.

—Entonces no deberías ver con malos ojos que las mujeres se acuesten con los hombres que les apetezcan —puntualiza Maggie—. Para mí eso es feminismo.

—Puedes hacer lo que quieras, cariño —la tranquilizo—. Nadie te está juzgando.

—Lo único que estoy diciendo es que los hombres y las mujeres son iguales. Deberían ser medidos por el mismo rasero —insiste Miranda.

—No estoy nada de acuerdo. Los hombres y las mujeres son completamente

diferentes —se empeña en contestar Maggie.

—Yo detesto cuando la gente dice que los hombres y las mujeres son diferentes —intervengo—. Parece una justificación, como cuando la gente dice: «Los chicos son así». Me dan ganas de gritar.

—A mí me dan ganas de pegar a alguien —añade Miranda.

Maggie se levanta.

—Lo único que puedo decir es que sois tal para cual. —Y mientras la miramos con cara de pasmo, entra corriendo en el cuarto de baño y se encierra con un portazo.

—¿Es por algo que he dicho? —me pregunta Miranda.

—No eres tú, soy yo. Está enfadada conmigo por algo, aunque soy yo la que debería estarlo.

Llamo a la puerta del cuarto de baño.

—Mags, ¿estás bien? Solo estábamos charlando. No estábamos diciendo nada malo de ti.

—¡Me estoy duchando! —grita.

Miranda recoge sus cosas.

—Mejor me largo.

—Como quieras —digo, temiendo quedarme a solas con Maggie. Los enfados pueden durarle varios días.

—Además, Marty ha quedado en pasar por mi casa cuanto termine de estudiar. — Me dice adiós con la mano y echa a correr escaleras abajo.

Afortunada ella.

La ducha sigue corriendo. Ordeno mi mesa mientras confío en que lo peor no esté por llegar.

Maggie sale finalmente del cuarto de baño con una toalla en la cabeza. Se pone a recoger sus cosas y a meter la ropa en su bolsa.

—¿Te vas?

—Creo que es lo mejor —refunfuña.

—Vamos, cariño, lo siento. Miranda es muy categórica en sus opiniones. No tiene nada contra ti. Ni siquiera te conoce.

—En eso te doy la razón.

—Ya que no estás con Ryan podríamos ir al cine.

—No dan nada que me apetezca ver. —Mira a su alrededor—. ¿Dónde está el teléfono?

Está debajo de la silla. Lo cojo y se lo paso a regañadientes.

—Oye, Mags —digo con un tono cordial—, si no te importa, ¿podrías no llamar a Carolina del Sur? He de pagar las conferencias y no tengo mucho dinero.

—¿Es eso lo único que ahora te importa? ¿El dinero?

—No...

—En realidad iba a llamar a la estación de autobuses.

—No tienes que irte —digo, ansiando hacer las paces. No quiero que su visita termine con una pelea.

Maggie me ignora y mira su reloj al tiempo que asiente al auricular.

—Gracias. —Cuelga—. Hay un autobús que sale para Filadelfia dentro de tres cuartos de hora. ¿Crees que me da tiempo de cogerlo?

—Sí, pero Maggie... —Se me quiebra la voz. Realmente no sé qué más decir.

—Has cambiado, Carrie —dice cerrando bruscamente la cremallera de su bolsa.

—Todavía no sé por qué estás tan enfadada. Si he hecho algo que te ha molestado, lo siento.

—Estás diferente, ya no te reconozco. —Sacude la cabeza para dar énfasis a sus palabras.

Suspiro. Es probable que este enfrentamiento haya estado gestándose desde el instante en que entró en el apartamento y lo calificó de chabola.

—En lo único que he cambiado es en que ahora estoy en Nueva York.

—Lo sé, no has parado de recordármelo durante dos días.

—Vivo aquí.

—¿Sabes una cosa? —Coge su bolsa—. La gente de esta ciudad está pirada. Tu compañera de piso, Samantha, está pirada. Bernard pone los pelos de punta, y Miranda es una fanática. Y Ryan es un capullo. —Hace una pausa y me encojo, imaginando lo que viene a continuación—. Y ahora tú eres como ellos. También estás pirada.

La miro atónita.

—Muchas gracias.

—De nada. —Se dirige a la puerta—. Y no te molestes en acompañarme a la estación de autobuses. Sé ir sola.

—Como quieras. —Me encojo de hombros.

Se marcha con un portazo. Durante unos instantes estoy demasiado conmocionada para reaccionar. ¿Cómo se atreve a atacarme de ese modo? ¿Y por qué todo gira siempre a su alrededor? En todo el tiempo que ha estado aquí apenas ha tenido el detalle de preguntarme cómo me van las cosas. Podría haber intentado comprender mi situación en lugar de criticarlo todo.

Respiro hondo, abro la puerta y voy tras ella.

—¡Maggie!

Ya está en la calle, sobre el bordillo, con un brazo en alto para detener un taxi. Corro hacia ella en el instante en que un taxi para y Maggie abre la portezuela.

—¡Maggie!

Se da la vuelta con la mano en el picaporte.

—¿Qué?

—No te marches así. Lo siento.

Tiene la expresión dura.

—Bien. —Entra en el asiento de atrás y cierra la puerta.

Me derrumbo mientras observo cómo el taxi sorteando el tráfico. Echo la cabeza hacia atrás para dejar que la llovizna alivie mis sentimientos heridos.

—¿Por qué? —pregunto en voz alta.

Entro en el edificio. Maldito Ryan. Es un capullo. Si no hubiera dejado plantada a Maggie, ella y yo no nos habríamos peleado y todavía seríamos amigas. Estaría un poco picada con ella por haberse acostado con Ryan, pero lo habría superado. Por el bien de nuestra amistad.

¿Por qué no puede ella tener la misma consideración conmigo?

Paso un rato dando vueltas por el apartamento, indignada por la desastrosa visita de Maggie. Dudo y finalmente descuelgo el teléfono para llamar a Walt.

Mientras suena, recuerdo lo mucho que he descuidado a Walt durante todo el verano y me digo que probablemente también él esté enfadado conmigo. Tiemblo al pensar en lo mala amiga que he sido. Ni siquiera sé si Walt sigue en su casa. Cuando su madre contesta, digo:

—Soy Carrie. —Con un tono de voz superdulce—. ¿Está Walt?

—Hola, Carrie —me saluda la madre de Walt—. ¿Sigues en Nueva York?

—Sí.

—Seguro que Walt se lleva una alegría cuando te oiga —añade, metiendo el dedo en la llaga—. ¡Walt! —llama—. Es Carrie.

Oigo a Walt entrar en la cocina. Visualizo la mesa de formica roja rodeada de sillas. El cuenco del perro rebosando agua. El horno-tostadora donde la madre de Walt guarda el azúcar para que no se lo coman las hormigas. Y la cara de Walt, sin duda de desconcierto. Preguntándose por qué he decidido llamarle precisamente ahora, cuando llevo semanas pasando de él.

—¿Diga? —pregunta.

—¡Walt! —exclamo.

—¿Estoy hablando con Carrie Bradshaw?

—Eso creo.

—Qué sorpresa, pensaba que habías muerto.

—Oh, Walt. —Suelto una risita nerviosa, consciente de que me merezco una reprimenda.

Walt parece dispuesto a perdonarme, porque lo siguiente que me pregunta es:

—Bueno, ¿qué pasa? ¿Qué hay de nuevo?

—Todo va bien, muy bien. ¿Cómo estás tú? —Bajo la voz—. ¿Sigues con Randy?

—*Mais oui!* —exclama—. De hecho, mi padre ha decidido mirar hacia otro lado,

gracias a la afición de Randy por el fútbol.

—Es genial. O sea, que tienes una relación de verdad.

—Para mi gran asombro, eso parece.

—Tienes suerte, Walt.

—¿Y tú qué? ¿Hay alguien especial? —pregunta dando un énfasis sarcástico a «especial».

—No lo sé. Estoy saliendo con un tío, pero es mayor que yo. Maggie lo ha conocido —añado, entrando en la razón subyacente de mi llamada—. Y no le ha gustado nada.

Walt ríe.

—No me sorprende. Maggie detesta a todo el mundo últimamente.

—¿Por qué?

—Porque no tiene ni idea de qué hacer con su vida y no soporta a la gente que sí la tiene.

Media hora después, ya le he relatado toda la visita de Maggie, que le ha parecido de lo más entretenida.

—¿Por qué no venís a verme? —le pregunto ahora que ya me siento mejor—. Tú y Randy. Podéis dormir en la cama.

—Una cama es demasiado para Randy —bromea Walt—. Él es capaz de dormir en el suelo. De hecho, es capaz de dormir en cualquier parte. Si lo llevas a una tienda, se te quedará dormido de pie.

Sonrío.

—Hablo en serio.

—¿Cuándo piensas volver?

—No lo sé.

—Ya sabes lo de tu padre, supongo —dice con suavidad.

—No.

—Glups.

—¿Qué? —pregunto—. ¿Qué ocurre?

—¿No te lo ha contado nadie? Tu padre tiene novia.

Incrédula, aprieto con fuerza el auricular. Ahora entiendo por qué lo notaba tan extraño últimamente.

—Lo siento, pensaba que lo sabías —continúa Walt—. Yo lo sé únicamente porque me lo ha contado mi madre. Va a ser la nueva bibliotecaria del instituto. Tiene veinticinco años o por ahí.

—¿Mi padre está saliendo con una chica de veinticinco años? —aúllo.

—Pensé que querrías saberlo.

—Pensaste bien —respondo furiosa—. Supongo que, después de todo, iré a casa este fin de semana.

—Genial —dice Walt—. No nos iría mal un poco de animación por aquí.

— **N**o colará —dice Samantha sacudiendo la cabeza.

—Es una maleta. —También yo estoy fulminando con la mirada la ofensiva maleta. Es fea, pero verla me provoca una envidia malsana. Yo me voy al tedioso Castlebury mientras que Samantha se larga a Los Ángeles.

¡Los Ángeles! Se trata de un asunto importante, y no se enteró hasta ayer. Tiene que rodar un anuncio y se alojará en el hotel Beverly Hills, frecuentado por todas las estrellas de cine. Se ha comprado unas gafas de sol gigantescas, un gran sombrero de paja y un bañador de Norma Kamali que se lleva debajo de una camiseta blanca. Para celebrar el acontecimiento busqué una palmera en la tienda de artículos para fiestas, pero solo tenían unas hojas verdes de papel que me he puesto alrededor de la cabeza.

Hay ropa y zapatos por todas partes. La inmensa maleta Samsonite de plástico verde de Samantha yace abierta sobre el suelo de la sala.

—No es una maleta, es un maletón —protesta.

—¿Quién esperas que se fije?

—Todo el mundo. Volamos en primera clase. Habrá mozos y botones. ¿Qué van a pensar los botones cuando descubran que Samantha Jones viaja con Samsonite?

Me encanta cuando Samantha hace eso tan gracioso de hablar de sí misma en tercera persona. Yo lo probé una vez y no me salió.

—¿Realmente crees que los botones van a estar más interesados en Samsonite que en Samantha Jones?

—Precisamente por eso. Esperarán que mi equipaje también sea glamouroso.

—Apuesto a que el capullo de Harry Mills lleva American Tourister. Oye —digo bajando las piernas del respaldo del sofá—, ¿alguna vez pensaste que algún día viajarías con un hombre al que apenas conoces? ¿No es un poco extraño? ¿Y si tu maleta se abre sin querer y ve tus paños menores?

—No es mi lencería lo que me preocupa, sino mi imagen. Nunca pensé que llevaría esta vida cuando compré esa cosa. —Mira el maletón con expresión ceñuda.

—¿Y en qué pensabas? —No sé nada del pasado de Samantha, salvo que es de Nueva Jersey y que parece odiar a su madre. Nunca menciona a su padre, de modo que los pequeños detalles sobre su vida anterior siempre me resultan fascinantes.

—En largarme muy, muy lejos.

—Nueva Jersey está al otro lado del río.

—Físicamente sí. Metafóricamente no. Además, Nueva York no fue mi primera parada.

—Ah, ¿no? —Ahora siento verdadera curiosidad. No puedo imaginarme a Samantha viviendo en un lugar que no sea Nueva York.

—Cuando tenía dieciocho años me recorrí el mundo entero.

Casi me caigo del sofá.

—¿Cómo?

Sonríe.

—Yo era fan de un cantante de rock muy famoso. Estaba en uno de sus conciertos cuando me eligió entre la multitud. Me preguntó si quería viajar con él, y yo cometí la estupidez de pensar que era su novia. Luego descubrí que tenía una esposa oculta en la campiña inglesa. Ese maletón ha viajado por todo el mundo.

Me pregunto si el odio que siente Samantha hacia su maleta no se debe, en realidad, a una desagradable asociación con el pasado.

—¿Qué ocurrió después?

Se encoge de hombros mientras coge ropa interior de una pila y la dobla en pequeños cuadraditos.

—Me dejó. En Moscú. Su esposa decidió inesperadamente acompañarle en su gira. Esa tarde se despertó y me dijo: «Cariño, me temo que lo nuestro ha terminado. Estás despedida».

—¿Así, sin más?

—Era inglés. —Coloca los cuadraditos en el fondo de la maleta—. Así funcionan los ingleses. Cuando algo ha terminado, ha terminado. Ni llamadas telefónicas, ni cartas, y aún menos lágrimas.

—¿Lloraste? —No puedo imaginármela llorando.

—¿Tú qué crees? De pronto me encontré sola en Moscú, sin otra cosa que esta estúpida maleta y un billete de avión a Nueva York. Estaba dando saltos de alegría.

No sé si bromea o no.

—En otras palabras, es tu maleta de las huidas —señalo—. Y ahora que ya no necesitas huir, necesitas algo mejor. Algo permanente.

—Hummm —responde enigmáticamente.

—¿Qué sientes cuando pasas por una tienda de discos y ves la cara de ese cantante en un póster? ¿Se te hace extraño pensar que pasaste todo ese tiempo con él?

—Me siento agradecida. —Coge un zapato y busca su pareja con la mirada—. A veces pienso que de no ser por él no habría venido a parar a Nueva York.

—¿Siempre quisiste venir aquí?

Se encoge de hombros.

—Yo era una niña alocada que no sabía lo que quería. Lo único que sabía era que

no quería terminar de camarera y embarazada a los diecinueve. Como Shirley.

—Oh.

—Mi madre —aclara.

No me sorprende. Samantha posee una determinación que tiene que provenir de algún lado.

—Eres afortunada. —Encuentra la pareja del zapato y la hunde en un recodo de la maleta—. Por lo menos tú tienes unos padres que te pagarán la universidad.

—Sí —digo vagamente. Pese a las confesiones de Samantha sobre su pasado, no estoy preparada para hablarle del mío—. Pensaba que habías ido a la universidad.

—Oh, gorrioncillo. —Suspira—. Asistí a un par de cursos nocturnos cuando llegué a Nueva York y conseguí un empleo a través de una agencia de trabajo temporal. La primera firma a la que me enviaron fue Slovey, Dinall. Empecé como secretaria. En aquel entonces aún no las llamaban «ayudantes». Pero no quiero aburrirte.

No me aburre. El hecho de que haya llegado tan lejos desde cero hace que mis luchas parezcan una nimiedad.

—Supongo que no fue fácil.

—No, no lo fue. —Aplasta la tapa de la maleta. Ha metido casi todo su ropero, por lo que se niega a cerrarse. Me arrodillo sobre una esquina mientras Samantha ajusta las hebillas.

El teléfono suena en el momento en que estamos arrastrando el maletón hacia la puerta. Samantha desoye el insistente timbre, por lo que alargo un brazo hacia el teléfono.

—No contestes —dice, pero ya he descolgado.

—¿Diga?

—¿Sigue Samantha ahí?

Samantha me dice que no con la cabeza.

—¿Charlie? —pregunto.

—Ajá. —No parece muy contento. Me pregunto si finalmente ha descubierto que la cocinera era yo.

Le tiendo el auricular a Samantha, que lo acepta con los ojos en blanco.

—Hola, cariño. Estoy saliendo por la puerta. —Hay un atisbo de irritación en su voz—. Sí, lo sé, pero no puedo. —Hace una pausa y baja la voz—. Ya te he dicho que no tengo más remedio que ir —añade en un tono de resignación—. La vida está llena de inconvenientes. —Y cuelga. Cierra brevemente los ojos, inspira y se obliga a sonreír—. Hombres.

—¿Charlie? —pregunto con perplejidad—. Pensaba que erais felices.

—Demasiado felices. Cuando le dije que tenía que viajar inesperadamente a Los Ángeles casi le da un ataque. Dijo que había quedado para que cenáramos con su

madre esta noche, algo que, no sé por qué, olvidó comunicarme, como si yo no tuviera vida propia.

—Tal vez no puedas tener las dos cosas. Su vida y tu vida. En cualquier caso, ¿es posible encajar dos vidas?

Agarra su maleta mientras me mira fijamente.

—Deséame suerte en Hollywood, gorrioncillo. Puede que alguien me descubra.

—¿Y qué pasa con Charlie? —pregunto desde la puerta mientras la maleta de Samantha rebota contra los escalones. Menos mal que es una Samsonite. No muchas maletas soportarían semejante maltrato.

—¿Qué pasa con Charlie? —replica.

Caray, debe de estar muy enfadada.

Corro hasta la ventana y me acodo en el antepecho para mirar la calle. Una enorme limusina aguarda junto al bordillo con un chófer uniformado apostado frente a la puerta del pasajero. Samantha sale del edificio y el chófer se apresura a cogerle la maleta.

La puerta del pasajero se abre y del coche baja Harry Mills. Él y Samantha cruzan unas palabras mientras él se enciende un puro. Samantha pasa por su lado y entra en el coche. Harry da una larga calada al puro, mira a un lado y otro de la calle y sube. La puerta se cierra, y la limusina arranca con una bocanada de humo escapando por la ventanilla.

Detras de mí suena el teléfono. Me acerco con aprensión, pero la curiosidad me puede y descuelgo.

—¿Está Samantha? —Charlie otra vez.

—Acaba de irse —digo educadamente.

—¡Mierda! —grita antes de colgar.

«Mierda para ti también», pienso cuando devuelvo el auricular a su sitio.

Saco mi maleta Hartmann de debajo de la cama de Samantha. El teléfono suena varias veces, pero lo ignoro.

Al rato se cansa. Poco después suena el timbre de abajo.

—¿Sí? —pregunto secamente por el telefonillo.

—Soy Ryan —es la respuesta.

Abro la puerta. Ryan. Estoy preparándome para echarle la bronca por lo de Maggie cuando aparece en el rellano con una rosa en la mano. El tallo renquea y me pregunto si la ha arrancado de la calle.

—Llegas tarde —le digo con un tono acusador—. Maggie se marchó anoche.

—Porras. Sabía que la había cagado.

Probablemente debería echarle, pero no he terminado.

—¿Quién huye de una cafetería mientras su cita está en el servicio?

—Estaba cansado —contesta con un gesto de impotencia, como si eso fuera una

excusa aceptable.

—Me tomas el pelo, ¿verdad?

Me mira con expresión abatida.

—No sabía cómo despedirme. Estaba agotado. Yo no soy Superman. Intento serlo, pero tengo la impresión de que en algún momento tropecé con criptonita.

Sonrío a mi pesar. Ryan es de esos tíos que siempre consiguen salir airosos de las situaciones riéndose de sí mismos. Yo sé que él lo sabe, y aunque sé que es desleal, no puedo seguir enfadada con él. Después de todo, no fue a mí a quien dejó plantada.

—Maggie estaba muy, muy dolida —le reprendo.

—Lo imaginaba. Por eso he venido, para resarcirla.

—¿Con esa rosa?

—Un poco triste, ¿no?

—Patético. Sobre todo porque descargó su rabia contra mí.

—¿Contra ti? —se sorprende—. ¿Y por qué? Tú no tienes la culpa.

—No, pero por la razón que sea me metió en el mismo saco y nos peleamos.

—¿Hubo tirones de pelo?

—No, no los hubo —replico indignada—. Por Dios, Ryan...

—Lo siento. —Sonríe—. A los tíos nos encantan las peleas entre tías. ¿Qué puedo decir?

—¿Por qué no reconoces simplemente que eres un capullo?

—Porque eso sería demasiado fácil. Capote es un capullo. Yo soy un cabrón.

—Bonita manera de hablar de tu mejor amigo.

—Que seamos amigos no significa que tenga que mentir sobre su personalidad —dice.

—Supongo que tienes razón —convengo a regañadientes, preguntándome por qué las mujeres somos tan exigentes unas con otras. Por qué no podemos decir: «Es un poco borde, pero la quiero de todos modos».

—He venido para invitar a Maggie a la inauguración de una exposición de pintura del padre de Rainbow. Es esta noche. Después hay una cena. Estará bien.

—Puedo ir yo —me ofrezco al tiempo que me pregunto por qué nadie me invita a esas fiestas glamourosas.

—¿Tú? —Ryan no parece muy convencido.

—¿Por qué no? ¿No te parezco lo bastante buena?

—Por supuesto —recula—. Pero Maggie me dijo que estabas obsesionada con Bernard Singer.

—No tengo que ver a Bernard cada noche. —Me resisto a admitir que probablemente lo nuestro haya terminado.

—De acuerdo —cede al fin—. A las ocho en la galería.

«¡Yupi!», pienso cuando Ryan se ha ido. Llevaba semanas oyendo hablar de esa

inauguración y preguntándome si Rainbow me invitaría y, de no hacerlo, cómo podría lograr una invitación. Me decía que era una fiesta estúpida, pero, en el fondo, sabía que no quería perdérmela.

Y dado que Bernard no ha llamado, ¿por qué no? No pienso mantener mi vida en suspenso por él.

La galería se encuentra en el SoHo, un barrio desierto y de aspecto abandonado, formado por calles adoquinadas y enormes edificios que en su tiempo fueron fábricas. Cuesta imaginar Manhattan como un centro industrial, pero por lo visto aquí se fabricaba de todo, desde ropa hasta bombillas y herramientas. A la galería se accede por una rampa de metal cuya baranda aparece adornada por gente chic y variopinta que fuma cigarrillos y habla de lo que hizo la noche anterior.

Me abro paso entre la multitud. El interior está abarrotado. Una masa de mecenas ha creado un atasco en la entrada, donde parece que todo el mundo se ha encontrado con alguien conocido. El aire está colmado de humo y del olor húmedo a sudor, pero posee esa excitación vibrante que indica que es el lugar donde hay que estar.

Busco refugio cerca de una pared, evitando el círculo de admiradores que rodea a un fornido individuo de párpados caídos y perilla, con un blusón negro y zapatillas bordadas. Deduzco que es el gran Barry Jessen, el pintor más importante de Nueva York y padre de Rainbow. En efecto, Rainbow está a su lado, y pese a lucir un vestido de flecos de un verde llamativo, por primera vez parece perdida y casi insignificante. Junto a Barry, pasándole una cabeza por lo menos, está Pican, la modelo.

Pican tiene la deliberada expresión natural de una mujer que se sabe excepcionalmente bella, que es consciente de que tú también lo sabes, pero que está decidida a que su belleza no constituya la principal atracción. Mantiene la cabeza ligeramente ladeada hacia su marido, como diciendo: «Sí, sé que soy bella, pero esta es su noche». Supongo que es la prueba máxima del verdadero amor.

Eso o es una gran actuación.

Como no veo aún a Ryan ni a Capote, finjo estar sumamente interesada en la exposición. Había imaginado que habría otras personas interesadas, pero los espacios frente a los cuadros están en su mayoría vacíos, como si las inauguraciones no fueran, en realidad, más que un motivo para hacer vida social.

Y, en cierto modo, es comprensible. No sé muy bien qué pensar de los cuadros. Están pintados en tonos negros y grises, con muñecos de palotes que están siendo víctimas o causantes de una violencia terrible. De todos sus ángulos caen espantosas gotas de sangre. Las figuras están atravesadas por cuchillos y agujas mientras unas

zarpas les desgarran los tobillos. Son imágenes perturbadoras y bastante inolvidables, y quizá sea eso lo que pretenden.

—¿Qué te parecen? —me pregunta Rainbow acercándose por detrás. Me sorprende que se digne solicitar mi opinión, pero hasta el momento soy la única persona en la sala que se aproxima remotamente a su edad.

—Impactantes —digo.

—Yo los encuentro espeluznantes.

—¿Sí? —Su sinceridad me sorprende.

—No se lo digas a mi padre.

—Descuida.

—Ryan me dijo que te había invitado a la cena —dice retorciendo un fleco—. Me alegro. Lo habría hecho yo, pero no tenía tu número de teléfono.

—No te preocupes. Me alegro de estar aquí.

Sonríe y se marcha. Sigo mirando los cuadros. Puede que Nueva York no sea, después de todo, una ciudad tan complicada. Puede que para integrarte solo tengas que dejarte ver. Si la gente te ve lo suficiente, da por hecho que eres parte del grupo.

Finalmente llegan Ryan y Capote, algo entonados ya. Ryan se tambalea una pizca, y Capote está contento y saluda a todo el que se cruza en su camino como si fuera un viejo amigo.

—¡Carrie! —dice besándome en las dos mejillas, como si estuviera encantado de verme.

Una señal secreta vibra entre la multitud, y algunas personas se dirigen a la salida. Son, por lo visto, los elegidos; los elegidos para asistir a la cena, cuando menos.

—Vamos —dice Ryan señalando la salida. Seguimos al selecto grupo hasta la calle mientras Ryan se lleva las manos a la cabeza.

—¡Jesús, qué horror! —exclama—. No sé adónde iremos a parar si somos capaces de llamar a eso arte.

—Eres un cernícalo —le recrimina Capote.

—¿No me digas que te ha gustado esa mierda?

—A mí sí —intervengo—. Me parece inquietante.

—Desde luego, pero no en el buen sentido —replica Ryan.

Capote ríe.

—Podrás sacar al muchacho del pueblo, pero no al pueblo del muchacho.

—Tu comentario me ofende —dice Ryan.

—Yo soy de pueblo —advierto.

—Obvio —replica Capote con cierto desdén.

—¿Acaso el lugar del que tú vienes es mucho mejor? —le desafío.

—Capote pertenece a una vieja familia del sur, querida —explica Ryan imitando

el acento de Capote—. Su abuela luchó contra los yanquis, lo que quiere decir que tiene unos ciento cincuenta años.

—Yo nunca he dicho que mi abuela luchara contra los yanquis. He dicho que me dijo que nunca me casara con una yanqui.

—Supongo que eso me deja fuera —comento, y Ryan ríe entre dientes.

La cena tiene lugar en el loft de los Jessen. Parece que hayan pasado diez años desde que L'il se rio de mí por pensar que los Jessen vivían en un edificio sin agua corriente, pero mi evaluación inicial no estaba tan desencaminada. Es un edificio algo tétrico. El ascensor de carga tiene una puerta que se descorre manualmente y una de esas rejas metálicas tan ruidosas. En el interior hay una manivela para poner en marcha el ascensor.

El funcionamiento de dicho aparato es fuente de consternación. Cuando entramos hay cinco personas hablando de la posibilidad de buscar la escalera.

—Detesto que la gente viva en estos sitios —se queja un hombre con el pelo amarillo.

—Es cutre —señala Ryan.

—Cutre no tiene por qué ser sinónimo de peligroso.

—¿Qué más da un poco de peligro si eres el pintor más importante de Nueva York? —interviene Capote con su arrogancia habitual.

—Oh, eres tan machote... —contesta el hombre.

La iluminación del ascensor es tenue, y cuando me doy la vuelta para examinarlo mejor descubro que el hombre que está hablando no es otro que Bobby. El Bobby del desfile de moda. El Bobby que me prometió una lectura en su espacio.

—¡Bobby! —casi grito.

Al principio no me reconoce.

—Eh, hola, me alegro de volver a verte —responde automáticamente.

—Soy yo —insisto—. ¿Carrie Bradshaw?

Hace memoria.

—¡Claro! Carrie Bradshaw, la dramaturga.

Capote suelta un bufido y, dado que nadie más parece capacitado o interesado, asume el manejo de la manivela. El ascensor despega con un bandazo escalofriante que lanza contra la pared a algunos de sus ocupantes.

—Me alegro de no haber comido nada hoy —comenta una mujer con un largo abrigo plateado.

Capote consigue detener el ascensor razonablemente cerca de la tercera planta, lo que quiere decir que las puertas se abren medio metro por encima del suelo. Caballero hasta la médula, baja de un salto y ofrece una mano a la dama del abrigo plateado. Ryan desciende por sus propios medios, seguido de Bobby, que da un salto y cae de rodillas. Cuando me llega el turno, Capote titubea con el brazo a media

altura.

—Puedo sola —digo rechazando su ofrecimiento.

—Vamos, Carrie, no seas boba.

—En otras palabras, intenta comportarte como una dama —murmuro aceptando su mano.

—Por una vez en tu vida.

Me dispongo a continuar el rifirrafe cuando Bobby se interpone entre los dos y une su brazo al mío.

—Pidamos una copa y luego podrás hablarme de tu nueva obra —me propone.

El enorme espacio ha sido reconvertido en algo parecido a un apartamento mediante tabiques de yeso. La zona cercana a los ventanales es tan grande como una pista de patinaje; en un lado hay una mesa con un mantel blanco y espacio para unos sesenta comensales. Frente a los ventanales hay un conjunto de sofás y butacas envueltos en lona. La madera del suelo está gastada y marcada por los pies de cientos de obreros. En algunos lugares está incluso negra, como si alguien hubiera hecho un pequeño fuego, se lo hubiera pensado dos veces y hubiera apagado las llamas.

—Toma. —Bobby me tiende una taza de plástico llena de lo que resulta ser champán barato. Me coge la mano—. ¿A quién quieres que te presente? Conozco a todo el mundo.

Quiero recuperar mi mano, pero temo resultar brusca. Además, estoy segura de que Bobby solo pretende ser amable.

—¿Barry Jessen? —pregunto descaradamente.

—¿No le conoces? —Su asombro es tan genuino que me hace reír. No entiendo qué le ha llevado a pensar que conocía al gran Barry Jessen, pero al parecer da por hecho que me muevo mucho. Lo cual solo consigue reafirmar mi teoría: si te dejas ver lo suficiente, la gente acaba pensando que eres de los suyos.

Bobby me lleva directamente hasta Barry Jessen, que está charlando con varias personas a un mismo tiempo, y me introduce a empujones en el círculo. De pronto me siento fuera de lugar, pero a Bobby no parece que le afecten las miradas hostiles.

—Te presento a Carrie Bradshaw —anuncia a Barry—. Estaba deseando conocerte. Eres su pintor preferido.

Nada de eso es cierto, pero no me atrevo a contradecirle, sobre todo porque la expresión de Barry Jessen pasa de la irritación a un cierto interés. No es inmune a los halagos, más bien lo contrario. Los espera.

—¿De veras? —Sus ojos negros se clavan en los míos, y de repente tengo la sobrecogedora sensación de estar mirando al diablo.

—Me ha encantado su exposición —digo torpemente.

—¿Crees que a otras personas les encantará también? —pregunta.

Su intensidad me turba.

—Seguro que sí. Es muy impactante —suelto con la esperanza de que no siga interrogándome.

No lo hace. Habiendo recibido su elogio, se vuelve bruscamente para hablar con la mujer del abrigo plateado.

Por desgracia, Bobby no capta el mensaje.

—Oye, Barry —dice—, tenemos que hablar de Basil.

Aprovecho para escabullirme. El problema con la gente famosa, comprendo en ese momento, es que el simple hecho de conocerla no te convierte a ti también en alguien famoso.

Me escurro por un estrecho pasillo y paso por delante de una puerta cerrada de la que salen risas y susurros, luego por otra que imagino que corresponde al cuarto de baño, porque hay varias personas haciendo cola, y cruzo una puerta abierta que hay al fondo de todo.

La sorprendente decoración me frena en seco. No tiene nada que ver con el resto del loft. Hay alfombras orientales por el suelo, y una elaborada cama india antigua, cubierta de almohadones de seda, descansa en el centro.

Deduzco que me he metido en el dormitorio de los Jessen sin querer, pero es Rainbow la que yace sobre la cama hablando con un tío que lleva un gorro jamaicano encasquetado sobre una mata de rastas.

—Lo siento —farfullo cuando el chico levanta la vista, sorprendido. De facciones delicadas y hermosos ojos negros, es alucinantemente guapo.

Rainbow se vuelve sobresaltada, pero en cuanto me ve se relaja.

—Es solo Carrie —dice—. No hay peligro.

«Solo Carrie» osa dar otro paso al frente.

—¿Qué hacéis?

—Es Colin, mi hermano. —Rainbow señala al chico de las rastas.

—¿Quieres colocarte? —me pregunta Colin tendiéndome una pipa de marihuana.

—Vale. —Me digo que estar un poco colocada en esta fiesta no será un problema. La mitad de los invitados parece que ya ha tomado algo.

Rainbow me hace sitio en la cama.

—Me encanta tu cuarto —le digo admirando los lujosos muebles.

—¿Sí? —Le quita la pipa a Colin y se inclina hacia delante cuando este procede a encender la cazoleta con un mechero dorado.

—Es muy anti-Barry —dice Colin con un acento afectado—. Por eso es genial.

Doy una calada y le paso la pipa.

—¿Eres inglés? —Me pregunto cómo puede ser inglés cuando Rainbow parece tan americana.

Rainbow suelta una risita.

—Es amara, como mi madre.

—Entonces, ¿Barry no es tu padre?

—¡Dios mío, no! —exclama Colin.

Él y Rainbow intercambian una mirada enigmática.

—¿Hay alguien a quien le guste realmente su padre? —pregunta Rainbow.

—A mí —murmuro. Puede que sea la hierba, pero de repente siento ternura por mi viejo—. Es muy buena persona.

—Tienes suerte —dice Colin—. Yo no he visto a mi verdadero padre desde que tenía diez años.

Asiento como si lo entendiera, pero en realidad no lo entiendo. Mi padre no será perfecto, pero sé que me quiere. Si me pasara algo malo, haría lo que fuese por mí, o por lo menos lo intentaría.

—Eso me recuerda algo. —Colin se lleva una mano al bolsillo y saca un pequeño frasco de aspirinas que agita delante de las narices de Rainbow—. He encontrado esto en el alijo de Barry.

—Oh, Colin, no puedo creerlo —aúlla Rainbow.

Colin abre el tapón y deja caer tres pastillas redondas.

—Pues créetelo.

—¿Y si las echa en falta?

—No lo hará. Al final de la noche estará demasiado colocado para notar nada.

Rainbow coge una pastilla y se la traga con un sorbo de champán.

—¿Quieres una, Carrie? —me ofrece Colin.

No le pregunto qué es. No quiero saberlo. Ya tengo la impresión de que he averiguado más cosas de las que debo. Niego con la cabeza.

—Son muy divertidas —insiste, metiéndose una en la boca.

—Estoy bien —digo.

—Si cambias de opinión, ya sabes dónde estoy. Simplemente pídemme una aspirina. —Él y Rainbow estallan en carcajadas sobre los almohadones.

En la sala reina el típico delirio de gente parloteando y gritándose en la cara para hacerse oír por encima del barullo. El humo de tabaco y marihuana flota en el aire mientras Pican y algunas amigas modelos holgazanean en los sillones con los párpados entornados. Paso junto a ellas cuando me dirijo a una ventana abierta para respirar un poco de aire fresco.

Me recuerdo que lo estoy pasando bien.

Bobby me vislumbra y agita frenéticamente una mano. Está hablando con una mujer de mediana edad ataviada con un vestido ceñido a la piel que parece hecho de vendajes. Le saludo a mi vez y alzo mi taza para indicarle que me dirijo a la barra, pero no se rinde.

—¡Carrie! —grita—. Ven a conocer a Teensie Dyer.

Pongo mi mejor cara y me acerco.

Teensie parece una mujer que come niños pequeños para desayunar.

—Te presento a Carrie Bradshaw —cacarea Bobby—. Deberías ser su agente. ¿Sabías que ha escrito una obra de teatro?

—Hola —dice con una sonrisa breve.

Bobby me rodea los hombros con su brazo y trata de apretarme contra él al tiempo que yo opongo resistencia.

—Vamos a representar la obra de Carrie en mi espacio. Tienes que venir.

Teensie arroja la ceniza de su cigarrillo al suelo.

—¿De qué trata?

«Maldito Bobby», pienso, desgajándome de su abrazo. No tengo intención de hablarle de mi obra a una completa desconocida. Sobre todo porque ni yo misma sé muy bien de qué va.

—Carry no quiere contarlo. —Bobby me da unas palmaditas en el brazo y, acercándose a mi oído, añade—: Teensie es la agente más importante de la ciudad. Representa a todo el mundo, incluso a Bernard Singer.

Se me congela la sonrisa.

—Qué bien.

Probablemente algo en mi cara hace saltar una alarma, porque Teensie finalmente se digna mirarme a los ojos.

Desvío la mirada con la esperanza de cambiar el rumbo de la conversación. Algo me dice que a esta Teensie no le haría ninguna gracia descubrir que su mejor cliente está saliendo con una don nadie como yo. O estaba saliendo con una don nadie como yo.

La música para.

—¡A cenar! —grita Barry Jessen desde lo alto de una escalera de mano.

Como si la noche no estuviera resultando ya lo bastante rara, me descubro sentada al lado de Capote.

—¿Otra vez tú? —pregunto pasando por su lado para ocupar mi silla plegable.

—¿Algún problema? —replica.

Pongo los ojos en blanco. ¿Por dónde empiezo? ¿Por el hecho de que extraño a Bernard y me gustaría que estuviera aquí? ¿O por el hecho de que me gustaría estar sentada al lado de otra persona? Me decido por:

—Acabo de conocer a Teensie Dyer.

Parece impresionado.

—Es una agente importante.

Imaginaba que diría eso.

—Me parece una bruja.

—No digas tonterías, Carrie.

—¿Por qué? Es la verdad.

—O tu punto de vista.

—¿Qué quieres decir?

—Esta es una ciudad dura, Carrie, y lo sabes.

—¿Y? —digo.

—¿Quieres terminar endureciéndote como la mayoría de esa gente?

Le miro con incredulidad. ¿Es que no se da cuenta de que él es uno de ellos?

—Eso no me preocupa —replico.

Una fuente de pasta pasa por delante de nosotros. Capote la coge y primero me sirve educadamente a mí y luego a él.

—Dime que no representarás tu obra en el espacio de Bobby.

—¿Por qué no?

—Porque Bobby es un payaso.

Esbozo una sonrisa irónica.

—¿O porque a ti no te ha ofrecido representar tu gran obra?

—No lo haría aunque me lo pidiera. Esa no es la manera de hacer las cosas, Carrie. Ya te darás cuenta.

Me encojo de hombros.

—Supongo que esa es la diferencia entre tú y yo, que a mí no me importa correr riesgos.

—¿Quieres que te mienta como hace el resto de la gente en tu vida?

Sacudo la cabeza, perpleja.

—¿Qué sabrás tú si la gente me miente? Es mucho más probable que te mienta a ti. Aunque ¿sabes quién es el mayor embustero en tu vida? Tú mismo. —Bebo un trago de vino sin dar apenas crédito a lo que acabo de decir.

—Muy bien —dice, dejándome por imposible.

Se vuelve hacia la mujer que tiene al otro lado. Le imito y sonrío al hombre de mi izquierda.

Suelto un suspiro de alivio. Es Cholly.

—Hola —digo con un tono animado, decidida a olvidar mi encuentro con Teensie y mi odio hacia Capote.

—¡Pequeña! —exclama—. Caray, sí que te mueves. ¿Está resultando Nueva York como esperabas?

Miro a mi alrededor. Rainbow está derrumbada en su silla con los ojos semicerrados mientras Capote pontifica una vez más sobre su tema favorito: Proust. Oteo a Ryan, que ha tenido la fortuna de sentarse al lado de Teensie. Le está haciendo ojitos, sin duda con la esperanza de que le acepte como cliente. Entretanto, Bobby está detrás de Barry Jessen, intentando desesperadamente acaparar su atención mientras aquel, que ahora suda con profusión, se seca irritadamente la cara con una servilleta.

Experimento uno de esos extraños momentos en que el universo se pliega como un telescopio y todo se amplifica: el movimiento de los labios pintados de Pican, el chorrito de vino tinto que Bobby vierte en su copa, el sello de oro en el dedo de Teensie cuando se lleva la mano a la sien.

Me pregunto si Maggie tendrá razón. Tal vez estemos pirados.

Y de repente todo vuelve a la normalidad. Teensie se levanta. Barry le hace un sitio a Bobby a su lado. Ryan se inclina hacia Rainbow y le susurra algo al oído.

Miro a Cholly.

—Es fantástico.

Parece intrigado, así que procedo a contarle mis aventuras. Que fui expulsada del apartamento de Peggy. Que he bautizado el bigote de Viktor Greene con el nombre de Waldo. Y que Bobby quiere que lea mi obra de teatro cuando ni siquiera la he terminado. Cuando acabo, tengo a Cholly desternillándose. No hay nada como un hombre que sabe escuchar.

—Deberías venir a una de las veladas en mi casa —dice—. Dirijo una maravillosa y pequeña publicación llamada *The New Review*. Nos gusta pensar que es

literaria, pero de vez en cuando requiere una fiesta.

Estoy anotándole mi número de teléfono en una servilleta cuando Teensie se acerca. Al principio creo que yo soy su blanco, pero en realidad busca a Cholly.

—Querido. —Escurre agresivamente una silla entre Cholly y yo y me da la espalda—. Acabo de conocer a un joven escritor de lo más encantador. Ryan no sé qué. Tienes que conocerle.

—Será un placer —dice Cholly, y se inclina por delante de Teensie con un guiño—. ¿Conoces a Carrie Bradshaw? Ella también es escritora. Me estaba contando que...

Teensie cambia bruscamente de tema.

—¿Has visto a Bernard últimamente?

—Le vi la semana pasada —contesta Cholly con un tono displicente, dando a entender que no le interesa hablar de Bernard.

—Estoy preocupada por él —insiste Teensie.

—¿Por qué? —pregunta Cholly. Los hombres no se preocupan los unos por los otros como las mujeres.

—He oído que está saliendo con una jovencita.

Se me cierra el estómago.

—Margie dice que Bernard está fatal —continúa Teensie mientras me mira de soslayo. Trato de fingir indiferencia, como si no supiera de quién está hablando—. Margie dice que la ha conocido, y la verdad es que está preocupada. Piensa que el hecho de que Bernard salga con alguien tan joven es un mal síntoma.

Me sirvo más vino mientras finjo fascinación por algo que está sucediendo al otro lado de la mesa, pero me tiembla la mano.

—¿Y qué más le da a Margie Shephard? Fue ella quien le dejó —dice Cholly.

—¿Es eso lo que él te contó? —pregunta maliciosamente Teensie.

Cholly se encoge de hombros.

—Todo el mundo sabe que Margie le engañaba con un actor de su obra de teatro.

Teensie suelta una risita.

—Me temo que fue al revés, que fue Bernard quien engañó a Margie.

Un alambre se ciñe alrededor de mi corazón y lo estruja.

—En realidad, Bernard ha engañado a Margie varias veces. Es un gran dramaturgo, pero un desastre como marido.

—En serio, Teensie, ¿qué importa eso? —dice Cholly.

Teensie le coloca una mano en el brazo.

—Esta fiesta me está dando un terrible dolor de cabeza. ¿Podrías preguntarle a Barry si tiene aspirinas?

La fulmino con la mirada. ¿Por qué no puede preguntárselo ella? A la mierda Teensie y lo que ha dicho acerca de Bernard.

—Colin tiene aspirinas —intervengo amablemente—. ¿El hijo de Pican?

Teensie enarca las cejas con escepticismo, pero la obsequio con una sonrisa inocente.

—Gracias. —Me escruta con la mirada y se marcha en pos de Colin.

Me tapo la cara con la servilleta y rompo a reír.

Cholly ríe conmigo.

—Teensie es tonta de remate, ¿verdad?

Asiento con la cabeza, incapaz de hablar. La idea de la malvada Teensie con una pastilla de Colin se me antoja demasiado graciosa.

Como es lógico, no espero que Teensie se tome la pastilla. Hasta yo, que no sé nada de drogas, he tenido juicio suficiente para comprender que la gran pastilla blanca que me ofrecía Collin no era una aspirina. No vuelvo a pensar en ello hasta una hora más tarde, cuando estoy bailando con Ryan.

Tambaleándose precariamente con las rodillas dobladas, Teensie aparece en medio de la pista agarrada al hombro de Bobby para no caer. Ríe bobaliconamente mientras se esfuerza por mantenerse derecha. Sus piernas parecen de goma.

—¡Bobby! —grita—. ¿Te he dicho alguna vez lo mucho que te quiero?

—¿Qué le pasa? —pregunta Ryan.

Me entra un ataque de risa. Por lo visto, Teensie sí se ha tomado la pastilla, porque ahora está tumbada en el suelo partiéndose de la risa. A los pocos segundos, Cholly llega, la levanta y se la lleva.

Sigo bailando.

En realidad todo el mundo sigue bailando, hasta que oímos un fuerte chillido seguido de varios gritos de auxilio.

Frente al ascensor se ha congregado una multitud. La puerta está abierta, pero el hueco parece vacío.

Gritos de «¿Qué ha ocurrido?». «¡Alguien ha caído!» «Llamad al 911» retumban en el loft. Me acerco a toda prisa, temiendo que haya sido Rainbow y que esté muerta, pero con el rabillo del ojo veo correr a Rainbow hacia su habitación seguida de Colin. Me acerco un poco más. Dos hombres han saltado al hueco, por lo que el ascensor debe hallarse a poco más de medio metro. Una mano de mujer asoma lánguidamente por el borde. Barry Jessen la agarra y del agujero saca a una Teensie despeinada y aturdida.

Antes de que pueda reaccionar, Capote me da un codazo.

—Vamos.

—¿Eh? —Estoy demasiado petrificada para moverme.

Me tira del brazo.

—Tenemos que salir de aquí. Ahora.

—¿Y Teensie?

—Está bien. Y Ryan puede cuidar de sí mismo.

—No lo entiendo —protesto cuando Capote me empuja hacia la salida.

—No hagas preguntas. —Abre la puerta y echa a correr por la escalera. Me detengo en el rellano, desconcertada—. ¡Carrie! —Se da la vuelta para comprobar si le sigo. Cuando ve que no, sube y prácticamente me empuja escaleras abajo—. ¡Muévete!

Obedezco mientras oigo sus pisadas urgentes detrás de mí. Cuando llegamos al vestíbulo, abre bruscamente la puerta y me saca a la calle de un tirón.

—¡Corre! —grita.

Sale disparado hacia la esquina mientras intento seguirle con las botas Fiorucci que Samantha me regaló. Segundos después, dos coches de policía con las brillantes sirenas ululando se detienen frente al edificio de los Jessen. Capote me rodea los hombros con su brazo.

—Finge normalidad, como si fuéramos novios.

Cruzamos la calle mientras mi corazón amenaza con atravesarme el pecho. Caminamos así otra manzana, hasta llegar a West Broadway con Prince.

—Creo que hay un bar guay por aquí —dice Capote.

—¿Un bar «guay»? ¿Teensie se cae por el hueco del ascensor y en lo único que puedes pensar es en un bar «guay»?

Me suelta.

—Yo no tengo la culpa.

Él no, pero yo sí.

—Deberíamos volver. ¿No te preocupa Teensie?

—Oye, Carrie —me dice, exasperado—, acabo de salvarte la vida. Deberías estar agradecida.

—No sé muy bien por qué.

—¿Quieres salir en los diarios? Porque eso es lo que hubiera ocurrido. La mitad de la gente de esa fiesta estaba drogada. ¿Crees que la policía no lo notará? Y mañana aparecerán en todas las páginas de sociedad. Puede que a ti no te importe tu reputación, pero a mí sí me importa la mía.

—¿Por qué? —pregunto, sin dejarme impresionar.

—Porque sí.

—¿Por qué? —insisto.

—Hay mucha gente que confía en mí.

—¿Como quién?

—Como mi familia. Son gente escrupulosa y decente. No quiero abochornarles por culpa de mis acciones.

—Como, por ejemplo, casarte con una yanqui.

—Exacto.

—¿Qué piensan todas esas chicas yanquis con las que sales? ¿O simplemente no las previenes?

—Yo diría que casi todas las mujeres saben dónde se están metiendo cuando salen conmigo. Nunca miento sobre mis intenciones.

Miro la acera, preguntándome qué estoy haciendo en medio de la calle discutiendo con Capote Duncan.

—Supongo que yo también debería ser sincera contigo. Yo tengo la culpa del accidente de Teensie.

—¿Tú?

—Sabía que Colin tenía pastillas. Decía que eran aspirinas, así que le dije a Teensie que le pidiera una.

Capote tarda unos instantes en procesar la información. Se frota los ojos mientras temo que vaya a denunciarme. Luego echa la cabeza hacia atrás y rompe a reír. Los largos rizos le caen sobre los hombros.

—Tiene gracia, ¿eh? —fanfarroneo ante su aprobación—. No se me ocurrió que fuera a tomarse la maldita pastilla...

Sin previo aviso, me silencia con un beso.

Estoy tan atónita que no reacciono cuando su boca aprieta mis labios con avidez. Luego mi cerebro se recupera. Me desconcierta lo agradable y natural que me resulta, como si lleváramos toda la vida besándonos. Entonces lo entiendo: así es como conquista a todas esas mujeres. Asaltándolas. Besa a una mujer cuando ella menos lo espera y, una vez que la tiene atontada, la engatusa para llevársela a la cama.

Pues esta vez no va a salirse con la suya. Aunque una gran parte de mí lo desee.

—No. —Le aparto.

—Carrie.

—No puedo. —¿Acabo de serle infiel a Bernard?

¿Estoy con Bernard?

Un taxi solitario se acerca por la calzada con el piloto encendido. Está libre. Yo no. Lo detengo.

Capote me abre la portezuela.

—Gracias —digo.

—Adiós —responde como si nada hubiera ocurrido.

Me hundo en el asiento meneando la cabeza.

Menuda noche. Probablemente sea el mejor momento para largarme de Nueva York.

— **A**h —dice Dorrit, mi hermana pequeña, levantando la mirada de una revista—. Estás en casa.

—Lo estoy —digo confirmando lo evidente. Suelto mi maleta y abro la nevera, más por una cuestión de hábito que de hambre. Dentro hay una botella de leche en las últimas y un paquete de queso mohoso. Saco la botella de leche y la sostengo en alto—. ¿Es que nadie en esta casa se molesta en ir a comprar?

—No —responde Dorrit con sequedad. Sus ojos viajan hasta mi padre, que no parece reparar en su descontento.

—¡Tengo a todas mis chicas en casa! —exclama él emocionado.

Hete aquí algo de mi padre que no ha cambiado: su exagerado sentimentalismo. Me alegro de que quede algún vestigio de mi antiguo progenitor, porque de lo contrario pensaría que lo ha invadido un alien.

Para empezar, viste vaqueros. Mi padre jamás ha llevado vaqueros. Mi madre no le dejaba. Y lleva unas Ray-Ban de sol. Pero lo más desconcertante de todo es la cazadora. De Members Only, color naranja. Cuando he bajado del tren casi no lo he reconocido.

Debe de estar pasando por la crisis de la madurez.

—¿Dónde está Missy? —le pregunto ahora, tratando de ignorar su desconcertante indumentaria.

—En el conservatorio. Ha aprendido a tocar el violín —explica mi padre con orgullo—. Está componiendo una sinfonía para toda una orquesta.

—¿Ha aprendido a tocar el violín en un mes? —pregunto atónita.

—Tiene mucho talento —responde mi padre.

«¿Y yo no?».

—Vale, papá —dice Dorrit.

—Tú también —le replica mi padre.

—Vamos, Dorrit. —Cojo mi maleta—. Ayúdame a deshacer la maleta.

—Estoy ocupada.

—¡Dorrit! —insisto con una fugaz ojeada a mi padre.

Suspira, cierra la revista y me sigue escaleras arriba.

Mi habitación se halla exactamente como la dejé. Por un momento me invaden

los recuerdos. Me acerco a los estantes y acaricio los viejos libros que mi madre me regalaba de niña. Abro el armario. Quizá me equivoque, pero tengo la impresión de que ha desaparecido la mitad de mi ropa. Me vuelvo bruscamente hacia Dorrit y la fulmino con la mirada.

—¿Dónde está mi ropa?

Se encoge de hombros.

—He cogido algunas cosas. Missy también. Pensamos que si estabas en Nueva York no las necesitarías.

—¿Y si las necesito?

Vuelve a encogerse de hombros.

Lo dejo estar. Llevo demasiado poco tiempo en casa para enzarzarme en una pelea con Dorrit, aunque dada su actitud huraña seguro que tenemos un altercado antes de que me marche el lunes. Entretanto, necesito sacarle información sobre mi padre y esa supuesta novia.

—¿Qué le ocurre a papá?

Me siento en la cama con las piernas cruzadas. Es individual, y de repente la encuentro increíblemente pequeña. No puedo creer que haya dormido en ella tantos años.

—Está claro que se ha vuelto loco —dice Dorrit.

—¿Por qué lleva vaqueros? ¿Y una cazadora de Members Only? Es horrible. Mamá nunca le dejaba vestirse así.

—Se la regaló Wendy.

—¿Wendy?

—Su novia.

—Entonces, ¿lo de la novia es cierto?

—Supongo.

Suspiro. Dorrit es tan displicente... Es imposible comunicarse con ella. Solo espero que haya dejado su afición al hurto.

—¿Te la ha presentado?

—Sí —responde con cautela.

—¿Y? —casi grito.

—¿Y?

—¿La odias? —Es una pregunta absurda. Dorrit odia a todo el mundo.

—Intento actuar como si no existiera.

—¿Y qué piensa de eso papá?

—No lo nota. Da asco. Cuando Wendy está, solo le hace caso a ella.

—¿Es guapa?

—A mí no me lo parece. De todos modos, tendrás la oportunidad de comprobarlo tú misma. Papá quiere que salgamos a cenar con ella esta noche.

—Buf.

—Y tiene moto.

—¿Qué?! —Esta vez grito de verdad.

—¿No te lo ha contado? Papá se ha comprado una moto.

—No me ha contado nada. Ni siquiera me ha hablado de esa Wendy.

—Por miedo, seguramente —dice Dorrit—. Desde que la conoce está hecho un calzonazos.

«Genial —pienso mientras procedo a deshacer la maleta—. Me espera un fin de semana inolvidable.»

Al rato encuentro a mi padre en el garaje, ordenando sus herramientas. Inmediatamente sospecho que Dorrit está en lo cierto: mi padre me está evitando. Llevo en casa menos de una hora y ya me estoy preguntando para qué he venido. No parece que a nadie le interese lo más mínimo cómo estoy o cómo me va. Dorrit ha huido a casa de una amiga, mi padre tiene una moto, y Missy está ocupada con su composición. Tendría que haberme quedado en Nueva York.

Me he pasado el trayecto en tren dando vueltas a la noche previa. El beso de Capote fue un terrible error, y me horroriza pensar que respondiera a él aunque solo fuera durante unos segundos. Pero ¿qué significa eso? ¿Es posible que en el fondo me guste Capote? No. Probablemente sea uno de esos tipos «ama a la chica con la que estés», esto es, de esos tíos que automáticamente van a por la mujer con la que se encuentran en el momento en que están calientes. Pero había muchas mujeres en la fiesta, entre ellas Rainbow. ¿Por qué me eligió a mí?

Cansada y resacosa, compré aspirinas y me bebí un refresco de cola. No podía dejar de torturarme con todos los asuntos inacabados que estaba dejando a mi espalda, Bernard entre ellos. Hasta se me pasó por la cabeza bajarme del tren en New Haven y tomar el primer tren de vuelta a Nueva York, pero cuando pensé en la decepción que se llevaría mi familia no me vi capaz.

Ahora lo lamento.

—¡Papá! —exclamo molesta.

Se vuelve sobresaltado con una llave inglesa en la mano.

—Estaba despejando mi mesa de trabajo.

—Ya lo veo. —Miro a mi alrededor buscando la famosa moto y la vislumbro junto a la pared, parcialmente oculta detrás del coche de mi padre—. Dorrit me ha contado que te has comprado una moto —digo maliciosamente.

—Así es.

—¿Por qué?

—Porque me apetecía.

—Pero ¿por qué? —Hablo como una chica desconsolada a la que acaban de dejar.

Y mi padre se está comportando como un niño estúpido carente de respuestas.

—¿Quieres verla? —me pregunta al fin, incapaz de disimular su entusiasmo.

La saca de detrás del coche. Es, en efecto, una moto. Y no una moto cualquiera. Una Harley. Con un manillar enorme y un cuerpo negro con calcomanías de llamas. La moto preferida de los Ángeles del Infierno.

¿Mi padre en una Harley?

En parte estoy impresionada. No es una moto para pusilánimes, de eso no hay duda.

—¿Qué te parece? —me pregunta con orgullo.

—Me gusta.

Parece complacido.

—Se la compré a un chaval del pueblo que necesitaba desesperadamente el dinero. Solo me costó mil pavos.

—Uau. —Meneo la cabeza. Todo esto tiene tan poco que ver con mi padre (desde su manera de hablar hasta la moto en sí) que por un momento no sé qué decir—. ¿Cómo encontraste a ese... chaval? —pregunto.

—Es el hijo del primo de Wendy.

Los ojos se me salen de las órbitas. No doy crédito al desenfado con que la ha mencionado. Sigo su juego.

—¿Quién es Wendy?

Acaricia el asiento de la moto.

—Una amiga nueva.

De modo que así es como piensa jugar.

—¿Qué clase de amiga?

—Muy simpática —dice evitando mi mirada.

—¿Por qué no me has hablado antes de ella?

—Oh, Carrie... —suspira.

—Todos dicen que es tu novia. Dorrit y Missy, e incluso Walt.

—¿Walt lo sabe? —pregunta sorprendido.

—Todo el mundo lo sabe, papá —replico con aspereza—. ¿Por qué no me lo contaste?

Se sienta en la moto y juega con las palancas.

—¿Podrías tratar de no ser tan dura?

—¡Papá!

—Todo esto es muy nuevo para mí.

Me muerdo el labio. Durante unos instantes, mi corazón se enternece. En los últimos cinco años, mi padre no ha mostrado el más mínimo interés por ninguna mujer. Ahora parece que ha conocido a una que le gusta, señal de que está saliendo adelante. Debería alegrarme por él. Por desgracia, solo consigo pensar en mi madre y

en cómo la está traicionando. Me pregunto si estará en el cielo, viendo en lo que se ha convertido mi padre. Si es así, seguro que está horrorizada.

—¿Conocía mamá a esta Wendy?

Niega con la cabeza mientras finge que estudia el salpicadero.

—No. —Hace una pausa—. O por lo menos no lo creo. Es un poco más joven.

—¿Cuánto? —pregunto.

Le he presionado más de la cuenta, porque me mira con expresión desafiante.

—No lo sé, Carrie. Tiene veintilargos. Me han dicho que es de mala educación preguntarle la edad a una mujer.

Asiento.

—¿Y cuántos años piensa ella que tienes tú?

—Sabe que tengo una hija que ingresará este otoño en Brown.

Percibo una dureza en su tono que no había oído desde que era una niña. Significa «Aquí mando yo. No te pases».

—Vale. —Me doy la vuelta para irme.

—Por cierto —añade—, esta noche cenaremos con ella. Me llevaré una gran decepción si la tratas mal.

—Ya veremos —farfullo entre dientes.

Entro en casa con la certeza de que me han sido confirmados mis peores temores. Ya detesto a la tal Wendy. Tiene un pariente que es un Ángel del Infierno. Y miente sobre su edad. Me digo que si una mujer es capaz de mentir sobre su fecha de nacimiento es capaz de mentir prácticamente sobre cualquier cosa.

Procedo a despejar la nevera, tirando un experimento científico detrás de otro. Es entonces cuando recuerdo que yo también he mentido sobre mi edad. A Bernard. Echo el poso de leche agria por el desagüe mientras me pregunto qué va a pasar con mi familia.

—Estás que te sales —bromea Walt—, aunque demasiado arreglada para Castlebury.

—¿Qué te pones para ir a un restaurante en Castlebury?

—Un vestido de noche desde luego no.

—Walt —rezongo—, no es un vestido de noche. Es un vestido de anfitriona de los sesenta.

Lo encontré en mi tienda vintage y hace días que prácticamente no visto otra cosa. Es ideal para cuando aprieta el calor, porque no cubre los brazos ni las piernas. Y hasta el momento nadie ha hecho comentarios sobre mi inusual vestimenta salvo para alabarla. En Nueva York se espera que vistas de forma extravagante. Aquí está visto que no.

—No pienso cambiar mi estilo por Wendy. ¿Sabías que tiene un primo que

pertenece a los Ángeles del Infierno?

Walt y yo estamos sentados en el porche, bebiendo cócteles y esperando a que llegue la famosa Wendy. Le he rogado a Walt que cene con nosotros pero ha rechazado la invitación alegando que ya había quedado con Randy. Sí ha aceptado, no obstante, a pasarse para tomar una copa y así ver a Wendy en persona.

—Puede que esa sea la clave, que es totalmente diferente —dice ahora.

—Pero el hecho de que mi padre esté interesado en alguien como Wendy pone en tela de juicio su matrimonio con mi madre.

—Creo que estás llevando las cosas demasiado lejos —responde Walt, actuando como la voz de la razón—. Puede que el tío solo se esté divirtiendo.

—Es mi padre —protesto—. No tiene permitido divertirse.

—Estás siendo cruel, Carrie.

—Lo sé. —Contemplo el descuidado jardín a través de la mosquitera—. ¿Has hablado con Maggie?

—Ajá —responde con aire enigmático.

—¿Qué te ha dicho? Sobre Nueva York.

—Que se lo pasó muy bien.

—¿Qué te ha dicho sobre mí?

—Nada. Solo me habló de un tío que le presentaste.

—Ryan. Al que se tiró nada más conocerle.

—Esa es nuestra Maggie —dice Walt con un encogimiento de hombros.

—Se ha convertido en una adicta al sexo.

—¿Y qué? Es joven, ya se le pasará. Además, ¿qué más te da?

—Me importan mis amigos. —Bajo mis botas Fiorucci de la mesa para dar énfasis a mis palabras—. Ojalá yo les importara a ellos.

Walt me mira sin comprender.

—Ni siquiera mi familia me ha preguntado sobre mi vida en Nueva York. Y te aseguro que es mucho más interesante que todo lo que pueda ocurrirles a ellos. Van a producirme una obra de teatro. Y anoche estuve en una fiesta en el loft que Barry Jessen tiene en el SoHo...

—¿Quién es Barry Jessen?

—Vamos, Walt, ahora mismo es el pintor más famoso de Estados Unidos.

—Lo dicho, estás que te sales —se burla.

Cruzo los brazos, consciente de que estoy hablando como una capulla.

—¿Es que no le importo a nadie?

—¿Con esa cabezota? —bromea Walt—. Ten cuidado, podría explotarte.

—¡Walt! —Le lanzo una mirada dolida, pero la frustración puede más—. Algún día me convertiré en una escritora famosa, viviré en un gran apartamento de dos dormitorios en Sutton Place y escribiré obras de teatro para Broadway. Y todo el

mundo querrá venir a verme.

—Ja, ja, ja —dice Walt.

Contemplo los cubitos de hielo de mi vaso.

—Oye, Carrie, estás pasando un verano en Nueva York, y eso es genial. Pero no es tu vida, y en septiembre irás a Brown.

—No estés tan seguro —digo de repente.

Walt sonrío, convencido de que no hablo en serio.

—¿Está tu padre al corriente de tu cambio de planes?

—Lo acabo de decidir en este preciso instante. —Lo cual es cierto. La idea ha estado rondando por los confines de mi conciencia durante semanas, pero mi regreso a Castlebury me ha hecho ver que ir a Brown sería más de lo mismo. La misma clase de personas con exactamente las mismas actitudes, solo que en un lugar diferente.

Walt sonrío.

—No olvides que yo también estaré. La escuela de diseño de Rhode Island.

—Lo sé —digo con un suspiro. Sueno tan arrogante como Capote—. Será divertido —añado esperanzada.

—¡Walt! —exclama mi padre cuando se une a nosotros en el porche.

—Señor Bradshaw. —Walt se levanta, y mi padre le da un abrazo, lo que me hace sentir, una vez más, excluida.

—¿Cómo te va, chaval? Llevas el pelo más largo. Casi no te reconozco.

—Walt siempre se está cambiando el pelo, papá. —Me vuelvo hacia Walt—. Lo que mi padre quiere decir es que lo más seguro es que tú no lo has reconocido a él. Está intentando parecer más joven —añado con un tono lo bastante animado para que mi comentario no suene desagradable.

—¿Qué tiene de malo parecer más joven? —pregunta alegremente mi padre.

Se marcha a la cocina para preparar unos cócteles, pero tarda lo suyo porque no para de mirar por la ventana como una quinceañera que espera a su enamorado. Es ridículo. Cuando, cinco minutos después, Wendy aparece al fin, sale disparado de la casa para recibirla.

—¿Te lo puedes creer? —le pregunto a Walt horrorizada ante la ridícula conducta de mi padre.

—Es un hombre. ¿Qué puedo decir?

—Es mi padre —replico.

—Sigue siendo un hombre.

Estoy a punto de decir «Sí, pero mi padre no debería actuar como los demás hombres» cuando él y Wendy suben por el camino de entrada cogidos de la mano.

Me entran ganas de vomitar. Por lo visto la relación es más seria de lo que pensaba.

Wendy no está mal si te gustan las mujeres con el pelo teñido de rubio y sombra

azul alrededor de los ojos, como un mapache.

—Sé amable con ella —me advierte Walt.

—Oh, seré amabilísima, aunque me cueste la vida. —Sonrío.

—¿Pido una ambulancia ahora o más tarde?

Mi padre abre enseguida la puerta mosquitera e invita a Wendy a entrar en el porche. Ella esboza una sonrisa amplia y descaradamente falsa.

—¡Tú debes de ser Carrie! —exclama, al tiempo que me envuelve en un abrazo como si ya fuéramos íntimas.

—¿Cómo lo has sabido? —Me separo con suavidad.

Wendy mira encantada a mi padre.

—Tu padre me lo ha contado todo sobre ti. Habla de ti sin parar. Está muy orgulloso.

Algo en esa supuesta intimidad me irrita.

—Te presento a Walt —digo para que deje de hablar de mí. Además, ¿qué sabrá ella?

—Hola, Walt —saluda con excesivo entusiasmo—. ¿Carrie y tú sois...?

—¿Novios? —interviene Walt—. Qué va. —Nos reímos.

Wendy ladea la cabeza como si no supiera cómo continuar.

—¿No es maravilloso que hoy día un hombre y una mujer puedan ser amigos?

—Depende de lo que entiendas por «amigos» —farfullo, recordándome que debo ser amable.

—¿Estamos listos? —pregunta mi padre.

—Iremos a Boyles, un restaurante nuevo donde se come muy bien. ¿Has oído hablar de él? —me pregunta Wendy.

—No. —E incapaz de contenerme, rezongo—: No sabía que en Castlebury hubiera restaurantes. Nosotros solo íbamos al Hamburger Shack.

—Tu padre y yo salimos a cenar al menos dos veces por semana —prosigue ella, imperturbable.

Mi padre asiente con la cabeza.

—Fuimos a un restaurante japonés en Hartford.

—¿No me digas? —replico, poco impresionada—. En Nueva York hay restaurantes japoneses a montones.

—Pero seguro que no son tan buenos como el de Hartford —bromea Walt.

Mi padre le lanza una mirada de agradecimiento.

—Este restaurante es muy especial.

—Vale —digo por decir.

Bajamos por el camino en fila india. Walt sube a su coche y se despide con la mano.

—Chao, chicos. Pasadlo bien.

Le veo marcharse y envidio su libertad.

—¡Bien! —dice alegremente Wendy una vez dentro del coche—. ¿Y cuándo empiezas en Brown?

Me encojo de hombros.

—Supongo que estarás deseando largarte de Nueva York. Qué ciudad tan sucia y ruidosa. —Posa una mano en el brazo de mi padre y sonrío.

Boyles es un restaurante enano situado en una parcela húmeda próxima a la calle mayor, donde nuestro célebre Roaring Brook corre por debajo de la carretera. Es muy sofisticado para Castlebury: llaman «pasta» a los platos principales, en lugar de «espaguetis», tienen servilletas de tela y un jarroncito con una rosa en cada mesa.

—Muy romántico —dice mi padre con aprobación mientras le retira la silla a Wendy.

—Tu padre es todo un caballero —me dice.

—¿En serio? —No puedo evitarlo. Él y Wendy me están poniendo de los nervios. Me pregunto si tienen relaciones sexuales. Espero que no. Mi padre es demasiado mayor para andar magreándose.

Mi padre ignora mi comentario y coge la carta.

—Hoy también tienen pescado —le dice a Wendy. Y a mí—: A Wendy le encanta el pescado.

—Viví cinco años en Los Ángeles. Allí la gente cuida mucho más de su salud —explica Wendy.

—Mi compañera de piso está en Los Ángeles ahora mismo —les cuento, en parte para desviar la conversación de Wendy—. Se aloja en el hotel Beberly Hills.

—Yo comí allí en una ocasión —responde Wendy con su inalterable beatitud—. Fue emocionante. Estábamos sentados al lado de Tom Selleck.

—¿No me digas? —responde mi padre, como si la momentánea proximidad de Wendy con un actor de televisión la elevara un poco más ante sus ojos.

—Yo he conocido a Margie Shephard —intervengo.

—¿Quién es Margie Shephard? —pregunta mi padre con expresión ceñuda.

Wendy me guiña un ojo, como si ella y yo estuviéramos íntimamente al tanto de la falta de cultura popular de mi padre.

—Es una actriz con mucho futuro. Todo el mundo la encuentra muy guapa, aunque a mí no me lo parece. La encuentro sosa.

—Es muy guapa en persona —contraataco—. Tiene un brillo especial.

—Como tú, Carrie —suelta Wendy de repente.

Su cumplido me deja tan pasmada que por un momento soy incapaz de proseguir con mi sutil ataque.

—¿Qué hacías en Los Ángeles? —le pregunto al tiempo que abro la carta.

—Wendy pertenecía a un... —Mi padre la mira en busca de ayuda.

—Grupo de impro. Hacíamos teatro de improvisación.

—Wendy es muy creativa. —Mi padre esboza una sonrisa de oreja a oreja.

—¿No es una de esas cosas en que haces mimo, como Marcel Marceau? —pregunto inocentemente, aunque sé que no lo es—. ¿Llevabas guantes y la cara pintada de blanco?

Wendy suelta una risita, divertida por mi ignorancia.

—Estudié mimo, pero hacíamos sobre todo comedia.

Ahora mi pasmo es total. ¿Wendy actriz y, para colmo, de comedia? No parece muy divertida que digamos.

—Wendy salió en un anuncio de patatas fritas —explica mi padre.

—No deberías contarle eso a la gente —le reprende ella cariñosamente—. Solo era un anuncio local, para patatas fritas State Line, y de eso hace siete años. Mi gran oportunidad. —Pone los ojos en blanco con la debida dosis de ironía.

Por lo visto, Wendy no se toma demasiado en serio después de todo. Un aspecto que añadir a la columna de pros. Por otro lado, puede que esté fingiendo para caerme bien.

—Debe de ser un palo para ti vivir en Castlebury después de haber vivido en Los Ángeles.

Menea la cabeza.

—Yo soy una chica de pueblo. Me crie en Scarborough. —El pueblo de al lado—. Además, me encanta mi nuevo trabajo.

—Y eso no es todo. —Mi padre le da un codazo—. Wendy va a enseñar arte dramático.

De pronto veo claramente la historia de Wendy y me recorre un escalofrío: chica intenta triunfar, fracasa y regresa cabizbaja al pueblo para dedicarse a la enseñanza. El peor de mis temores.

—Tu padre dice que quieres ser escritora —continúa risueña—. A lo mejor podrías escribir para el *Castlebury Citizen*.

Se me hiela la sangre. El *Castlebury Citizen* es nuestro pequeño periódico local y se compone, básicamente, de las actas de las reuniones de la junta del distrito y de fotografías de los equipos de béisbol de Pee Wee. Hiervo de indignación.

—¿Crees que no soy lo bastante buena para triunfar en Nueva York?

Wendy frunce el entrecejo, desconcertada.

—Es muy difícil vivir en Nueva York, ¿no crees? Por ejemplo, ¿no tienes que lavar tu ropa en el sótano? Una amiga mía vivió en Nueva York y me contó que...

—Mi edificio no tiene cuarto de lavadoras. —Desvió la mirada en un esfuerzo por contener la frustración. ¿Cómo se atreve Wendy o su amiga a especular sobre Nueva York?—. Llevo mi ropa sucia a una lavandería automática. —Lo cual no es del todo cierto. La mayoría de las veces dejo que se amontone en un rincón del

dormitorio.

—Carrie, nadie está poniendo en duda tu talento... —comienza mi padre, pero he llegado al límite de mi paciencia.

—Es cierto —replico con despecho—, porque nadie parece estar interesado en mí lo más mínimo. —Y dicho esto, me levanto con la cara roja y sorteo las mesas del restaurante buscando el servicio.

Estoy furiosa. Con mi padre y con Wendy por ponerme en esta situación, pero sobre todo conmigo misma por perder los nervios. Ahora Wendy quedará como una mujer amable y razonable, y yo, como una celosa inmadura. Eso solo consigue inflamar aún más mi ira, lo que me lleva a recordar todo lo que siempre he detestado de mi vida y mi familia pero me negaba a reconocerlo.

Entro en el cubículo y me siento en el retrete para meditar. Lo que más me molesta es que mi padre nunca se haya tomado en serio mi deseo de escribir. Jamás me ha dirigido una palabra de ánimo, jamás me ha dicho que tengo talento, jamás ha tenido un elogio para mí. De no ser por mis compañeros de The New School, probablemente me habría pasado la vida sin reparar en ello. Es evidente que Ryan, Capote, L'il e incluso Rainbow han crecido con unos padres alabadores y alentadores. No estoy diciendo que quiera ser como ellos, pero no me haría ningún daño que mi propio padre creyera que poseo algo especial.

Me seco los ojos con papel higiénico y me recuerdo que debo regresar a la mesa. He de concebir una excusa para explicar mi patética conducta.

Solo tengo una salida. Fingir que mi arrebato no ha tenido lugar. Es lo que haría Samantha.

Alzo bien el mentón y salgo.

Cuando regreso a la mesa, compruebo que Missy y Dorrit ya han llegado, junto con una botella de Chianti sobre una cestita de mimbre. La clase de vino que me daría vergüenza beber en Nueva York.

Preso de una desagradable punzada en el estómago, me doy cuenta de lo mediocre que es todo. Mi padre, el viudo de mediana edad que viste como un jovencito y se halla en plena crisis de la madurez, saliendo con una mujer más joven que él y algo desesperada, la cual, contra el insulso telón de fondo de Castlebury, probablemente le parezca interesante, diferente y estimulante. Y mis dos hermanas, una punki y la otra repelente. Parece una serie televisiva barata.

Si ellos son tan corrientes, ¿significa eso que yo también lo soy? ¿Podré alguna vez escapar de mi pasado?

Ojalá pudiera cambiar de canal.

—¡Carrie! —grita Missy—. ¿Estás bien?

—¿Yo? —pregunto con fingido asombro—. Pues claro. —Ocupo mi silla al lado de Wendy—. Mi padre dice que le ayudaste a encontrar su Harley. Me parece

interesante que te gusten las motos.

—Mi padre es policía estatal —responde Wendy, agradeciendo, sin duda, mi recuperación.

Me vuelvo hacia Dorrit.

—¿Has oído eso, Dorrit? El padre de Wendy es policía estatal. Más te vale ir con cuidado...

—Carrie. —Mi padre me mira momentáneamente consternado—. No hay necesidad de airear nuestros trapos sucios.

—No, aunque no les iría mal una lavada.

Nadie capta mi chiste. Cojo mi copa y suspiro. Tenía previsto regresar a Nueva York el lunes, pero es imposible que pueda aguantar tanto. Mañana me largo en el primer tren.

— **Y**o te quiero, Carrie. Que esté con Wendy no significa...

—Lo sé, papá, y Wendy me gusta. Si me voy es solo porque tengo que escribir mi obra de teatro. Si la termino conseguiré que la representen.

—¿Dónde? —pregunta mi padre. Está apretando con fuerza el volante del coche, absorto en cambiar de carril en nuestra pequeña carretera. Estoy segura de que mi respuesta le trae sin cuidado, pero intento explicárselo de todos modos.

—En un espacio. Lo llaman así, «espacio». En realidad es una especie de loft. Antes era un banco...

Por la forma en que mira por el retrovisor, me doy cuenta de que no me sigue.

—Admiro tu tenacidad —dice—. Nunca te rindes. Eso está bien.

Ahora soy yo la que no le sigo. «Tenacidad» no es la palabra que esperaba. Suena como si estuviera aferrándome a una pared rocosa.

Me hundo en el asiento. ¿Por qué nunca puede decir cosas como «Tienes mucho talento, Carrie, estoy seguro de que triunfarás»? ¿Es que voy a pasarme la vida intentando obtener de mi padre una aprobación que no piensa darme?

—Quería contarte lo de Wendy —dice mientras se adentra en el carril que conduce a la estación.

Esta es mi oportunidad de hablarle de mis retos en Nueva York, pero sigue desviando el tema hacia Wendy.

—¿Y por qué no lo hiciste? —le pregunto, tirando la toalla.

—No estaba seguro de sus sentimientos.

—¿Y ahora lo estás?

Aparca el coche y apaga el motor. Con suma seriedad, dice:

—Wendy me quiere, Carrie.

Un bufido cínico escapa de mis labios.

—Lo digo en serio. Me quiere.

—Todo el mundo te quiere, papá.

—Ya sabes a qué me refiero. —Se frota el rabillo del ojo con nerviosismo.

—Oh, papá. —Le doy unas palmaditas en el brazo en un esfuerzo por comprenderle. Los últimos años han debido de ser terribles para él. Pero también lo

han sido para mí. Y para Missy y Dorrit—. Me alegro por ti, en serio —declaro, aunque tiemblo solo de imaginar a mi padre en una relación seria con otra mujer. ¿Y si se casa con ella?

—Es una persona adorable. Es... —Titubea—. Me recuerda a tu madre.

Es la gota que colma el vaso.

—No se parece en nada a mamá —digo en voz baja mientras siento que mi ira crece.

—Sí se parece, cuando tu madre era más joven. No puedes recordarlo porque eras solo un bebé.

—Papá. —Hago una pausa deliberada con la esperanza de que repare en lo absurdo de su afirmación—. A Wendy le gustan las motos.

—Tu madre también fue muy aventurera de joven. Antes de teneros...

—Otra razón por la que no pienso casarme nunca —le interrumpo, bajando del coche.

—Oh, Carrie... —Suspira—. En ese caso, lo lamento por ti. Me preocupa que nunca llegues a encontrar el verdadero amor.

Su comentario me frena en seco. Permanezco rígida sobre la acera, a punto de explotar, pero algo me detiene. Pienso en Miranda y en cómo interpretaría ella esta situación. Diría que es a mi padre a quien le preocupa no volver a encontrar el verdadero amor, pero le asusta tanto reconocerlo que proyecta sus miedos en mí.

Saco la maleta del asiento trasero.

—Deja que te ayude —dice.

Le observo cruzar la puerta de madera de la vieja estación con la maleta. Me recuerdo que mi padre no es un mal tipo. Está bastante bien, comparado con la mayoría de los hombres.

Deja la maleta en el suelo y abre los brazos.

—¿Me das un abrazo?

—Claro. —Le abrazo con fuerza y percibo un olorcillo a lima. Debe de ser un nuevo perfume que le habrá regalado Wendy.

Un profundo vacío se abre dentro de mí.

—Quiero lo mejor para ti, Carrie, en serio.

—Lo sé, papá. —Sintiendo que tengo un millón de años, cojo mi maleta y me dirijo al andén—. No te preocupes, papá —digo como si también quisiera convencerme a mí misma de ello—, todo irá bien.

En cuanto el tren abandona la estación empiezo a sentirme mejor. Dos horas después, cuando estamos pasando por las viviendas subvencionadas del Bronx, estoy decididamente eufórica. Vislumbro fugazmente la mágica imagen de los rascacielos recortados contra el horizonte —¡ciudad Esmeralda!— antes de penetrar en el túnel.

No importa adónde viaje —París, Londres, Roma—, siempre me emocionará regresar a Nueva York.

Ya en el ascensor de la Penn Station tomo una decisión repentina. No voy a ir directamente al apartamento de Samantha. En lugar de eso, voy a sorprender a Bernard.

Tengo que averiguar qué le pasa antes de poder seguir adelante con mi vida.

Para llegar a su casa he de tomar dos metros. Con cada parada aumenta mi entusiasmo ante la idea de verle. Cuando llego a la estación de la calle Cincuenta y nueve, situada debajo de Bloomingdale's, el calor que corre por mis venas amenaza con abrasarme por dentro.

Tiene que estar en casa.

—El señor Singer ha salido, señorita —dice el portero con, sospecho, cierto deleite. No le caigo bien a ningún portero de este edificio. Siempre les pillo mirándome de refilón, como si desaprobaran mis visitas.

—¿Sabe cuándo volverá?

—No soy su secretario, señorita.

—Vale.

Recorro el vestíbulo con la mirada. Delante de una chimenea falsa hay dos butacas de cuero, pero me resisto a sentarme en ellas con los ojos del portero clavados en mí. Salgo y me instalo en un bonito banco de la acera de enfrente. Descanso los pies sobre la maleta, como si tuviera todo el tiempo del mundo.

Espero.

Me digo que solo esperaré media hora y luego me iré. La media hora se convierte en cuarenta y cinco minutos, luego en sesenta. Después de casi dos horas, empiezo a preguntarme si he caído en una trampa amorosa. ¿Me he convertido en la chica que espera junto al teléfono con la esperanza de que suene, que pide a una amiga que marque su número para asegurarse de que el teléfono funciona? ¿Que acaba recogiendo la ropa de un hombre de la tintorería, fregando su cuarto de baño y comprando unos muebles que nunca serán suyos?

Sí. Y no me importa. Puedo ser esa chica y un día, cuando lo haya entendido todo, dejar de serlo.

Dos horas y veintidós minutos después Bernard aparece al fin caminando por Sutton Place.

—¡Bernard! —grito, corriendo hacia él con alocado regocijo. Puede que mi padre tenga razón: soy una persona tenaz. No renuncio a nada fácilmente.

Bernard afila la mirada.

—¿Carrie?

—Acabo de llegar —digo como si no llevara casi tres horas esperando.

—¿De dónde?

—De Castlebury, donde crecí.

—Y ahora estás aquí. —Me rodea los hombros con su brazo.

Es como si la cena con Maggie no hubiese tenido lugar. Ni mi ristra de desesperadas llamadas telefónicas. Ni el incumplimiento de su promesa de llamarme. Puede que, siendo escritor, viva en una realidad algo diferente donde las cosas que yo encuentro demoledoras a él le parecen trivialidades.

—Mi maleta —murmuro, mirando atrás.

—¿Te mudas? —Ríe.

—Puede.

—Justo a tiempo —bromea—. Finalmente me han llegado los muebles.

Paso la noche en casa de Bernard. Dormimos en la enorme cama de matrimonio con las sábanas nuevas y planchadas. Se está tan bien...

Duermo como un bebé y cuando me despierto mi querido Bernard yace a mi lado con la cara enterrada en la almohada. Me recuesto, cierro los ojos y disfruto de la maravillosa quietud mientras repaso mentalmente los acontecimientos de la noche.

Empezamos a retozar en el sofá nuevo. Luego nos trasladamos al dormitorio y retozamos mientras veíamos la tele. Luego pedimos comida china (¿por qué el sexo le abre siempre el apetito a la gente?) y retozamos un poco más. Terminamos con un baño de espuma. Bernard fue muy dulce y tierno, y no intentó introducirme su colita. O por lo menos estoy bastante segura de que no lo hizo. Miranda dice que el hombre ha de empujar a conciencia para meterla, por lo que imagino que lo habría notado.

Me pregunto si Bernard sabe, en su fuero interno, que soy virgen. Si hay algo en mí que parpadea «Sin mancillar».

—Hola, bombón —dice ahora estirando los brazos hacia el techo. Rueda sobre su espalda, sonrío y se acerca para besarme con aliento matutino y todo lo demás.

—¿Te has comprado ya la píldora? —pregunta mientras prepara café con la sensacional cafetera nueva, que gorgotea como la barriga de un bebé.

Enciendo desenfadadamente un cigarrillo y le paso otro.

—Todavía no.

—¿Por qué no?

Buena pregunta.

—Lo olvidé.

—Pichoncito, no puedes descuidar esas cosas —me riño dulce.

—Lo sé... pero con lo de mi padre y su nueva novia... Me ocuparé del asunto esta semana, te lo prometo.

—Si lo haces podrías quedarte a dormir más a menudo. —Bernard deja dos tazas de café sobre la elegante mesa del comedor—. Y podrías comprarte un pequeño bolso de viaje para tus cosas.

—¿Como el cepillo de dientes? —Río.

—Todo lo que necesites —responde.

¿Conque un bolso de viaje? Esas palabras hacen que pasar la noche suene como algo planificado y glamouroso, en lugar de algo improvisado e indecente. Me río. Un bolso de viaje suena muy caro.

—No creo que pueda permitirme un bolso de viaje.

—Vale. —Se encoge de hombros—. Algo bonito, entonces. Para que los porteros no sospechen.

—¿Sospecharán si llevo una bolsa de plástico y no si llevo un bolso de viaje?

—Ya sabes por qué lo digo.

Asiento. Con un bolso de viaje no pareceré tanto una adolescente atribulada que ha recogido en la Estación de Pennsylvania. Lo cual me hace pensar en Teensie.

—Conocí a tu agente en una fiesta —digo con calma para no alterar la atmósfera.

—¿En serio? —Sonríe sin darle importancia al asunto—. ¿Se comportó como una arpía?

—Prácticamente me arrancó la piel con sus garras —bromeo—. ¿Siempre es así?

—Casi siempre. —Me acaricia la coronilla—. Quizá deberíamos cenar con ella para que os conozcáis mejor.

—Lo que usted diga, señor Singer —ronroneo, trepando a su regazo.

Si quiere que cene con su agente significa que nuestra relación no solo continúa, sino que avanza con la rapidez de un tren europeo. Le beso en la boca imaginando que soy un personaje de Katharine Hepburn en una película romántica en blanco y negro.

Más tarde, camino del centro, paso frente a una tienda de material médico. En el escaparate hay tres maniquíes. No esos maniquíes bonitos que se ven en Saks o Bergdorf's hechos a partir del molde de mujeres reales, sino esos cutres y terroríficos que parecen muñecos gigantes de los años cincuenta. Los muñecos llevan puestos uniformes médicos, y de repente se me ocurre que sería el atuendo idóneo para Nueva York. Son baratos, lavables y superfrescos.

Y se venden pulcramente envueltos en celofán. Me compro tres uniformes de colores diferentes y recuerdo lo que Bernard me dijo sobre un bolso de viaje.

Lo único bueno de haber ido a ver a mi padre este fin de semana es que encontré el estuche de unos viejos prismáticos de mi madre y me lo traje para utilizarlo como bolso. Quizá existan otros artículos a los que pueda darles un uso diferente. Cuando paso frente a una elegante ferretería, vislumbro el bolso de viaje perfecto.

Es una bolsa de herramientas de carpintero de lona con un fondo de cuero auténtico, lo bastante grande para guardar unos zapatos, un manuscrito y un uniforme médico. Y solo cuesta seis dólares. Una ganga.

Compro la bolsa de herramientas y guardo en ella el bolso y los uniformes. Agarro la maleta y me dirijo al metro.

Estos últimos días han sido húmedos, y cuando entro en el apartamento de Samantha huelo a cerrado, como si todos los olores hubieran quedado atrapados en él. Inspiro hondo, en parte debido al alivio, en parte porque ese olor en particular siempre me recordará a Nueva York y a Samantha. Es una mezcla de perfume rancio, velas perfumadas, humo de cigarrillo y algo más que no alcanzo a identificar: una suerte de almizcle reconfortante.

Me pongo el uniforme azul, me preparo una taza de té y me siento frente a la máquina de escribir. Llevo todo el verano temiendo con horror el bloqueo del escritor. No obstante, quizá porque mi visita a Castlebury me hizo comprender que tengo cosas más importantes de qué preocuparme —como no llegar a donde aspiro y terminar como Wendy—, el caso es que me siento optimista. Tengo horas y horas por delante para escribir. Tenacidad, me recuerdo a mí misma. Voy a trabajar hasta que termine esta obra de teatro. Y no haré caso al teléfono. Para ayudarme a cumplir mi promesa, lo desconecto.

Escribo sin pausa durante cuatro horas, hasta que el hambre me obliga a salir a la calle en busca de comida. Entro distraídamente en la charcutería y mientras doy vueltas a los personajes en mi cabeza compro una lata de sopa, vuelvo a casa, la caliento y la coloco junto a mi máquina de escribir para poder trabajar mientras como. Sigo escribiendo durante un largo rato y, cuando finalmente siento que he acabado por hoy, decido visitar mi calle favorita.

Es una calle diminuta, con el suelo enladrillado, llamada Commerce, uno de esos lugares del West Village con los que no consigues dar si te pones a buscarlo. Has de llegar a ella siguiendo determinados puntos de referencia: la tienda de viejo de la calle Hudson, la *sex shop* de Barrow. Cerca de la tienda de animales hay una pequeña verja, y ahí la tienes, justo al otro lado.

Paseo lentamente por la acera tratando de memorizar cada detalle. Las estrechas y encantadoras casas adosadas, los cerezos, el diminuto bar donde, imagino, todos los clientes se conocen. Recorro varias veces la calle, deteniéndome en cada casa, imaginándome cómo debe de ser vivir en ella. Mientras contemplo las ventanitas de la buhardilla de una residencia de ladrillo rojo, me percató de que he cambiado. Antes me preocupaba que mi sueño de convertirme en escritora solo fuera eso, un sueño. No tenía ni idea de cómo proceder, por dónde empezar y cómo continuar. Últimamente, no obstante, estoy empezando a sentir que soy escritora. Yo soy esto. Escribir y rondar por el Village con mi uniforme médico.

Y mañana, si me salto la clase, podré tener otro día como este, entero para mí. De pronto me embarga la dicha. Regreso raudamente al apartamento y, cuando contemplo los folios de mi obra apilados sobre la mesa, no puedo creer lo feliz que soy.

Me siento a leerlos, haciendo anotaciones con un lápiz y subrayando los diálogos especialmente mordaces. Puedo hacerlo. ¿Qué importa lo que piense mi padre? De hecho, ¿qué importa lo que piense nadie? Todo lo que necesito está en mi cabeza, y eso nadie puede arrebatármelo.

A las ocho concilio uno de esos sueños profundos en que sientes el cuerpo tan pesado que te preguntas si algún día despertarás. Cuando finalmente logro arrancarme de la cama son las diez de la mañana.

Cuento las horas que he dormido: catorce. Debía de estar agotada, hasta tal punto que ni siquiera podía notarlo. Al principio estoy grogui de haber dormido tanto, pero una vez que espabilo me siento de maravilla. Me pongo el uniforme médico del día anterior y, sin molestarme en cepillarme los dientes, voy directa a la máquina de escribir.

Mi poder de concentración es sorprendente. Escribo sin pausa, sin percatarme del paso del tiempo, hasta que tecleo la palabra «FIN». Eufórica y algo atontada, miro el reloj. Poco más de las cuatro. Si me apuro puedo fotocopiar la obra y dejarla en el

despacho de Viktor antes de las cinco.

Entro en la ducha con el corazón acelerado y triunfante. Me pongo un uniforme nuevo, cojo mi manuscrito y salgo.

La casa de fotocopias está en la Sexta Avenida, a menos de una manzana de la escuela. Por una vez tengo suerte: no hay cola. Mi obra abarca cuarenta folios y me sale caro fotocopiarla, pero no puedo arriesgarme a perderla. Quince minutos después, con una copia de mi obra pulcramente guardada en un sobre amarillo, galopo hasta The New School.

Viktor está en su despacho, desplomado sobre la mesa. Al principio creo que duerme, pero al ver que no se mueve me pregunto si está muerto. Doy unos golpecitos en la puerta. Nada.

—¿Viktor? —pregunto alarmada.

Levanta la cabeza muy lentamente, como si tuviera un bloque de cemento sobre la nuca. Tiene los ojos hinchados y los párpados inferiores girados hacia fuera, mostrando insolentemente su enrojecido interior. Tiene el bigote hecho jirones, como si lo hubieran desgarrado unos dedos desesperados. Apoya las mejillas en las manos. Abre la boca.

—¿Sí?

Lo lógico sería que le preguntara qué le ocurre, pero no lo conozco lo suficiente y tampoco estoy segura de querer saberlo. Me acerco con el sobre amarillo en alto.

—He terminado mi obra de teatro.

—¿Estabas hoy en clase? —me pregunta con voz lastimera.

—No, estaba escribiendo. Quería terminar mi obra. —Deslizo el sobre por la superficie de la mesa—. Pensé que quizá podría leerla esta noche.

—Claro. —Me mira como si apenas recordara quién soy.

—Muy bien. Esto... gracias, señor Greene. —Me doy la vuelta para irme, pero me giro de nuevo, inquieta—. Entonces, ¿le verá mañana?

—Hummm —contesta.

«¿Qué diantre le pasa?», me pregunto mientras bajo las escaleras. Recorro varias manzanas con paso raudo, me compro un perrito caliente en un puesto de la calle y medito sobre qué hacer a continuación.

L'il. Hace siglos que no la veo. No como es debido, en cualquier caso. Es la única persona a la que puedo hablarle realmente de mi obra. La única que puede entenderme. ¿Y qué si Peggy está en el apartamento? Ya me ha echado una vez. ¿Qué más puede hacerme?

Camino por la Segunda Avenida disfrutando del ruido, de la gente que regresa a casa con prisas, como cucarachas. Podría vivir aquí toda mi vida. Incluso convertirme algún día en una auténtica neoyorquina.

Al ver mi antiguo edificio de la calle Cuarenta y siete me asaltan toda clase de

recuerdos —las fotos de Peggy en cueros, su colección de osos y las minúsculas habitaciones con los atroces catres— y no entiendo cómo conseguí durar tres días siquiera. Pero en aquel entonces no sabía qué esperar y estaba dispuesta a aceptar lo que fuera.

He recorrido un largo camino.

Pulso el botón del interfono con firmeza, como si no estuviera para historias. Finalmente responde una vocecita.

—¿Sí? —No es la de Peggy y tampoco la de L'il, por lo que deduzco que es mi sustituta.

—¿Está L'il? —pregunto.

—¿Por qué?

—Soy Carrie Bradshaw —digo elevando el tono.

L'il, al parecer, está en casa, porque suena el timbre del interfono, y la cerradura chasquea.

Una vez arriba, la puerta del apartamento de Peggy se abre apenas una rendija, lo justo para que alguien pueda mirar sin retirar la cadena.

—¿Está L'il? —inquiero a la rendija.

—¿Por qué? —vuelve a preguntar la vocecita. Puede que solo conozca esa palabra.

—Soy una amiga.

—Ah.

—¿Puedo entrar?

—Supongo que sí —dice, nerviosa, la voz.

La puerta se abre lo justo para dejarme pasar.

Al otro lado, hay una joven poco agraciada, con un pelo desafortunado y vestigios de un acné adolescente.

—No podemos recibir visitas —susurra atemorizada.

—Lo sé —digo despreocupadamente—. He vivido aquí.

—¿En serio? —Los ojos de la chica son grandes como dos huevos.

Paso por su lado.

—No puedes dejar que Peggy controle tu vida. —Abro la puerta de los cuartitos—. ¿L'il?

—¿Qué haces? —gimotea, pisándome los talones—. L'il no está.

—Entonces le dejaré una nota. —Abro la puerta del dormitorio de L'il y me detengo en seco.

Está vacío. El catre no tiene sábanas. Tampoco está la fotografía de Sylvia Plath que L'il tenía sobre su mesa, ni la máquina de escribir, ni los folios, ni el resto de sus cosas.

—¿Se ha mudado? —pregunto, perpleja. ¿Por qué no me lo ha dicho?

La chica sale de la habitación y se sienta en su cama con los labios apretados.

—Ha vuelto a su casa.

—¿Qué? —No puede ser verdad.

Asiente con la cabeza.

—Se marchó el domingo. Su padre vino a buscarla en coche.

—¿Por qué?

—¿Cómo quieres que lo sepa? Aunque Peggy estaba muy enfadada; L'il no se lo dijo hasta esa misma mañana.

Alarmada, eleva la voz.

—¿Piensa volver?

La chica se encoge de hombros.

—¿Dejó una dirección o algo?

—No. Solo dijo que tenía que irse a su casa.

—Está bien, gracias —digo, consciente de que no voy a poder sacarle nada más.

Salgo del apartamento y me pongo a andar a ciegas, tratando de dilucidar el motivo de la partida de L'il. Me esfuerzo por recordar todo lo que me ha contado de ella y de su lugar de origen. Su verdadero nombre es Elizabeth Reynolds Waters. Ya es un comienzo. Pero ¿dónde vive exactamente? Solo sé que es de Carolina del Norte y que ella y Capote se conocían de antes, porque L'il dijo en una ocasión «Todos los del sur nos conocemos». Si L'il se marchó el domingo, probablemente ya haya llegado a casa aunque viajara en coche.

Aguzo la mirada, decidida a dar con ella.

Sin saber muy bien adónde me dirijo, caigo en la cuenta de que me hallo en la calle de Capote. Reconozco su edificio al instante. Su apartamento está en la segunda planta, y las cortinas amarillas de anciana se ven claramente a través del cristal de la ventana.

Titubeo. Si llamo al timbre y está en casa, seguro que piensa que he venido a por más. Puede que hasta piense que su beso fue tan maravilloso que me he enamorado perdidamente de él. O puede que se moleste, porque sospeche que he venido a echarle la bronca por su indigno comportamiento.

¿Qué diantre? No voy a pasarme la vida preocupándome por lo que el idiota de Capote pueda pensar. Pulso el botón con fuerza.

Tras unos segundos, la ventana se abre, y Capote saca la cabeza.

—¿Quién es?

—Soy yo. —Agito una mano.

—Ah, Carrie. —No parece muy contento de verme—. ¿Qué quieres?

Abro los brazos con exasperación.

—¿Puedo subir?

—Solo tengo un minuto.

—Yo también tengo solo un minuto. —Jesús, menudo capullo.

Desaparece unos instantes y reaparece agitando un juego de llaves.

—El interfono no funciona —dice al tiempo que me arroja el llavero.

Probablemente lo haya agotado con todas sus visitas femeninas, pienso mientras subo.

Me espera en la entrada vestido con una camisa blanca con chorreras y un pantalón de esmoquin y manipulando torpemente una reluciente pajarita negra.

—¿Adónde vas? —le pregunto con una risita.

—¿A ti qué te parece? —Se hace a un lado para dejarme pasar. Si conserva algún recuerdo de nuestro beso, lo disimula muy bien.

—No esperaba verte vestido de etiqueta. Nunca imaginé que fueras de esos.

—¿Por qué? —pregunta algo ofendido.

—La punta derecha pasa por debajo de la izquierda —digo señalando la pajarita—. ¿Por qué no utilizas las de clip?

Previsiblemente, mi pregunta le irrita.

—No es lo apropiado. Un caballero nunca utiliza pajaritas de clip.

—Ya. —Deslizo insolentemente un dedo por la pila de libros que descansa sobre la mesita del café y me instalo cómodamente en el mullido sofá—. ¿Adónde vas?

—A una gala. —Observa mis acciones con expresión ceñuda.

—¿De qué? —Cojo un libro y me pongo a hojearlo.

—Por Etiopía. Es una causa muy importante.

—Qué bueno eres.

—No tienen comida, Carrie. Se mueren de hambre.

—Y tú asistes a una elegante cena por la gente que se muere de hambre. ¿Por qué, en lugar de eso, no les envías la comida?

Suficiente. Capote tira de los extremos de la pajarita y casi se estrangula con ella.

—¿Para qué has venido?

Me reclino sobre los cojines.

—¿Cómo se llama la ciudad donde vive L'il?

—¿Por qué?

Pongo los ojos en blanco y suspiro.

—Necesito saberlo. Quiero ponerme en contacto con ella. Se ha marchado de Nueva York, por si no lo sabías.

—Resulta que sí lo sé. Y tú también lo habrías sabido si te hubieras molestado en ir hoy a clase.

Ávida de información, me enderezo.

—¿Qué ha pasado?

—Viktor ha anunciado que L'il se había ido. Para dedicarse a otros intereses.

—¿No te parece extraño?

—¿Por qué?

—Porque el único interés de L'il es escribir. Jamás renunciaría a un curso de escritura.

—Puede que tenga problemas familiares.

—¿No sientes curiosidad?

—Oye, Carrie —espetá—, lo único que me preocupa ahora es no llegar tarde. Tengo que recoger a Rainbow...

—Solo quiero el nombre de la ciudad —insisto.

—No estoy seguro. Es o Montgomery o Macon.

—Creía que os conocíais —digo acusadoramente, aunque sospecho que mi desdén tiene que ver en realidad con Rainbow. Está visto que, efectivamente, salen juntos. Sé que no debería importarme, pero me importa.

Me levanto.

—Pásalo bien en la gala —añado con una sonrisa displicente.

De repente odio Nueva York. No, borra eso. No odio Nueva York. Odio a algunas personas de Nueva York.

En la guía de Montgomery County aparecen tres Waters, y en la de Macon, uno. Empiezo por Macon y me sale la tía de L'il al tercer tono. Es todo amabilidad y me da el número de L'il.

L'il se queda de piedra al oír mi voz y sospecho que no se alegra demasiado, aunque su falta de entusiasmo podría deberse a la vergüenza de haberse ido de Nueva York de ese modo.

—He pasado por tu casa —digo con voz preocupada—. La chica que ahora vive allí me ha dicho que habías vuelto a casa.

—Tuve que marcharme.

—¿Por qué? ¿Por Peggy? Podrías haberte venido conmigo. —No responde—. ¿No estarás enferma? —aúllo asustada.

Suspira.

—No en el sentido convencional.

—¿En qué sentido entonces?

—No quiero hablar de ello —susurra.

—Pero, L'il —insisto—, ¿y la escritura? No puedes dejar Nueva York así como así.

Un silencio. Luego replica fríamente:

—Nueva York no es para mí.

Oigo un sollozo ahogado, como si hubiera tapado el auricular con la mano.

—Tengo que dejarte, Carrie.

Y en ese momento ato cabos. No sé cómo no lo he visto antes, teniéndolo como lo tenía delante de las narices. Sencillamente, no podía imaginar que alguien pudiera sentir atracción por él.

Siento náuseas.

—Es por Viktor.

—¡No! —grita.

—Es por Viktor. ¿Por qué no me lo contaste? ¿Qué ha ocurrido? ¿Os estabais viendo?

—Me ha roto el corazón.

Me quedo helada. Todavía no puedo creer que L'il haya tenido una aventura con Viktor Greene y su ridículo bigote. ¿Cómo es posible que alguien pueda besar a ese tipo, con ese tupido Waldo de por medio? ¿Y que encima le rompa el corazón?

—Oh, L'il, qué horror. Viktor no puede obligarte a abandonar el curso. No eres la primera mujer que se lía con su profesor, y nunca sale bien. Pero a veces lo mejor es hacer como si no hubiera ocurrido —añado apresuradamente pensando en Capote y

en cómo nos comportamos, como si nunca nos hubiéramos besado.

—No es solo eso, Carrie —dice con un tono que no presagia nada bueno.

—Por supuesto que no. Seguro que creías que estabas enamorada de él. Pero no vale la pena, L'il. Viktor no es más que un pringado que tuvo la inmensa suerte de ganar un premio literario —digo—. Y dentro de seis meses, cuando hayas publicado más poemas en *The New Yorker* y ganado tus propios premios, ni te acordarás de él.

—Por desgracia, sí me acordaré.

—¿Por qué? —pregunto, desconcertada.

—Estoy embarazada.

Me quedo muda.

—¿Sigues ahí? —pregunta.

—¿De Viktor? —Me tiembla la voz.

—¿De quién si no? —susurra.

—Oh, L'il —me derrumbo—. Lo siento mucho.

—Aborté —dice bruscamente.

—Oh. —Titubeo—. Seguro que ha sido lo mejor.

—Eso nunca lo sabré, ¿no te parece?

—Esas cosas ocurren —prosigo en un intento de calmarla.

—Él me obligó a abortar.

Cierro los ojos con fuerza, consciente de su sufrimiento.

—Ni siquiera me preguntó si quería tener el bebé. No lo hablamos. Simplemente dio por hecho que... —Se le quiebra la voz.

—L'il... —susurro.

—Sé lo que estás pensando, que solo tengo diecinueve años y no debería tener un hijo. Y probablemente no lo... hubiera tenido. Pero ni siquiera pude elegir.

—¿En serio te obligó a abortar?

—Prácticamente. Pidió hora en la clínica, me acompañó, pagó y aguardó en la sala de espera mientras me intervenían.

—Dios mío, L'il. ¿Por qué no saliste corriendo?

—Me faltó valor. Sabía que estaba haciendo lo más conveniente, pero...

—¿Te dolió? —pregunto.

—No. Eso fue lo más extraño de todo, que no me dolió, y después me encontraba bien, parecía la de siempre. Sentía un gran alivio. Más tarde, no obstante, empecé a pensar en lo ocurrido y comprendí lo horrible que había sido todo. No el aborto en sí, sino la forma en que Viktor se había comportado, como si no hubiera otro camino. Me di cuenta de que era imposible que me quisiera. ¿Cómo puede quererte un hombre si ni siquiera es capaz de plantearse tener un hijo contigo?

—No lo sé, L'il...

—No hay vuelta de hoja, Carrie —dice, elevando el tono—. Ni siquiera puedo

fingir, y aunque pudiera siempre tendríamos ese peso entre nosotros. Saber que estaba embarazada de su hijo y que él no quiso tenerlo.

Me estremezco.

—Puede que dentro de un tiempo... podáis volver —digo con cautela.

—Oh, Carrie... —Suspira—. ¿Es que no lo entiendes? No puedo volver con él. Ni siquiera quiero conocer a gente como Viktor Greene. Ojalá no hubiera ido nunca a Nueva York. —Y con un desconsolado sollozo, cuelga.

Retuerzo el cordón del teléfono con desesperación. ¿Por qué L'il? No es la clase de chica a la que imaginaría ocurriéndole algo así. Pero, por otro lado, ¿quién es L'il? Sus acciones poseen una contundencia que asusta.

Apoyo la cabeza en las manos. Puede que L'il tenga razón en lo referente a Nueva York. Vino aquí para ganar, y la ciudad la ha derrotado. El pánico se adueña de mí. Si ha podido pasarle a ella, podría pasarle a cualquiera. Incluida yo.

Estoy en mi silla, golpeteando irritada el suelo con el pie.

Ryan se encuentra delante de la clase, leyendo su relato. Es bueno. Muy bueno. Habla de una de sus locas noches en una discoteca, donde una chica con la cabeza afeitada intentó llevárselo a la cama. Es tan bueno que me gustaría haberlo escrito yo. Por desgracia, no puedo prestarle toda mi atención. Todavía estoy dando vueltas a mi conversación con L'il y a la perfidia de Viktor Greene.

Aunque «perfidia» no es una palabra lo bastante fuerte. ¿Crueldad? ¿Insidia?

A veces no existen palabras para describir la traición de un hombre en una relación.

¿Qué demonios les pasa a los hombres? ¿Por qué no pueden parecerse a las mujeres? Algún día escribiré un libro titulado *Un mundo sin hombres*. No habrá ningún Viktor Greene. Y tampoco ningún Capote Duncan.

Intento concentrarme en Ryan, pero la ausencia de L'il llena la sala. Miro constantemente por encima de mi hombro, pensando que voy a verla, pero solo encuentro una mesa vacía. Viktor se ha instalado en el fondo del aula, de modo que no puedo estudiarle sin darme la vuelta descaradamente. Sí he llevado a cabo, no obstante, un pequeño reconocimiento antes de clase.

He llegado a la escuela con veinte minutos de antelación y he ido directa al despacho de Viktor Greene. Lo he encontrado junto a la ventana, regando una de esas estúpidas plantas colgantes que hacen furor en Nueva York, con la idea que proporcionan oxígeno complementario en esta ciudad privada de nutrientes.

—¿Sí? —ha dicho dándose la vuelta.

Si tenía previsto decirle algo, se ha quedado atascado en mi garganta. He abierto la boca y me he limitado a sonreír estúpidamente.

El bigote de Viktor había desaparecido. Waldo había sido completamente erradicado, como, no he podido evitar pensar, su hijo nonato.

He aguardado a ver qué harían sus manos ahora que Waldo no estaba.

Como era de esperar, han viajado directamente al labio superior para palpar la piel con pavor, como alguien que ha perdido una extremidad y no se percata de ello hasta que intenta utilizarla.

—Hum —masculla.

—Me estaba preguntando si ha leído ya mi obra de teatro —digo después de reponerme del susto.

—¿Eh? —Tras llegar a la conclusión de que Waldo, efectivamente, ya no estaba, las manos le han caído lánguidamente a ambos lados.

—Se la entregué, ya terminada, ayer —he dicho, disfrutando de su disgusto—, ¿recuerda?

—Todavía no he podido leerla.

—¿Cuándo cree que podrá? Hay un hombre interesado en hacer una lectura...

—Este fin de semana, supongo. —Ha asentido brevemente con la cabeza.

—Gracias. —Me he alejado por el pasillo convencida de que Viktor sabía que andaba tras él, sabía que yo sabía lo que había hecho.

La risa de Capote me devuelve al presente. Es como el arañazo de unas uñas sobre una pizarra, por todas las razones equivocadas. La verdad es que me gusta su risa. Es una de esas risas que te hacen querer decir algo divertido para poder oírla de nuevo.

El relato de Ryan es, al parecer, muy divertido. Afortunado él. Ryan es uno de esos tipos que siempre conseguirá que su talento eclipse sus defectos.

Viktor avanza sin prisa hasta el frente del aula. Contemplo los trozos de piel desnuda alrededor de su boca y me recorre un escalofrío.

Flores. Necesito flores para Samantha. Y papel higiénico. Y puede que una pancarta. «Bienvenida a casa». Me paseo por la zona de las flores de la Séptima Avenida sorteando charcos de agua sobre los que flotan pétalos ociosos. Recuerdo haber leído en algún lado acerca de las damas de la alta sociedad del Upper East Side que envían cada mañana a sus ayudantes a comprar flores frescas. Por un momento me digo que me gustaría ser una de esas damas, preocupada por detalles como flores frescas, pero supone demasiado esfuerzo. ¿Enviaré Samantha a alguien a comprar flores cuando se case con Charlie? Él parece la clase de persona que esperaría algo así. Y de repente, toda la idea de las flores se me antoja tan tremendamente sosa que estoy tentada de abortar la búsqueda.

Pero Samantha sabrá apreciarlas. Regresa mañana y le harán sentir bien. ¿A quién no le gustan las flores? Pero ¿cuáles? ¿Rosas? No me parecen lo más adecuado. Entro en la tienda más pequeña, donde intento comprar un lirio. Cuesta cinco dólares.

—¿Cuánto quiere gastar? —me pregunta la dependienta.

—¿Dos dólares? ¿Tres?

—Con eso no le llega ni para el tallo. Pruebe en el deli del final de la calle.

En el deli me decido por un espantoso ramo de flores de tonos artificiales en rosa, morado y verde.

De nuevo en casa, coloco las flores en un jarrón alto y las dejo junto a la cama de

Samantha. Quizá le gusten, pero yo no puedo quitarme de encima una sensación de temor. No logro dejar de pensar en L'il y en cómo Viktor Greene le ha destrozado la vida.

No tengo nada que hacer, de modo que contemplo las sábanas negras con recelo. Últimamente pocas cosas han ocurrido en ellas, pero exceptuando el consumo de queso y galletas saladas, debería lavarlas. Aunque la lavandería automática me pone los pelos de punta. Toda clase de crímenes tienen lugar entre las lavadoras y secadoras. Atracos y robos de ropa y puñetazos por la posesión de las máquinas. Así y todo, retiro las sábanas y las meto en una funda de almohada que me cuelgo del hombro.

La lavandería tiene una iluminación tenue, pero por suerte hay poca gente. Compro un paquete de detergente de una expendedora y lo abro. Las finas partículas de jabón me hacen estornudar. Meto las sábanas en la lavadora y me siento encima para marcar mi territorio.

¿Por qué son tan deprimentes las lavanderías?

¿Es porque tienes que exhibir literalmente tu ropa sucia ante desconocidos cuando te apresuras a meterla y sacarla de la máquina con la esperanza de que nadie repare en las bragas raídas y las sábanas de poliéster? ¿O es un signo de derrota? No te ha ido lo bastante bien para poder mudarte a un edificio con lavandería en el sótano.

Wendy tenía algo de razón con respecto a Nueva York, después de todo. Independientemente de lo que creas que puedes ser, cuando te ves obligada a pararte y observar en qué punto te encuentras realmente, resulta bastante deprimente.

A veces no es posible eludir la verdad.

Dos horas más tarde, cuando subo al apartamento con la colada limpia, descubro a Miranda llorando en el rellano sobre un ejemplar del *New York Post*.

Oh, no, otra no. ¿Qué está pasando estos dos últimos días? Dejo la bolsa en el suelo.

—¿Marty?

Asiente una vez y baja el periódico, avergonzada. En el suelo, a su lado, el morro de una botella de vodka asoma por una bolsa de papel.

—No he podido evitarlo. Tenía que hacerlo —dice refiriéndose al alcohol.

—Conmigo no tienes que disculparte —respondo al tiempo que abro la puerta—. Cabrón.

—No sabía adónde ir. —Se levanta y da un valiente paso antes de que su cara se contraiga de dolor—. Dios mío, cómo duele. ¿Por qué duele tanto, Carrie?

—No lo entiendo. Pensaba que todo iba sobre ruedas —digo encendiendo un

cigarrillo mientras me dispongo a poner en marcha mi capacidad para analizar las relaciones.

—Pensaba que nos estábamos divirtiendo. —Miranda se atraganta con las lágrimas—. Era la primera vez que lo pasaba bien con un tío. Pero esta mañana, cuando nos hemos levantado, ha empezado a comportarse de forma extraña. Tenía una sonrisa desagradable en la cara mientras se afeitaba. Yo no quería ser una de esas chicas que siempre están preguntando «¿Qué te pasa?». Estaba intentando hacer las cosas bien por una vez.

—Estoy segura de ello.

Fuera suena un fuerte trueno.

Se seca la mejilla.

—Aunque no era del todo mi tipo, pensé que estaba progresando. Me dije que estaba rompiendo el patrón.

—Por lo menos lo intentaste —replico con dulzura—, sobre todo porque los tíos ni siquiera te gustan. Cuando te conocí no querías tener nada que ver con ellos, ¿recuerdas? Y era genial, porque, si lo piensas fríamente, los tíos en realidad son una gran pérdida de tiempo.

Miranda se sorbe la nariz.

—Puede que tengas razón. —Pero un segundo después otra ronda de lágrimas le empaña los ojos—. Yo antes era fuerte, pero me dejé llevar por... —Se esfuerza por encontrar las palabras—. Me traicionaron... mis propias creencias. Supongo que me creía más dura de lo que soy. Pensaba que podía reconocer a un cerdo a un kilómetro de distancia.

Un fuerte relámpago nos hace dar un respingo.

—Oh, cariño. —Suspiro—. Cuando un tío quiere llevarte a la cama te muestra su mejor cara. Por otro lado, Marty quería estar todo el tiempo contigo, por lo que debía de estar loco por ti.

—O puede que me quisiera por mi apartamento. Porque mi apartamento es más grande que el suyo, y no lo comparto con nadie. Él tiene un compañero de piso, Tyler. Decía que estaba siempre tirándose pedos y llamando «maricón» a todo el mundo.

—Lo que dices no tiene sentido. Si te quería por tu apartamento, ¿por qué iba a dejarte?

—¿Cómo voy a saberlo? —Se lleva las rodillas al pecho—. Anoche, en la cama, tendría que haberme percatado de que algo iba mal, porque fue un polvo muy... extraño. Agradable pero extraño. No paraba de acariciarme el pelo y de mirarme a los ojos con expresión triste. Y en un momento dado me dijo: «Quiero que sepas que me importas, Miranda Hobbes, me importas mucho».

—¿Te llamó por tu nombre completo? ¿Miranda Hobbes?

—En aquel momento me pareció romántico —gimotea—. Pero esta mañana,

después de ducharse, ha salido del cuarto de baño con la cuchilla y la crema de afeitar en la mano y me ha preguntado si tenía una bolsa de plástico.

—¿Qué?

—Para sus cosas.

—Buf.

Asiente, aturdida.

—Le he preguntado que por qué. Me ha dicho que se había dado cuenta de que lo nuestro nunca funcionaría y que no deberíamos perder el tiempo el uno con el otro.

Se me cae la mandíbula.

—¿Sin más?

—Ha sido tan... cínico. Tan formal. Como si estuviéramos en un tribunal y me estuviera condenando a muerte. No sabía qué hacer, así que le he dado la maldita bolsa. Y era de Saks, de esas de color rojo tan caras.

Me siento de nuevo sobre mis talones.

—Siempre puedes conseguir otra bolsa, cariño...

—Pero no puedo conseguir otro Marty —aúlla—. El problema lo tengo yo, Carrie. Ahuyento a los tíos.

—Escúchame bien: esto no tiene nada que ver contigo. El problema lo tiene él. A lo mejor temía que fueras a dejarle y decidió adelantarse.

Levanta la cabeza.

—Carrie, eché a correr por la calle detrás de él. Gritando. Cuando me vio, empezó a correr también, hasta que se metió en el metro. ¿Puedes creerlo?

—Sí. —Teniendo en cuenta lo que le ha ocurrido a L'il, ahora mismo podría creer casi cualquier cosa.

Se suena estruendosamente con un trozo de papel higiénico.

—Puede que tengas razón. A lo mejor piensa que soy demasiado buena para él. —Y justo cuando estoy empezando a creer que he conseguido convencerla, una expresión de obstinación le nubla la mirada—. Si pudiera verle, hablar con él, quizá consiga hacerle volver.

—¡No! —grito—. Ya ha huido una vez. Aunque vuelva, lo hará de nuevo. Es su patrón.

Miranda baja el papel higiénico y me mira con desconfianza.

—¿Cómo lo sabes?

—Fíate de mí.

—Quizá pueda cambiarle. —Alarga una mano hacia el teléfono, pero tiro del cordón antes de que pueda alcanzarlo.

—Miranda. —Aprieto el teléfono contra mi pecho—. Si llamas a Marty, te perderé todo el respeto.

Me fulmina con la mirada.

—Si no me pasas ese teléfono, me costará mucho seguir considerándote mi amiga.

—Qué fuerte... —digo, pasándole el teléfono a regañadientes—. Poner a un tío por delante de tu amiga.

—No estoy poniendo a Marty por delante de ti. Estoy intentado averiguar qué ha ocurrido.

—Ya sabes qué ha ocurrido.

—Me debe una explicación como es debido.

Me rindo. Descuelga y frunce el entrecejo. Aprieta el conmutador varias veces y me mira acusadoramente.

—Lo has hecho a propósito. Este teléfono no funciona.

—¿En serio? —Sorprendida, le arrebató el teléfono y pruebo yo. Nada, ni siquiera aire—. Estoy prácticamente segura de que lo he utilizado esta mañana.

—A lo mejor no has pagado la factura.

—A lo mejor Samantha no ha pagado la factura. Está en Los Ángeles.

—Chisst. —Miranda alza un dedo, y sus ojos recorren la habitación—. ¿Qué oyes?

—Nada.

—Exacto, nada. —Se levanta de un salto y se pone a probar los interruptores—. El aire acondicionado no funciona. Ni las luces.

Corremos hasta la ventana. En la Séptima Avenida hay un tremendo atasco. Se oyen bocinazos cuando varias alarmas se disparan a la vez. La gente está saliendo de sus coches, agitando los brazos y señalando los semáforos.

Sigo sus gestos con la mirada. Los semáforos que se columpian sobre la avenida están apagados.

Miro hacia arriba. De un punto próximo al río, sale humo.

—¡¿Qué está ocurriendo?! —grito.

Miranda cruza los brazos y esboza una sonrisa triunfal.

—Es un apagón —declara.

— **B**ien, a ver si lo he entendido —digo—. El revestimiento del útero migra hacia otras partes del cuerpo y, cuando te viene la regla, sangra.

—Y a veces no puedes quedarte embarazada. O si te quedas embarazada, el feto puede desarrollarse fuera del útero —explica Miranda, exhibiendo con orgullo sus conocimientos.

—¿En el estómago, por ejemplo? —pregunto horrorizada.

Asiente con la cabeza.

—O en el culo. Mi tía tenía una amiga que no podía cagar. Resulta que tenía un bebé creciendo en el intestino grueso.

—¡No! —exclamo, y enciendo otro cigarrillo. Le doy una calada con aire pensativo. La conversación se está desmadrando, pero estoy disfrutando con su morbosidad. Me digo que es un día especial, un día que está fuera de los demás días y, por tanto, exento de normas.

La ciudad entera se ha quedado sin electricidad. El metro no funciona, y en las calles reina el caos. Nuestra escalera está sumida en la oscuridad y fuera sopla un huracán, lo que significa que Samantha, Miranda y yo estamos atrapadas. Por lo menos, durante unas cuantas horas.

Samantha ha llegado inesperadamente minutos después del apagón. Se oían muchos gritos en la escalera y residentes que salían de sus apartamentos para intercambiar información. Alguien ha dicho que a la central telefónica le había caído un rayo, mientras que otro residente aseguraba que la tormenta había derribado los cables telefónicos y los aparatos de aire acondicionado habían provocado un fallo eléctrico. Sea como sea, estamos sin luz y sin teléfono. Enormes nubarrones se cernían sobre la ciudad, tiñendo el cielo de un sobrecogedor tono verde grisáceo. El viento arreciaba, y el cielo se ha cubierto de relámpagos.

—Parece Armagedón —ha declarado Miranda—. Alguien está intentando decirnos algo.

—¿Quién? —ha preguntado Samantha con su habitual sarcasmo.

Miranda se ha encogido de hombros.

—¿El Universo?

—Mi útero, el Universo —ha dicho Samantha, y así es como ha comenzado la

conversación.

Por lo visto Samantha tiene endometriosis, razón por la cual sufre menstruaciones tan dolorosas. Pero no fue hasta que llegó a Los Ángeles cuando el dolor se hizo insoportable y se puso a vomitar en medio de una sesión fotográfica. Cuando la ayudante del fotógrafo la encontró casi desmayada en el suelo del lavabo, insistieron en pedir una ambulancia. Tuvieron que hacerle un raspado y la enviaron de regreso a Nueva York para que descansara.

—Me han dejado marcada para toda la vida —gime ahora Samantha.

Se baja la cinturilla del tejano para mostrarnos dos grandes tiritas a uno y otro lado de su barriga increíblemente plana, y levanta una de ellas. Debajo hay un gran verdugón rojo con cuatro puntos.

—Mirad —nos ordena.

—Es horrible —coincide Miranda con un extraño brillo de admiración en los ojos.

Me preocupaba que Miranda y Samantha no congeniaran, pero Miranda parece haber aceptado la posición de Samantha como cabecilla. No solo parece impresionada por su sofisticación, sino que está haciendo lo posible por caerle bien, lo cual consiste en mostrarse de acuerdo con todo lo que Samantha dice.

Colocándome a mí en el papel de discrepante.

—A mí no me molestan las cicatrices. Creo que dan carácter. —Nunca he logrado entender por qué a las mujeres les disgustan tanto esas pequeñas imperfecciones.

—Carrie —me reprende Miranda al tiempo que meneaba la cabeza para mostrar su solidaridad con la aflicción de Samantha.

—Mientras Charlie no se entere... —dice esta recostándose sobre los cojines.

—¿Por qué debería importarle? —pregunto.

—No quiero que sepa que no soy perfecta, gorrioncillo. Si llama, quiero que le digas que sigo en Los Ángeles.

—Vale. —Lo encuentro raro, pero la situación en general lo es, con el apagón y todo lo demás. Hasta la calificaría de shakesperiana. Como en *Como gustéis*, donde todo el mundo adopta identidades diferentes.

—¿«Gorrioncillo»? —pregunta Miranda con tono burlón.

Le lanzo una mirada asesina mientras Samantha empieza a hablar de mi vida sexual con Bernard.

—Tienes que reconocer que es un poco raro —dice apoyando los pies en los cojines.

—Seguro que es gay —declara Miranda desde el suelo.

—No es gay. Está casado. —Me levanto y me paseo a la luz parpadeante de las velas.

—Razón de más para ponerse caliente —dice Samantha riendo.

—Ningún tío sale un mes entero con una chica sin intentar tener sexo con ella —insiste Miranda.

—Hemos tenido sexo. Simplemente no hemos practicado el coito.

—Entonces no es sexo, cielo. Eso es lo que haces en sexto grado. —Samantha.

—¿Se la has visto siquiera? —pregunta Miranda con una risita.

—Para que te enteres, sí. —La señalo con mi cigarrillo.

—No la tendrá torcida, ¿verdad? —pregunta Miranda, y ella y Samantha estallan en carcajadas.

—No. Y me estáis insultando —añado con fingida indignación.

—Velas y lencería sexy, eso es lo que necesitas —asegura Samantha.

—Nunca he entendido lo de la lencería sexy. ¿Dónde está la gracia si el tío te la va a quitar de todas formas? —objeto.

Samantha lanza una rauda mirada a Miranda.

—La gracia está en que no te la quita enseguida.

—¿Me estás diciendo que te paseas por su apartamento en ropa interior? —Yo.

—Te pones un abrigo de pieles con lencería sexy debajo.

—Yo no puedo permitirme un abrigo de pieles. —Miranda.

—Pues ponte una gabardina. ¿Es que tengo que enseñároslo todo sobre el sexo?

—Sí, por favor —digo.

—¡Sobre todo porque Carrie aún es virgen! —aúlla Miranda.

—Eso ya lo sabía, cielo. Lo supe en cuanto la vi cruzar esa puerta.

—¿Tan evidente es? —pregunto.

—Lo que no entiendo es por qué sigues siendo virgen —dice Samantha—. Yo me deshice de mi virginidad a los catorce años.

—¿Cómo? —pregunta Miranda.

—De la manera habitual. Una botella de Boone's Farm Strawberry Hill y el asiento trasero de una furgoneta.

—Yo lo hice en la cama de mis padres. Estaban en una conferencia.

—Eso es morboso —digo sirviéndome otra copa.

—Lo sé. Soy una gatita muy morbosa... —replica Miranda.

¿Hasta cuándo este apagón?

1.45

—¡Bebés! Es lo único que importa. Quién iba a decir que el mundo estaría obsesionado con los bebés —aúlla Samantha.

—Cada vez que veo un bebé os juro que me entran ganas de vomitar —asegura Miranda.

—Yo vomité una vez. —Asiento enérgicamente con la cabeza—. Solo de ver un babero apestoso.

—¿Por qué la gente no se compra un gato con una caja? —pregunta Samantha.

2.15

—Yo nunca llamaría a un tío. Nunca. —Samantha.

—¿Y si no puedes evitarlo? —Yo.

—Tienes que poder evitarlo.

—Es un problema de baja autoestima. —Miranda.

—Deberías contarle a Charlie lo de la intervención —digo, sintiendo que me tambaleo.

—¿Por qué? —pregunta Samantha.

—Porque eso es lo que hace la gente auténtica.

—No vine a Nueva York para ser auténtica.

—¿Viniste para ser falsa? —barboteo.

—Vine para ser nueva —dice.

—Yo vine aquí para ser yo misma —interviene Miranda—. No podía serlo en mi ciudad.

—Yo tampoco. —La habitación me da vueltas—. Mi madre murió —murmuro antes de perder el conocimiento.

Cuando vuelvo en mí, la luz inunda el apartamento.

Estoy tendida en el suelo, debajo de la mesita del café. Miranda está hecha un ovillo en el sofá, roncando, lo que enseguida me hace preguntarme si no será por eso por lo que Marty la ha dejado. Intento sentarme, pero la cabeza me pesa una tonelada.

—Ay —gimo, bajándola de nuevo.

Finalmente consigo rodar sobre mi estómago y arrastrarme hasta el cuarto de baño, donde me tomo dos aspirinas y las bajo con el agua embotellada que queda. Entro a trompicones en el dormitorio de Samantha y me acurruco en el suelo.

—¿Carrie? —dice, despertada por mis golpes.

—¿Ajá?

—¿Qué ocurrió anoche?

—Un apagón.

—Mierda.

—Y una endometriosis.

—Doble mierda.

—Y Charlie.

—No le llamé, ¿verdad?

—No podías. El teléfono no funciona.

—¿Seguimos sin luz?

—Hummm.

Pausa.

—¿Es cierto que tu madre murió?

—Sí.

—Lo siento.

—Yo también.

La oigo revolverse bajo las sábanas de seda negra. Da unas palmaditas al colchón.

—Hay sitio de sobra para las dos.

Trepa hasta la cama y enseguida concilio un sueño profundo.

— ¡Eh, he encontrado comida! —exclama Samantha. Coloca una caja de galletas saladas Riz sobre la cama y nos abalanzamos sobre ella.

—Creo que deberíamos ir caminando hasta el edificio de Charlie. —Ahuyento las migas de mis galletas de la sábana—. Es el que tiene el apartamento más grande. —Y llevamos horas atrapadas aquí. No sé cuánto más podré aguantar.

—No —dice Samantha con firmeza—. Prefiero morir de hambre a dejar que me vea así. Tengo el pelo sucio.

—Todo el mundo tiene el pelo sucio, Charlie inclusive —señalo.

—Oye, de lo que hablamos anoche ni una palabra a nadie, ¿de acuerdo? —dice Miranda.

—Todavía no me puedo creer que Marty solo tenga un testículo. —Cojo otra galleta—. Eso tendría que haberte dado que pensar.

—Yo creo que es una ventaja —dice Samantha—. Le hizo esmerarse más como amante.

Hurgo en la caja buscando otra galleta. Está vacía.

—Necesitamos provisiones.

—Yo no me muevo de aquí. —Samantha bosteza largamente—. Sin luz no hay trabajo. Ni Harry Mill intentando mirar por debajo de mi falda.

Suspiro y me pongo mi último uniforme médico limpio.

—¿Has decidido hacerte médico? —pregunta Samantha.

—¿Dónde has metido el estetoscopio? —se pitorrea Miranda.

—Es muy chic —digo.

—¿Desde cuándo?

—Desde ahora. —¡Bufff! Por lo visto ni mis experiencias sexuales ni la elección de mi vestimenta son apreciadas por estos parajes.

Miranda se inclina hacia Samantha y con un grito de entusiasmo pregunta:

—Bien, ¿cuál es el peor sexo que has tenido en tu vida?

Lanzo las manos al aire. Cuando salgo del apartamento las dos están desternillándose por algo que han apodado «El problema del lápiz».

Camino sin rumbo fijo por el Village y, al ver la puerta de la White Horse Tavern abierta, entro.

A la tenue luz adivino varias siluetas sentadas a la barra. Mi primera reacción es de alivio por haber encontrado un lugar abierto. La segunda es de consternación cuando me fijo bien en quiénes están sentados ahí: Capote y Ryan.

Parpadeo. No puede ser. Pero es. Capote tiene la cabeza echada hacia atrás y está carcajeándose. Ryan está apoyado en su taburete. Es evidente que llevan una curda severa.

¿Qué demonios hacen aquí? El apartamento de Capote se encuentra a solo dos manzanas, y es posible que él y Ryan quedaran atrapados en casa de Capote cuando se fue la luz. Pero me sorprende verlos aquí teniendo en cuenta la extensa colección de alcohol de Capote. Aunque, a juzgar por el aspecto de ambos, deduzco que se la han pulido.

Meneo la cabeza con desaprobación y pongo rumbo hacia el inevitable encuentro. Aunque en el fondo estoy encantada de verlos.

—¿Está ocupado este taburete? —pregunto sentándome al lado de Ryan.

—¿Eh? —Sus ojos se descruzan cuando me mira con cara de pasmo. Acto seguido, se abalanza sobre mí y me envuelve en un abrazo de oso—. ¡Carrie Bradshaw! —Mira a Capote—. Hablando de la reina de Roma. Justo en estos momentos estábamos hablando de ti.

—Ah, ¿sí?

—¿No? —pregunta Ryan, confundido.

—Creo que hace doce horas de eso —contesta Capote. Está borracho, pero no tanto como Ryan. Probablemente porque piensa que parecer bebido es «impropio de un caballero»—. Después hemos hablado de otras cosas.

—¿Hemingway? —pregunta Ryan.

—Dostoievsky —le corrige Capote.

—Nunca consigo retener esos malditos nombres rusos, ¿y tú? —me pregunta Ryan.

—Solo cuando estoy sobria —digo.

—¿Estás sobria? Oh, no. —Ryan da un paso atrás y casi aterriza en el regazo de Capote. Pega un palmetazo a la barra—. No puedes estar sobria en un apagón. No está permitido. Camarero, ¡póngale una copa a esta dama! —ordena.

—¿Qué haces tú aquí? —pregunta Capote.

—He salido en busca de víveres.

—Nosotros también. —Ryan se da una palmada en la frente—. Entonces ha ocurrido algo y nos hemos quedado atrapados aquí. Hemos intentado irnos, pero la poli ha acusado a Capote de ser un saqueador y nos vimos obligados a volver a esta

guarida.

Estalla en carcajadas y, de repente, yo también. Se diría que el encierro nos ha afectado gravemente, porque caemos el uno encima del otro aguantándonos la barriga y señalando a Capote y riendo cada vez más fuerte. Capote menea la cabeza, como si no pudiera entender cómo ha terminado con nosotros.

—En serio —digo—, necesito víveres. Mis dos amigas...

—¿Estás con mujeres? —pregunta Ryan entusiasmado—. En ese caso, nos vamos contigo.

Se aleja de la barra tambaleándose, y Capote y yo corremos tras él.

No sé muy bien cómo ha ocurrido, pero una hora después Capote, Ryan y yo estamos subiendo a trompicones las escaleras del edificio de Samantha. Ryan se aferra a la barandilla mientras Capote le anima a continuar. Los miro y suelto un suspiro. Samantha me va a matar. O no. Puede que nada importe realmente después de veinticuatro horas sin electricidad.

En cualquier caso, no regreso con las manos vacías. Además de Ryan y Capote, tengo una botella de vodka y doce cervezas que Capote ha conseguido gorrearle al camarero. Luego he dado con el sótano de una iglesia donde estaban repartiendo jarras de agua y sándwiches de jamón y queso. Luego Ryan ha decidido mear en un portal abandonado. Luego nos ha perseguido un poli en moto, gritándonos y diciéndonos que volviéramos a casa.

Esto último también ha sido muy divertido, aunque sospecho que no era esa la intención del policía.

Ya en el apartamento encontramos a Samantha inclinada sobre la mesita del café, escribiendo una lista. Miranda está a su lado, forcejeando con varias expresiones faciales, desde la consternación hasta la admiración, pasando por la repugnancia total. Finalmente vence la admiración.

—¡Suman veintidós! —exclama—. ¿Y quién es Ethan? Odio ese nombre.

—Tenía el pelo naranja. No recuerdo mucho más.

Oh, no. Parece que también ellas han echado mano de la botella de vodka.

—Ya estamos en casa —anuncio.

—¿«Estamos»? —La cabeza de Samantha se vuelve de golpe.

—He traído a mi amigo Ryan. Y a su amigo Capote.

—Bien —ronronea al tiempo que se levanta y contempla con aprobación a mis gatos descarriados—. ¿Vais a rescatarnos?

—Más bien nosotras a ellos —replico secamente.

—Bienvenidos. —Miranda les saluda con una mano desde el sofá.

La miro con desesperación, preguntándome qué he hecho. A lo mejor lo que dicen del peligro es verdad. Acentúa los sentidos. Y por lo visto hace que todo el mundo

parezca mucho más atractivo de lo que es en circunstancias normales. Probablemente tenga algo que ver con la supervivencia de las especies. Si es así, la Madre Naturaleza no podría haber elegido peor pandilla.

Me dirijo a la cocina con mi bolsa de víveres y procedo a desenvolver los sándwiches.

—Deja que te ayude —dice Capote.

—No hay nada que hacer —replico fríamente mientras corto los sándwiches en dos a fin de guardar la mitad para más tarde.

—No deberías ser tan rígida, ¿sabes? —Capote abre una lata de cerveza y la empuja hacia mí.

—No lo soy, pero alguien tiene que mantener la sensatez.

—Te preocupas demasiado. Siempre actúas como si temieras meterte en problemas.

Le miro atónita.

—¿Yo?

—Tienes esa expresión de amargura y reproche en la cara. —Abre una lata de cerveza para él.

—¿Y qué me dices de tu expresión de arrogancia y reproche?

—Yo no soy arrogante, Carrie.

—Y yo soy Marilyn Monroe.

—De todos modos, ¿qué te preocupa? ¿No tienes planeado ir a Brown en otoño?

Brown. Me paraliza. Pese al apagón y la escasez de víveres y la presencia de Capote Duncan, Brown es el último lugar en el que quiero estar. La idea de ir a la universidad de repente se me antoja banal.

—¿Por qué? —pregunto a la defensiva—. ¿Estás intentado deshacerte de mí?

Se encoge de hombros y bebe un sorbo de cerveza.

—No. Probablemente te echaría de menos.

Regresa con los demás mientras yo me quedo tiesa, con el plato de sándwiches en la mano.

19.00

Strippoquer.

21.00

Más *stripoquer.*

22.30

Llevo el sujetador de Samantha en la cabeza.

2.00

He construido tienda con sillas y manta vieja. Capote y yo debajo.

Hablando de Emma Bovary.

Hablando de la visión que tiene Capote de las mujeres.

—Yo quiero una mujer que tenga los mismos objetivos que yo. Que quiera hacer algo con su vida.

De repente me cohíbo.

Capote y yo nos tumbamos bajo la tienda. Es agradable, pero hay tensión. «¿Cómo sería hacerlo con él?», me pregunto. Aunque no debería pensarlo siquiera, no con Miranda y Samantha y Ryan ahí fuera, todavía jugando a las cartas.

Miro hacia arriba, hacia la manta.

—¿Por qué me besaste aquella noche? —susurro.

Busca mi mano y me la envuelve con sus dedos. Permanecemos así, cogidos de la mano y en silencio, lo que me parece una eternidad.

—No soy un buen novio, Carrie —dice al fin.

—Lo sé. —Me suelto—. Deberíamos intentar dormir.

Cierro los ojos sabiendo que no podré pegar ojo. No cuando hasta mi última terminación nerviosa está cargada de electricidad, como si mis electrodos estuvieran decididos a comunicarse con los de Capote a través del árido espacio que nos separa.

Lástima que no podamos utilizarlos para encender la luz.

Creo que me duermo, porque lo siguiente que noto es que nos despierta un terrible ruido, que resulta ser el teléfono.

Emerjo de la tienda al mismo tiempo que Samantha sale corriendo de la habitación con un antifaz sobre la cabeza.

—¿Qué dem...? —Ryan se sienta y se golpea la cabeza contra la mesita del café.

—¡Por favor, que alguien descuelgue ese teléfono! —aúlla Miranda.

Samantha hace el gesto frenético de rebanarnos el pescuezo.

—Si nadie contesta, lo haré yo —dice Ryan arrastrándose hacia el ofensivo aparato.

—¡No! —gritamos Samantha y yo al unísono.

Le arrebató el auricular a Ryan.

—¿Diga? —pregunto con cautela, esperando oír a Charlie.

—¿Carrie? —pregunta una voz masculina preocupada.

Es Bernard. Se acabó el apagón.

TERCERA PARTE

SALIDAS Y LLEGADAS

¡S e acerca mi cumpleaños!

Falta muy poco, y no puedo dejar de recordárselo a todo el mundo. ¡Mi cumpleaños! En menos de dos semanas tendré dieciocho.

Soy de esas personas que adoran su cumpleaños. No sé por qué, pero es así. Me encanta la fecha: 13 de agosto. De hecho, yo nací un viernes trece, de modo que, aunque significa mala suerte para los demás, para mí es buena suerte.

Y este año será un gran día. Cumpliré dieciocho, perderé mi virginidad y leerán mi obra de teatro en el espacio de Bobby. No dejo de recordar a Miranda que será un acontecimiento doble: mi estreno y mi *estreno*.

—Mi estreno por partida doble, ¿lo pillas? —digo con una risita. Miranda, comprensiblemente, está harta de mi chistecito, y cada vez que lo digo se tapa los oídos y exclama que ojalá no me hubiera conocido nunca.

Me he vuelto, además, terriblemente paranoica con mis píldoras anticonceptivas. Me paso el día mirando el interior del envase de plástico para asegurarme de que me la he tomado y no he perdido ninguna. El día que fui a la clínica consideré la posibilidad de adquirir también un diafragma, pero cuando el médico me lo mostró me dije que era demasiado complicado. No podía dejar de imaginarme haciéndole dos cortes y convirtiéndolo en una gorra para gatos. Me pregunto si alguien lo ha hecho ya.

Lógicamente, la clínica me hizo pensar en L'il. Todavía me siento culpable por lo que le ocurrió. A veces me pregunto si es porque no me ocurrió a mí, porque yo sigo en Nueva York y van a leer mi obra y tengo un novio listo y famoso que no me ha destrozado la vida... todavía. Si no fuera por Viktor Greene, L'il aún estaría aquí, paseándose por las bulliciosas calles con sus vestidos de Laura Ashley y encontrando flores en el asfalto. Entonces me pregunto si la culpa es realmente toda de Viktor. Puede que L'il tenga razón y Nueva York, simplemente, no sea para ella. Y si Viktor no la hubiera empujado a irse, tal vez lo habría hecho otra cosa.

Y eso me hace pensar en lo que Capote me dijo durante el apagón. Que no tenía de qué preocuparme porque en otoño me iría a Brown. Otro tema que me inquieta, porque cada día que pasa me apetece menos ir. Echaría de menos a todos los amigos que tengo aquí. Y yo ya sé lo que quiero hacer con mi vida. ¿Por qué no puedo,

sencillamente, continuar con ello?

Además, en Brown no podría, por ejemplo, conseguir ropa gratis.

Hace un par de días una vocecita en mi cabeza me dijo que hiciera una visita a aquella diseñadora, Jinx, a su tienda de la calle Ocho. No había nadie cuando entré, así que supuse que Jinx se encontraba en la parte de atrás sacando brillo a sus nudillos de acero. En efecto, cuando oyó el correr de perchas, salió de detrás de la cortina, me miró de arriba abajo y dijo:

—Ah, tú. De casa de Bobby.

—Sí.

—¿Has vuelto a verle?

—¿A Bobby? Voy a hacer una lectura de mi obra de teatro en su espacio — respondí con total naturalidad, como si tuviera lecturas de mis obras todos los días.

—Bobby es un tío raro —dijo torciendo la boca—. Un auténtico mamón.

—Ajá —convengo—. La verdad es que es un poco... sobón.

Eso la hace reír.

—Ja, ja, ja. Esa palabra le va muy bien. Sobón. Eso es exactamente lo que es. Sobón sin algodón.

Ignoraba de qué estaba hablando, pero reí con ella.

A la luz del día, Jinx parecía menos siniestra, más normal, me atrevería a decir. Podía ver que era de esas mujeres que se maquillaban mucho no para dar miedo, sino porque poseían un cutis malo. Y tenía el cabello muy seco debido a la henna negra. Y supuse que no provenía de un hogar demasiado agradable, que quizá tuviera un padre alcohólico y una madre chillona. Sabía, no obstante, que Jinx tenía talento, y sentí admiración por los esfuerzos que probablemente había tenido que hacer para llegar hasta aquí.

—O sea, que necesitas algo que ponerte para la lectura —dijo.

—Sí. —Lo cierto es que no me había parado a pensar en lo que iba a ponerme, pero ahora que lo mencionaba comprendí que tendría que haber sido mi máxima preocupación.

—Tengo justo lo que necesitas. —Entró en la habitación del fondo y regresó con un mono de vinilo blanco con ribetes negros en las mangas—. Tuve que hacerlo muy pequeño porque no tenía mucho dinero para la tela. Si te entra, es tuyo.

No esperaba semejante generosidad. Sobre todo cuando me vi saliendo de la tienda con los brazos llenos de ropa. Por lo visto, me hallo entre las pocas personas de Nueva York dispuestas a ponerse un mono de vinilo blanco o un vestido de plástico o un pantalón de goma rojo.

Fue como Cenicienta y el zapato de cristal.

Y en el momento justo. Estoy cansada de mi raída bata de seda azul, mi vestido de anfitriona y mis uniformes médicos. Ya lo dice Samantha: si la gente te ve siempre

con la misma ropa, empieza a pensar que eres una persona sin porvenir.

Samantha, entretanto, ha vuelto a casa de Charlie. Dice que están discutiendo sobre diseños de vajilla y licoreras de cristal y los pros y contras de una barra de marisco en el banquete. No puede creer que su vida se haya reducido a eso, pero no ceso de recordarle que en octubre la boda habrá quedado atrás y nunca tendrá que volver a preocuparse por su vida. Eso la llevó a proponerme uno de sus célebres tratos: me ayudaría con la lista de invitados para la lectura de la obra si yo la acompañaba a buscar vestido de novia.

He ahí el problema con las bodas. Son contagiosas.

De hecho, son tan contagiosas que Donna LaDonna y su madre tienen intención de venir a Nueva York para participar en el ritual. Cuando Samantha me lo comentó, caí en la cuenta de que la vida neoyorquina me había atrapado hasta tal punto que había olvidado que Donna era prima de Samantha.

La idea de volver a ver a Donna me inquietaba, aunque no tanto como haberle pasado mi obra de teatro a Bernard.

Anoche hice acopio de valor y finalmente le entregué a Bernard el manuscrito. Se lo serví, literalmente, en una bandeja de plata. Estábamos en su apartamento y encontré una bandeja de plata en la que Margie no había reparado y la rodeé con una cinta roja y se la ofrecí mientras veía la MTV. Pensando, como es lógico, que la que tendría que estar en esa bandeja era yo.

Ahora lamento habérsela dado. La idea de que Bernard lea mi obra y no le guste me tiene muerta de preocupación. Llevo toda la mañana dando vueltas por el apartamento esperando su llamada, rezando para que llame antes de que salga para reunirme con Samantha y Donna LaDonna en Kleinfeld.

No he tenido noticias de Bernard, pero mantengo una comunicación constante con Samantha. No para de telefonearme para recordarme lo de la cita.

—A las doce en punto. Si no estamos allí a las doce en punto, perderemos la sala.

—¿Quién eres? ¿Cenicienta? ¿Se convertirá tu taxi en calabaza?

—No tiene gracia, Carrie. Se trata de mi boda.

Y ahora es casi la hora de reunirme con Samantha y Bernard todavía no ha llamado para decirme si le ha gustado o no mi obra.

Toda mi vida pende de un hilo de tul.

El teléfono suena. Debe de ser Bernard. A Samantha se le tienen que haber terminado las monedas.

—¿Carrie? —Samantha prácticamente aúlla sobre el auricular—. ¿Qué haces todavía en casa? Deberías de estar camino de Kleinfeld.

—Estoy saliendo. —Fulmino el teléfono con la mirada, me pongo de prisa y corriendo mi mono nuevo y bajo las escaleras disparada.

Kleinfeld está a varios kilómetros, en Brooklyn. Hay que coger como cinco

metros, y en un cambio de tren me dejo vencer por mi paranoia y telefonéo a Bernard. No está en casa. No está en el teatro. En la siguiente estación vuelvo a probar. ¿Dónde demonios se ha metido? Cuando me bajo en Brooklyn, corro hasta la primera cabina. Dejo sonar el teléfono. Finalmente cuelgo, hecha polvo. Estoy segura de que Bernard está evitando mis llamadas. Probablemente ha leído mi obra, no le ha gustado nada y no se atreve a decírmelo.

Llego al templo del sagrado matrimonio despeinada y sudando de forma alarmante. Aunque sea blanco, el vinilo no es lo más adecuado para un húmedo día de agosto en Nueva York.

Por fuera Kleinfeld no llama la atención. Es uno de esos enormes edificios llenos de tizne y con ventanas que parecen ojos tristes e irregulares, pero por dentro es otra historia. La decoración es rosa, pomposa y sigilosa como los pétalos de una flor. Dependientas sin edad definida con sonrisas falsas y delicados modales se deslizan por la sala de espera. El grupo de Jones tiene su propia suite con vestidor, tarima y espejo de 360 grados. También dispone de jarra de agua, tetera y bandeja con galletas. Y, por suerte, teléfono.

Samantha, sin embargo, no está. En su lugar hay una mujer de mediana edad sentada muy tiesa en un sofá de terciopelo con las piernas recatadamente cruzadas a la altura de los tobillos y el cabello perfectamente peinado en forma de casco. Debe de ser Glenn, la madre de Charlie.

Sentada a su lado hay otra mujer, el polo opuesto de Glenn. De unos veinticinco años, lleva un traje de chaqueta azul marino lleno de bultos y ni una pincelada de maquillaje. No carece de atractivo, pero a juzgar por sus cabellos desarreglados y una expresión que indica que está acostumbrada a apañárselas con lo que tiene, sospecho que intenta deliberadamente dar una imagen de sencillez.

—Soy Glenn —dice la primera mujer, tendiéndome una mano larga y huesuda con un discreto reloj de platino en la muñeca.

Debe de ser zurda, porque la gente zurda siempre lleva el reloj en la muñeca derecha para que todo el mundo sepa que es zurza y, por tanto, puede que algo más interesante y especial que el resto. Señala a la joven que tiene al lado.

—Y esta es mi hija, Erica.

Erica me estrecha la mano con firmeza. Hay algo reconfortante en ella, como si fuera consciente de lo ridícula que es su madre y de lo estúpido que es todo este montaje.

—Hola —digo con un tono cálido antes de sentarme en el borde de una sillita decorativa.

Samantha me contó que Glenn se había estirado la cara, así que mientras ella se atusa el cabello y Erica come una galleta, me dedico a observarla con disimulo, buscando marcas de la operación. Glenn tiene la boca atirantada y apuntando hacia

arriba, como la sonrisa del Joker, con la diferencia de que ella no está sonriendo. La estoy mirando tan fijamente que no puede evitar una sensación extraña. Se vuelve hacia mí y, con un pequeño aleteo de la mano, dice:

—Llevas un atuendo ciertamente curioso.

—Gracias —digo—. Lo he conseguido gratis.

—No me extraña.

No sé si está siendo maleducada a propósito o si es su conducta habitual. Cojo una galleta, algo deprimida. No logro comprender por qué Samantha ha insistido en mi presencia. Dudo mucho que tenga intención de incluirme en su viaje al futuro. No puedo imaginar dónde encajaría.

Glenn agita la muñeca y mira su reloj.

—¿Dónde está Samantha? —pregunta con un suspiro irritado.

—Puede que en medio de un atasco —sugiero.

—Es de malísima educación llegar tarde a la prueba de tu vestido de novia —dice Glenn con un tono bajo y cálido calculado para atenuar la dureza del comentario.

Llaman a la puerta y me levanto de un salto para ir abrir.

—Ya está aquí —digo con alegría, esperando a Samantha, pero tropiezo con Donna LaDonna y su madre.

Ni rastro de Samantha. De todos modos, me alegra tanto no estar a solas con Glenn y su hija que me paso.

—¡Donna! —grito.

Donna va muy exagerada, con un blusón caído con hombreras y unas mallas, y su madre luce una triste imitación del traje Chanel auténtico de Glenn. ¿Qué pensará Glenn de Donna y de su madre? Es evidente que no está demasiado impresionada conmigo. De pronto, me avergüenzo un poco de Castlebury.

Donna, obviamente, no nota nada.

—Hola, Carrie —dice como si me hubiera visto ayer.

Ella y su madre se acercan a Glenn, que les estrecha delicadamente la mano y finge estar encantada de conocerlas.

Mientras Donna y su madre elogian la sala, el traje de Glenn y los futuros planes de boda, me reclino en mi silla y observo. Siempre he tenido a Donna por una de las chicas más sofisticadas de nuestro colegio, pero ahora que la veo en Nueva York, en mi terreno, me pregunto qué era lo que me fascinaba tanto de ella. Es guapa, sin duda, pero no tanto como Samantha. Y ese atuendo a lo *Flashdance* lo es todo menos elegante. Ni siquiera es una mujer interesante. Me cuenta que ella y su madre se han hecho la manicura y presume de que han estado de compras en Macy's. Jesús, hasta yo sé que solo los turistas compran en Macy's.

E inopinadamente Donna me hace su gran anuncio. También ella va a casarse. Alarga una mano para mostrarme una sortija con un brillante minúsculo.

Me inclino para admirarlo, aunque casi necesitaría una lupa.

—¿Quién es el afortunado?

Esboza una breve sonrisa, como si le sorprendiera que no haya llegado a mis oídos.

—Tommy.

—¿Tommy? ¿Tommy Brewster? —¿El Tommy Brewster que me hizo la vida imposible simplemente porque tuve la mala suerte de sentarme a su lado en las asambleas de profesores y alumnos durante cuatro años de instituto? ¿El atleta enorme y tontorrón que salía formalmente con Cynthia Viande?

Al parecer, la pregunta se refleja en mi cara, porque Donna se apresura a explicar que Cynthia ha roto con él.

—Se iba a la Universidad de Boston y no quería llevarse a Tommy con ella. En realidad, creía que podía aspirar a algo mejor —dice con una sonrisita de suficiencia.

«¿Bromeas?», me entran ganas decir.

—Tommy ingresará en la academia militar. Quiere ser piloto —presume—. Tendrá que viajar mucho y será todo más fácil si estamos casados.

—Uau. —¿Donna LaDonna prometida con Tommy Brewster? ¿Cómo ha podido ocurrir? Si hubiera tenido que hacer apuestas en el instituto, habría apostado que Donna LaDonna era la destinada a hacer grandes cosas. En ningún momento se me pasó por la cabeza que sería la primera en convertirse en ama de casa.

Tras soltarme esa información, desvía la conversación al tema de los hijos.

—Yo siempre fui una madre muy práctica —explica Glenn asintiendo con la cabeza—. Di de mamar a Charlie durante casi un año. Eso, naturalmente, implicaba que apenas podía salir de casa, pero mereció la pena cada minuto. El olor de su cabecita...

—El olor de su pañal cagado —farfulla Erica.

Le lanzo una mirada de agradecimiento. Estaba tan callada que me había olvidado de su presencia.

—Creo que esa es una de las razones de que Charlie haya salido tan bien —continúa Glenn, ignorando a su hija y dirigiendo su comentario a Donna—. Sé que dar el pecho no es muy popular, pero yo lo considero sumamente gratificante.

—También he oído que puede hacer al niño más listo —comenta Donna.

Contemplo la bandeja de galletas mientras me pregunto qué pensaría Samantha de esta conversación. ¿Sabe que Glenn planea convertirla en una máquina de hacer bebés? Se me pone la piel de gallina. ¿Y si lo que Miranda dijo de la endometriosis es verdad y no puede quedarse embarazada enseguida... o nunca? ¿Y si se queda embarazada y el niño le crece en el intestino?

Además, ¿dónde demonios está Samantha?

Dios, estoy realmente incómoda. Tengo que salir de aquí.

—¿Puedo utilizar el teléfono? —pregunto, y sin esperar confirmación descuelgo el auricular y marco el número de Bernard. Sigue desaparecido. Echando humo, cuelgo y decido que le llamaré cada treinta minutos hasta dar con él.

Cuando me vuelvo hacia la sala, advierto que la conversación ha decaído. Tanto que Donna me pregunta cómo me va el verano.

Me ha llegado el turno de alardear.

—Habrá una lectura de mi obra de teatro la semana que viene.

—Oh —dice, poco impresionada—. ¿Qué es una lectura?

—Verás: he escrito una obra de teatro, a mi profesor le ha encantado y he conocido a un tipo llamado Bobby que tiene una especie de espacio interpretativo en su apartamento y tengo un novio dramaturgo de verdad, Bernard Singer, quizá hayas oído hablar de él, con eso no estoy diciendo que yo no sea una escritora de verdad, pero... —Mi voz se va reduciendo a una dolorosa nada.

Y a todo esto, ¿dónde se ha metido Samantha?

Glenn martillea con impaciencia su reloj.

—Oh, seguro que aparece —barbotea la señora LaDonna—. Los LaDonna siempre somos impuntuales —añade con orgullo, como si fuera una virtud.

La miro y meneo la cabeza. Su comentario no es de gran ayuda.

—Creo que lo de tu obra es genial —me dice Erica, cambiando discretamente de tema.

—Yo también lo creo —convengo mientras rezo por que Samantha llegue de una vez—. Estoy muy ilusionada, porque es mi primera obra de teatro.

—Siempre le he dicho a Erica que debería ser escritora —dice Glenn lanzando una mirada de desaprobación a su hija—. Si eres escritora puedes quedarte en casa con tus hijos. Si decides tener hijos.

—Madre, por favor... —espeta Erica como si hubiera tenido que aguantar esta conversación numerosas veces.

—En lugar de eso, Erica ha elegido hacerse defensora de oficio —exclama con pesar.

—Defensora de oficio —repite la señora LaDonna, fingiendo admiración.

—¿Qué es eso? —pregunta Donna examinándose la manicura.

—Es una especie de abogada —respondo, preguntándome cómo es posible que Donna no sepa eso.

—Es una cuestión de elección, madre —declara Erica con firmeza—. Y yo elijo no ser elegida.

Glenn esboza una sonrisita tensa. Probablemente el estiramiento de cara le impide mover demasiado los músculos.

—A mí me parece muy triste.

—No tiene nada de triste —replica Erica sin alterarse—. Es liberador.

—Yo no creo en las elecciones —anuncia Glenn a toda la sala—. Yo creo en el destino. Y cuanto antes aceptes tu destino, mejor. A mí me parece que las jóvenes perdéis mucho tiempo intentando elegir y al final acabáis no teniendo nada.

Erica sonrío. Volviéndose hacia mí, explica:

—Mi madre lleva años intentando casar a Charlie. Le ha presentado a todas las debutantes del Blue Book, pero a él, como es lógico, no le ha gustado ninguna. Charlie no es tan tonto.

La señora LaDonna ahoga una exclamación, y yo miro a mi alrededor, atónita. Parece que Donna y su madre también se hayan estirado la cara. La tienen tan congelada como Glenn.

El teléfono suena y descuelgo automáticamente, preguntándome si es Bernard, que de algún modo ha averiguado que estoy en Kleinfeld.

A veces puedo ser muy burra. Es Samantha.

—¿Dónde te has metido? —susurro con impaciencia—. Están todas aquí. Glenn, Erica...

—Carrie —me interrumpe—. No puedo ir.

—¿Qué?

—Ha surgido un imprevisto, una reunión que no puedo saltarme. Si no te importa decírselo a Glenn...

La verdad es que sí me importa. De pronto estoy harta de hacerle el trabajo sucio.

—Creo que deberías decírselo tú. —Le paso el teléfono a Glenn.

Mientras Glenn habla con Samantha, una dependienta entra en la habitación con una gran sonrisa, tirando de un enorme perchero con vestidos de novia. El ambiente estalla cuando Donna y su madre corren hacia ellos y empiezan a manosearlos y acariciarlos como si fueran creaciones de azúcar.

He tenido suficiente. Me sumerjo en el perchero de vestidos de novia y salgo por el otro lado.

Las bodas son como un tren. Una vez que te subes no puedes bajarte.

Como en el metro.

El tren se ha detenido una vez más en las oscuras catacumbas entre la Cuarenta y dos y la Cuarenta y nueve. Lleva veinte minutos parado, y los nativos se están impacientando.

Incluida yo. Abro la puerta entre dos vagones, salgo a la diminuta plataforma y saco la cabeza para intentar descubrir la causa del parón. Es inútil, naturalmente. Siempre lo es. Solo diviso las paredes del túnel hasta que se pierden en la oscuridad.

El tren da un bandazo y casi me caigo. Me agarro al mango de la puerta justo a tiempo y me digo que debo tener más cuidado. Aunque es difícil tener cuidado cuando te sientes indestructible.

El corazón me aporrea el pecho, como ocurre siempre que me adelanto al futuro. Bernard ha leído mi obra.

En cuanto he escapado de Kleinfeld, he corrido hasta una cabina y finalmente he dado con él. Ha dicho que tenía un casting. He advertido, por el tono de su voz, que no quería que pasara a verle, pero he insistido tanto que al final ha cedido. Tal vez me ha notado en la voz que me hallaba en uno de esos estados de nada-conseguiré-detenerme.

Ni siquiera el metro.

El tren frena con un chirrido justo en la entrada de la estación Cincuenta y nueve. Cruzo los vagones como una flecha hasta llegar al primero, vuelvo a hacer esa cosa peligrosa y salto del tren al andén. Subo corriendo las escaleras mecánicas y llego a Sutton Place sudando como una loca dentro del vinilo blanco.

Pillo a Bernard frente a su edificio, parando un taxi. Aparezco por detrás.

—Llegas tarde —dice agitando las llaves—. Y ahora yo también.

—Te acompaño al teatro. Así podrás decirme lo mucho que te ha gustado mi obra.

—No es el mejor momento, Carrie. Tengo la mente en otra parte. —Es todo profesionalidad. Detesto cuando se pone así.

—Llevo todo el día esperando —suplico—. Me estoy volviendo loca. Tienes que decirme qué te ha parecido.

No sé por qué estoy tan alterada. Quizá sea porque vengo de Kleinfeld. Quizá sea porque Samantha no ha hecho acto de presencia. O quizá sea porque no quiero tener que casarme algún día con un hombre como Charlie y tener una suegra como Glenn. Lo que quiere decir que debo triunfar en otra cosa.

Bernard hace una mueca.

—Oh, Dios, no te ha gustado. —Noto que me empiezan a flaquearme las rodillas.

—Tranquilízate, criatura —dice, instándome a entrar en el taxi.

Me instalo a su lado como un pájaro a punto de levantar el vuelo. Juro que veo una expresión de lástima en su rostro, pero enseguida desaparece y me digo que debo de haberla imaginado.

Sonríe y me da unas palmaditas en la pierna.

—Es buena, Carrie.

—¿Buena o muy buena?

Se remueve en su asiento.

—Muy buena.

—¿Lo dices en serio? ¿No me estás tomando el pelo?

—He dicho que es muy buena, ¿no?

—Vuelve a decirlo. Por favor.

—Es muy buena. —Sonríe.

—¡Yupiii! —grito.

—Y ahora, ¿puedo irme a mi casting? —pregunta sacando el manuscrito de su cartera y tendiéndomelo.

Me doy cuenta de que le estoy estrujando el brazo como consecuencia del miedo.

—Ve, eres libre.

—Bien. —Se inclina para darme un beso fugaz, pero le cojo la cara entre las manos y le beso apasionadamente.

—Porque te haya gustado mi obra de teatro.

—Ya veo que tendrán que gustarme tus obras más a menudo —bromea cuando baja del taxi.

—Oh, te gustarán —digo desde la ventanilla.

Bernard entra en el teatro, y yo recuesto la cabeza en el asiento, presa de un gran alivio. Me pregunto por qué estaba tan nerviosa. Y de pronto lo entiendo: si a Bernard no le gustara mi obra, si no le gustara cómo escribo, ¿me seguiría gustando él a mí?

Por suerte, es una pregunta que no necesito responder.

— **Y** tuvo el valor de decirle a Samantha que soy una egocéntrica.

—Ya... —dice despacio Miranda.

—Que tengo un ego del tamaño de una pelota de baloncesto —continúo mientras me inclino hacia el espejo para seguir pintándome los labios—. Y ella entretanto va a casarse con ese deportista idiota...

—¿Por qué te molesta tanto? —me pregunta Miranda—. No estás obligada a volver a verlas.

—Lo sé, pero ¿no podrían haberse mostrado un poco impresionadas? Estoy haciendo con mi vida mucho más de lo que ellas harán jamás.

Estoy hablando, naturalmente, de Donna LaDonna y de su madre. Después de faltar a la cita en Kleinfeld, Samantha llevó a las LaDonna a Benihana como premio de consolación. Cuando le pregunté a Samantha si Donna me había mencionado, me dijo que le había comentado que me había vuelto engreída y odiosa. Lo cual me cabreó mucho.

—¿Ha encontrado Samantha vestido? —pregunta Miranda ahuecándose el pelo.

—No se presentó. Tenía una reunión importante de la que no podía zafarse. Pero esa no es la cuestión. Lo que me molesta es que esa chica, que se lo tenía tan creído en el instituto... —Me interrumpo y me pregunto si me he convertido en un monstruo—. ¿Crees que soy egocéntrica?

—Y yo qué sé, Carrie.

Lo que quiere decir que sí.

—Aunque así sea, me trae sin cuidado —insisto en un esfuerzo por justificar mi actitud—. Vale, puede que tenga un poco de ego, ¿y qué? ¿Sabes el tiempo que he tardado en conseguir tener un ego siquiera? Y todavía no estoy segura de haberlo desarrollado del todo.

—Ajá. —Miranda me mira con expresión dudosa.

—Además, todos los hombres tienen un ego enorme y nadie los llama engreídos. Y ahora que he conseguido un poquito de autoestima no tengo intención de dejarla escapar.

—Bien —dice—. No lo hagas.

Paso por su lado en dirección al dormitorio, donde deslizo las piernas por unas

medias de red y me meto por la cabeza el vestido de plástico blanco con recortes de plástico transparente. Me pongo las botas Fiorucci azules y examino mi imagen en el espejo de cuerpo entero.

—Vuelve a decirme quién es esa gente. —Miranda me está mirando con cara de preocupación.

—La agente de Bernard, Teensie Dyer, y su marido.

—¿Y crees que eso es lo que deberías llevar a los Hamptons?

—Es lo que voy a llevar a los Hamptons.

Fiel a su palabra, Bernard va a cumplir su promesa de presentarme a Teensie. De hecho, ha ido mucho más lejos y me ha invitado a la casa que Teensie y su marido tienen en los Hamptons. Solo la noche del sábado, pero ¿qué importa? ¡Son los Hamptons! Llevo todo el verano deseando ir. No solo para averiguar por qué son tan célebres, sino para poder decir «He estado en los Hamptons» a gente como Capote.

—¿De verdad te parece adecuado llevar un vestido de plástico? —insiste Miranda—. ¿Y si piensan que es una bolsa de basura?

—Querrá decir que son idiotas.

De acuerdo, soy una engreída.

Guardo en mi bolsa de carpintero un bañador, la bata china, mi nuevo pantalón de goma rojo y el vestido de anfitriona. La bolsa me trae a la memoria lo que me dijo Bernard de hacerme con un bolso de viaje, y eso me lleva a preguntarme si Bernard piensa pedirme finalmente que consumamos el acto sexual. Llevo días tomando la píldora, por lo que supongo que no hay razón para no hacerlo, pero estoy decidida a esperar al día de mi cumpleaños. Quiero que el acontecimiento sea especial y memorable, algo que recuerde el resto de mi vida.

Como es lógico, la idea de hacerlo al fin me inquieta un poco.

Miranda ha debido de notarlo, porque me mira con curiosidad.

—¿Te has acostado ya con él?

—No.

—¿Cómo puedes irte de fin de semana con él y no acostarte con él?

—Me respeta.

—No te ofendas, pero me parece muy raro. ¿Estás segura de que no es gay?

—¡Bernard no es gay! —casi grito.

Entro en la sala de estar y cojo mi obra de teatro, preguntándome si debería llevarla conmigo por si se me presenta la oportunidad de pasársela a Teensie. Pero parecería demasiado descarado. Se me ocurre una idea mejor.

—Oye —digo sosteniendo en alto el manuscrito—. Deberías leer mi obra.

—¿Yo? —pregunta Miranda sorprendida.

—¿Por qué no?

—¿No la ha leído ya Bernard? Pensaba que le había gustado. Él es el experto.

—Pero tú eres el público. Y eres inteligente. Si te gusta, significa que también les gustará a otras personas.

—Oh, Carrie. —Se pellizca el labio—. Yo no sé nada de teatro.

—¿No quieres leerla?

—Voy a escuchar tu lectura el jueves en casa de Bobby.

—Pero yo quiero que la leas primero.

—¿Por qué? —Me mira con dureza, pero finalmente transige. A lo mejor ha visto que, pese a mis bravuconadas, soy un manojo de nervios. Alarga una mano hacia el manuscrito—. Si es lo que quieres...

—Es lo que quiero —contesto con firmeza—. Puedes leerla este fin de semana y devolvérmela el lunes. Y otra cosa, cariño. Si no te gusta, ¿puedes fingir lo contrario?

Bernard se marchó a los Hamptons el viernes, de modo que cojo el Jitney yo sola.

No me importa. Me imagino el Jitney como una especie de tranvía antiguo, pero resulta ser un autobús corriente.

Resopla por una transitada autopista hasta que, en un momento dado, sale y procede a atravesar pequeños pueblos de playa. Los primeros son horterías, con bares y marisquerías y concesionarios de coches, pero luego todo se vuelve más verde y pantanoso, y tras cruzar un puente y pasar junto a una cabaña de troncos con tótems en la entrada y un letrero que reza CARTÓN DE CIGARRILLOS 2 \$, el paisaje cambia por completo. Flanquean la calle robles centenarios y cuidados setos, detrás de los cuales vislumbro enormes mansiones de madera.

El autobús zigzaguea por un pueblo de postal. Tiendas impecablemente pintadas de blanco y con toldos verdes pueblan las calles. Hay una librería, un estanco, una tienda de Lilly Pulitzer, una joyería y un viejo cine donde se detiene el autobús.

—Southampton —anuncia el conductor.

Cojo mi bolsa de carpintero y bajo.

Bernard me está esperando apoyado en el capó de un pequeño Mercedes de color bronce con sus suaves pies sumergidos en unos mocasines Gucci. Miranda tenía razón: el vestido de plástico y las botas Fiorucci que me parecían tan idóneas para la ciudad no pegan en este pintoresco pueblo. Pero a Bernard le trae sin cuidado. Me coge la bolsa y se detiene para darme un beso. Su boca me resulta maravillosamente familiar. Me encanta la forma en que noto uno de sus incisivos bajo su labio superior.

—¿Qué tal el viaje? —me pregunta mientras me acaricia el pelo.

—Genial —digo casi sin aliento, pensando en lo bien que lo vamos a pasar.

Me abre la puerta y me deslizo en el asiento del copiloto. El coche es viejo, de los años sesenta, con un lustroso volante de madera y relucientes esferas niqueladas.

—¿Es tuyo el coche? —pregunto en broma.

—De Peter.

—¿Peter?

—El marido de Teensie. —Le da al contacto, pone primera y se aleja del bordillo con un bandazo.

—Perdón —dice riendo—, estoy una pizca alterado. No te lo tomes a mal, pero Teensie ha insistido en alojarte en otro cuarto.

—¿Por qué? —frunzo el entrecejo, molesta, aunque en el fondo siento cierto alivio.

—No hacía más que preguntarme qué edad tienes. Le dije que no era asunto suyo, y eso despertó sus sospechas. Tienes más de dieciocho, ¿verdad? —me pregunta medio en broma.

Suspiro, como si la pregunta fuera ridícula.

—Ya te he dicho que estoy en segundo de carrera.

—Solo quería asegurarme, pichoncita —replica con un guiño—. Y no te dejes intimidar por Teensie. A veces es un poco insolente, pero tiene un corazón enorme.

En otras palabras, una auténtica bruja.

Dobla por un largo camino de gravilla y se detiene delante de una casa de madera. No es tan grande como la había imaginado, dadas las gigantescas residencias que he visto por el camino, pero es grande. Se trata de una casa de tamaño normal unida a una estructura que semeja un granero.

—Bonita, ¿eh? —dice Bernard contemplando la casa a través del parabrisas—. Aquí escribí mi primera obra de teatro.

—¿En serio? —pregunto mientras bajo del coche.

—Reescribí, mejor dicho. Había escrito el primer bosquejo durante el día mientras, de noche, trabajaba en una embotelladora.

—Qué romántico.

—Entonces no pensaba lo mismo, pero ahora, cuando miro atrás, sí me lo parece.

—Y un pelín cliché —añado para pincharle.

—Una noche que fui a Manhattan con mis colegas —continúa mientras abre el maletero— conocí a Teensie en una discoteca. Me contó que era agente e insistió en que le enviara mi obra. En aquel entonces ni siquiera sabía qué era un agente. Aun así, le envié el manuscrito y poco después me invitó a pasar el verano en su casa. Para que pudiera escribir sin ser molestado.

—¿Y lo conseguiste? —pregunté, procurando que no se me notara la aprensión en la voz—. ¿Que no te molestaran?

Ríe.

—Las veces que me molestaron no fueron desagradables.

Mierda. ¿Significa eso que se acostaba con Teensie? Si es así, ¿por qué no me lo ha contado? Podría haberme avisado, por lo menos. Espero no descubrir más datos

desagradables este fin de semana.

—No sé dónde estaría ahora sin Teensie. —Me rodea los hombros con su brazo.

Casi hemos llegado a la puerta de entrada cuando Teensie aparece caminando con paso presto por un sendero de piedra. Viste un conjunto de tenis blanco, y no sé su corazón, pero sus senos son enormes. Forcejean con la tela del polo como dos rocas luchando por emerger de un volcán.

—¡Ya estáis aquí! —exclama animadamente, protegiéndose los ojos del sol.

Se planta justo delante de mí y barbotea:

—Te estrecharía la mano, pero estoy sudando. Peter está dentro, pero si quieres beber algo pídeselo a Alice. —Se da la vuelta y regresa a la pista agitando los dedos.

—Parece simpática —comento en un esfuerzo por que me caiga bien—. Y tiene unas tetas enormes —añado, preguntándome si Bernard se las ha visto.

Rompe a reír.

—Son falsas.

—¿Falsas?

—De silicona.

O sea, que se las ha visto. ¿Cómo si no podría saber que son falsas?

—¿Qué más se ha operado?

—La nariz, por supuesto. Le gusta creer que se parece a Brenda en *Complicidad sexual*. Yo siempre le digo que se parece más a la señora Robinson que a la señorita Patimkin.

—¿Qué piensa su marido?

Bernard sonríe.

—Básicamente lo que ella le dice.

—Me refiero a la silicona.

—Ah. Ni idea. Se pasa la mayor parte del tiempo dando saltos.

—¿Como un conejo?

—Como el Conejo Blanco. Solo le falta el reloj de bolsillo. —Bernard abre la puerta y llama—: ¡Alice! —Como si fuera su casa.

Claro que, teniendo en cuenta su historia con Teensie, imagino que lo es.

Hemos entrado por la parte de la casa que corresponde al granero, el cual ha sido transformado en una gigantesca sala de estar repleta de sillones y butacas. En ella hay una chimenea de piedra y varias puertas que dan a pasillos ocultos. Una de las puertas se abre bruscamente, y por ella asoma un hombre menudo con el pelo algo largo y una cara afeminada que en otros tiempos debió de ser bonita. Se dirige hacia otra puerta cuando de pronto repara en nosotros y se acerca.

—¿Alguien ha visto a mi esposa? —pregunta con acento inglés.

—Está jugando al tenis —le informo.

—Ah, sí. —Se golpea la frente—. Muy observadora. Sí, sí, muy observadora.

Juego infernal. —Habla atropelladamente—. Poneos cómodos. Ya conoces el dicho, Bernard, «mi casa es tu casa», todo muy informal. Esta noche viene a cenar el presidente de Bolivia, por eso he decidido refrescar mi español.

—*Gracias* —digo.

—Oh, hablas español —exclama—. Fantástico. Le diré a Teensie que en la cena te sienta al lado del presidente. —Y antes de que pueda protestar, se marcha, y un segundo después reaparece Teensie.

—Bernard, cariño, ¿te importaría ser un caballero y subir la maleta de Cathy a su habitación?

—¿Cathy? —pregunta Bernard. Mira a su alrededor—. ¿Quién es Cathy?

Teensie contrae la cara, irritada.

—¿No me dijiste que se llamaba Cathy?

Niego con la cabeza.

—Me llamo Carrie. Carrie Bradshaw.

—Es imposible no perderse —dice con un gesto de impotencia, implicando con ello que Bernard ha tenido tal cantidad de novias que se hace un lío con los nombres.

Subimos con ella por una escalera que pertenece a la parte original de la casa y cruzamos un breve pasillo.

—El cuarto de baño está aquí —dice Teensie abriendo una puerta para mostrar un lavamanos celeste y una ducha estrecha con cristalera—. Y Carrie duerme aquí. —Abre otra puerta para mostrar un cuarto pequeño con una cama individual, una colcha de patchwork y un estante con trofeos—. El cuarto de mi hija —añade con petulancia—. Está justo encima de la cocina, pero a Chinita le gusta porque goza de privacidad.

—¿Dónde está su hija? —Me pregunto si Teensie ha decidido echar a su hija de su propia habitación por el bien del decoro.

—En un campamento de tenis. El año que viene terminará el instituto y esperamos que se matricule en Harvard. Estamos muy orgullosos de ella.

O sea, que esa Chinita tiene prácticamente mi edad.

—¿En qué universidad estudias? —me pregunta.

—En Brown. —Miro a Bernard de soslayo—. Estoy en segundo año.

—Qué interesante —responde Teensie con un tono que me hace preguntarme si se ha percatado de que miento—. Debería decirle a Chinita que te llame. Seguro que le encantará que le hables de Brown. Es su segunda opción.

Paso por alto el insulto y se la devuelvo.

—Será un placer, señora Dyer.

—Llámame Teensie —dice, algo rabiosa. Se vuelve hacia Bernard y, decidida a no dejar que le gane la batalla, añade—: ¿Por qué no dejamos sola a tu amiga para que deshaga su equipaje?

Un rato después, estoy sentada en el borde de la cama, preguntándome dónde está el teléfono y si debería llamar a Samantha para pedirle consejo sobre cómo tratar a Teensie, cuando recuerdo a Teensie tirada en el suelo de casa de los Jessen y sonrío. ¿Qué importa que me deteste? ¡Estoy en los Hamptons! Me levanto de un salto, cuelgo mi ropa y me pongo el bikini. El aire de la habitación está un poco cargado, de modo que abro la ventana y contemplo las vistas. El radiante césped termina en un cuidado seto detrás del cual se extienden kilómetros de campos rebosantes de plantas de follaje corto. Patatas, me ha explicado Bernard en el coche. Inhalo un aire dulce y húmedo, lo que significa que el mar no puede estar lejos.

Por encima del tenue sonido del oleaje, me llegan unas voces. Saco la cabeza por la ventana y descubro a Teensie y a otra mujer sentadas a una mesa de metal en un pequeño patio, dando sorbos a lo que parecen Bloody Marys. Puedo oír su conversación con la misma claridad que si estuviera sentada con ellas.

—Es prácticamente de la edad de Chinita —exclama Teensie—. Es vergonzoso.

—¿Cuántos años tiene?

—Quién sabe. Parece recién salida del instituto.

—Pobre Bernard —dice la otra mujer.

—Es de patético manual —añade Teensie.

—Bueno, después de aquel terrible verano con Margie... Por cierto, ¿no se casaron aquí?

—Sí —suspira Teensie—. Esperaba que tuviera el juicio suficiente para no traer a esa mocosa...

Ahogo una exclamación y, llevada por el malsano deseo de no perderme ni una palabra, cierro raudamente la boca.

—Es psicológico —opina la otra mujer—. Quiere asegurarse de que no vuelvan a hacerle daño, de modo que elige a una chica joven e ingenua que le adora y nunca le dejará. Él controla la relación. No como con Margie.

—Pero ¿cuánto puede durar una relación así? —gime Teensie—. ¿Qué pueden tener en común? ¿De qué hablan?

—A lo mejor no hablan —señala la otra mujer.

—¿Es que esa chica no tiene padres? ¿Qué clase de padres dejan que su hija salga con un hombre que le lleva por lo menos diez años, puede que quince?

—Son los ochenta —suspira conciliadoramente la otra mujer—. Ahora las chicas son diferentes. Mucho más atrevidas.

Teensie se levanta para entrar en la cocina. Saco prácticamente el cuerpo por la ventana, esperando oír el resto de la conversación, pero no lo consigo.

Temblando de vergüenza, me dejo caer en la cama. Si lo que dicen es cierto, eso significa que no soy más que un títere en la obra de Bernard. La obra que está representando en su vida real para ayudarse a olvidar a Margie.

Margie. Su nombre me pone los pelos de punta.

¿Cómo he podido creer que podía competir con ella por el afecto de Bernard? Está visto que no puedo. Por lo menos, según Teensie.

Enfurecida, estampo la almohada contra la pared. ¿Por qué he venido? ¿Por qué me ha metido Bernard en esto? Probablemente Teensie tenga razón. Bernard me está utilizando. Puede que él no sea consciente de ello, pero para el resto de la gente es más que evidente.

Solo hay una cosa que puedo hacer para conservar la dignidad. Marcharme. Le pediré a Bernard que me acompañe a la parada de autobús. Le diré adiós y no volveré a verle. Y luego, cuando haya tenido mi lectura y triunfo, se dará cuenta del error que ha cometido.

Estoy devolviendo mi ropa a la bolsa de carpintero cuando oigo su voz.

—¿Teensie? —llama.

Me asomo a la ventana. Está cruzando el césped con cara de preocupación y algo molesto.

—¿Teensie? —llama de nuevo, y Teensie aparece en el patio.

—¿Sí, querido?

—¿Has visto a Carrie? —pregunta.

Detecto en Teensie un ligero gesto de decepción.

—No.

—¿Dónde se ha metido? —Bernard mira en derredor.

Teensie lanza las manos al aire.

—No soy su niñera.

Entran en la casa, y me muerdo triunfalmente el labio. Teensie se equivoca. Sí le importo a Bernard. Ella lo sabe y se muere de celos.

«Pobre Bernard», pienso. Es mi deber salvarle de las Teensie de este mundo.

Cojo rápidamente un libro y me tumbo en la cama. Cómo no, un minuto después Bernard llama a mi puerta.

—¡Adelante!

—¿Carrie? —Abre—. ¿Qué haces? Hace rato que te espero en la piscina. Vamos a comer.

Cierro el libro y sonrío.

—Lo siento. No lo sabía.

—Boba. —Se acerca a mí y me besa en la coronilla. Se tumba a mi lado—. Me encanta tu biquini —murmura.

Retozamos frenéticamente hasta que Teensie grita nuestros nombres. Estallo en carcajadas y Bernard se contagia. Y es entonces cuando decido faltar a mi norma. Tendré a Bernard esta noche. Me colaré en su habitación y finalmente lo haremos. Justo delante de las narices de Teensie.

En la cena, Peter, el marido de Teensie, cumple su amenaza y me sienta al lado del presidente de Bolivia. Es un matón con la cara picada de viruela y un porte pesado y arrogante que me asusta un poco. No sé nada de Bolivia ni de su política, pero estoy decidida a no meter la pata. Tengo la sensación de que si lo hago podría eliminarme.

Por suerte, el presidente, como le llama Peter, no tiene el más mínimo interés en mí. Apenas hemos desplegado nuestras respectivas servilletas sobre el regazo cuando me mira de arriba abajo, decide que soy intrascendente y se vuelve hacia la mujer que tiene a su izquierda. Teensie, que se halla en la otra punta de la mesa, ha colocado a Bernard a su derecha. Estoy demasiado lejos para poder oír su conversación, pero ella, que está riendo y gesticulando, mantiene a su pequeño grupo bien entretenido. Desde que han empezado a llegar los primeros invitados, Teensie parece otra mujer. No queda nada de la sutil y calculada maldad que ha mostrado esta tarde.

Decidida a que no se me note que estoy cada vez más aburrida, me llevo un trozo de pescado a la boca. Lo único que me mantiene animada es saber que Bernard y yo podremos estar juntos más tarde.

Para pasar el rato, me pregunto si Peter, el marido de Teensie, sabe lo de su mujer con Bernard. Bebo un sorbo de vino y suspiro quedamente. Pincho otro trozo de pescado y contemplo el tenedor preguntándome si merece la pena arriesgarme a dar otro bocado. El pescado está seco e insípido, como si alguien hubiera decidido que la comida ha de ser un castigo y no un placer.

—¿No te gusta el pescado? —suenan la voz de Peter a mi izquierda.

—La verdad es que no. —Agradeciendo que alguien me dirija la palabra, sonrío.

—Tremendo, ¿eh? —Arrastra su propio pescado hasta el borde del plato—. Es por esa moderna dieta que mi esposa está haciendo. Ni mantequilla, ni sal, ni pellejo, ni grasa, ni especias. Forma parte del insensato intento de vivir eternamente.

Me río.

—No estoy segura de que vivir eternamente sea una buena idea.

—¿No estás segura? —dice Peter—. Es una idea atroz. Pero dime, ¿cómo has acabado mezclada con esta pandilla?

—Conocí a Bernard y...

—Me refiero a qué haces en Nueva York.

—Ah. Soy escritora —respondo sin más. Me enderezo y añado—: Estoy estudiando en The New School, pero tendré una lectura de mi primera obra de teatro la semana que viene.

—Buen trabajo. —Parece impresionado—. ¿Has hablado con mi esposa?

Bajo la vista hacia mi plato.

—No creo que tu esposa esté interesada en mí o en mi escritura. —Miro a Teensie. Ha estado bebiendo vino tinto, y sus labios exhiben un repugnante tono morado—. Además, no necesito la aprobación de tu mujer para triunfar.

Ese es mi ego emergiendo a la superficie.

—Eres una joven muy segura de ti misma —señala Peter. Luego, como si quisiera dejar claro que he ido demasiado lejos, me obsequia con una de esas sonrisas abrumadoramente corteses que podrían poner en su sitio a la mismísima reina de Inglaterra.

Estoy muerta de vergüenza. ¿Por qué no he podido mantener el pico cerrado? Peter solo estaba intentando ser amable, y yo voy e insulto a su esposa. Además de cometer el supuesto pecado de la arrogancia. Es aceptable en un hombre, pero no en una mujer. O por lo menos, no en este ambiente.

Le doy unos golpecitos en el brazo.

—¿Sí? —Peter se da la vuelta. No hay severidad en su tono, solo un desinterés demoledor.

Me dispongo a preguntarle si me juzgaría tan severamente si fuera un hombre cuando la expresión de su cara me frena en seco.

—¿Podrías pasarme la sal? —pregunto, y, en un susurro, añado—: Por favor.

Consigo sobrevivir el resto de la cena fingiendo interés por una larga historia sobre el golf en Escocia con la que Peter agasaja a nuestro extremo de la mesa. Una vez retirados los platos, confío en que Bernard y yo podamos escapar, pero en lugar de eso somos conducidos a la terraza para los postres y el café. A esto sigue una partida de ajedrez en el salón. Bernard juega con Peter mientras yo, sentada en el borde de la silla de Bernard, me hago la tonta. Lo cierto es que cualquier persona a la que se le den medianamente bien las matemáticas puede jugar al ajedrez, y después de soportar varios movimientos atroces por parte de Bernard, empiezo a darle discretos consejos. Bernard comienza a ganar, y un pequeño grupo se congrega a nuestro alrededor para presenciar el espectáculo.

Bernard me atribuye todo el mérito y por fin puedo ver mi estima elevarse ligeramente ante los ojos de todos. Puede que sea una buena contendiente, después de todo.

—¿Dónde aprendiste a jugar al ajedrez? —me pregunta mientras prepara otra

ronda de bebidas sobre un carrito de mimbre que hay en un rincón.

—He jugado al ajedrez toda mi vida. Mi padre me enseñó.

Bernard me mira desconcertado.

—Me acabas de hacer ver que no sé nada de ti.

—Eso es porque te has olvidado de preguntar —replico juguetonamente, recuperando mi equilibrio. Miro a mi alrededor—. ¿No piensan irse nunca a la cama?

—¿Estás cansada?

—Estaba pensando...

—Ya habrá tiempo de sobra para eso más tarde. —Me roza la coronilla con los labios.

—Eh, tortolitos —dice Teensie desde el sofá—. Venid y uníos a la conversación.

Suspiro. Aunque Bernard quiera poner fin a la velada, Teensie está decidida a mantenernos aquí abajo.

Soporto otra hora de discusión política. Finalmente los ojos de Peter se cierran y, cuando se duerme en la butaca, Teensie murmura que quizá deberíamos acostarnos todos.

Lanzo una mirada cómplice a Bernard y salgo disparada a mi cuarto. Ahora que ha llegado el momento, estoy muerta de miedo. Me tiembla todo. ¿Cómo será? ¿Gritaré? ¿Y si sangro?

Me pongo mi negligé y me cepillo el pelo cien veces. Cuando ha transcurrido media hora y la casa está en silencio, salgo, cruzo el salón con sigilo y subo por la escalera que conduce a la habitación de Bernard. Está al final de un largo pasillo, convenientemente situada junto a la de Teensie y Peter, pero, como todas las habitaciones de la nueva ala, tiene cuarto de baño *en suite*.

En suite. Caray, la de cosas que he aprendido este fin de semana. Se me escapa una risita mientras giro el pomo de la puerta de Bernard.

Está en la cama, leyendo. Bajo la tenue luz de la lámpara parece elegante y misterioso, como sacado de una novela victoriana. Se lleva un dedo a los labios al tiempo que levanta la sábana. Caigo silenciosamente en sus brazos, cierro los ojos y rezo por que la cosa sea un éxito.

Apaga la luz y se reacomoda bajo la sábana.

—Buenas noches, gatita.

Me siento, atónita.

—¿Buenas noches?

Enciendo la luz.

Me coge la mano.

—¿Qué haces?

—¿Quieres dormir?

—¿Tú no?

Hago un mohín.

—Pensaba que íbamos a...

Sonríe.

—¿Aquí?

—¿Por qué no?

Apaga la luz.

—Sería de mala educación.

Vuelvo a encenderla.

—¿«De mala educación»?

—Teensie y Peter duermen en la habitación de al lado. —Vuelve a apagar la luz.

—¿Y? —digo en la oscuridad.

—No quiero que nos oigan. Podría... incomodarles.

Frunzo el entrecejo y cruzo los brazos sobre el pecho.

—¿No crees que es hora de que Teensie acepte el hecho de que te has liberado de ella y de Margie?

—Oh, Carrie... —Suelta un suspiro.

—Hablo en serio. Teensie tiene que aceptar que estás saliendo con otras mujeres.

Que estás saliendo conmigo...

—Y lo acepta —dice dulcemente—, pero no hace falta restregárselo en la cara.

—Yo creo que sí —replico.

—Vamos a dormir. Seguiremos hablando mañana.

Este es el momento justo en que debería salir indignada de la habitación. Pero me digo que por esta noche ya he dado suficientes muestras de arrogancia. Sin pronunciar otra palabra, me tumbo y reproduzco cada escena, cada conversación, mientras combato las lágrimas, dolorosamente consciente de que no he salido demasiado airosa de este fin de semana, después de todo.

— **C**ómo me alegra que hayas venido —declara Bobby cuando abre la puerta—. Es una sorpresa muy agradable. Sí, sí, una sorpresa de lo más agradable —prosigue cogiéndome del brazo.

Me cambio el bolso de lado.

—No es una sorpresa, Bobby. Te he llamado, ¿recuerdas?

—Ah, pero siempre es una sorpresa ver a una amiga, ¿no crees? Sobre todo cuando la amiga es tan atractiva.

—Ya —digo con expresión ceñuda, preguntándome qué tendrá que ver eso con mi obra de teatro.

Bernard y yo volvimos a la ciudad el domingo por la tarde en el viejo Mercedes de Teensie y Peter. Teensie conducía mientras Bernard y Peter charlaban sobre deporte y yo guardaba silencio, decidida a comportarme de manera intachable. Lo cual no me resultó difícil, dado que no tenía mucho que decir. No podía dejar de preguntarme si, en el caso de que Bernard y yo siguiéramos juntos, esa sería nuestra vida. Fines de semana con Teensie y Peter. Me dije que no sería capaz de aguantarlo. Quiero a Bernard, pero no a sus amigos.

Volví a casa de Samantha dispuesta a poner mi vida en orden, lo que incluía llamar a Bobby y quedar para hablar de la lectura. Por desgracia, no parece que Bobby se lo esté tomando tan en serio como yo.

—Deja que te enseñe el espacio —dice ahora con una insistencia irritante, sobre todo porque ya lo vi el día de su fiesta. Tengo la sensación de que ha pasado una eternidad, desagradable recordatorio de que mientras el tiempo corre podría estar agotándose mi propio tiempo.

La lectura podría ser mi última oportunidad de establecer un pilar en Nueva York, un firme asidero en la roca de Manhattan del que nadie pueda arrancarme.

—Pondremos las sillas allí —Bobby señala la zona del público—, y serviremos cócteles para que la gente se entone. ¿Qué crees que deberíamos ofrecer: vino blanco o vodka? ¿O las dos cosas?

—Oh, las dos cosas —murmuro.

—¿Traerás a actores de verdad o será solo una lectura?

—Creo que, por el momento, haré solo una lectura —contesto mientras visualizo

en mi mente las rutilantes luces de Broadway—. He pensado que yo misma leeré toda la obra. —Después de la lectura en clase con Capote, me parece más fácil no involucrar a nadie.

—Mucho mejor así; sí, señor. —Bobby asiente. Y sus asentimientos, su desmesurado entusiasmo, están empezando a irritar me—. Abriremos una botella de champán para celebrarlo.

—No son ni las doce —replico.

—No me digas que eres una nazi de los horarios —protesta al tiempo que me insta a tomar un corto pasillo que conduce a sus dependencias privadas. Le sigo recelosa, con una alarma sonando en mi cabeza—. Los artistas no pueden vivir como las demás personas, con horarios y esas cosas. Eso mata la creatividad, ¿no crees?

—Supongo que sí. —Suspiro. Estoy deseando escapar, pero Bobby me está haciendo un gran favor al organizar una lectura de mi obra en su espacio. Y con eso en mente acepto una copa de champán.

—Deja que te enseñe el resto del apartamento.

—No es necesario, Bobby, en serio —digo con frustración.

—¡Quiero hacerlo! Me he reservado la tarde para dedicártela a ti.

—¿Por qué?

—Pensé que quizá nos apetecería conocernos un poco mejor.

No puede ser que esté intentando seducirme. Esto es absurdo. Para empezar, es más bajo que yo. Y le cuelga la papada, lo que quiere decir que seguramente pasa de los cincuenta. Y es gay. ¿O no?

—Este es mi dormitorio —dice con gesto pomposo. La decoración es minimalista, y la habitación está impecable, por lo que imagino que tiene a alguien que limpia.

Se deja caer en el borde de la cama perfectamente hecha y bebe un sorbo de champán mientras da unas palmaditas al colchón.

—Bobby —dijo con firmeza—, debo irme. —Para demostrarle mi determinación dejo la copa en la repisa de la ventana.

—¡No la pongas ahí! —aúlla—. O dejará marca.

Recojo la copa.

—La devolveré a la cocina, entonces.

—No puedes irte —cloquea—. No hemos terminado de hablar de tu obra de teatro.

Pongo los ojos en blanco. Pero no quiero ofenderle en exceso. Me digo que me sentaré un ratito con él y luego me iré.

Me siento muy despacio en el borde de la cama, lo más lejos posible de él.

—En cuanto a la obra...

—Eso, la obra —me secunda—. ¿Qué te llevó a escribirla?

—Bueno, yo... —balbuceo mientras busco las palabras adecuadas, pero tardo demasiado y Bobby se impacienta.

—Pásame esa foto, ¿quieres? —Y antes de que pueda protestar, lo tengo sentado a mi lado y señalando el retrato con un dedo perfecto.

—Mi esposa. —Suelta una risita—. ¿O debería decir mi ex esposa?

—¿Has estado casado? —pregunto todo lo cortésmente que puedo, teniendo en cuenta que ahora la alarma está repicando como un campanario.

—Dos años. Se llama Annalise. Es francesa.

—Ya. —Observo detenidamente la foto. Annalise es de esas bellezas que parecen totalmente chifladas, con unos morritos ridículos y unos ojos negros abrasadores.

—Me recuerdas a ella. —Bobby posa su mano en mi pierna.

La aparto sin miramientos.

—No me parezco en nada.

—Para mí sí —murmura. Entonces, con una lentitud repugnante, frunce los labios y acerca su cara a la mía, buscando un beso.

Vuelvo raudamente el rostro y me libero de sus avariciosos dedos. Puaj. Además, ¿qué clase de hombre se hace la manicura?

—¡Bobby! —Cojo mi copa del suelo y salgo disparada del cuarto.

Me sigue hasta la cocina agitando la cola como un cachorrillo al que han regañado.

—No te vayas —suplica—. Tenemos una botella de champán casi entera. ¿No querrás que me la beba yo solo? Además, el champán no aguanta.

La cocina es diminuta, y Bobby se ha apostado en el hueco de la puerta, bloqueándome la salida.

—Tengo novio —dijo secamente.

—No tiene por qué enterarse.

Estoy a punto de largarme cuando cambia de táctica y se hace el dolido.

—Carrie, me va a ser muy difícil trabajar contigo si pienso que no te gusto.

Tiene que estar bromeando. No obstante, puede que Samantha tenga razón. Hacer tratos con hombres es un asunto peliagudo. Si le rechazo, ¿cancelará la lectura de mi obra? Trago saliva e intento esbozar una sonrisa.

—Me gustas, Bobby, pero tengo novio —repito. Me digo que insistir en ese hecho sea probablemente la mejor táctica.

—¿Quién es? —pregunta.

—Bernard Singer.

Bobby suelta una estridente carcajada.

—¿Ese? —barbotea. Se acerca e intenta cogerme la mano—. Es demasiado mayor para ti.

Sacudo la cabeza, anonadada.

Bobby aprovecha esa momentánea pausa para volver al ataque. Me rodea el cuello e intenta besarme de nuevo.

Se produce un leve forcejeo durante el cual yo intento sortearle y él intenta empujarme contra el fregadero. Por fortuna, Bobby no solo parece una bola de grasa, sino que también tiene su consistencia. Además, ahora estoy más desesperada que antes. Me encojo, me escurro por debajo de sus brazos extendidos y salgo disparada hacia la puerta.

—¡Carrie, Carrie! —grita con las manos juntas mientras me sigue por el pasillo.

Al llegar a la puerta me detengo, sin resuello. Estoy a punto de soltarle que es un cerdo y que no me ha gustado nada que me hiciera venir bajo falsas pretensiones —mientras veo mi futuro desmoronarse en mis narices— cuando reparo en su cara de angustia.

—Lo siento. —Deja caer la cabeza como un niño—. Espero...

—¿Qué? —pregunto mientras me arreglo el cabello.

—Espero que eso no signifique que me odias. Todavía podemos hacer tu lectura, ¿sí?

Le miro con toda la altivez de que soy capaz.

—¿Cómo sé que puedo confiar en ti después de esto?

—Oh, olvídalo —contesta mientras agita las manos delante de su cara, como si estuviera rodeado de una nube de moscas—. No iba en serio. Soy demasiado directo. ¿Amigos? —pregunta tímidamente, tendiéndome una mano.

Enderezo los hombros y se la estrecho. Raudo como un rayo, se lleva mi mano a los labios.

Le permito que la bese antes de recuperarla bruscamente.

—En cuanto a tu obra, deberías dejarme leerla antes del jueves. Ya que no puedo besarte, tengo que saber en qué me estoy metiendo.

—No la llevo encima. Te la traeré mañana —me apresuro a responder. La tiene Miranda, pero se la pediré más tarde.

—E invita a la lectura a tus amigas. A las guapas —añade.

Meneo la cabeza y salgo. Hay hombres que nunca se rinden.

Y mujeres. Ya en el ascensor me abanico con la mano, aliviada. Por lo menos mi lectura sigue en pie. Probablemente tenga que pasarme la noche ahuyentando a Bobby, pero no parece un precio demasiado elevado que pagar por mi inminente fama.

—¿Quién es exactamente ese capullo? —pregunta Samantha mientras rasga un bolsita rosa de Sweet’N Low y vierte los polvos químicos en su café.

—Es una especie de tratante de arte, el tipo del espacio al que fui para ver aquel desfile de moda. —Recojo los trocitos de papel rosa del centro de la mesa, los doblo cuidadosamente y los envuelvo con mi servilleta. No puedo evitarlo. Esos condenados restos de bolsas de azúcar de mentira me sacan de quicio. Sobre todo porque te los encuentras cada dos metros.

—El tío del espacio —dice pensativamente.

—Bobby. ¿Le conoces? —pregunto, pensando que Samantha conoce a todo el mundo.

Estamos en el Pick Tea Cup, el famoso restaurante del West Village. Es de color rosa, con cursis sillas de hierro forjado y manteles antiguos con dibujos de rosas. Abren veinticuatro horas pero solamente sirven desayunos, así que si calculas bien el tiempo puedes ver a Joey Ramone comiendo panqueques a las cinco de la tarde.

Samantha ha salido pronto del trabajo alegando que todavía sufre dolores por la operación. Pero no debe de dolerle mucho si ha podido salir del apartamento.

—¿Es bajo? —pregunta.

—Tuvo que ponerse de puntillas cuando intentó besarme. —El recuerdo del fallido asalto de Bobby me provoca un nuevo ataque de rabia y vierto demasiado azúcar en mi taza.

—Bobby Nevil. —Asiente—. Todo el mundo le conoce. Es tristemente famoso.

—¿Por abalanzarse sobre jovencitas?

Samantha tuerce el gesto.

—Eso no le reportaría mala reputación. —Levanta la taza y prueba el café—. Intentó atacar el *David* de Miguel Ángel.

—¿La escultura? —Vaya suerte la mía—. ¿Es un delincuente?

—Más bien un revolucionario del arte. Estaba intentando hacer una proclama artística.

—¿Queriendo decir qué? ¿Que el arte apesta?

—¿Quién apesta? —Miranda llega a la mesa con su mochila y una bolsa negra de Saks colgada del hombro. Agarra un puñado de servilletas de la caja y se seca la

frente—. Fuera estamos a treinta y dos grados. —Hace señas a la camarera y pide un vaso con hielo—. ¿Estamos hablando otra vez de sexo? —Mira acusadoramente a Samantha—. Espero no haber venido hasta aquí para tener otra conversación sobre los ejercicios Kegel. Que probé, por cierto. Me hicieron sentir como una mona.

—¿Las monas hacen los ejercicios Kegel? —pregunto con cara de asombro.
Samantha menea la cabeza.

—No tenéis remedio, ninguna de las dos.

Suspiro. Me había marchado de casa de Bobby pensando que podría superar su turbio comportamiento, pero cuanto más pensaba en él más me indignaba. ¿Cometía un error al creer que cuando finalmente tuviera mi oportunidad se debería a mis propios méritos y no a la calentura aleatoria de un viejo idiota?

—Bobby intentó tirármeme encima —informo a Miranda.

—¿Ese retaco? —No parece impresionada—. Pensaba que era gay...

—Es de esos tíos a los que nadie quiere en su equipo. Gay o hetero —dice Samantha.

—¿Es un hecho? —pregunta Miranda.

—Los llaman «los chicos de orientación sexual perdida» —digo—. Ya está bien, chicas, el asunto es serio.

—En mi colegio había un profesor del que se sabía que si te acostabas con él te ponía un sobresaliente —explica Miranda.

La fulmino con la mirada.

—No me estás ayudando.

—Vamos, Carrie, no es nada nuevo. Todos los bares donde he trabajado tienen la regla tácita de que si te acuestas con el director consigues los mejores turnos — cuenta Samantha—. Y en todas las oficinas donde he trabajado, lo mismo. Siempre hay algún tío que se te insinúa, y la mayoría están casados.

Suelto un gemido.

—¿Y tú te...?

—¿Me he acostado con ellos? ¿Tú qué crees, gorrión? —pregunta con aspereza—. No necesito acostarme con nadie para prosperar. Por otro lado, no me avergüenzo de nada de lo que he hecho. La vergüenza es una emoción inútil.

La cara de Miranda se contrae, lo que significa que está a punto de soltar algo inapropiado.

—Si eso es cierto, ¿por qué no le cuentas a Charlie lo de tu endometriosis? Si no te avergüenza, ¿por qué no puedes ser sincera con él?

Los labios de Samantha se curvan en una sonrisa condescendiente.

—Mi relación con Charlie no es asunto tuyo.

—Entonces, ¿por qué estás siempre hablando de ella? —pregunta Miranda, decidida a no bajar del burro.

Apoyo la cabeza en las manos y me pregunto por qué estamos tan exaltadas. Debe de ser el calor. Te derrite el cerebro.

—Entonces, ¿debería hacer la lectura en casa de Bobby o no? —pregunto.

—Por supuesto que sí —asegura Samantha—. No debes permitir que el estúpido pasado de Bobby te haga dudar de tu talento. Si lo permites, habrá ganado.

A Miranda no le queda más remedio que estar de acuerdo.

—¿Por qué deberías dejar que ese taponcillo determine quién eres o lo que puedes hacer?

Sé que tienen razón, pero por un momento me siento vencida. Por la vida y por la lucha interminable para sacarle provecho. ¿Por qué no pueden las cosas ser más fáciles?

—¿Has leído mi obra? —pregunto a Miranda.

Se sonroja y con una voz excesivamente aguda, dice:

—Quería, pero no he tenido un minuto libre. Te prometo que la leeré esta noche.

—Imposible —replico secamente—. Necesito que me la devuelvas. Tengo que pasársela a Bobby mañana a primera hora.

—No te piques.

—No me pico.

—La tengo aquí. —Abre su mochila y hurga dentro. Mira en su interior con extrañeza, luego coge la bolsa de Saks y vuelca el contenido sobre la mesa—. Ha debido de mezclarse con mis panfletos.

—¿Te has llevado mi obra de teatro a Saks? —pregunto incrédula mientras Miranda busca frenéticamente entre sus papeles.

—Pensaba leerla cuando la cosa se calmara. Toma —dice aliviada, sosteniendo en alto algunas páginas.

Las hojeo a toda prisa.

—¿Y el resto? Esto es solo una tercera parte.

—Tiene que estar aquí —murmura mientras la ayudo a pasar los panfletos uno a uno—. Dios mío. —Se hunde en su silla—. Carrie, lo siento. Un tío se ha puesto agresivo conmigo, ha agarrado un montón de panfletos y ha echado a correr. El resto de tu obra debía de estar mezclada con ellos...

Dejo de respirar. Tengo el terrible presentimiento de que mi vida está a punto de zozobrar.

—Seguro que tienes una copia —dice Samantha con un tono tranquilizador.

—La tiene mi profesor.

—Genial, entonces —trina Miranda, como si todo estuviera arreglado.

Cojo mi bolso.

—¡Tengo que irme! —chillo justo antes de que se me seque la boca por completo.

Maldita sea. ¡Mierda! Y demás palabrotas que me vienen a la cabeza.

Si no tengo obra de teatro, no tengo nada. Ni lectura ni vida.

Pero seguro que Viktor tiene la otra copia. Recuerdo perfectamente el día que se la di. ¿Y qué clase de profesor tiraría el trabajo de sus alumnos?

Sorteo el tráfico y casi derribo a varios transeúntes, y atravieso el Village como una flecha hasta The New School. Subo los escalones de dos en dos, resoplando, y me abalanzo sobre la puerta de Viktor.

Está cerrada con llave.

Frenética, giro sobre mis talones, bajo disparada y corro hasta casa de Samantha.

Está tumbada en la cama con un montón de revistas alrededor.

—¿Carrie? ¿A que no imaginas qué me ha dicho Miranda de Charlie? Me ha parecido una auténtica grosería viniendo de...

—Ya —digo mientras busco las páginas blancas en la cocina.

—¿Has encontrado tu obra de teatro?

—¡No! —grito al tiempo que paso las páginas.

Me palpo el corazón para tranquilizarme. Aquí está: Viktor Greene. Con una dirección en The Mews.

—¿Carrie? —pregunta Samantha cuando me dispongo a salir de nuevo—. ¿Puedes traerme algo de comer? Chino. O una pizza. Con pepperoni. Y que no se pasen con el queso. Asegúrate de que no me pongan doble ración...

¡Aaargh!

Corro hasta The Mews con todos los músculos aullando de dolor por el esfuerzo. Me recorro la calle adoquinada dos veces antes de vislumbrar la casa de Viktor, encajada detrás de un rastrillo y oculta por la hiedra. Aporroeo la puerta y, como nadie me abre, me derrumbo en el escalón.

¿Dónde demonios está? Viktor siempre anda por aquí. No tiene vida, aparte del colegio y el idilio de turno con una de sus estudiantes. El muy cabrón. Me levanto y asesto una patada a la puerta, y como sigo sin obtener respuesta miro por la ventana.

La casita-cochera está a oscuras. Inspiro hondo, convencida de que percibo un tufillo a descomposición.

No me extraña. Viktor es un cerdo.

Entonces reparo en tres días de diarios tirados junto a la puerta. ¿Y si ha salido de la ciudad? Pero ¿adónde podría ir? Miro de nuevo por la ventana, preguntándome si el tufillo se debe a que está muerto. A lo mejor ha sufrido un ataque al corazón y, como no tiene amigos, nadie le ha echado de menos.

Aporroeo inútilmente la ventana. Miro en derredor buscando algo con que romperla y arranco uno de los adoquines del borde. Lo levanto sobre mi cabeza, preparándome para el lanzamiento.

—¿Busca a Viktor? —dice una voz a mi espalda.

Bajo el ladrillo y me doy la vuelta.

La voz pertenece a un anciana con un gato atado a una correa. Se acerca despacio y se inclina trabajosamente para recoger los diarios.

—Viktor está fuera —me informa—. Le dije que le guardaría los periódicos. Hay mucho gamberro por aquí.

Suelto discretamente el ladrillo.

—¿Cuándo volverá?

Afila la mirada.

—El viernes. Su madre, la pobrecilla, ha muerto. Se ha marchado al Medio Oeste para enterrarla.

—¿El viernes? —Doy un paso al frente y casi tropiezo con el ladrillo. Me agarro a la enredadera para no caer.

—Eso dijo, el viernes. —La mujer asiente.

La realidad de mi situación me golpea como un camión cargado de cemento.

—¡Es demasiado tarde! —chillo al tiempo que suelto la enredadera y, desesperada, caigo al suelo.

—¿Gorrioncillo? —pregunta Samantha cuando entra en la sala—. ¿Qué haces?

—¿Eh?

—Llevas más de una hora ahí sentada con la boca abierta. No queda muy elegante que digamos —me regaña. Al ver que no respondo, se acerca y me da unos golpecitos en la cabeza—. ¿Hola? ¿Hay alguien en casa?

Aparto los ojos de un punto de la pared y me vuelvo para mirarla.

Agita un puñado de hojas de periódico frente a mi cara.

—He pensado que podríamos hacer algo divertido, como redactar el anuncio de mi compromiso para *The New York Times*. Eres escritora, será coser y cantar para ti.

—No soy escritora, ya no —respondo débilmente.

—No digas tonterías. Has sufrido un pequeño contratiempo, eso es todo. —Se instala a mi lado con la pila de periódicos en el regazo—. Llevo reuniéndolos desde mayo. Son los anuncios de compromiso y boda de *The New York Times*, también conocidos como las «páginas deportivas de las mujeres».

—¿A quién le importan? —Levanto la cabeza.

—A toda la que es alguien en Nueva York —explica como si estuviera hablándole a una niña—. Y es especialmente importante porque el *Times* no acepta cualquier anuncio. El hombre ha de pertenecer a la Ivy League, y ambas partes han de ser de buena familia. El dinero viejo es preferible, pero también vale el dinero nuevo. O la fama. Si, por ejemplo, la novia tiene un padre célebre, como un actor o un escultor o un compositor, entra seguro.

—¿Por qué no te limitas a casarte y punto? —Me froto las mejillas. Tengo la piel

fría, como si no me circulara la sangre.

—¿Qué gracia tendría eso? —pregunta Samantha—. ¿Qué sentido tiene casarse en Nueva York si vas a ser una don nadie? Para eso mejor quedarse en casa. Una boda en Nueva York significa ocupar el debido puesto en la sociedad. Por eso nos casamos en el Century Club. Si te casas ahí es como una constatación.

—¿De qué?

Me da unas palmaditas en la pierna.

—De que ese es tu lugar, gorrioncillo.

—Pero ¿y si no lo es?

—Por Dios, gorrioncillo, pues actúas como si lo fuera. ¿Qué demonios te pasa? ¿Has olvidado todo lo que te he enseñado?

Antes de que pueda replicarle, camina hasta la máquina de escribir, ensarta un folio y señala la silla.

—Tú escribes, yo dicto.

Hundo los hombros, pero acato su orden y coloco las manos sobre las teclas, más por costumbre que por un acto consciente.

Samantha selecciona una página y examina los anuncios.

—Aquí hay uno que está bien. «La señorita Barbara Halters de Newport, Rhode Island, conocida por sus amigos como Horsie...»

No logro decidir si está bromeando o no.

—Pensaba que eras de Weehawken.

—¿Quién quiere ser de Weehawken? Pon «Short Hills». Short Hills es aceptable.

—¿Y si alguien lo comprueba?

—Nadie lo comprobará. ¿Podemos seguir? La señorita Samantha Jones...

—¿Qué tal «srta.»?

—Vale. La srta. Samantha Jones, de Short Hills, Nueva Jersey, estudió en... —Se interrumpe—. ¿Qué universidad hay cerca de Short Hills?

—No lo sé.

—Entonces pon «Princeton». Está cerca. Princeton —continúa, satisfecha con su elección—. Y me licencié en... Literatura Inglesa.

—Nadie se lo va a tragar —replico, empezando a resucitar—. Jamás te he visto leer otra cosa aparte de libros de autoayuda.

—Vale, quita lo de la licenciatura. De todos modos, tampoco tiene importancia —dice agitando desdeñosamente la mano—. La parte peliaguda son mis padres. Diremos que mi madre era ama de casa, eso queda neutro, y mi padre un hombre de negocios internacionales. Eso explicará por qué no estaba nunca en casa.

Levanto las manos del teclado y las cruzo sobre el regazo.

—No puedo hacerlo.

—¿Por qué no?

—No puedo mentir a *The New York Times*.

—No eres tú la que miente, sino yo.

—¿Por qué tienes que mentir?

—Carrie —se impacienta—, todo el mundo miente.

—No es cierto.

—Tú mientes. ¿No le mentiste a Bernard sobre tu edad?

—Eso es diferente. Yo no voy a casarme con Bernard.

Me dedica una sonrisa fría, como si no pudiera creer que la esté poniendo en entredicho.

—Muy bien, yo lo escribiré.

—Todo tuyo. —Me levanto y Samantha se sienta delante de mi máquina de escribir.

La aporrea durante unos minutos mientras yo miro. Finalmente reviento.

—¿Por qué no puedes decir la verdad?

—Porque la verdad no es lo bastante buena.

—Es lo mismo que decir que tú no eres lo bastante buena.

Deja de teclear. Se reclina y cruza los brazos.

—Soy lo bastante buena, nunca he tenido la más mínima duda...

—Entonces, ¿por qué no eres tú misma?

—¿Por qué no lo eres tú? —Se levanta de un salto—. ¿Estás preocupada por mí? Mírate a ti. Lloriqueando por el apartamento porque has perdido la mitad de tu obra. Si eres tan buena escritora, ¿por qué no escribes otra?

—¡No es tan fácil! —me desgañito—. Tardé un mes entero en escribir esa obra. No puedes sentarte y escribir una obra en tres días. Tienes que meditarla. Tienes que...

—Está bien, si quieres tirar la toalla, allá tú. —Echa a andar hacia su habitación, se detiene y gira sobre sus talones—. Pero si vas a comportarte como una perdedora, no te atrevas a criticarme —brama antes de dar un portazo.

Hundo la cabeza en las manos. Tiene razón. Estoy harta de mí y de mi fracaso. Será mejor que haga la maleta y vuelva a casa.

Como L'il. Y los millones de jóvenes que vienen a Nueva York para triunfar y fracasan.

De pronto me enfurezco. Corro hasta la habitación de Samantha y aporreo la puerta.

—¡¿Qué?! —grita cuando abro.

—¿Por qué no empiezas de cero? —vocifero sin una razón lógica.

—¿Por qué no empiezas tú de cero?

—Lo haré.

—Bien.

Cierro con un portazo.

Como si me hallara en estado de trance, voy hasta mi máquina de escribir y me siento. Arranco el falso anuncio de Samantha, hago una pelota con él y lo lanzo a la otra punta de la sala. Inserto un folio nuevo en el carro. Miro mi reloj. Dispongo de setenta y cuatro horas y veintitrés minutos hasta la lectura del jueves. Y voy a conseguirlo. Voy a escribir otra obra de teatro aunque me cueste la vida.

La cinta de mi máquina de escribir se rompe el jueves por la mañana. Contemplo los envoltorios de golosinas vacíos, las bolsitas de té reseca y las cortezas grasientas de pizza.

Hoy es mi cumpleaños. Al fin tengo dieciocho.

Me tiemblan las manos cuando entro en la ducha.

El bote de champú se me resbala y logro atraparlo justo antes de que estalle contra las baldosas. Respiro hondo y alzo la cabeza hacia el chorro.

Lo he conseguido. Es cierto, lo he conseguido.

Pero el agua no puede borrar cómo me siento en realidad: débil, temblorosa y con los ojos rojos.

Nunca sabré qué habría pasado si Miranda no hubiera perdido mi obra de teatro y yo no hubiera tenido que volver a escribirla. Ignoro si es bueno o malo. Ignoro si me aclamarán o me abuchearán. Pero lo he conseguido, me recuerdo. Lo he intentado.

Salgo de la ducha y me seco con la toalla. Me miro al espejo. Tengo la cara blanca y chupada, porque apenas he dormido en tres días. No esperaba hacer así mi debut, pero lo acepto. No tengo elección.

Me pongo el pantalón de goma rojo, la bata china y las viejas botas Fiorucci de Samantha. Puede que algún día sea como Samantha y pueda comprarme mis propios zapatos.

Samantha. Se marchó a trabajar el martes por la mañana y no he vuelto a saber de ella desde entonces. Igual que de Miranda, que tampoco ha llamado. Probablemente tiene miedo de que nunca la perdone.

Pero la perdonaré. Y espero que Samantha pueda perdonarme a mí.

—Aquí estás —dice alegremente Bobby—. Justo a tiempo.

—Si te contara... —farfullo.

—¿Ilusionada? —Brinca sobre las puntas de los pies.

—Nerviosa. —Sonrío débilmente—. ¿Es verdad que atacaste el *David*?

Frunce el entrecejo.

—¿Quién te lo ha contado?

Me encojo de hombros.

—No es bueno hurgar en el pasado. Bebamos champán.

Le sigo hasta la cocina con la bolsa de carpintero interpuesta entre los dos para

que no pueda intentar otro de sus asaltos. Si lo hace, juro que esta vez le pego.

Aunque no tenía por qué preocuparme porque los invitados empiezan a llegar y Bobby corre hasta la puerta para recibirlos.

Me quedo en la cocina bebiendo champán. A la porra con todo, me digo, y apuro la copa. Me sirvo otra.

«Esta noche es mi gran noche», pienso con tristeza. Mi lectura y Bernard.

Entorno los párpados. Más le vale estar dispuesto a hacerlo esta vez. Más le vale no venir con excusas esta noche.

Sacudo la cabeza. ¿Qué actitud ante la pérdida de la virginidad es esa? No está bien, nada bien.

Estoy a punto de servirme más champán cuando oigo:

—¿Carrie?

Casi se me cae la botella cuando me doy la vuelta y veo a Miranda.

—Por favor, no te enfades —me suplica.

El cuerpo se me comba de puro alivio. Ahora que Miranda está aquí, puede que todo vaya bien.

Tras la llegada de Miranda, no puedo describir muy bien la fiesta, porque estoy en todas partes al mismo tiempo: recibiendo a invitados en la puerta, preocupándome sobre cuándo colocar las sillas, esquivando a Bobby e intentando impresionar con alguna ocurrencia a Charlie, que ha aparecido, inesperadamente, con Samantha.

Si Samantha está enfadada conmigo por lo de la otra noche, está haciendo cuanto está en su mano por disimularlo. Me alaba el pantalón mientras se aferra al brazo de Charlie como si fuera su dueña. Es un hombre grande, casi guapo, y ligeramente desgarrado, como si no supiera qué hacer con sus extremidades. Enseguida se pone a hablar de béisbol, y cuando otras personas se suman a la conversación me escabullo para buscar a Bernard.

Está en un rincón con Teensie. No puedo creer que la haya traído después del desastroso fin de semana. Una de dos, o no le importa o Teensie nunca se ha molestado en hablarle mal de mí. Quizá se deba a que es mi noche, pero el caso es que Teensie es todo sonrisas, al menos por fuera.

—Cuando Bernard me habló de este acontecimiento no podía creerlo —dice inclinándose hacia mi oído para susurrarme en alto—. Le dije que tenía que verlo con mis propios ojos.

—Gracias —respondo modestamente, y obsequio a Bernard con una sonrisa—. Me alegro mucho que de hayáis podido venir.

Capote y Ryan se acercan seguidos de Rainbow. Hablamos de la clase y de la desaparición de Viktor y de que no podemos creer que el verano esté tocando a su fin. Sigo bebiendo y charlando, y me siento como una joya, dando vueltas en el centro de

toda la atención, recordando mi primera noche en Nueva York con Samantha y lo lejos que he llegado.

—Hola, pequeña. —Es Cholly Hammond con su habitual uniforme de capitán de barco—. ¿Has conocido a Winnie Dieke? —Señala a una mujer joven de cara angulosa—. Es de *The New York Post*. Si te muestras amable con ella, tal vez escriba sobre el acontecimiento.

—En ese caso, seré muy amable. Hola, Winnie —digo dulcemente, tendiéndole una mano.

A las diez y media el lugar está a reventar. El espacio de Bobby es una parada regular para los juerguistas de fuera de la ciudad. Tiene alcohol gratis, camareros sin camisa y un batiburrillo de personajes excéntricos para dar color al ambiente. Como la anciana con patines y el vagabundo llamado Norman que a veces vive en el armario de Bobby. O el conde austríaco y los gemelos que aseguran ser Du Pont. La modelo que se acuesta con todo el mundo. La joven con una cuchara colgada del cuello. Y, en medio de este loco carnaval, mi pequeña persona poniéndose de puntillas en un esfuerzo por hacerse oír.

Transcurrida otra media hora, le recuerdo a Bobby que hay, de hecho, un espectáculo, y Bobby intenta dirigir a la gente hacia los asientos. Se sube a una silla, la cual se viene abajo con su peso. Capote baja la música mientras Bobby logra enderezarse y, subiéndose esta vez a dos sillas, pide silencio a la gente.

—Esta noche tenemos el estreno mundial de una obra de teatro escrita por la encantadora y joven escritora Carrie Bradshaw. La obra se titula... eh... en realidad no lo sé, pero tampoco importa.

—¡*Cabrones ingratos!* —grita Miranda.

—Eso, *Cabrones ingratos...* El mundo está lleno —grazna Bobby—. Y ahora, sin más pre...

Respiro hondo. Parece que mi corazón haya emigrado al estómago. Hay una débil ronda de aplausos cuando ocupo mi lugar en la tarima.

Me recuerdo que es lo mismo que leer delante de la clase y comienzo.

Dicen que la gente que se halla en una situación estresante puede perder la noción del tiempo, y eso es justamente lo que me sucede. De hecho, se diría que pierdo todos los sentidos, porque al principio no oigo ni veo nada. Luego me percató de algunas risitas en la primera fila, compuesta por Bernard, Miranda, Samantha y Charlie, Rainbow, Capote y Ryan. Luego noto gente que se levanta y abandona su asiento. Luego me doy cuenta de que la risa no la genera mi obra, sino algo gracioso que alguien ha dicho desde el fondo de la sala. Luego alguien sube la música.

Intento ignorarlo, pero la cara me arde y la voz se me quiebra. Me estoy muriendo aquí arriba. En el fondo de la sala, la gente está bailando. Quedo reducida a un murmullo, un susurro.

¿Terminará esto alguna vez?

Milagrosamente, termina. Bernard se levanta de un salto prorrumpiendo en aplausos. Miranda y Samantha me vitorean. Pero eso es todo. Ni siquiera Bobby me presta atención. Está junto a la barra, adulando a Teensie.

«¿Ya está? —pienso, aturdida—. ¿Se ha acabado? ¿Qué ha sido eso? ¿Qué ha pasado?».

Pensaba que habría ovaciones.

Pensaba que habría aplausos.

¿He hecho todo este trabajo para nada?

De pronto se hace la luz. Aunque «luz» no es la palabra más adecuada. Luz implica algo agradable. Esperanza. Un día mejor. Un nuevo comienzo. Esto no es un comienzo. Es un final. Una ignominia. Una vergüenza.

Soy mala.

Capote, mi padre y todos los demás tienen razón: carezco de talento. He estado persiguiendo un sueño que creé en mi cabeza. Y ahora ha terminado.

Estoy temblando. ¿Qué hago? Miro a mi alrededor e imagino que la gente se convierte en hojas, rojas al principio, luego marrones, que finalmente se deshacen en el suelo. ¿Cómo puedo... qué puedo...?

—Me ha parecido muy buena. —Bernard se acerca a mí con una sonrisa como la del payaso en las cajas de sorpresas—. Diferente.

—Genial —añade Miranda, dándome un abrazo—. No sé cómo has conseguido mantener el tipo delante de tanta gente. Yo hubiera estado aterrorizada.

Miro a Samantha, que asiente.

—Ha sido muy divertida, gorrioncillo.

Esta es una de esas situaciones en que nadie puede ayudarte. Tu necesidad es tan grande que es como un agujero negro que succiona la vida de todos los que te rodean. Doy un traspié.

—Bebamos algo. —Bernard me coge de la mano.

—Eso, bebamos algo —conviene Samantha.

Esto es demasiado. Hasta Samantha, mi principal animadora, sabe que mi obra es un desastre.

Soy como Typhoid Mary. Nadie quiere tenerme cerca.

Bernard corre hasta el bar y, como si se despojara de un virus, me deja al lado de Teensie, nada menos, que ahora está hablando con Capote.

Sonrío incómoda.

—Bueno, bueno —dice Teensie con un suspiro exagerado.

—Seguro que la has retocado —dice Capote—. Me ha parecido mejor que lo que leíste en clase.

—He tenido que volver a escribirla entera en tres días. —Y de repente caigo en la

cuenta de que Capote tenía razón cuando, en la cena en casa de los Jessen, me dijo que Bobby era un payaso y que una lectura en su espacio no era una buena manera de dar a conocer mi trabajo. ¿Por qué no le hice caso? El verano se acerca a su fin, y lo único que he conseguido es hacer el ridículo más absoluto.

Pierdo el color.

Capote ha debido de percibir mi angustia, porque me da unas palmaditas en el hombro y dice:

—Está bien correr riesgos, ¿recuerdas?

Y cuando se aleja, Teensie se me acerca para el golpe de gracia.

—La he encontrado divertida, muy divertida —ronronea—. Pero mírate, querida. Tienes un aspecto horrible. Pareces agotada, y estás demasiado flaca. Seguro que tus padres están muy preocupados por ti. —Hace una pausa y con una sonrisa radiante, pregunta—: ¿No crees que ha llegado el momento de volver a casa?

Estoy intentando emborracharme, pero no hay manera.
Soy un completo fracaso. Ni siquiera consigo llevarme una embriaguez.
—Carrie —me advierte Bernard.

—¿Qué? —Me llevo a los labios una botella de champán robada. La he sacado de la fiesta oculta en mi bolsa de carpintero. Sabía que la bolsa me sería muy útil algún día.

—Podrías hacerte daño. —Me arrebató la botella—. El taxi podría frenar en seco y tú te llevarías un fuerte golpe en los dientes.

Recupero la botella y la abrazo con fuerza.

—Es mi cumpleaños.

—Lo sé.

—¿No piensas decirme feliz cumpleaños?

—Ya lo he hecho. Varias veces. Puede que no me hayas oído.

—¿Tienes un regalo para mí?

—Sí. Oye —dice, poniéndose serio—, creo que debería dejarte en tu apartamento. No hay razón para hacer esto esta noche.

—¡Quiero mi regalo! —aúllo—. Y es mi cumpleaños. Debe entregarse el día mismo o ya no vale.

—Técnicamente ya no es tu cumpleaños. Son más de las dos.

—Técnicamente mi cumpleaños no comenzó hasta pasadas las dos de anoche, así que todavía cuenta.

—Todo irá bien, pequeña —me dice dándome unas palmaditas en la pierna.

—No te gustó, ¿verdad? —Bebo otro sorbo de champán y miro por la ventanilla abierta, sintiendo el hediondo aire estival en la cara.

—¿Qué? —pregunta.

Jesús. ¿De qué cree que estoy hablando? ¿Es posible que sea tan corto? ¿Es posible que todo el mundo sea corto y no me haya dado cuenta hasta ahora?

—Mi obra. Dijiste que te gustó, pero no es cierto.

—Has dicho que habías vuelto a escribirla entera.

—Porque no me quedó más remedio. Si Miranda...

—Vamos, pequeña —dice con un tono tranquilizador—, son cosas que pasan.

—A mí. Solo a mí. A ti no te pasan, ni al resto de la gente.

Parece que Bernard se ha hartado de mi histrionismo. Cruza los brazos.

El gesto consigue despertar cierta cordura en mí. No puedo perderle a él también. Esta noche no.

—Te lo ruego —digo—, no discutamos.

—No sabía que estuviéramos discutiendo.

—No estamos discutiendo. —Dejo la botella y me pego a él como una lapa.

—Aaah, pequeña. —Me acaricia la mejilla—. Sé que has tenido una noche espantosa, pero es lo que ocurre cuando te expones.

—¿Sí? —sollozo.

—Tienes que reescribir tu obra, eso es todo. La revisarás y te quedará genial, ya lo verás.

—Odio reescribir —refunfuño—. ¿Por qué el mundo no puede salir bien a la primera?

—¿Qué gracia tendría eso?

—Oh, Bernard. —Suspiro—. Te quiero.

—Y yo a ti, gatita.

—¿En serio? ¿A las dos de la mañana? ¿En la avenida Madison? ¿Me quieres?

Sonríe.

—¿Qué me has comprado? —susurro

—Si te lo dijera no sería un regalo, ¿no te parece?

—Yo también tengo un regalo para ti —digo arrastrando las palabras.

—No tienes que regalarme nada.

—Pero quiero hacerlo —insisto con aire misterioso.

Aunque mi obra haya sido un desastre, la pérdida de mi virginidad podría salvar la noche.

—¡Toma! —Bernard me tiende con gesto triunfal una caja perfectamente envuelta con un papel negro y brillante y un gran lazo también negro.

—Dios mío. —Caigo de rodillas sobre la moqueta de su sala de estar—. ¿Es lo que creo que es?

—Eso espero —dice, nervioso.

—Ya lo adoro. —Le miro con ojos chispeantes.

—No sabes qué es.

—¡Ah, sí lo sé! —Grito de emoción mientras arranco el papel y paso los dedos por las letras blancas en relieve de la caja. CHANEL.

Bernard parece algo incómodo ante mis muestras de júbilo.

—Teensie pensó que te gustaría.

—¿Teensie? ¿Le preguntaste a Teensie qué podías comprarme? Pensaba que me

odiaba.

—Dijo que necesitabas algo bonito.

—Oh, Bernard. —Levanto la tapa y retiro suavemente el papel de seda. Y ahí está: mi primer bolso Chanel.

Lo saco y lo acuno en mis brazos.

—¿Te gusta? —me pregunta.

—Me encanta —digo con solemnidad. Lo sostengo unos segundos más, disfrutando de la suave piel y, con dulce renuencia, lo devuelvo a su bolsa de algodón y lo guardo de nuevo en la caja.

—¿No quieres usarlo? —pregunta Bernard, sorprendido por mi reacción.

—Quiero reservarlo.

—¿Por qué?

—Porque quiero que siempre sea... perfecto. —Porque nada lo es—. Gracias, Bernard. —Me pregunto si voy a llorar.

—Eh, pichoncita, es solo un bolso.

—Lo sé, pero... —Me levanto, me acurruco junto a él en el sofá y le acaricio el cuello.

—Eres como una hormiguita. —Me besa y le beso, y cuando la cosa empieza a animarse me coge de la mano y me lleva a la habitación.

Ha llegado el momento. Y de repente no estoy segura de estar preparada.

Me recuerdo que no debería darle tanta importancia. Lo hemos hecho todo menos eso. Hemos pasado juntos docenas de noches. No obstante, ser consciente de lo que está a punto de ocurrir hace que lo sienta de manera diferente. Hasta besarle se me hace extraño, como si apenas nos conociéramos.

—Necesito beber —digo.

—¿No has bebido ya suficiente? —Bernard parece preocupado.

—Me refería a beber agua —miento.

Me pongo una de sus camisas y corro hasta la cocina. Hay una botella de vodka sobre la encimera. Cierro los ojos y le pego un trago. Me enjuago rápidamente la boca con agua.

—Muy bien, estoy lista —anuncio desde el marco de la puerta.

Vuelvo a sentirme perdida. Estoy intentando ponerme sexy, pero no sé hacerlo. Todo se me antoja falso y artificial, incluida yo. O puede que sea algo con lo que naces. Como Samantha. Ella es sexy por naturaleza. Yo, en cambio, ahora mismo estaría más cómoda en la piel de un fontanero.

—Ven aquí —dice Bernard riendo, dando palmaditas al colchón—. Y no sueñes con robarme la camisa. Margie siempre se quedaba con mis camisas.

—¿Margie?

—No hablemos de ella, ¿vale?

Empezamos a besuquearnos otra vez, pero ahora tengo la sensación de que Margie está con nosotros en la habitación. Intento ahuyentarla diciéndome que Bernard es ahora mío, pero eso me hace sentir más poca cosa todavía. Puede que cuando hayamos terminado me sienta mejor.

—Hagámoslo —digo.

Levanta la cabeza.

—¿No te gusta esto?

—Me encanta, pero quiero hacerlo.

—No puedo así como así...

—Por favor, Bernard.

Miranda tenía razón. Es horrible. ¿Por qué no acabé con ello hace tiempo? Por lo menos ahora sabría qué esperar.

—De acuerdo —murmura. Se tumba encima de mí. Se remueve un poco. Luego se remueve un poco más.

—¿Ha ocurrido ya? —Estoy desconcertada. Caray, Miranda tenía razón. No siento nada.

—No. Yo... —Se interrumpe—. Oye, voy a necesitar que me ayudes un poco.

¿Ayudarle? ¿De qué está hablando? Nadie me dijo que «ayudar» formara parte del plan.

¿Por qué no puede hacerlo él solo?

Y ahí estamos, desnudos. Desnudos físicamente, pero, sobre todo, emocionalmente. No me he preparado para esto. Para la intimidad pura y dura.

—¿Podrías...? —pregunta.

—Claro —digo.

Me esmero, pero no es suficiente. Luego lo intenta él. Cuando parece que por fin está listo, se pone encima de mí. «Muy bien, vamos allá, chavalote», pienso. Hace unas cuantas embestidas suaves. Baja la mano para ayudarse.

—¿Es así como se hace? —pregunto.

—¿Tú qué crees? —dice.

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes?

—Es la primera vez que lo hago.

—¿Qué? —Se retira, conmocionado.

—No te enfades conmigo. —Me agarro a su pierna cuando salta de la cama—. No he conocido al hombre adecuado. Tiene que haber una primera vez para todo el mundo, ¿no?

—No será conmigo. —Se pasea por la habitación recogiendo mis cosas.

—¿Qué haces?

—Tienes que vestirte.

—¿Por qué?

Se tira del pelo.

—Carrie, no puedes quedarte aquí. No podemos hacerlo. Yo no soy el hombre adecuado.

—¿Por qué no? —Noto que mi obstinación se convierte en pánico.

—Porque no. —Frena, respira y se tranquiliza—. Soy un adulto, y tú eres una chiquilla...

—No soy una chiquilla. Tengo dieciocho.

—Pensaba que estabas en segundo año de facultad. —Más terror.

—¡Uy! —digo, intentando bromear.

Me mira boquiabierto.

—¿Estás loca?

—No, creo que no. Vaya, la última vez que lo comprobé estaba bastante cuerda. —Entonces exploto—. Es por mí, ¿verdad? No me deseas, por eso no podías. No se te ha levantado porque... —En cuanto las palabras salen de mi boca, me doy cuenta de que eso es prácticamente lo peor que le puedes decir a un tío. Porque puedo asegurar que no parece nada contento.

—¡No puedo con esto! —aúlla, más para sí que para mí—. No puedo con esto. ¿Qué estoy haciendo? ¿Qué le ha pasado a mi vida?

Intento recordar todo lo que he leído sobre impotencia.

—Quizá yo podría ayudarte —balbuceo—. Podríamos trabajar en ello...

—¡No quiero tener que trabajar en mi vida sexual! —brama—. ¿Es que no lo entiendes? No quiero tener que trabajar en mi matrimonio. No quiero tener que trabajar en mis relaciones. Quiero que ocurran sin más, sin esfuerzo. Y si no te comportaras como una gilipollas todo el tiempo, tal vez lo entenderías.

«¿Qué?» Durante unos instantes estoy demasiado dolida para reaccionar. Luego dejo salir mi indignación. ¿Soy una gilipollas? ¿Pueden las mujeres ser gilipollas? Debo de ser ciertamente horrible para que un hombre me llame gilipollas.

Cierro la boca. Cojo mi pantalón de la cama, donde Bernard lo ha arrojado.

—Carrie —dice.

—¿Qué?

—Será mejor que te vayas.

—No me digas...

—Y... probablemente no deberíamos volver a vernos.

—Bien.

—Pero quiero que te quedes el bolso —añade en un intento de suavizar las cosas.

—No lo quiero. —En realidad es una gran mentira. Sí lo quiero. Desesperadamente. Quiero sacar algo positivo de este desastre de cumpleaños.

—Cógelo, por favor —insiste.

—Regálaselo a Teensie. Sois tal para cual. —Quiero abofetearle. Es como uno de esos sueños en que intentas golpear a un tío pero siempre fallas.

—No seas tonta. —Estamos vestidos y en la puerta—. Cógelo, maldita sea. Sabes que lo quieres.

—Eso es repugnante, Bernard.

—Toma. —Intenta plantarme el bolso en las manos, pero abro bruscamente la puerta, pulso el botón del ascensor y cruzo los brazos.

Bernard baja conmigo.

—Carrie —dice, procurando no dar el espectáculo delante del ascensorista.

—No. —Sacudo la cabeza.

Me sigue hasta la calle y levanta la mano para parar un taxi. ¿Por qué cuando no quieres un taxi aparece uno al instante? Una parte de mí todavía abriga la esperanza de que esto no esté ocurriendo y se produzca un milagro y todo vuelva a ser como antes. Pero Bernard está dando mi dirección y diez dólares al taxista para que me lleve a casa.

Subo al asiento de atrás echando humo.

—Toma —dice, ofreciéndome de nuevo el bolso.

—¡Te he dicho que no lo quiero! —grito.

Y en el momento en que el taxi se aleja del bordillo, Bernard abre inopinadamente la portezuela y arroja el bolso dentro.

El bolso aterriza a mis pies. Durante un instante barajo la posibilidad de lanzarlo por la ventanilla, pero no lo hago. Porque ahora estoy llorando desconsoladamente. Sollozos largos y agitados que parece que vayan a desgarrarme por dentro.

—Oiga —dice el taxista—, ¿está llorando? ¿Está llorando en mi taxi? ¿Quiere una buena razón para llorar, señorita? Yo le daré una buena razón. ¿Qué me dice de los Yankees, eh? ¿Qué me dice de la maldita huelga de béisbol?

¿Eh?

El taxi se detiene delante del edificio de Samantha. Me quedo mirándolo impotente, sin poder dejar de llorar.

—Oiga, señorita —gruñe el taxista—, ¿piensa bajarse algún día? No tengo toda la noche.

Me seco los ojos mientras tomo una de esas decisiones impetuosas y temerarias contra las que todo el mundo te previene.

—Lléveme a la calle Greenwich.

—Pero...

—A la calle Greenwich.

Me bajo delante de la cabina de la esquina. Me tiemblan los dedos cuando busco una moneda y la introduzco en la ranura. El teléfono suena varias veces. Una voz

somnolienta dice:

—¿Sí?

—¿Capote?

—¿Sí? —Bosteza.

—Soy yo, Carrie Bradshaw.

—Sí, Carrie. Conozco tu apellido.

—¿Puedo subir?

—Son las cuatro de la mañana.

—Por favor.

—Está bien. —Su ventana se ilumina. Su sombra va de un lado a otro, de un lado a otro. La ventana se abre y me tira las llaves.

Aterrizan justo en la palma de mi mano.

Abro un ojo y lo cierro. Vuelvo a abrirlo. ¿Dónde demonios estoy? Debe de ser una de esas pesadillas en que piensas que estás despierta pero en realidad sigues dormida.

Aunque no me siento dormida.

Además, estoy desnuda. Y noto un leve dolor ahí abajo.

Pero se debe a... Sonrío. Ha ocurrido. Oficialmente, he dejado de ser virgen.

Estoy en el apartamento de Capote Duncan. Estoy en su cama. La cama con las sábanas de cuadros escoceses que le compró su madre. Y las dos almohadas de espuma (¿por qué los tíos son tan cutres con las almohadas?), y la áspera manta del ejército que perteneció a su abuelo, el cual la heredó a su vez de su padre, que luchó en la Guerra de Secesión. Capote es un sentimental. Puedo oír a Patsy Cline todavía sonando bajito en el equipo de música. «I fall to pieces». A partir de hoy, cada vez que oiga esa canción pensaré en Capote y en la noche que hemos pasado juntos. La noche en que tuvo la amabilidad de quitarme la virginidad.

Supongo que soy afortunada, porque fue más o menos como siempre había imaginado que sería. Y mientras lo hacíamos, sinceramente sentí que estaba enamorada de él. No paraba de decirme lo bonita que era. Y que no debía tener miedo. Y lo feliz que le hacía estar conmigo. Y que había querido estar conmigo desde el primer momento, pero que pensaba que yo no lo soportaba. Y luego, cuando empecé a salir con Bernard, pensó que había perdido definitivamente su oportunidad. Y cuando conseguí escribir una obra de teatro, se dijo que yo iba a pensar que él no era lo «bastante bueno», porque no había conseguido escribir gran cosa.

Uau. Los tíos pueden ser tan inseguros...

Obviamente, le dije que se había equivocado del todo conmigo, aunque es cierto —esto no se lo dije— que al principio no me pareció demasiado atractivo.

Ahora, como es lógico, me parece la criatura más adorable de la tierra.

Lo contemplo. Todavía duerme, tendido boca arriba, con el rostro tan sereno y relajado que casi creo detectar una leve sonrisa en sus labios. Sin las gafas parece sorprendentemente vulnerable. Anoche, después de besarnos un rato y de que se quitara las gafas de esa forma tan sexy, nos miramos a los ojos durante una eternidad. Sentía que podía ver toda su historia en sus pupilas.

Podía saberlo todo de él de una forma que nunca antes me había pasado con nadie.

Fue un poco inquietante, pero también profundo.

Supongo que eso es lo que encontré más sorprendente sobre el sexo: que puedes comprender del todo a una persona y viceversa.

Me asomo al borde de la cama buscando mi ropa interior. Quiero largarme mientras Capote todavía duerme. Un trato es un trato, y le dije que me marcharía a primera hora de la mañana.

Me levanto muy despacio, resbalando por la cama para no agitar el colchón. El colchón, dejado aquí por los dueños originales, tiene unos cien años. Me pregunto cuánta gente ha hecho el amor en esta cama. Espero que mucha. Y espero que les gustara tanto como a mí.

Encuentro mi ropa desparramada por el sofá. El bolso Chanel está junto a la puerta, donde lo solté cuando Capote me cogió la cara y me apretó contra la pared besándome apasionadamente. Prácticamente le arranqué la ropa.

Pero nunca más volveré a verle, de modo que poco importa. Y ahora debo enfrentarme a mi futuro. A Brown.

Puede que, después de cuatro años de universidad, vuelva a intentarlo. Tomaré por asalto Ciudad Esmeralda y esta vez triunfaré.

Por el momento, no obstante, estoy demasiado cansada. Quién me iba a decir que los dieciocho eran tan agotadores.

Suspiro y me calzo las botas. No me puedo quejar. No niego que he tenido algunos tropiezos, pero he conseguido sobrevivir.

Regreso de puntillas al dormitorio para echar un último vistazo a Capote.

—Adiós, mi amante —murmuro.

Su boca se abre con un chasquido, y se despierta aporreando la almohada con desconcierto. Se sienta y me mira.

—¿Eh?

—Lo siento —susurro, al tiempo que cojo mi reloj—. Ya me... —Señalo la puerta.

—¿Por qué? —Se frota los ojos—. ¿No te gustó?

—Me encantó, pero...

—Entonces, ¿por qué te vas?

Me encojo de hombros.

Busca sus gafas, se las pone y parpadea tras los gruesos cristales.

—¿No me vas a conceder por lo menos el placer de darte de desayunar? Un caballero nunca deja que una señorita se marche sin alimentarla primero.

Me río.

—Soy perfectamente capaz de alimentarme sola. Además, hablas como si fuera

un pájaro.

—¿Un pájaro? Yo diría más bien un tigre. —Ríe—. Ven aquí. —Abre los brazos. Gateo por la cama y me fundo en ellos.

Me acaricia el pelo. Está calentito y suave, y huele un poco. A hombre, supongo. El olor me resulta curiosamente familiar. Como el olor a pan tostado.

En torno a las dos de la tarde, conseguimos arrastrarnos hasta el Pin Tea Cup para desayunar. Llevo una camisa de Capote sobre el pantalón de goma, y comemos tortitas con beicon y sirope de arce auténtico y nos bebemos como dos litros de café y fumamos cigarrillos y hablamos tímida y ávidamente sobre nada en particular.

—Oye —dice cuando llega la cuenta—, ¿te apetece ir al zoo?

—¿Al zoo?

—Me han dicho que hay un oso polar nuevo.

Y de repente me apetece un montón ir al zoo con Capote. Durante mis dos meses en Nueva York, no he hecho nada el turista. No he visitado el Empire State Building, ni la Estatua de la Libertad, ni la Wollman Rink, ni el Metropolitan, ni la Biblioteca Pública.

He sido tremendamente negligente. No puedo irme de Nueva York sin subirme a la Circle Line.

—Tengo algo que hacer primero —digo.

Me levanto y voy al servicio. Hay un teléfono público junto a la puerta.

Miranda descuelga después del primer tono.

—¿Diga? —pregunta con apremio, como si esperara malas noticias. Siempre contesta así. Es una de las cosas que adoro de ella.

—¡Lo he hecho! —exclamo triunfalmente.

—¿Eres tú, Carrie? ¡Dios mío! ¿Qué pasó? ¿Cómo fue? ¿Te dolió? ¿Cómo estuvo Bernard?

—No lo hice con Bernard.

—¿Qué? —exclama—. ¿Con quién lo hiciste? No puedes ir por ahí y agarrar al primer extraño que se cruce en tu camino. Oh, no, Carrie, no puede ser. No me digas que ligaste con un tío en un bar...

—Lo hice con Capote —digo con orgullo.

—¿Con ese? —Puedo oír cómo se le cae la mandíbula—. Creía que lo detestabas.

Me vuelvo hacia Capote y lo veo arrojar desenfadadamente unos billetes sobre la mesa.

—Ya no.

—¿Y qué pasa con Bernard? —pregunta—. ¿No decías que era el hombre de tu vida?

Capote se levanta.

—Cambio de planes —respondo raudamente—. Bernard no podía hacerlo. Tuve que abortar la misión y buscar otro misil.

—Carrie, eso es asqueroso. ¿Te dijo Samantha que lo dijeras? Hablas como ella. Dios, esto es una locura. ¿Qué vas a hacer ahora?

—Voy a ver el oso polar. —Río. Cuelgo suavemente antes de que pueda hacerme más preguntas.

¿He estado enamorada alguna vez? ¿Enamorada de verdad? ¿Y por qué creo, con cada nuevo tío, que estoy más enamorada de él que del último? Pienso brevemente en Sebastian y sonrío. ¿Qué demonios hacía con él? ¿O con Bernard? Me acodo en el muro para ver mejor al oso polar. Pobre Bernard. Resulta que estaba aún más perdido que yo.

—¿De qué te ríes? —me pregunta Capote abrazándome por detrás.

No hemos sido capaces de dejar de tocarnos un solo instante, recostándonos el uno sobre el otro en el metro, caminando del brazo por la Quinta Avenida, besándonos en la entrada del zoo. El cuerpo se me ha vuelto de mantequilla. No puedo creer que perdiera todo el verano persiguiendo a Bernard en lugar de Capote.

Aunque puede que no le gustara tanto a Capote si lo hubiera hecho.

—Yo siempre río —digo.

—¿Por qué? —pregunta dulcemente.

—Porque la vida es divertida.

En el zoo compramos dos perritos calientes y dos gorras de béisbol con el dibujo del oso polar. Corremos por la Quinta Avenida y pasamos junto al anciano que vende lápices delante de Saks, lo que me recuerda al día que conocí a Miranda. Nos sumamos a la cola de turistas del Empire State Building y subimos en ascensor hasta el observatorio. Miramos por los visores y nos besuqueamos hasta quedarnos sin respiración. Regresamos en taxi a casa de Capote.

Volvemos a hacer el amor y no paramos hasta que nos damos cuenta de que estamos hambrientos. Vamos a Chinatown y comemos pato pequinés, plato que no había probado aún, paseamos por el SoHo y nos reímos de la pastilla que Teensie se tomó en casa de Barry Jessen y de las demás locuras que nos han ocurrido durante el verano. Es bastante tarde —más de medianoche—, por lo que me digo que pasaré una noche más con él y me iré a casa por la mañana.

Pero cuando la mañana llega seguimos sin poder despegarnos. Vamos a mi casa y hacemos el amor en la cama de Samantha. Me cambio de ropa, meto mi cepillo de dientes y una muda en mi bolsa de carpintero y salimos para hacer el turista otro rato. Cogemos la Circle Line y visitamos la Estatua de la Libertad, donde subimos a lo más alto y nos reímos de lo pequeña que parece cuando finalmente llegas a la corona, y volvemos a casa de Capote.

Comemos hamburguesas en el Corner Bistro y pizza en John's. Tengo mi primer orgasmo.

Las horas pasan como en un sueño borroso mezclado con un hilo de desesperación. Lo nuestro no puede durar eternamente. Capote empezará a trabajar en una editorial después del Día del Trabajo, y yo tengo que ir a Brown.

—¿Estás segura? —murmura.

—No tengo elección. Confiaba en que ocurriera algo con mi obra de teatro y pudiera convencer a mi padre de que me dejara ir a la Universidad de Nueva York.

—¿Por qué no le dices que has cambiado de opinión?

—Necesitaría una buena excusa.

—¿Como que has conocido a un tío del que te has enamorado perdidamente y quieres estar con él?

—Le daría un ataque. No me educaron para basar mis decisiones en un tío.

—Parece un tipo duro.

—Qué va. Te gustaría. Es un genio, como tú.

Tres días con Capote me han enseñado que lo que yo veía como arrogancia no era más que una extensa cultura literaria. Como yo, abriga la firme creencia de que los libros son sagrados. Quizá no lo sean para otra gente, pero si sientes pasión por algo, te aferras a ello. Lo defiendes. No finges que no es importante por miedo a ofender a otros.

Y de repente es miércoles por la mañana. Hoy es nuestra última clase. La tristeza me tiene tan chafada que apenas puedo levantar el brazo para cepillarme los dientes. Me asusta enfrentarme a la clase. Pero, como casi todo en la vida, resulta que no hay razón para preocuparse.

A nadie le importa demasiado.

Ryan y Rainbow están charlando frente al edificio cuando Capote y yo llegamos juntos. Le suelto la mano pensando que no es una buena idea que la gente sepa lo nuestro, pero Capote no tiene tantos reparos. Me rescata la mano y se lleva mi brazo a los hombros.

—Oh, oh, ¿no me digáis que estáis juntos? —dice Ryan.

—No lo sé. —Miro a Capote en busca de confirmación.

Responde besándome en la boca.

—Qué asco —declara Rainbow.

—Me estaba preguntando cuánto ibais a tardar en enrollaros —señala Ryan.

—Van a inaugurar una discoteca en el Bowery —comenta Rainbow.

—Y en casa de Cholly Hammond habrá una lectura —añade Ryan—. He oído que sus fiestas son geniales.

—¿A alguien le apetece ir a Elaine's el próximo fin de semana? —pregunta Capote.

Y siguen charlando sin mencionar en ningún momento que yo ya no estaré. Y sin mencionar mi obra de teatro. Probablemente la hayan olvidado.

O, como yo, no se atreven a mencionarla.

Ante la duda, siempre existe el plan C: si te sucede algo realmente horrible, ignóralo.

Sigo al grupo hasta la clase arrastrando los pies. ¿De qué me ha servido todo esto? He entablado amistad con personas a las que probablemente nunca volveré a ver, he salido con un hombre que ha resultado ser una completa calamidad, he encontrado un amor imposible de prolongar y me he pasado todo un verano escribiendo una obra de teatro que nadie verá jamás. Como diría mi padre, no he empleado mi tiempo de forma «constructiva».

—¿Qué ocurrirá contigo y con Capote? —pregunta Miranda—. ¿De verdad crees que tendréis una relación a distancia? Parece un caso de inconsciente deliberado...

—Si es deliberado, ¿cómo puede ser inconsciente?

—Ya sabes lo que quiero decir. Eliges el final del verano para enamorarte de ese tipo, porque, en el fondo, no quieres que dure.

Doblo el mono de vinilo blanco y lo guardo en la maleta.

—Dudo que mi inconsciente pueda ser tan maquinador.

—Pues lo es —asegura Miranda—. Tu inconsciente es capaz de empujarte a hacer toda clase de cosas. Por ejemplo, ¿por qué llevas todavía su camisa?

Bajo la vista y contemplo la camisa azul claro que le cogí a Capote después de nuestra primera noche.

—Olvidé que la llevaba puesta.

—¿Lo ves? —dice triunfalmente Miranda—. Por eso es tan importante hacer psicoanálisis.

—¿Cómo explicas entonces lo de Marty?

—Otra vez el inconsciente. —Sacude los hombros—. Finalmente me di cuenta de que no era para mí. Aunque mi consciente estaba intentando romper el patrón, mi inconsciente sabía que no funcionaría. Además, no pude ir al baño durante todo el tiempo que estuve con él.

—Yo diría que el problema lo tenían tus intestinos, no tu inconsciente. —Abro un cajón y saco tres pares de calcetines. Que no había vuelto a ver desde que los guardé ahí hace dos meses. ¡Calcetines! ¿En qué estaba pensando? Los echo también en la maleta.

—Aceptémoslo, Carrie —suspira Miranda—. No hay nada que hacer.

¿Con los hombres o con el hecho de tener que irme de Nueva York?

—A eso llamo yo ser optimista.

—Soy realista. Que hayas tenido relaciones sexuales con un tío una vez no significa que tengas que enamorarte —farfulla—. Y nunca pensé que Samantha y tú acabaríais siendo de esas tontorronas que se pasan el día pensando en vestidos de novia y en cómo huele la camisa de su hombre.

—En primer lugar, Samantha ni siquiera se presentó a la prueba de su vestido de novia. Y en segundo lugar... —Me interrumpo—. ¿Crees que vendrás a verme a Providence?

—¿Qué se me ha perdido allí? ¿Qué tienen en Providence que no tengamos en Nueva York?

—¿A mí? —pregunto con voz lastimera.

—Puedes venir a mi casa cuando quieras —replica con firmeza—. Si no te importan los muelles, puedes dormir en el sofá.

—Ya me conoces. Nada me importa.

—Oh, Carrie... —dice Miranda con tono triste.

—Lo sé.

—¿Hay algo de comer en esta casa? Estoy hambrienta.

—Tal vez queden galletas de mantequilla de cacahuete del día del apagón.

Miranda entra en la cocina y regresa con los restos de la comida del día del apagón.

—¿Recuerdas aquella noche? —pregunta desgarrando el paquete.

—¿Cómo iba a olvidarla? —Ojalá hubiera sabido entonces lo que sé ahora. Habría podido empezar a salir con Capote. Habríamos podido disfrutar de dos semanas juntos.

—¿Qué piensa hacer Samantha con este apartamento ahora que tú te vas y ella se casa?

—No lo sé, supongo que buscar a alguien como yo para alquilárselo.

—Es una pena —dice Miranda. No sé si se refiere a mi partida o al hecho de que Samantha quiera conservar su apartamento pese a tener un lugar mucho mejor donde vivir. Mordisquea pensativamente una galleta mientras yo sigo haciendo la maleta—. Oye —añade al fin—, ¿te he hablado del curso que voy a hacer? «Ritos patriarcales en la vida contemporánea».

—Suena interesante —digo sin demasiado entusiasmo.

—Lo es. Estudiamos bodas y cosas así. ¿Sabías que todo lo que antecede a una boda (la fiesta de la prometida, el registro y la elección del horrible vestido de novia) se creó únicamente para tener entretenidas a las mujeres en los tiempos en que no trabajaban? ¿Y para convencerlas de que también ellas debían casarse?

—La verdad es que no lo sabía, pero tiene sentido.

—¿Qué piensas hacer en Brown?

—No lo sé. Estudiaré para ser científica, supongo.

—Creía que querías convertirte en una gran escritora.

—Ya ves lo bien que me ha ido.

—La obra no era tan mala —contesta Miranda limpiándose unas migas de los labios—. ¿Te has dado cuenta de que desde que perdiste la virginidad te comportas

como si alguien hubiera muerto?

—Cuando mi carrera de escritora pereció, yo perecí con ella.

—Tonterías —declara Miranda.

—¿Por qué no pruebas a aguantar delante de una sala llena de gente mientras se ríen de ti?

—¿Por qué no dejas de actuar como si fueras lo mejor que ha pasado desde el pan de molde?

Ahogo un grito.

—Está bien —dice Miranda—. Si no eres capaz de aceptar una crítica constructiva...

—¿Yo? ¿Y tú qué? Las más de las veces tu «realismo» no es más que pura amargura...

—Por lo menos yo no soy la eterna optimista.

—No, porque eso implicaría que algo bueno podría ocurrir.

—No sé por qué crees que todo debería serte concedido.

—Estás celosa —espeto.

—¿Por lo de Capote Duncan? —Afila la mirada—. Eso es indigno incluso de ti, Carrie Bradshaw.

Suena el teléfono.

—Será mejor que contestes —dice fríamente—. Seguro que es él deseando declararte su amor eterno. —Se mete en el cuarto de baño con un portazo.

Respiro hondo.

—¿Diga?

—¡¿Dónde demonios estabas?! —aúlla Samantha.

Esto es totalmente impropio de ella. Me separo el auricular de la oreja.

—¿Estabas preocupada? Tengo algo que contarte que te hará sentir muy orgullosa de mí. He perdido mi virginidad.

—Me alegro por ti —dice secamente. No es la reacción que esperaba—. Me encantaría celebrarlo, pero, por desgracia, me hallo en medio de una crisis. Necesito que vengas a casa de Charlie inmediatamente.

—Pero...

—Simplemente ven, ¿vale? No hagas preguntas. Y tráete a Miranda. Necesito toda la ayuda que pueda reunir. ¿Y podrías comprar una caja de bolsas de basura? Asegúrate de que sean de las grandes. Como esas que la gente patética de los barrios residenciales utiliza para las hojas.

—Disfrutadlo —dice Samantha cuando abre la puerta del apartamento de Charlie señalándose la cara—. Es la única vez que me vais a ver llorar.

—¿Es una promesa? —pregunta Miranda con aspereza.

Todavía estamos tensas por nuestra «casipelea». De no ser por la llamada de socorro de Samantha, probablemente nos habríamos saltado a la yugular.

—Mirad. —Samantha se pasa un dedo por el ojo y nos lo tiende para que lo examinemos—. Es una lágrima de verdad.

—Casi me engañas —digo.

Miranda mira a su alrededor con cara de alucinada.

—Uau, este apartamento es una pasada.

—Disfruta de las vistas —dice Samantha—. Esta es la última vez que yo también voy a disfrutarlas. Me marchó.

—¿Qué?

—Lo que oís. —Se dirige al salón hundido. Hay unas vistas impresionantes sobre Central Park. Prácticamente puedes ver el fondo del estanque de patos—. La boda se ha cancelado —declara—. Charlie y yo hemos roto.

Miro a Miranda y pongo los ojos en blanco.

—Se os pasará —murmuro, acercándome a la ventana para admirar las vistas.

—Carrie, hablo en serio. —Samantha camina hasta un carrito de cristal, coge una licorera y se sirve una buena dosis de whisky—. Y debo agradeceréte a ti. —Bebe un largo trago y se vuelve hacia nosotras—. De hecho, debo agradeceréte a las dos.

—¿A mí? —pregunta Miranda—. Si apenas conozco a ese tío.

—Pero fuiste tú la que me dijo que se lo contara.

—¿Contarle qué? —Miranda la mira sin comprender.

—Mi enfermedad.

—¿Qué enfermedad?

—Ya sabes, eso —susurra Samantha—. El revestimiento...

—¿La endometriosis? —pregunto.

Samantha lanza las manos al aire.

—No quiero volver a oír esa palabra nunca más.

—La endometriosis no es una enfermedad —señala Miranda.

—Intenta decirle eso a la madre de Charlie.

—Uf... —Me doy cuenta de que a mí tampoco me iría mal una copa. Y un cigarrillo.

—No lo entiendo. —Miranda se acerca a la urna de plexiglás que contiene la colección de objetos de béisbol de Charlie. Se inclina un poco más—. ¿Eso de ahí es una pelota de béisbol de verdad?

—¿Tú qué crees? Y sí, esa es la firma de Joe DiMaggio —espeta Samantha.

—Pensaba que estabais eligiendo la vajilla —dice Miranda.

Samantha la mira con severidad y desaparece por el pasillo.

—Oye, se me acaba de ocurrir algo. Samantha siempre cuenta que Charlie quería ser jugador de béisbol pero su madre no le dejó —digo—. A lo mejor Charlie cree en

su fuero interno que él es Joe DiMaggio y Samantha Marilyn Monroe.

—Exacto. Y recuerda que a Joe DiMaggio no le hacía ninguna gracia lo sexy que era Marilyn e intentó convertirla en ama de casa. Es casi de manual.

Samantha regresa con una pila de ropa en los brazos que deja caer sobre el sofá de finísimo ante al tiempo que me fulmina con la mirada.

—Tú tienes tanta culpa como Miranda. Fuiste la que me aconsejó que fuera un poco más auténtica.

—Pero no lo decía en serio. Nunca pensé...

—Pues ahora ya sabes lo que consigues siendo auténtica en Nueva York. —Regresa al dormitorio y vuelve con otra pila que deja caer a nuestros pies. Luego coge el paquete de bolsas de basura, abre una y empieza a llenarla de ropa como una posesa—. Esto consigues —repite, elevando la voz—. Una patada en los dientes y cincuenta céntimos para el metro.

—Uau. ¿Hablas en serio? —pregunto.

Hace una pausa y extiende un brazo.

—¿Veis esto? —Señala un gran Rolex de oro con brillantes incrustados.

—¿Es de verdad? —exclama Miranda.

—Un momento —intervengo—. ¿Por qué alguien que rompe contigo te regala un enorme Rolex?

—Probablemente podrías hasta comprar un pequeño país con él —añade Miranda.

Samantha se columpia sobre los talones.

—Por lo visto es una tradición. Cuando rompes un compromiso, le regalas a tu ex prometida un reloj.

—Deberías prometerte más a menudo.

En un arrebato de furia, Samanta se arranca el reloj y lo lanza contra la urna de plexiglás, donde rebota de manera inofensiva. Algunas cosas son sencillamente indestructibles.

—¿Cómo ha podido ocurrirme? Lo tenía todo calculado. Tenía Nueva York cogido por los huevos. Todo estaba yendo sobre ruedas. Y se me estaba dando muy bien ser otra persona.

Ojalá pudiéramos todos guardar nuestro corazón en una urna de plexiglás, pienso mientras me arrodillo a su lado.

—No se te dio tan bien presentarte en Kleinfeld —digo con dulzura.

—Eso fue una excepción, un descuido. Y lo compensé diciéndole a Glenn que estaría encantada de utilizar a su interiorista para reformar el apartamento. Aunque eso significara vivir rodeada de chintz. ¿Qué importan unas cuantas flores? Y hasta puedo tolerar rosas si no queda más remedio... —Y de pronto rompe a llorar. Solo que esta vez es de verdad—. ¿Es que no lo entendéis? —solloza—. He sido

rechazada por tener unas trompas de Falopio defectuosas.

En los anales de las citas, ser rechazada por tus trompas de Falopio tendría que aparecer al lado de... no sé, dilo tú. Pero puede que, como siempre dice Samantha, cuando sales con alguien en Nueva York todo cuenta, incluso las cosas que no puedes ver.

Y las que puedes ver ya suelen ser bastante malas.

Cuento en silencio el número de bolsas de basura desparramadas por el apartamento de Charlie. Catorce. He tenido que salir a comprar otra caja. Dos años de relación dan para acumular muchas cosas.

—Trastos —dice Samantha, apartando una de las bolsas de un puntapié—. Todo trastos.

—¡Oye! —exclamo—. Que en esa hay zapatos Gucci.

—Halston, Gucci, Fiorucci. ¿A quién le importa? —Lanza los brazos al aire—. ¿Qué más da eso cuando te han destrozado la vida?

—Encontrarás a otro hombre —dice Miranda con desenfado—. Siempre lo encuentras.

—Pero no uno que esté dispuesto a casarse conmigo. Todo el mundo sabe que la única razón de que en Nueva York un hombre diga «sí» es que quiere tener hijos.

—Pero tú no sabes que no puedes tener hijos —señala Miranda—. El médico dijo...

—¿A quién le importa lo que dijo? Siempre se repetirá la misma historia.

—Eso no lo sabes —insisto. Agarro una bolsa y la arrastro hasta la puerta—. Además, ¿realmente quieres pasarte la vida haciéndote pasar por quien no eres? —Respiro hondo y señalo los muebles de plexiglás—. ¿Rodeada de plástico?

—Los hombres son todos unos gilipollas, pero eso ya lo sabías. —Miranda recoge el reloj de debajo de la mesita del café—. Creo que ya no queda nada —dice, tendiéndole el Rolex—. ¿No querrás dejarte esto?

Samanta sopesa cuidadosamente el reloj en la palma de su mano. El rostro se le contrae de dolor. Hace una inhalación profunda.

—Sí, quiero.

Deja el reloj sobre la mesa. Miranda y yo nos miramos atónitas.

—¿Dónde está la bolsa con los zapatos Gucci? —dice.

—¿Allí? —digo mientras me pregunto qué le ha dado.

La abre y saca dos pares de mocasines.

—¿Y dónde está el traje Chanel?

—Creo que aquí dentro —dice Miranda con cautela, empujando una bolsa hacia el centro de la estancia.

—¿Qué estás haciendo? —pregunto, nerviosa, cuando Samantha saca el traje

Chanel y lo deja sobre la mesa, junto al reloj.

—¿Tú qué crees?

—No tengo ni idea. —Miro a Miranda, pero ella está tan perpleja como yo.

Samantha encuentra un traje de tenis y lo levanta, riendo.

—¿Os conté que Charlie quería que me dieran clases de tenis para que pudiera jugar con Glenn en Southampton? Como si tuviera algo de divertido golpear pelotas con esa momia. Tiene sesenta y cinco años y dice que tiene cincuenta. Como si alguien fuera a creérselo.

—Bien... —Lanzo otra mirada furtiva a Miranda, que menea estupefacta la cabeza.

—¿Lo quieres, gorrioncillo? —Samantha me arroja el traje de tenis.

—Claro —titubeo.

Me estoy preguntando qué voy a hacer con él cuando Samantha cambia repentinamente de parecer y me lo arranca de las manos.

—¡Ahora que lo pienso, mejor no! —grita, y lo arroja a la pila—. No lo aceptes. No cometas el mismo error que yo.

Prosigue en esta línea, desgarrando las bolsas y sacando todas las prendas de su vida con Charlie. El montón va creciendo en tanto Miranda y yo contemplamos la escena con preocupación.

—¿De verdad vas a dejar todo eso?

—Son trastos. Y aunque no sea la persona más auténtica del mundo, te diré una cosa sobre Samantha Jones. No se la puede comprar. A ningún precio.

—¿Recuerdas el día que me mudé a este apartamento y me hiciste vaciar la botella de leche en el fregadero porque decías que el olor te revolvía el estómago? —pregunto reacomodándome en el futón.

Son las dos de la madrugada y finalmente estamos de vuelta en el apartamento de Samantha. Tanto embalar y desembalar me ha dejado rota.

—¿Eso hizo? —pregunta Miranda.

—Lo que oyes. —Asiento con la cabeza.

—Los adultos no deberían beber leche. —Samantha echa la cabeza hacia atrás con una exhalación de alivio—. Menos mal que todo ha terminado. Si mis trompas de Falopio pudieran hablar...

—Por suerte, no pueden. —Me levanto y voy hasta el dormitorio. Contemplo mis escasas pertenencias y abro la maleta con un suspiro.

—¿Gorrioncillo? —me llama Samantha—. ¿Qué haces?

—La maleta —digo—. Me voy mañana, ¿recuerdas? —Me detengo en el marco de la puerta—. Y después de este verano creo que ya no soy un gorrioncillo. ¿No me he licenciado ya?

—Desde luego que sí —conviene—. A partir de este momento eres una paloma.
El pájaro oficial de Nueva York.

—El único pájaro de Nueva York —dice Miranda riendo—. Oye, mejor eso que ser una rata. ¿Sabíais que en China la rata da buena suerte?

—Adoro a los chinos. —Samantha sonrío—. ¿Sabíais que fueron ellos los que inventaron la pornografía?

— **S**tandford White —dice Capote—. Diseñó la estación de Pennsylvania original. Era uno de los edificios más bellos del mundo, pero en 1963 un imbécil vendió los derechos del aire y derribaron el edificio para construir esta monstruosidad.

—Qué triste —murmuro mientras bajo detrás de él por la escalera mecánica—. Me pregunto si entonces olía tan mal como ahora.

—¿Qué?! —grita por encima del barullo.

—Nada.

—Me habría encantado vivir en Nueva York a principios de siglo —dice Capote.

—Yo me alegro simplemente de haber vivido aquí.

—Creo que nunca seré capaz de abandonar Nueva York —añade, lo que me provoca otra punzada de desesperación.

Llevamos toda la mañana diciéndonos las cosas equivocadas, cuando alcanzamos a decir algo. Yo he estado esforzándome por sacar el futuro a la luz mientras Capote se ha estado esforzando por evitarlo.

De ahí la lección de historia sobre la estación de Pennsylvania.

—Oye —comienzo.

—Mira la hora —se apresura a decir señalando el reloj con la cabeza—. Vas a perder el tren.

Si no lo conociera, pensaría que está intentando deshacerse de mí.

—Ha estado bien, ¿verdad? —me aventuro mientras me sumo a la cola para comprar el billete.

—Ha estado muy bien. —Por un momento baja la guardia, y puedo ver al niño que hay en él.

—Podrías venir a verme a Providence.

—Claro —dice.

Sé, por la rapidez con que desvía la mirada, que no lo hará. Para entonces habrá conocido a otra chica. Pero si no tuviera que irme tal vez acabaría siendo la chica de su vida.

Algún día tiene que encontrarla, ¿no?

Adquiero mi billete. Capote me coge la maleta mientras compro *The New York*

Times y *The New York Post*. Voy a pasar un buen tiempo sin hacer esto, pienso con pesar. Encontramos las escaleras mecánicas que conducen a mi andén. Mientras descendemos, me invade un vacío abrumador. «Ya está —pienso—. Este es el Fin».

—¡Todos los pasajeros arriba! —grita el revisor.

Coloco un pie en el escalón y me detengo. Cómo me gustaría que Capote se acercara corriendo, me agarrara del brazo y me apretara contra él. Cómo me gustaría que hubiera un apagón repentino. Cómo me gustaría que sucediera algo —lo que fuera— que me impidiera subir a este tren.

Me pongo de puntillas y diviso a Capote entre la multitud.

Se despide con la mano.

El trayecto hasta Hartford dura tres horas. Durante la primera hora, soy un pozo de amargura. No puedo creer que haya dejado Nueva York. No puedo creer que haya dejado a Capote. ¿Y si nunca vuelvo a verle?

No está bien. No debería ser así. Capote debería haberme declarado su amor eterno.

—«Debería» —me recuerdo de repente diciéndoles a Samantha y a Miranda— es la peor palabra que existe. La gente siempre piensa que las cosas «deberían» ser de una determinada manera y cuando no lo son se llevan una desilusión.

—¿Qué pasa contigo? —preguntó Samantha—. ¿Has tenido relaciones sexuales y ahora lo sabes todo?

—No solo tuve relaciones sexuales. Tuve un orgasmo —repuse, llena de orgullo.

—Bienvenida al club, cariño —exclamó Samantha, y dicho esto se volvió hacia Miranda—. No te preocupes, algún día tú también tendrás uno.

—¿Y tú cómo sabes que no he tenido ninguno?! —aulló Miranda furiosa.

Cierro los ojos y apoyo la cabeza en el respaldo de mi asiento. Probablemente esté todo bien con Capote. Que algo no dure para siempre no quiere decir que no haya sido valioso mientras duró. No quiere decir que no sea importante.

¿Y qué puede ser más importante que tu primer amante? Oye, podría haberme ido mucho peor.

Y de repente me siento libre.

Cojo mis diarios y abro *The New York Post*. Es entonces cuando veo mi nombre.

Frunzo el entrecejo. No puede ser. ¿Qué hace mi nombre en la página de sociedad? Entonces miro el titular: «Bodrio infumable».

Suelto el diario como si me hubiera mordido.

Cuando el tren entra en New Haven para hacer una parada de veinte minutos bajo como una flecha y corro hasta la cabina de teléfono más próxima. Pillo a Samantha

en su oficina. Temblando y resoplando, consigo preguntarle si ha visto el *Post*.

—Lo he visto, Carrie, y pienso que es fantástico.

—¡¿Qué?! —grito.

—Tranquilízate. No puedes tomarte esas cosas tan a pecho. La mala publicidad no existe.

—Dicen que mi lectura es lo peor que han visto desde la función de Navidad del colegio.

—¿Y qué importa eso? —ronronea—. Seguro que la envidia los corroe. Te han mencionado por tu primera obra de teatro en Nueva York. ¿No estás contenta?

—Estoy horrorizada.

—Pues es una pena, porque Cholly Hammond ha llamado. Lleva días intentando hablar contigo. Quiere que le llames en cuanto puedas.

—¿Por qué?

—Oh, gorrioncillo —suspira—, ¿cómo quieres que lo sepa? Dijo que era importante, por eso. Debo dejarte, tengo a Harry Mills en mi despacho. —Y cuelga.

Miro el teléfono de hito en hito. ¿Cholly Hammond? ¿Qué puede querer?

Cuento las monedas. Normalmente, el coste de una conferencia desde una cabina me representaría un problema, pero da la casualidad de que ahora ando bien de dinero. Inspirada por Samantha, vendí mi bolso de Chanel sin estrenar al simpático hombre de la tienda vintage por doscientos cincuenta dólares. Sabía que era mucho menos de lo que costó, pero en Brown no iba a necesitarlo. Además, me alegré de deshacerme de él.

Trastos.

Introduzco varias monedas en la ranura. Responde una voz joven y alegre.

—¿Está Cholly? —pregunto. Doy mi nombre.

Cholly se pone enseguida.

—¡Pequeña! —exclama como si fuera una amiga a la que hace tiempo que no ve.

—¡Cholly! —contesto.

—Vi tu mención en el *Post* y la encontré fascinante —dice entusiasmado—, sobre todo porque llevaba varias semanas pensando en ti. Desde que nos sentamos juntos en casa de Barry Jessen.

El alma se me cae a los pies. Ya estamos. Otro vejete que quiere llevarme a la cama.

—No podía dejar de darle vueltas a nuestra divertidísima conversación. Tan aguda.

—¿En serio? —pregunto mientras me esfuerzo por recordar qué pude decir que fuera tan memorable.

—Y como yo siempre ando buscando cosas nuevas, pensé que sería interesante intentar captar lectores más jóvenes para *The New Review*. Y quién mejor que una

chica joven para conseguirlo. Sería como una columna. Nueva York a través de los ojos de una ingenua.

—No creo que sea una buena idea después del fracaso de mi obra de teatro.

—¡Precisamente por eso! —exclama—. Si hubieras tenido un éxito arrollador, no te habría llamado. Porque la idea detrás de este proyecto es que Carrie Bradshaw nunca gana.

—¿Perdón? —Ahogo un grito.

—Carrie nunca gana. Esa es la gracia, ¿no lo ves? Es lo que la lleva a seguir intentándolo.

—¿Y en el terreno amoroso? ¿Gana alguna vez en el terreno amoroso?

—Sobre todo, nunca en el terreno amoroso.

Titubeo.

—Suena a maldición, Cholly.

Suelta una larga carcajada.

—Ya conoces el dicho: «La maldición de un hombre es la oportunidad de otro». ¿Qué me dices? ¿Podemos vernos a las tres en mi despacho?

—¿En Nueva York?

—¿Dónde si no?

«Yujuuu» pienso mientras avanzo a trompicones por el vagón de primera clase de un tren con destino a Nueva York. Los asientos son enormes y están forrados de terciopelo rojo, y hay una servilleta de papel en cada reposacabezas. Hasta tiene un compartimento especial para la maleta. Mucho más agradable que viajar en segunda.

«Viaja siempre en primera», oigo decir a Samantha dentro de mi cabeza.

—Pero solo si puedes pagarlo de tu propio bolsillo —contraataca Miranda.

Pues bien, lo he pagado de mi propio bolsillo. Via Bernard y su precioso bolso, pero ¿qué demonios? Me lo merezco.

Puede que, después de todo, no sea un fracaso.

Ignoro cuánto tiempo pasaré en Nueva York o qué hará mi padre cuando se lo cuente, pero ya me preocuparé de eso más tarde. Por el momento solo me importa una cosa: que vuelvo.

Me tambaleo por el pasillo, buscando un lugar donde sentarme y alguien agradable junto a quien sentarme. Paso por delante de un hombre semicalvo y de una señora que está tricotando. Finalmente vislumbro a una chica bonita, con una espesa melena, hojeando un ejemplar de la revista *Brides*.

«Novias». No puedo creerlo. Me siento a su lado.

—Ah, hola —dice animadamente, mientras retira su bolso. Sonrío. Es tan dulce como imaginaba por su preciosa melena—. Cómo me alegro de que seas mi compañera de asiento —susurra antes de mirar en derredor—. La última vez que cogí

el tren a Nueva York se me sentó al lado un hombre asqueroso. De hecho, intentó ponerme la mano en la pierna. ¿Puedes creerlo? Tuve que cambiarme de asiento tres veces.

—Qué horror —digo.

—Lo sé. —Asiente con los ojos muy abiertos.

Sonrío.

—¿Vas a casarte? —pregunto señalando la revista.

Se ruboriza.

—No exactamente. Bueno, no todavía. Espero prometerme dentro de un par de años. Mi novio trabaja en Nueva York, en Wall Street. —Inclina la cabeza con delicadeza—. Por cierto, me llamo Charlotte.

—Carrie. —Le tiendo la mano.

—¿Qué haces? ¿Tienes novio?

Se me escapa una carcajada.

—¿Qué te hace tanta gracia? —pregunta, desconcertada—. Dicen que París es romántico, pero yo pienso que Nueva York también lo es. Y los hombres...

Río con más fuerza.

—Jesús —dice remilgadamente—. Si piensas pasarte todo el viaje riendo... No sé qué tiene de gracioso ir a Nueva York a buscar el amor.

Aúllo.

—¿Y bien? —pregunta.

Me seco las lágrimas. Me reclino en el asiento y cruzo los brazos.

—¿De veras quieres saber algo sobre el amor en Nueva York?

—Sí. —Su tono es de curiosidad y algo cauto.

El tren silba al tiempo que me inclino hacia delante.

—Cielo —digo con una sonrisa—, tengo una historia para ti.



CANDACE BUSHNELL (Glastonbury, 1 de diciembre de 1958), es una escritora y columnista estadounidense. Es famosa por sus columnas y libros sobre sexo, incluyendo el best-seller, *Sex and the City*, así como por su estilo de vida social.

En 1994, su editor en jefe le preguntó si quería escribir una columna para el periódico, y ella aceptó el trabajo. Quería una columna basada en las aventuras acerca de las cuales ella y sus amigas normalmente hablaban, la llamó *Sex and the City*.

Bushnell no se dedicó tan solo a la escritura de columnas en el periódico, sino que también publicó varios libros, basados en sus columnas, en *Carrie* y en la vida en nueva york: *Sex and the City*, *4 Blondes*, *Trading Up*, *Lipstick Jungle*, *One Fifth Avenue*, *The Carrie Diaries* y *Summer & the City*.